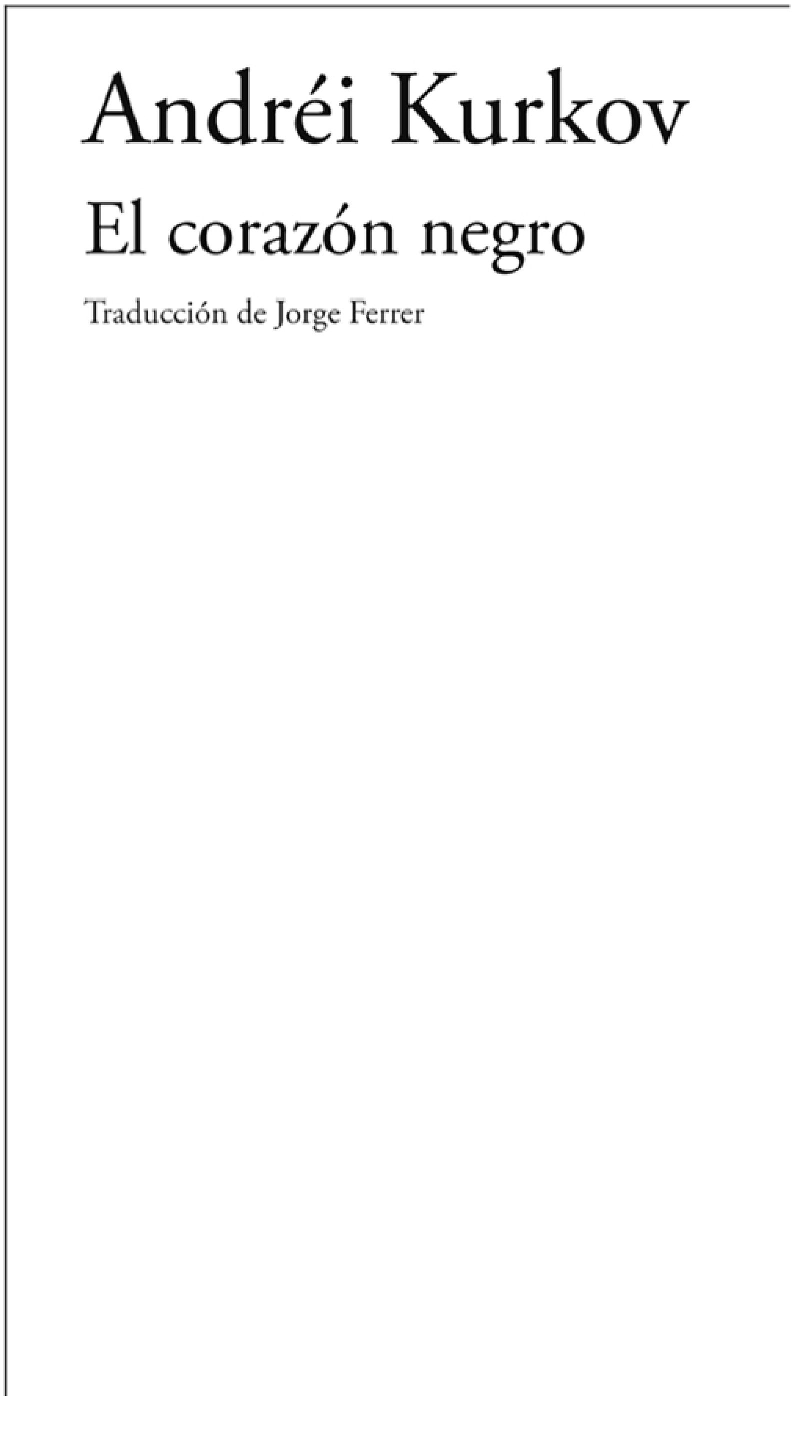
ALFAGUARA

Andréi Kurkov

El corazón negro

Narrativa Internacional Traducción de Jorge Ferrer

El corazón negro



Andréi Kurkov

El corazón negro

Traducción de Jorge Ferrer

ALFAGUARA

Capítulo 1

La incipiente noche de abril se coloreaba con las voces quedas de los transeúntes. Los retazos de frases y palabras, traídos por la suave brisa, se mezclaban como en un agradable y armonioso licor. Al igual que cualquier otra música de la naturaleza y de la vida humana, esa ambrosía solo podía «beberse» con los oídos. Hacerlo no empachaba el gusto.

Samsón caminaba a la izquierda de su compañero. Su pabellón auricular derecho, desnudo, captaba todos los sonidos del mundo. A cada rato se descubría pensando que algunos de los sonidos que percibía con el oído derecho eran completamente inaudibles para el izquierdo. Y eso, a decir verdad, no lo molestaba. Más bien al contrario, era algo que le producía contento y concedía aún mayor credibilidad a todo lo que escuchaba por el lado izquierdo.

—Tenemos un lío monumental en casa ahora, porque el inquilino nuevo, ese tal Safronin, cada vez que vuelve borracho intenta meterse en mi cuarto —escuchó Samsón con el oído izquierdo, cuando Jolodny y él adelantaron a dos muchachas que, a juzgar por la lentitud de sus pasos, daban un paseo sin rumbo fijo.

La voz de la joven le sonó agradable a Samsón, que se volvió a mirarla. Era una joven trigueña, que llevaba el cabello muy recogido. Un diente de oro lanzó un destello desde el negro de su boca.

Samsón y Jolodny habían salido del trabajo y caminaban deprisa camino de la cervecería. El jueves, que ya contaba sus últimas horas, no había dejado ningún suceso memorable en sus mentes. Si acaso, que Naiden ya le había pedido cinco o seis veces a Samsón que sacara del despacho el

maniquí con el traje de Jakobson, asegurando que absorbiera la humedad que devolvía después a todos los agentes de la comisaría en forma de tos y constipados. Naiden, efectivamente, no paraba de toser, pero Samsón, que tenía el escritorio a dos palmos del maniquí, estaba sano como un bebé rollizo. Si algo le dolía era la cicatrización de las heridas que le habían provocado sendas balas disparadas por una pistolita de mujer, pero estas, a decir verdad, no parecían sensibles a la humedad denunciada por Naiden, aunque la adusta cirujana Vera Ignátievna Gedroitz avisó al paciente cuando le dio el alta: «¡Evite la humedad! ¡Manténgase en ambientes de calor seco!». Pero, fuera como fuese, ahora el maniquí y el traje que lo vestía eran propiedad estatal. ¡Se había pagado por ambos, ¿no?! No obstante, el principal encargado de la custodia de las pruebas, el bigotudo y narigón Vasyl, se había negado a llevar el maniquí a su almacén. «¡El caso está cerrado, así que no lo quiero aquí ni en pintura!», protestó. Y le dio un consejo a Samsón: «¡Asegúrate de que le quiten todas las pulgas antes de llevártelo a casa! Allá lo podrás usar a modo de percha».

—¡No me gusta nada esa idea de levantarle un monumento a Judas Iscariote! —razonó Jolodny negando con la cabeza y, sin perder el paso, miró a su acompañante esperando conocer su opinión.

—Es un poco raro todo eso, sí —convino Samsón—. ¿Un monumento a un suicida? ¡Los monumentos se levantan para celebrar el esfuerzo, el heroísmo! ¿Qué hazaña se le conoce a Judas? —preguntó Samsón encogiéndose de hombros.

—¡Bueno, al menos devolvió las monedas de plata! —admitió Sergui Jolodny.

—Pero después se ahorcó —añadió Samsón—. Traicionó, se arrepintió y se dio muerte a sí mismo… ¡Cero actos heroicos y nadie sacrificando la vida por una idea!

En ese mismo instante, un vozarrón de hombre, ronco y grosero, retumbó al lado de ellos como una ráfaga de ametralladora: «¡Atrapad al cabrón! ¡Dispara, Vaniuja!». Sonaron con gran estruendo cinco o seis disparos de fusil. El estrépito de los viandantes que echaron a correr en estampida fue ahogado enseguida por el eco de los disparos que devolvían los adoquines. Inmediatamente, delante de los ojos de Samsón y Jolodny, interrumpidos a medio paso y a media palabra, resonó el eco de los disparos, como una rueda que echa a rodar por el medio de la calle arrancada de su eje. Al eco,

tan vivo que parecía tangible, lo siguió un perro que corría de una forma muy rara, cojeando y pegando brincos a la vez, y con algo blancuzco apretado entre las fauces; quizá, un hueso. Tal era su ímpetu que las patas traseras se le enredaron con las delanteras y cayó de costado, accidente que aprovecharon para darle alcance dos soldados del Ejército Rojo armados con fusiles. Soltando tacos a grito pelado, uno de ellos clavó la bayoneta en el cuerpo ya inmóvil del can, y el segundo se detuvo junto a ellos y jadeó con fuerza, como si llevara largo rato corriendo. El primero sacó la bayoneta del costado del animal y la hundió en el trozo de tocino sujeto entre los dientes.

Inmóviles, Jolodny y Samsón observaban el suceso. Otros transeúntes se acercaron también. Eran los mismos que antes habían huido despavoridos a esconderse en los portales. Comprendieron que aquella tarde pagaría a los rojos con el precio de la vida de un perro. El soldado continuó pugnando por arrancar el tocino de las fauces apretadas del perro.

—¡Vaya perro! —rugió el soldado y, volviéndose a su compañero, lo urgió—: ¿Qué haces ahí parado? ¡Ayúdame!

Atendiendo a la orden, el otro hundió la bayoneta con mucha puntería en la boca entreabierta del perro y miró a Jolodny:

—¡Písale el hocico con la bota! —mandó.

Jolodny avanzó un paso y apretó la cabeza del perro contra el empedrado de adoquines. Entonces, el segundo soldado hizo palanca con el fusil, como si accionara la palanca de un cambio de agujas en la línea ferroviaria, y se oyó un crujido. Liberado de los colmillos del perro, el tocino se elevó triunfalmente al cielo clavado en la punta de la bayoneta. Había sangre en el punto donde se hincó el arma.

—¡Vamos! —dijo el segundo soldado mirando a los curiosos con preocupación. Por lo visto, percibía la incomodidad que crecía entre la gente.

El primero también miró con precaución a Samsón y a Jolodny, ambos con idénticas chaquetas de cuero, y, sin sacar el tocino de la bayoneta, se echó el fusil a la espalda.

Los dos hombres se marcharon apurando el paso en la misma dirección por la que habían aparecido detrás del perro que ahora yacía muerto.

—Pues yo tampoco entiendo qué sentido tiene eso —continuó la conversación Samsón—: ¡Viene a ser un traidor, ¿o no?! «¡Llevaos al que

yo le plante un beso!».

—¡Un traidor en toda regla, ya lo creo! —lo apoyó Jolodny con entusiasmo—: Pero por alguna razón el camarada Trotsky lo considera un revolucionario y un rebelde que se alzó contra los dictados de la religión!

—A ver si va a ser que el camarada Trotsky considera traidores a los revolucionarios…

—Bueno, son traidores del mundo pasado —asintió Jolodny. Y añadió—: ¡De alguna manera, tiene razón! Para construir un mundo nuevo, primero hay que traicionar al antiguo… ¡Sin la ayuda de los traidores del mundo antiguo no se puede transformar el mundo para hacerlo mejor!

—¡Da igual! Por mucho que digas, ¿no es cierto que él fue el primero que echó a andar detrás de Jesús? ¿Estaba ciego o qué?

—¡Buscaba a quién seguir! Tenía sed de revolución. Pudo haber pensado que Jesús era un revolucionario, un luchador contra el mundo del pasado —continuó Jolodny—: Y, cuando vio que el Señor no lo llevaba en la dirección apetecida, le puso freno. En ese sentido, Judas actuó como un representante del pueblo engañado, de la clase defraudada. ¿No te parece?

Absorto en sus pensamientos, Jolodny se mordió el labio inferior: no estaba completamente convencido de sus propias conclusiones.

—La culpa la tiene su madre —dijo Samsón de repente con pleno convencimiento, como si acabara de comprender algo de veras importante—: En hebreo antiguo, «Judas» significa «el que alaba a Dios». Su madre le dio ese nombre aun antes de que apareciera Jesús. ¡Por eso lo siguió a ciegas! ¡Y después renunció a Jesús, y renunció a sí mismo! El suicidio, en definitiva, es una renuncia voluntaria a continuar la vida.

Jolodny asintió con un gesto significativo.

—¿Cómo es que sabes hebreo antiguo?

—Ah, no, no lo conozco, pero en el colegio nos enseñaban los nombres bíblicos…

En la cervecería se pidieron un par de jarras de cerveza Kabinétnoie y se sentaron a una mesa sucia. Ya no quedaban mesas limpias a esas horas.

Samsón dio un sorbo y sintió en los labios un regusto a sangre dulzón. Le recordó a aquel de la infancia, cuando algún niño le rompía el labio en una pelea. Tomó un sorbo más y el sabor se fue. Ahora todo volvía a estar en su sitio y un sabor amargo le inundó toda la boca. Se le nubló un poco la mente, pero él sabía que esa era solo la imaginación empujando la realidad

a un rincón. Si quería un buen mareo, había que beberse tres jarras. La Kabinétnoie era una cerveza muy floja antes de la revolución: ¡ahora era un bombazo! La fabricaban de otra manera, era otra cosa.

—Nos han enviado a otro chequista como refuerzo. ¡Sustituirá a Pasechny, nada menos! —avisó Jolodny, relamiéndose los gruesos labios—: Se apellida Abyazov. Un tipo delgado con la cara afilada como una navaja. ¡No tiene buena pinta!

—¿Dispara bien? —indagó Samsón.

—Supongo que sí —conjeturó Jolodny—. Se dice que entrenan la puntería y el pulso disparando sobre blancos vivos. Hoy Naiden se pasó dos horas reunido con él. Vasyl les iba llevando carpetas. ¡A ver qué tal!

Las farolas de la calle Kreschátik alumbraban al otro lado de la ventana de la cervecería. De tanto en tanto, los cascos de los caballos que tiraban de calesas y carretas golpeaban los adoquines. El tranvía, que pasaba a intervalos, parecía un lucernario que vagaba tumbado por las calles de la ciudad.

—Me ha entrado hambre —murmuró Jolodny mirando la jarra vacía. Levantó la cabeza y, después, agitó el brazo—: ¡Otra jarra de Kabinétnoie! —gritó.

Cuando el camarero vino con la cerveza, Jolodny preguntó qué tenían de comer.

—Tenemos bocadillos variados —informó el mozo, y los detalló—: De tocino, de pepinillos encurtidos, de boquerones…

—Tráete de boquerones y de pepinillos: ¡dos de cada! —ordenó Jolodny—. ¡Pero de tocino ni se te ocurra…!

—¿El de tocino lo dais con sangre…? —preguntó Samsón.

—¿Cómo que con sangre? —se sorprendió el camarero—. Hoy tenemos panceta curada y panceta ahumada. ¡Y untamos el pan de los bocadillos con mostaza francesa!

—¡Ponme dos de panceta ahumada! —mandó Samsón.

Jolodny echó una mirada a su compañero, pensándoselo:

—¡Tráeme dos de esos a mí también! —mandó.

—Te diré una cosa… —prosiguió Jolodny cuando el camarero se hubo alejado de la mesa—: ¡Nunca se me habría ocurrido que se podía destruir un mundo con tanta facilidad! ¡Y que los añicos de ese mundo roto seguirían presentes en el mundo nuevo cumpliendo un papel!

—¡Eso quiere decir que el mundo viejo no ha sido destruido, sino apenas transformado! ¡Lo destruido no funciona! ¡Un reloj roto no marca las horas!

Jolodny extrajo su reloj de bolsillo, abrió la tapa y miró la esfera.

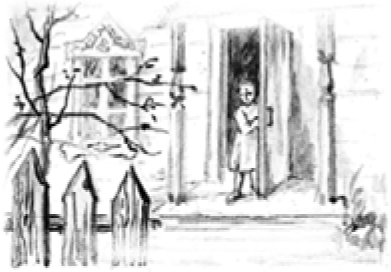
—El relojero me lo arregló ayer —dijo—. Se me cayó por un descuido y se paró. ¿Te puedes creer que no me quiso cobrar? ¡Dijo que valora más mi confianza en su trabajo que el dinero!

—Y tiene toda la razón —dijo Samsón. Suspiró y se terminó la cerveza antes de concluir—: La confianza vale más que el dinero.

—¡No es verdad! —discrepó Jolodny—. La confianza está emparentada con la fe. ¡Y todo lo que se refiere a la fe fomenta la confusión! ¡Si el relojero no se hubiera ganado el pan ayer, es seguro que se habría acordado de mí y me hubiera maldecido! ¡A primera hora de la mañana, cuando aparecí por su tienda, estaba convencido de que el día le iría bien! Porque yo no hice nada por él, ¡y va y me regala esa buena acción! ¡Un regalo en toda regla! Es como lo de Judas y Jesús: Judas creía en Jesús, aunque Jesús no había hecho nada por él. Encima a Judas le dolía la barriga. Y tú sabes que «barriga», *zhivot* en la lengua de los antiguos eslavos, está emparentada con *zhizn*: la vida. ¡De modo que era la vida lo que le dolía! ¡Sufría mucho el pobre! Y de ahí que aceptara las treinta monedas. Para comprarse algo de comida. Es decir, ¡para curarse el alma! Y así se convirtió en traidor. Y después lamentó lo que había hecho y, como bien dices, se quitó la vida. Si hubiera dado muerte a otro, se habría convertido en un revolucionario. ¡Pero solo se mató a sí mismo! ¡Así que no es un revolucionario en modo alguno! ¡Llevas razón, Samsón! ¡No merece monumentos!

Un plato de madera con los bocadillos llegó a la mesa. Sobre unas gruesas rebanadas de pan negro reposaban el tocino untado de mostaza, los medallones de pepino de color verde oscuro y los boquerones ahumados, húmedos y relucientes.

Capítulo 2



Antes de cerrar la puerta del dormitorio, Nadiezhda miró una vez más al recién llegado Samsón, que olía a boquerones salados y a cerveza. La mirada que le lanzó era de esas cargadas de crítica, del tipo de las que las esposas echan a los maridos muy andarines, pero la corrigió enseguida. Probablemente, suavizó el gesto al recordar que no era su mujer, precisamente, sino apenas su compañera de piso, y también porque no quería posponer hasta la mañana siguiente una petición que quería hacerle.

—¿Tenemos mucha leña en el sótano? —le preguntó con cautela.

—Hay bastante, sí —le respondió Samsón mirándola fijamente a los ojos, sin que la pregunta de la muchacha le causara sorpresa. En su gesto no resultaba difícil leer el ánimo de quien se siente culpable por algo—. ¿Tienes frío? —le preguntó. Y se ofreció—: ¿Quieres que suba un poco de leña y encienda la estufa?

—¡No! ¡Qué va! ¡No es por eso por lo que pregunto! Es que Marusia trajo algunas cosas al trabajo… Para cambiarlas… Hay un vestido de verano monísimo: es verde con florecillas amarillas estampadas. ¡Está pidiendo tres sacos de leña por él! Y pensé que tal vez…

—¿Te lo probaste? ¿Te sienta bien?

—¡Sí! ¡Es que parece hecho para mí! ¡Y es para el verano! Y ya casi están aquí los primeros calores…

—¡Entonces, lo cambias y ya está! ¡Claro que podemos hacerlo! —le aseguró Samsón—. ¿Mandarán a alguien a por la leña?

—No, hay que llevársela. Pero es cerca, ha alquilado algo por aquí…

—Bueno, son tres sacos —calculó Samsón—. Habrá que buscar un carro. ¡Busco uno y se los llevo! ¿Conoces la dirección?

—¡Te la doy mañana! —le prometió Nadiezhda sonriendo, antes de darle un beso en la mejilla y desaparecer tras la puerta para meterse en su habitación.

Esa noche Samsón fue de puntillas al antiguo dormitorio de sus padres y debajo de la almohada que quedaba vacía guardó una cajita de hojalata de las que traen caramelos. De vuelta en su habitación, entregado ya al descanso, escuchó la respiración acompasada de Nadiezhda y se imaginó a sí mismo ante ella, rodilla en tierra, ofreciéndole su mano y su corazón. Seguro que ella estaba lista para algo así y, de hecho, estaría sorprendida de que él todavía no la hubiera invitado a vivir en pareja, en matrimonio. No en balde le había preguntado: «¿Tenemos mucha leña en el sótano?». Por algo no le preguntó cuánta leña tenía «él» o cuánta tenían «los vecinos» de la casa.

Las soñolientas reflexiones de Samsón se vieron interrumpidas de golpe por un sueño profundo, como esos agujeros en el fondo del río donde habitan los siluros. Y se llevó a Samsón a ese fondo con la misma fuerza con la que un siluro de ciento cincuenta kilos de peso puede arrastrar a un pescador codicioso hacia su perdición en el fondo de la masa de agua. Arriba, en la superficie, por encima del sueño de Samsón, quedó la respiración pareja y cálida de Nadiezhda, que escuchaba la oreja separada solo físicamente de su dueño y que ahora vivía guardada en la cajita de hojalata.

De tan delgado que era, quien veía a Nikanor Abyazov por detrás podía pensar que se trataba de un chaval de unos quince años. De baja estatura y ligeramente encorvado, todo el tiempo mostraba una excesiva lentitud, tanto al hablar como al moverse. Tal vez fuera que era en extremo cauteloso, aunque también podía ser el resultado de una conmoción cerebral que sufrió en la guerra.

Así, por ejemplo, cuando conoció a Samsón en el despacho de Naiden, Abyazov le estrechó la mano con una muy perceptible demora, que le dio tiempo a Samsón para mirar a su jefe interrogativamente. Pero el jefe estaba sumido en sus pensamientos en ese momento, de manera que pasó por alto

la pregunta que bailaba en los ojos de Samsón. Abyazov, entretanto, acabó estrechando por fin la mano tendida y masculló una pregunta.

—¿Qué? —preguntó Samsón, que no se había enterado de nada.

—Le pregunto por su experiencia combativa —aclaró Abyazov su interés.

—La que he adquirido aquí, porque no estuve en la guerra.

—¡Ajá! —asintió el chequista enviado como «refuerzo». Y, soltando la mano de Samsón, añadió con convencimiento, disponiéndose a abandonar el despacho—: ¡Ya nos arreglaremos!

Pero la puerta se abrió antes de que él llegara a alcanzar el picaporte.

—¡Estos han vuelto a inundarnos con sus denuncias así porque sí! ¡Se apareció un correo, un soldado, y lo dejó todo aquí, como si ese fuera el procedimiento! —exclamó Vasyl, gritando de indignación y agitando en la mano un montón de papeles manuscritos que entregó a su jefe.

—¿Puedo retirarme? —preguntó Abyazov en tono marcial dirigiéndose a Naiden.

—No, ¡espera! —mandó el jefe sin apartar la vista de los papeles que acababa de recibir.

Samsón se quedó también. Observó el rostro desencajado de Vasyl. No era habitual verlo de mal humor, y encontrarlo con tal nivel de irritación era algo que Samsón no había visto antes.

—¡Bueno, aquí hay muchas tonterías con las que no vamos a perder el tiempo! —dijo Naiden repasando los papeles, antes de separar uno del montón—. ¡Pero hay algo a lo que sí debemos echar un vistazo!

Naiden miró a Samsón y a Abyazov, y le tendió el papel al primero.

—¡Id los dos a investigar este asunto ahora mismo! —ordenó.

—¿Y cuál de nosotros está al mando? —se interesó Abyazov en tono seco.

Naiden volvió a repasar los rostros de ambos. Suspiró, y señaló a Abyazov con el índice de la mano derecha. Este esbozó una sonrisa sin separar sus labios finos y exangües. Con la mirada le pidió a Samsón que le diera el papel.

—¡Podéis retiraros! —los despidió Naiden. Por lo visto, quería comentar algún asunto con Vasyl.

Al entrar al despacho de Samsón, Abyazov se dirigió hacia el maniquí y palpó el tejido de la chaqueta.

—¿Lo mandaste a hacer para ti? —preguntó.

—No, es una prueba que quedó de un caso —le explicó Samsón. Y preguntó enseguida señalando el documento que no había podido acabar de leer—: ¿Qué pone?

Abyazov se acomodó en una butaca, sus labios finos se movieron al ritmo de la lectura, mientras su mirada se paseaba por las letras del documento.

—¡Un asesinato! ¡Un caso criminal! —dijo con desdén un minuto más tarde, como si fuera un tipo de delito que no despertara su interés—: Pero hay que ir a ver, porque el jefe así lo ha mandado.

—¿Dónde se produjo?

—En Puscha-Vóditsa, calle Nekrásovskaia, 60. En un cobertizo que tienen ahí.

—¿Un cobertizo? ¿Han asesinado a alguien en un cobertizo?

—Eso habrá que investigarlo —dijo Abyazov, que, a todas luces, quería ahorrarse contar todo lo que decía el documento, de modo que se lo alargó a Samsón y volvió a fijar su atención en el maniquí tan bien vestido que había allí.

Samsón clavó los ojos en la denuncia de asesinato. La esmerada caligrafía se dejaba leer con facilidad.

Un tal N. V. Elkin daba cuenta de que en el patio de la casa marcada con el número 60 de la calle Nekrásovskaia percibió un hilo de sangre fresca que salía de un cobertizo, lo que le provocó inmediatas e inequívocas sospechas.

La puerta del despacho se abrió de repente con un sonoro crujido. Samsón se distrajo de la lectura, que aún no había acabado. Naiden asomó la cabeza y lo primero que hizo fue depositar una mirada sarcástica sobre el maniquí. Pero, por lo visto, esta vez decidió ahorrarse las burlas a su subordinado, limitándose a entregarle a Abyazov dos papelitos con sellos de la comisaría.

—¡Esto es para la calesa! —dijo. Y añadió—: Y decidles a los idiotas de los cocheros que tienen que venir a la comisaría con estos talones para que Vasyl les abone el dinero, en lugar de estar tratando de pagar con ellos en los bazares, como si fueran billetes de banco.

—¿Y seguro que Vasyl les pagará? —se permitió vocear sus dudas Samsón.

—¡Desde luego que sí! ¡Ahora sí! ¡Antes no había dinero para estas cosas: solo había talones! ¡Y ahora hay dinero y hay talones! —dijo Naiden y echó una pícara miradita al traje de Jakobson—: ¡Acaba de darle este odioso espantapájaros a Vasyl, a ver si le encuentra sitio en el almacén! ¡Si no, vas a tener aquí humedad para ganarte dos tuberculosis!

Samsón asintió maquinalmente. Y, en cuanto Naiden hubo salido, suspiró aliviado.

—No te llevas bien con él, ¿o qué? —se interesó Abyazov.

—¡Nada de eso! ¡Nos llevamos muy bien! —le aseguró Samsón—: Lo que pasa es que tiene la nariz muy sensible y cualquier cosa lo pone a estornudar. ¡Por eso ve humedad por todas partes y protesta!

El cochero que los llevó hasta Puscha-Vóditsa se negó en redondo a aceptar el talón con el sello y exigió dinero contante y sonante: le daban igual los del zar, los *kérenki* o los rublos nuevos, los soviéticos.

—¡Haberme dicho desde el primer momento que pensabais pagarme con papelitos y no con dinero, y os juro por Dios que no os habría llevado!

—¡Te doy mi palabra de que valen, oye! —lo convencía Samsón—: ¡Estos talones están respaldados con dinero! ¡Las tarifas por tramos han sido calculadas y aprobadas!

—¿Dónde tenéis eso?

—¡En la comisaría! Si nos esperas, que no vamos a demorarnos mucho, hacemos la vuelta juntos y cobras los dos viajes de golpe. ¡Y yo te acompaño a cobrar!

El cochero clavó los ojos en Samsón, como si mirara a un chiquillo, y, a la vez, se rascó la barbuda mejilla derecha, lo que lo hacía parecer aún más desdeñoso. Sin embargo, cuando se volvió hacia Abyazov, bajó el brazo y Samsón comprendió que el cochero alimentaba un respeto de otra índole por el mudo chequista.

—¿Y usted qué dice, jefe? —le preguntó.

A Abyazov lo contentó que el cochero comprendiera sin dificultad que el jefe era él.

—¡Dice bien! Si nos esperas, volvemos juntos y se te pagará lo tuyo —le comunicó con una sonrisa seca.

El cochero se ajustó la chaqueta acolchada y todo lo que llevaba debajo de ella para mantenerse caliente. Se apretó el cinturón que la sujetaba.

—De acuerdo —convino por fin—. Espero aquí.

La cancela que daba acceso al patio no estaba cerrada con llave.

Abyazov la empujó, y los dos hombres entraron. La casa de madera, con las contraventanas abiertas, estaba al fondo del patio; a la izquierda, había tres cobertizos con los tablones de las paredes traseras recostados en la tapia que separaba la propiedad de la calle.

Samsón observó el comportamiento del chequista y aguzó el oído. Un cuco cantaba a lo lejos. El viento agitaba las copas de los pinos y el murmullo que generaba enriquecía el paisaje sonoro del patio. Abyazov se inclinó y examinó la tierra delante de los dos primeros cobertizos, antes de avanzar hacia el tercero. En el suelo delante de la entrada de este último habían echado unos puñados de arena amarilla. El chequista apartó la arena con la puntera de la bota, se inclinó momentáneamente hasta el suelo y miró a Samsón. Sus ojos resplandecían de puro contento. Después, se enderezó y alisó los pliegues que se habían formado en su chaqueta de cuero.

—¡Aquí está! —dijo señalando con el dedo la mancha oscura que la arena había estado tapando.

Abyazov tiró del candado que colgaba de dos aros de metal en la puerta. Lo sacudió comprobando si sería capaz de arrancarlo y liberar el pasador que atravesaba el arco de hierro que mantenía la puerta cerrada.

A todas luces, no lo iba a conseguir. Abyazov se volvió hacia la casa.

Dos escalones de madera conducían a la puerta de la vivienda, que estaba pintada de color ladrillo.

—¡Llama! —ordenó Abyazov.

Samsón pegó tres sonoros puñetazos en la puerta.

—¡Así se golpea! —lo felicitó el chequista—. A los sospechosos hay que pegarles un buen susto para empezar. Cantan que da gusto cuando están asustados.

Se escucharon unos pasos detrás de la puerta. Dos cerrojos de metal chirriaron antes de que se abriera. Un hombre al que las gafas y la barba picuda le daban una pinta de maestro de escuela apareció en el umbral y se quedó de piedra al ver a los dos policías armados y vestidos con chaquetas de cuero. Sus pantalones negros clamaban por una plancha y la chaqueta acolchada que llevaba indicaba que en la casa no gozaban de calefacción. ¡Tampoco es que hubiera señal de la presencia de carbón en todo el patio! Mucho menos se veía leña junto al sendero que unía la casa con los cobertizos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Abyazov sin más preámbulo.

—Shpakévich —respondió el hombre y preguntó enseguida—: ¿Qué buscáis?

—Nos ha llegado una denuncia de que aquí se ha cometido un asesinato, ¡¿qué te parece?! —lo sorprendió el chequista.

—¿Qué denuncia es esa? ¿De qué asesinato habláis? —preguntó el dueño de la casa con voz temblorosa. Se dio la vuelta y llamó con un grito—: ¡Katia, ven aquí! ¡Dicen que se ha cometido un asesinato!

La cabeza erizada de su mujer apareció detrás de él. Tenía la cara grandota. Daba la impresión de que de sus ojos grandes y algo saltones podían brotar sin esfuerzo rayos y truenos.

—¿Quiénes son estos? —preguntó a gritos.

—¡Somos de la Milicia Obrera y Campesina soviética! —le respondió Abyazov estirando meticulosamente las sílabas—: ¡Salid los dos! ¡Abridnos el cobertizo ahora mismo!

—¿De qué cobertizo hablas? —replicó con tono sarcástico la mujer, desplazando a su marido y ocupando el primer plano.

—¡El cobertizo donde se ha derramado sangre! —le explicó Abyazov con voz serena.

A Samsón no le gustaba el papel de testigo mudo que le estaba tocando jugar en la escena, pero lo cierto es que se sentía incómodo en presencia de Abyazov. Era como si de él emanara una cierta ola de autoridad. No había sido por gusto que Naiden lo había puesto al mando del dúo policial.

—¡Ahora mismo lo abro! —anunció la mujer, y enseguida se puso un abrigo largo de color gris, descolgó un manojo de llaves que colgaban de un clavo en la pared del recibidor y traspasó el umbral.

Al llegar al tercer cobertizo, la mujer se detuvo y bajó la mirada al suelo, donde asomaba la mancha oscura debajo de la arena desplazada. La mujer removió la arena con la punta de su bota para volver a tapar aquello que había llamado la atención de Abyazov.

El candado chirrió, uno de sus lados se descolgó, y la mujer abrió la puerta de par en par.

—¡A ver! ¡Ya podéis buscar el asesinato que tanto os interesa! —los retó.

Abyazov entró sin demora al cobertizo vacío. La luz que se colaba por la puerta abierta y caía sobre el suelo de tierra resultaba suficiente para

advertir la presencia de otras manchas oscuras, sobre las que también habían echado arena.

—¿De dónde salió esta sangre? —preguntó Abyazov señalando las manchas.

—¿Dónde se ha visto que se mate un cerdo sin que chorree sangre? —le preguntó la mujer.

Samsón suspiró aliviado. Ahora tenía claro que allí no se había cometido ningún asesinato. De modo que podían darse la vuelta tranquilamente y reunirse con el cochero que los esperaba afuera.

—¿Mataron un cerdo, entonces? —preguntó Abyazov estirando las palabras. Y añadió—: ¿Era vuestro el animal?

—¡No! ¿De dónde íbamos a sacar un cerdo nosotros? Era del vecino. Nos pidió que se lo matáramos.

—¿Y qué hicisteis con la carne? —continuó interrogándola el chequista.

—Se la llevó.

—¿Os pagó?

—¡Pues claro! ¿O te crees que íbamos a trabajar por amor al arte?

—¿Cuánto os pagó?

—Nos pagó con sal. Diez libras.

—¿Qué tal si nos volvemos ya? —intervino Samsón, a quien, entre otros motivos para marchar, le habían dado ganas de evacuar el vientre.

—¡Nos podemos ir, perfectamente, sí! —dijo Abyazov. Y avisó—: ¡Pero habrá que cargar con uno de estos dos para proseguir la investigación!

—¿Y qué es eso que vas a investigar? —se interesó la mujer.

—El sacrificio ilegal de ganado y la subsiguiente violación de la orden del Oprodgubkom que prohíbe el comercio de carne —le respondió el chequista como si recitara un texto bien aprendido.

—¡Jamás escuché una cosa semejante! —protestó la mujer. En su voz se percibió por primera vez un tono de duda, aunque eso no disminuyó su desagradable aspereza—. ¡En todo caso —añadió—, nosotros no hemos comerciado con nada!

—¡Eso es lo que vamos a averiguar en comisaría! —zanjó Abyazov—: ¡Así que prepárate a acompañarnos! ¿O prefieres que venga tu marido y entonces no tenemos que hablar a gritos?

—Sí, es mejor que vaya mi marido —soltó apresuradamente la mujer y apretó los labios con disgusto. Después se dirigió a la casa y gritó al interior

desde el umbral—: ¡Vania, sal, que te vas con estos hombres!

El marido se asomó al patio con cara de susto. Tenía las gafas torcidas: por lo visto, se las había calado a toda prisa.

—¿A dónde tengo que ir?

—¡Te vas al centro con ellos! —le respondió señalando a los policías. Y, volviéndose, les preguntó—: Me lo devolveréis, ¿verdad?

—¡Eso no podemos saberlo! —dijo Abyazov encogiéndose de hombros—: Dependerá de lo que nos cuente…

Con el detenido apretado entre los dos y muerto de miedo en el banco de la calesa, Samsón y Abyazov volvieron a la comisaría traqueteando sobre el suelo de adoquines.

—¡Ahora lo interrogas y redactas el informe! —ordenó Abyazov, inclinándose hacia delante para mirar a Samsón. Y aclaró—: ¡Todavía tengo un par de asuntos pendientes hoy!

Samsón también se inclinó hacia delante, miró al chequista y asintió.

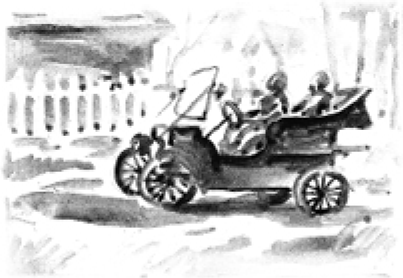
En su cabeza se agitaban pensamientos extraños. Él tampoco había escuchado nada acerca de la prohibición del comercio privado de la carne. Encima, ahí no había habido comercio alguno. ¡Solo habían sacrificado un cerdo y punto!

—¿Y qué le voy a preguntar? —dijo—. Este hombre no ha vendido nada: ¡lo único que hizo fue clavarle un punzón a un cerdo!

—¡Donde se mata un cerdo, allí mismo lo venden! —le respondió Abyazov—. ¡¿Dónde has visto que regalen la carne?! Lo único que hay que averiguar es quién la vendió, cuánto cobró por ella y a quién se la vendió. ¡Y este te lo va a contar todito, ya verás!

Abyazov dirigió su mirada cargada de sarcasmo hacia el pálido detenido, que simulaba dormitar. No obstante, la tensión en su rostro y la atenta colocación de sus orejas para seguir la conversación ajena delataban su fingimiento y su miedo.

Capítulo 3



El acta del interrogatorio al asustado vecino de Puscha Iván Shpakévich apenas ocupó medio folio. Shpakévich facilitó la dirección del ciudadano Briskin, quien le había traído el cerdo que mató, y reconoció que, por encargo del propio cliente, había matado a otros cuatro cochinos, trabajo por el que Briskin le había pagado con unas cincuenta libras de sal. La sal, Shpakévich la intercambiaba después en los almacenes del Estado por mijo y harina. También confesó que se quedaba con cinco libras de tocino de cada uno de los animales sacrificados, de las que, aseguró, ya no tenía nada en casa. Una parte del tocino se lo habían comido su mujer y él; la otra la había intercambiado por un trozo de tela de lana con el que se proponían mandar a coser un vestido abrigado para ella.

Concluido el interrogatorio, Samsón hizo firmar a Shpakévich un documento mediante el que se obligaba a permanecer en la ciudad de Kiev y lo dejó marchar. El acta se la llevó a Naiden.

—¡Un caso sin importancia! —le dijo al jefe mostrándole el acta—: ¡Archivémoslo sin más! ¿Acaso matar al cerdo del vecino es delito?

Naiden leyó el acta con atención.

—Sí, Abyazov ya me dio parte —asintió y arrugó los labios—. Pero no lo podemos cerrar así sin más… Aquí se ha violado una orden del Oprodgubkom…

—¿Y qué demonios es eso? ¡No se ha recibido ninguna disposición de ningún Oprodgubkom!

—¡No la has recibido tú! ¡Porque tú aquí no eres el jefe! ¡Pero yo sí que la recibí! ¡Y no la estudié a tiempo! El Oprodgubkom es la comisión

especial de abastecimiento provincial —le explicó Naiden—. ¿Entiendes de lo que estamos hablando? ¡«Especial»! ¡Es como un ministerio de alimentos! ¡Son tiempos de hambre! ¡Hay que dar de comer al Ejército! ¡Y a los trabajadores! Abyazov, como buen chequista que es, ha entendido enseguida que el caso es relevante…

Por el tono de la voz del jefe, Samsón captó su incomodidad con el asunto y su deseo de actuar con precaución.

—¿Qué quiere que haga, entonces? ¿Que vaya a por el tal Briskin?

Naiden no respondió enseguida y miró a Samsón con cierto abatimiento.

—Sí —dijo por fin, y suspiró—: Ve y detenlo por estar especulando con el precio de la carne. ¡Ya vemos después!

—¿Me puedo llevar a Jolodny conmigo?

Naiden asintió con la cabeza.

El mismo cochero que los había trasladado a Puscha-Vóditsa aquella misma mañana esperaba frente a la comisaría, como si supiera que iba a hacer otro viaje con ellos. Vasyl le había pagado la carrera completa, aunque haciendo de tripas corazón. Eso significaba que al menos en un cochero se había despertado la confianza en la Milicia Obrera y Campesina.

Jolodny estaba encantado de cruzar media ciudad subido a una calesa. Sobre todo, si lo hacía con Samsón, por quien sentía un claro afecto.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó por Abyazov, sin apartar la vista de los edificios del bulevar Bíbikovski, junto a los que circulaba el carro golpeando los adoquines.

—Un tipo seco, permanentemente en guardia —le respondió Samsón.

De repente, algo llamó su atención y se dio la vuelta. Era Shpakévich, a quien habían dejado marchar una hora antes, que avanzaba por el borde de la calle.

—¡Alto! —le gritó al cochero. Después se alzó apoyándose en el estribo derecho de la calesa, lo que hizo que esta se inclinara significativamente. Lo llamó—: ¡Ven aquí!

Shpakévich ya se había percatado de quién era y corrió hacia ellos. El susto, en su semblante, se mezclaba con la estupefacción. Pero, tal vez, el susto aún permaneciera desde los minutos del interrogatorio. Samsón se movió hacia Jolodny, haciéndole sitio a Shpakévich en la esquina del banco.

—¡Vamos a Puscha, precisamente! ¡Así que te llevamos! —le dijo Samsón.

—¿Y a qué vais a Puscha? —inquirió sorprendido el nuevo pasajero.

—¡A prender a Briskin!

—¡Pero no le vayáis a decir que fui yo el que os dio su nombre!

—¿Cómo quieres que no se lo digamos, si estáis involucrados en el mismo caso? —se sorprendió Samsón de la ingenuidad del hombre, y, volviéndose hacia Jolodny, le preguntó—: ¿Has oído eso?

Jolodny asintió con la cabeza y sonrió.

—De modo que lo que creo de él… —continuó Samsón la conversación interrumpida—, del tal Abyazov…

Jolodny negó con la cabeza en forma brusca y enérgica. Señaló con un guiño al pasajero acabado de subir. Y Samsón captó la señal.

No se habla del trabajo delante de extraños.

—Pronto llegará el calor —dijo, tras una pausa, Jolodny para iniciar otra conversación—. ¡Fíjate en toda esa nieve sucia que se está fundiendo!

En ese instante, frunció el ceño, como si acabara de asaltarlo una duda enojosa, y volviéndose hacia Shpakévich le preguntó:

—¿Y tú cómo te llamas, exactamente, camarada?

—¿Yo? —se agitó Shpakévich—: Iván Stepánich me llaman.

—¿Qué profesión tienes?

—Trabajaba como dependiente.

—¿De algún terrateniente?

—No, era dependiente en una tienda. Pero estos dos últimos años no he trabajado. Desde que quemaron la tienda, me quedé en el aire.

—¿Y cómo sobrevives? —le preguntó Samsón mirándolo fijamente a los ojos.

—¡Pues como todo el mundo! —respondió el hombre encogiéndose de hombros—: De los viejos ahorros y de lo que saco del huerto. Tengo un huerto y un jardín detrás de la casa.

—Entendido —dijo Jolodny. Y cambió el sentido de sus preguntas—: ¿Crees en Dios?

—¡Pues, ¿qué quieres que te diga?! ¡A veces creo y a veces no!

—¿Y qué sentimientos te despierta Judas Iscariote?

—¡Lo odio! —se inflamó Shpakévich—: ¡Ese fue el que traicionó a Dios!

—¡Eso es! ¿Lo ves? —preguntó mirando a Samsón—: ¡Y esto es lo que todo el mundo dice! ¡Todo el mundo! ¡Y le quieren levantar un

monumento!

—¿A quién le quieren levantar un monumento? —preguntó Shpakévich con los ojos como platos.

—A Judas.

—¿Y a quién se le ha ocurrido tal cosa?

—¡Al camarada Trotsky! —le informó Jolodny.

El antiguo dependiente sacudió la cabeza. Quiso decir algo, pero las palabras se le atragantaron. Tosió.

—Va y él sabe más de Judas que yo, ¿no? —dijo por fin, aunque la duda reverberaba en su voz—: ¡Yo solo puedo juzgar por lo que ponen las Escrituras!

—Él sabe más, eso sí —confirmó Jolodny la suposición de Shpakévich—: ¡Pero al pueblo hay que prepararlo primero para algo así! ¡Porque el pueblo no lo entenderá si no se le explica antes!

—¿Y por qué les ponen monumentos a los zares sin dar explicaciones?

—¡Antes lo hacían! —le recordó Jolodny—: Unos zares levantaban monumentos a otros zares. ¡Pero eso se ha acabado!

Dejaron a Shpakévich junto a la cancela que daba acceso a su patio. Samsón le recordó que no podía abandonar Kiev bajo ningún concepto.

—¡No soy un suicida! —aseguró el dependiente con resignación—. Aquí las cosas están que da miedo, pero allá afuera no duras vivo dos días.

—¡Lo mejor es que no te aventures fuera de tu patio! —gritó Jolodny con su voz de barítono—: ¡Si yo fuera tú, ni saldría de casa!

—¡Eso mismo! —convino Shpakévich—. ¡No me moveré de aquí!

Después de llegar al final de la calle Nekrásovskaia, giraron a la derecha y detuvieron el vehículo en la dirección indicada.

La puerta del patio estaba cerrada. Al otro lado, un perro grande y de raza indefinida ladraba con fuerza.

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí? —gritó Samsón en dirección a la casa de madera, amplia y elegante, con las contraventanas de color azul abiertas de par en par.

La puerta tardó un minuto en abrirse. La chiquilla que apareció en el umbral llevaba una falda larga de color gris y un abrigo de piel de astracán echado sobre los hombros.

El perro, al verla, se calló. La voz suave y cantarina de la muchacha irrumpió en el espeso silencio y preguntó:

—¿A quién buscan?

—¿Está Moiséi Briskin en casa? —preguntó Samsón.

—Papá fue a la ciudad, pero estará de regreso muy pronto.

—¿Podemos pasar? —preguntó Jolodny—: La verdad es que preferiríamos esperarlo dentro.

—Será mejor que lo esperen ahí fuera —explicó la chiquilla—, porque Amiguito muerde y no creo que yo sola lo pueda controlar.

Se acomodaron en la calesa detenidos frente a la verja. El rostro del cochero mostraba a las claras su disgusto, aunque no abrió la boca. Lo que no se ahorró, no obstante, fue dedicar un par de sombrías miradas a los pasajeros.

Pasaron las horas. Comenzó a oscurecer. Había personas y carros circulando por la calle. Era la gente que volvía a casa. Samsón sintió deseos de marchar también a la suya. De repente, se escuchó el roce de una tela contra otra, como si alguien hubiera tirado de una manta que sirviera de cubrecama. Después, retumbó un golpe contra una superficie de madera, como si algo hubiera caído a un suelo de tarima, seguido por un breve chirrido metálico y un grito. El grito pertenecía a Nadiezhda.

Samsón se estremeció, se puso en pie de un salto y saltó de la calesa. Sentía escalofríos. Le temblaba todo el cuerpo. Ahora ya no era el grito de Nadiezhda lo que escuchaba, sino su llanto. ¿Qué podía haber pasado allá? El nerviosismo le atenazaba las articulaciones. No se escuchaban voces ni ruidos, pero su preocupación crecía. Bajó la vista, se miró las manos, levantó los puños a la altura de su cara. Después, abrió el puño derecho, apartó el gorro de piel y apretó la palma de la mano contra su pabellón auricular desnudo.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Jolodny.

—Me encuentro mal —le respondió Samsón, y se aproximó de un salto a la puerta cerrada. El perro guardián ladró de nuevo. Reculó unos pasos y estuvo a punto de ser atropellado por un carro que pasaba.

—¡Vigila por dónde andas, borracho! —le gritó un cochero barbudo y con la cara gorda, antes de pegar con la fusta al caballo—: ¡Arre! ¡Arre!

Jolodny bajó de la calesa y se acercó a Samsón.

—¿No te habrás puesto malo? —preguntó, mirando a los ojos a su compañero—. ¿Será que has pillado el tifus? —conjeturó, y reculó enseguida, alejándose.

—Pero ¿qué tifus ni qué leches, hombre? —protestó Samsón—: ¡Son los nervios! ¡Y el frío que está haciendo!

—¡Es que se ha hecho de noche! ¡Y, en cuanto se pone el sol, el frío brota por todos lados!

Samsón liberó la cinta de cuero que cerraba la funda de su pistola, pero, al ver la mirada de sorpresa de Jolodny, la fijó de nuevo, aunque más holgada, clavando el pasador en otro orificio.

Les llegó el ruido de un motor que se aproximaba. Ambos se volvieron sorprendidos, porque era el primer motor que oían en todo el rato que habían estado sentados allí. ¡Un automóvil, por fin!

Un elegante Ford T se aproximó a la verja de la casa de Briskin. Parecía un coche de los muy caros, pero sin caballos. El conductor, que llevaba gafas de protección, se volvió hacia el pasajero cuando detuvo el vehículo. Este salió y empujó la puerta, que se cerró con un chasquido seco. El Ford T dio marcha atrás, superó la calesa de Jolodny y Samsón, se dio la vuelta y, sin detenerse, se alejó.

Samsón apartó la vista del vehículo que se marchaba y vio que el pasajero, un hombre delgado con abrigo y pantalones negros, metía la mano por una rendija en la cancela y descorría el cerrojo por dentro. Ya había conseguido entrar al patio cuando Samsón corrió hacia él y le gritó:

—¡Alto! ¡¿Es usted el ciudadano Briskin?!

El hombre se giró.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó secamente.

El perro guardián ocupó una posición entre su dueño y la verja.

—¡Somos de la milicia! ¡Se viene con nosotros! —le gritó Samsón.

—Pero ¿qué dice? —respondió con un punto de insolencia el hombre. Y añadió—: ¿No ve que todavía no he cenado?

—¿Qué quiere? ¿Que nos lo llevemos a la fuerza? —le gritó Jolodny—. ¡Hace dos horas que estamos aquí esperándolo!

—¿De qué se trata, ciudadanos? —dijo Briskin, y avanzó un paso situándose junto al perro—. ¿Qué quieren de mí?

—¡Eso se lo vamos a explicar en el cuartel! —le contestó Samsón.

—¡Se están metiendo en un buen lío! —dijo Briskin muy seguro de sí mismo. Y añadió para mayor claridad—: Son conscientes de que no a todo el mundo lo traen en automóvil hasta la puerta de su casa, ¿verdad?

—¿Es del trabajo de donde ha llegado ahora? —preguntó Jolodny, y en su voz se percibió la cautela. Quiso saber más—: ¿Dónde trabaja, exactamente?

—En la comisión de forrajes.

—¿Es cierto que el ciudadano Shpakévich ha estado matando sus cerdos? —lo interrogó Samsón con voz firme y volvió a escuchar el llanto lejano de Nadiezhda. Entonces frunció los labios, lo que lo hizo parecer aún más fiero.

—¿Shpakévich? ¿De qué Shpakévich me habla? —preguntó Briskin, y reculó acercándose a la puerta de la casa.

El perro ladró y se afincó sobre las patas traseras, listo para saltar. Evidentemente, había captado el miedo en la voz de su amo y comprendido que el peligro no había pasado.

—¡Aparte a ese perro de una vez y salga! —mandó Samsón, y se llevó la mano a la pistolera. Sacó el arma.

—¡Eh, eh! ¡Tranquilo! —Briskin levantó el brazo en un gesto tranquilizador—. ¡Quieto, Amiguito! ¡Quieto! —le gritó al perro—. ¡Espero que su jefe esté en la comisaría ahora! ¡Esto lo arreglará en un santiamén! ¡Me estarán trayendo aquí de vuelta enseguida! —zanjó, y en esas últimas palabras había algo de amenaza—. Denme un instante para avisar a mi hija —les pidió, y con gran elegancia se fue a meter en la casa sin esperar respuesta.

—¡Avise también a su mujer! —le gritó Jolodny.

—¡Mi mujer está en el cementerio! —dijo el hombre volviéndose un instante—. Se la llevó el tifus.

Tardó cinco minutos en reaparecer. Samsón y Jolodny ya se miraban confundidos. El perro, que los observaba desde el patio, estiró las orejas y se puso en tensión.

—¡Habrá que pegarle un tiro a ese chucho! —farfulló Jolodny.

Pero en eso se abrió la puerta de la casa. Briskin, que iba acabando de masticar alguna cosa, se acercó a la verja. Olía a tocino y a cebolla.

—¡No me iba a ir a la cárcel con la barriga vacía! —dijo, haciendo gala de sus malas pulgas mientras se acomodaba en la calesa.

—¡No lo llevamos a la cárcel, sino al cuartel de la milicia! —le recordó Samsón. Y ahí escuchó, con su oído interior, que su estómago comenzaba a

protestar de hambre. Fue como si sintiera envidia de la saciada barriga del detenido Briskin.

Capítulo 4

—¡El registro es más importante que el arresto! Pero, a ver, ¿es que sois idiotas? —gritaba Abyazov completamente histérico con su vocecita de pito, mientras sus pequeños ojos se fijaban, por turnos, en Jolodny y Samsón.

—¡Pero si no contábamos con una orden de registro! —se justificaba Samsón, ya agotado.

—¡Da igual! ¡Tampoco teníais una orden de arresto! ¿Acaso eso os impidió llevároslo? —replicó Abyazov bajando un poco la voz—: ¿Acaso no sabéis que las órdenes se pueden emitir con fechas retroactivas?

La discusión transcurría en el tramo de escalera entre la planta baja y la primera. Ya el guardia había conducido a Briskin al calabozo del sótano. Pero era probable que aquella bronca sobre los procedimientos policiales también se escuchara allá abajo.

Jolodny bostezó. El viaje de vuelta en la oscuridad, que les tomó algo más de una hora y media, los había acabado de agotar. Samsón estaba molido y sentía un fuerte dolor en las caderas. Los gritos y el llanto de Nadiezhda que había escuchado antes le habían puesto los nervios a flor de piel. De pie en la escalera, miraba a Abyazov con una mezcla de hostilidad y compasión.

—Bueno, dejémoslo aquí —zanjó Abyazov la conversación—: ¡Podéis marcharos! ¡A primera hora de la mañana conseguís las órdenes de arresto y registro y volvéis allá! ¡Quiero que registréis esa casa de arriba abajo!

—¿Y qué es lo que debemos buscar? —preguntó Samsón.

Abyazov lo miró como mira un maestro de escuela miraría a un alumno que siempre suspende.

—¡Carne! ¡Carne es lo que tenéis que buscar! ¡Y dinero o cosas que haya podido haber intercambiado por carne!

Cuando salió a Tarásovskaia, Samsón sintió que le temblaban las piernas. Las farolas estaban apagadas; el frío le clavaba sus gélidas agujas por todo el cuerpo. Se hacía sentir sobre todo en el pabellón auricular desnudo, de modo que Samsón tiró del gorro de piel hasta cubrirlo, y echó a andar a grandes zancadas en dirección a su casa.

En algunas ventanas se veían los reflejos de las velas que ardían en el interior de los hogares. Un destacamento de soldados a caballo irrumpió de pronto en la vía. Venían a su encuentro y los cascos arrancaban chispas del suelo de adoquines. Samsón se apartó para dejarlos pasar y, después, los siguió con la vista. La tropa pasó como un torbellino pesado y exhausto, antes de desaparecer entre el ruido.

Samsón permaneció unos instantes allí, de pie, escuchando. ¡Algún combate esperaba a aquellos soldados si cabalgaban con aquellas prisas! Las cosas se estaban poniendo muy mal. Tan mal que no daba ganas ni de hablar de ello. Por eso Naiden y Jolodny callaban acerca de lo que estaba sucediendo a las afueras de Kiev. Lo que no podían era dejar de pensar en ello. También Samsón callaba. Callaba, pero meditaba. Las noticias de las victorias del Ejército Rojo ayudaban a relajar la tensión, aunque el número de esas victorias, de las que se daban breves noticias en el periódico *El Bolchevique*, servía más para dibujar un frente largo, casi infinito, que para prometer una victoria plena y final del poder soviético. La guerra vagaba por los restos del Imperio ruso y, a veces, ni siquiera involucraba al Ejército Rojo, porque también se producían enfrentamientos entre fuerzas opuestas al poder soviético. ¡Tales combates sustentaban la idea de que había territorios por los que contendían otras fuerzas!

Samsón no tuvo que esperar mucho en el umbral. Al escuchar su voz, la viuda descorrió enseguida los dos cerrojos y se hizo a un lado, pensando que su inquilino la ayudaría a colocarlos de nuevo, como solía hacer. Pero Samsón echó a correr escaleras arriba. Abrió la puerta de su apartamento, se precipitó al salón y allí vio a Nadiezhda, sentada a la mesa y alumbrada por el calendario de tres velas. Inmóvil como una esfinge, apoyaba los codos en la mesa. Tenía el rostro inclinado y oculto tras las palmas de sus manos. En

el suelo yacía la lata de los caramelos. Un poco más allá estaba la tapa. La caja de los polvos en la que Samsón conservaba su oreja asomaba por debajo de una silla.

Conteniendo la respiración, Samsón se inclinó y recogió la cajita. Después, la metió en la caja de hojalata, la cerró con esfuerzo y se la guardó en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. Aún se quedó un instante paralizado, meditando, antes de negar con la cabeza y ponerse en marcha. Se despojó del cinturón con la pistolera y llevó la chaqueta al pasillo, donde se quitó los zapatos para regresar al salón ya descalzo, percibiendo el olor acre del sudor de los pies, que ascendía cada vez que se liberaba de las botas.

Nadiezhda, hasta entonces sentada en silencio, se estremeció y se echó a llorar.

—¡¿Cómo pudiste?! —le espetó mirándolo con los ojos hinchados—: ¿Qué te he hecho yo? ¡Es el mayor susto que me he llevado en la vida! ¡Pensé que me habías puesto caramelos bajo la almohada! ¡Me alegré tanto! ¡Me dieron unas ganas tan grandes de comer chucherías caramelizadas! ¡Sacudí la cajita! ¡Sonaba como si tuviera caramelos! —Negó con la cabeza —: ¡Y lo que había dentro eran dos balas y una oreja! ¿Cómo se te ocurrió asustarme de ese modo?

Samsón quería que se lo tragara la tierra.

—¡Perdóname, Nadienka! ¡Perdóname, te lo ruego! —le dijo en un susurro, y alargó sus brazos, la tomó a ella por las muñecas calientes, las bajó a la mesa y cubrió las palmas de las manos de la muchacha con las suyas—. ¡Dime que me perdonas! ¡Te lo explicaré todo! ¡No lo haré ahora mismo, eso no! ¡No quise asustarte! ¡Con esas balas que viste ahí me trataron de matar! ¡Y me las guardé de recuerdo! La oreja, lo mismo. ¡Es mi oreja, ¿entiendes?!

—Pero ¿por qué pusiste todo eso bajo la almohada?

Nadiezhda dejó escapar un hondo suspiro y, no sin esfuerzo, liberó sus manos del apretón de las del hombre. Las colocó sobre sus rodillas, debajo de la mesa. Agitó la cabeza en señal de reproche.

—Me voy a la cama —dijo en tono más sereno, pero a la vez frío—. ¡Me he pasado medio día llorando! Estoy muy cansada… Salí antes de hora del trabajo. Me dejaron marchar porque me dolía mucho la cabeza. Pensaba tumbarme un rato y, después, prepararte una sopa. Y, al acostarme, metí la mano debajo de la almohada sin querer y ya ves…

Samsón se quedó solo en el salón y miró largamente el candelabro. Se sentía incómodo y hasta le dolía, como si se hubiera perdido una aguja entre su ropa y ahora se le clavara en la piel de tanto en tanto. La angustia lo apartó de la mesa. La excitación, mezclada con el sentimiento de culpa, no iba a permitirle marchar sin más al reino de Morfeo.

Pero entonces una idea se apoderó de repente de él. Bajó a la portería y llamó a la puerta.

—¿Qué se te antoja? —le preguntó la viuda del portero.

El punto de embriaguez que se adivinaba en su mirada mostraba que aún no se había ido a dormir.

—¿No tendrá caramelos de frutas, por casualidad? —le preguntó Samsón. Y añadió enseguida—: ¡Le compro los que tenga! ¡Es una cuestión de vida o muerte!

—¿Caramelos, dices? —preguntó ella, pensándoselo—. Pasa, ven, siéntate un poco conmigo.

La viuda condujo a Samsón a la cocina y tomó asiento frente a su copa de cristal facetado. Miró al invitado y sacó una segunda copa en la que sirvió un poco de licor.

—¿Por qué lloraba así Nadia? —preguntó—. Se la escuchaba desde aquí.

—No se encuentra bien. La dejaron marchar a casa antes de hora en el trabajo. Parece que es migraña. Por eso se me ocurrió regalarle unos caramelos de frutas. Pero a estas horas todos los puestos ya cerraron.

—¿Y si le partimos un poco de azúcar? ¡A veces chupo azúcar contra la acidez! Y me ayuda mucho.

Samsón negó con la cabeza. Suspiró y apuró el último sorbo de licor. Hizo una mueca de dolor, que expresaba la frustración que sentía.

—¿Es que está muy amargo? —le preguntó, solícita, su anfitriona.

—¡No! ¡Es por lo que me ha pasado por la cabeza! —explicó él.

—¡Ah, es por los caramelos! —El brillo que el alcohol había puesto en los ojos de la viuda se transformó de repente en una sana curiosidad—. ¡Eso es que Nadiezhda te importa! —dijo ella con un punto de travesura en la voz, y sus ojos escrutaron el rostro de Samsón a la espera de su respuesta.

—¡Me importa, sí! —reconoció él.

—¡Te voy a echar una mano con eso! ¿Qué te parece? A fin de cuentas, ¡fui yo quien os juntó! —La viuda fijó los ojos en su copa—. ¡Hay un lugar

donde venden caramelos toda la noche! ¿Conoces la sinagoga que hay junto al bazar de los judíos?

Samsón asintió con la cabeza. Se acordó de una ocasión, en sus años de estudiante, en la que él y sus compañeros se habían refugiado allí de la persecución de los agentes de policía. No se metieron en la sinagoga, sino que se escondieron detrás del edificio. Y recordó cómo los agentes se plantaron frente a la sinagoga, se santiguaron, escupieron al suelo y se marcharon. Se abstuvieron de capturar a sus enemigos políticos en los predios judíos. ¡Por lo visto, le temían al Dios de los hebreos!

—Eso está en la tercera bocacalle después de la plaza Gálitskaia, ¿no es cierto? —preguntó la viuda indagando en su memoria o, tal vez, en la de Samsón—. Bueno, es en la siguiente pasada la sinagoga. Sigues ese callejón hasta que se acaba y verás una casa bastante alargada a tu derecha. Tiene una planta baja muy señalada. Sigues hasta el segundo portal, llamas a la puerta y dices que vas de parte de Kaydan. ¿Lo recordarás?

—Sí, sí —confirmó Samsón—. ¿Y qué hago después?

—¡Pues dices lo que has ido a buscar! ¡Eso sí, viste con sencillez, como un pobre! ¡Y no se te vaya a ocurrir mencionar que trabajas para la policía! ¿Lo entiendes?

Animado por la información, Samsón corrió a abrir el armario donde guardaba la ropa de sus padres. Allí dio con unos pantalones viejos de su padre, holgados y de color gris. Como era de esperar, le quedaban grandes: su padre era un gran aficionado a los blinis, glotonería que justificaba aludiendo al abuelo Krylov, también célebre por su afición a los blinis y por su posterior muerte por indigestión.

Samsón se sujetó los pantalones con un cinturón y adquirió enseguida una apariencia pobre y desaliñada. En el desván encontró la chaqueta enguatada con la que su madre solía ir al mercado para no llamar la atención, cuando la epidemia de tifus se recrudeció y la vida se les complicó a todos. La chaqueta le sentaba bien: le quedaba ajustada al cuerpo, aunque es verdad que le iba algo corta. Se calzó unas botas de su padre que encontró en una bolsa en el propio desván. Estaban gastadas, pero eran fuertes. Era la bolsa que su madre usaba para llevar la ropa vieja a la casa de misericordia. Las botas no llegaron a hacer ese camino. Los pies de Samsón bailaban dentro de las botas, que eran un par de números más

grandes, de manera que embutió papel de periódico arrugado detrás de los talones.

En la calle, la oscuridad era ahora más intensa. No ardían las farolas de la calle Zhiliánskaia, pero, al llegar a la plaza Gálitskaia, las luces lo sorprendieron gratamente. No por el resplandor que irradiaban, sino por su presencia abundante y animada. Eran cuatro las luces de farola que alumbraban la hilera de quioscos, tiendas y barracas de venta dispuestos como una extensa fachada en el lado opuesto de la plaza. Todo estaba cerrado, muerto, inmóvil.

Todo ese bazar paralizado lo fascinaba y encantaba. Y Samsón se quedó unos instantes admirándolo desde el lado opuesto de la plaza, el que daba a la estación de ferrocarriles. Mientras más lo miraba, mayor era la contradicción que encontraba entre el mundo real y el que él veía e imaginaba. El humo de una hoguera se le pegó a los labios. Unas voces humanas llegaron desde lejos. Apenas discernibles, parecían provenir del subsuelo. No formaban parte de una sola conversación, sino de muchas. De repente, un hombre surgió como de debajo de la tierra y tosió junto a uno de los puestos de venta. La tos se extendió por toda la plaza y fue dando saltos hasta alcanzar a Samsón en el lado opuesto. Devuelto a la realidad, echó a andar deprisa para dejar la plaza atrás. Llegó hasta el otro lado, giró y se encaminó por la calle correcta. Siguió por ella hasta que topó con unos raíles.

—¡Maldita sea! —exclamó molesto. Volvió sobre sus pasos y se detuvo frente a una casa alargada y de techo alto, aunque de una sola planta. En aquella oscuridad, sus blancas paredes parecían pintadas de gris.

No había huella de vida en sus negras ventanas. Samsón descubrió unos escalones que conducían al umbral y a una primera puerta. Traspasada esta, diez pasos más allá había otra puerta igual. Tampoco ahí se advertía la presencia de vida en el interior de la casa.

Samsón subió por los escalones de piedra y llamó a la puerta suavemente, tratando de no hacer ruido. No obtuvo respuesta alguna.

«¡Se confundió de casa!», pensó Samsón. No le iba a guardar rencor por ello a la viuda. Tal vez antes de la guerra, antes de la revolución, en aquella casa vendieran caramelos de frutas por las noches, pero ahora no cabía ninguna duda de que allí se ocupaban de cualquier cosa menos de las golosinas nocturnas.

Samsón regresó a la calle por la que había ido, avanzó por ella hasta el bulevar Bíbikovski y vio, junto a una verja, un cuerpo tendido de una manera extraña y en modo alguno natural. La pose del hombre, que llevaba un capote, le recordó a la de su padre cuando yacía muerto y decapitado.

Samsón se acercó al cuerpo y se acuclilló delante de él. El policía que llevaba dentro se había despertado en él y quiso saber quién era el muerto y quién lo había matado. Metió la mano en el bolsillo interior del capote, que es donde los militares y la gente seria, en general, guarda los papeles importantes, las fotografías y los documentos de identidad. La mano tropezó con lo que podía ser tanto una billetera como un sobre grueso. En ese mismo instante el cuerpo dio una sacudida y profirió unos gritos que resonaron en todo aquello:

—¡Me atracan! ¡Cabrón! ¡Socorro! ¡Me están atracando!

Samsón pegó un salto y se apartó a un lado, antes de echar a correr muerto del susto, como alma que lleva el diablo. El brinco hizo que saltara el relleno que formaba el papel de periódico en una de las botas, y esta comenzara a agitarse y amenazara con salirse del pie. Samsón detuvo el paso y se sentó junto a una tapia. Tosió e intentó recuperar el aliento. Colocó las palmas de la mano contra la tierra fría y húmeda. Le pareció que se acercaban unos pasos. Sosegar la respiración después de la carrera le iba a ser difícil, pero buscó la manera de hacerlo.

En eso, alguien se acomodó a su lado. En la oscuridad, Samsón alcanzó a descubrir que se trataba de un hombre mucho más pequeño que él. Era muy delgado y tenía la nariz aguileña.

—¿Qué? ¿Se te ocurrió dejar limpio al Barajas? —dijo una voz de niño.

Samsón se inclinó hacia su interlocutor. Descubrió que se trataba de un adolescente de unos quince años.

—¡Pensé que estaba muerto!

—¡El Barajas siempre parece un muerto! ¡Oye, ¿cómo es que no te conozco?!

—¿Qué pasa? ¿Es que tú conoces a todo el mundo aquí?

—¡Aquí, sí!

—Aquí, ¿dónde?

—¡En el bazar de los judíos!

—Es que yo no soy de aquí.

—¡Entonces, aflójame una *kérenka*! O silbo ahora mismo y te aseguro que te va a salir caro estar en territorio ajeno…

Samsón comprendió que con aquel chiquillo la cosa iba en serio. Sacó un billete de veinte y se lo extendió.

—¿De dónde vienes, entonces?

—¡Vengo de parte de Kaydan! —dijo Samsón recordando el nombre que le había dado la viuda a modo de salvoconducto para comprar los caramelos.

—¿En serio? —La voz del chiquillo tembló ostensiblemente. Le devolvió el billete de veinte—: ¡Coge! ¡Coge! ¿Y qué te ha traído aquí a estas horas de la noche?

—Quería comprar unos caramelos de frutas, pero no encontré a nadie allí.

—¿Allá, dices? —le preguntó el muchacho señalando la esquina donde había encontrado al muerto que resultó estar vivo, a la entrada del callejón.

El chiquillo se puso en pie de un salto.

—¡Ven conmigo, que te voy a enseñar dónde están! —dijo.

Se dirigieron de nuevo al edificio alargado, y el muchacho condujo a Samsón al lado contrario, donde, a primera vista, no había puertas. Allí le mostró unos pequeños escalones que conducían a un sótano.

—¡Ahí están! —dijo, antes de marcharse.

Samsón llamó a la puerta con la máxima cautela. La abrió una mujer que llevaba una lámpara de queroseno. Su rostro estaba hinchado y rojo, como si acabara de salir de la sauna.

—¿Qué se te ofrece, cariño?

—Vengo de parte de Kaydan —dijo Samsón. Y añadió—: Vengo a buscar caramelos.

—¡Adelante! ¡Bienvenido seas! —lo invitó la mujer.

En el sótano había un olor a vapor y a miel, como si de veras alguien acabara de tomar un baño en la sauna y lo hubiera acompañado con miel.

Una vez en el interior del sótano, la maciza mujer examinó a Samsón a la luz de la lámpara. Concretamente, estudió su vestimenta y, con especial atención, sus manos.

—¿Cómo es que no te has traído una cesta? —le preguntó.

—¡Ah, pues no traje! —admitió Samsón, incapaz de comprender el alcance de la pregunta.

—¡Bah! ¡Da igual! —zanjó la mujer y le indicó con un gesto de la mano que la siguiera, mientras se internaba por un pasillo subterráneo donde el aire era aún más espeso, dulzón y caliente.

Capítulo 5

Samsón habría seguido durmiendo, pero la puerta del dormitorio crujió sospechosamente. El ruido lo obligó a despertarse y abrir los ojos. Ya no volvió a cerrarlos. Con el rostro resplandeciente de alegría y vestida con la bata de casa, Nadiezhda entró al dormitorio como levitando. Se detuvo junto a la cabecera de la cama, se inclinó suavemente y depositó un beso largo y ardiente en la mejilla de su compañero de piso. Un beso como un sello.

—¡Te has pasado toda la noche buscándome esos caramelos, ¿no es cierto?! —dijo emocionada—: ¡Deja que te prepare un té! ¡No te muevas! ¡Tú quédate tranquilito ahí! —le indicó, cuando él hizo ademán de incorporarse—: ¡Vuelvo en un suspiro!

Puede que Nadiezhda tardara casi media hora en preparar el té. A Samsón la espera ya le iba pareciendo larga y tenía muchas ganas de saltar de la cama y vestirse para que la escena no fuera a parecer la de una novia que va a visitar a su novio enfermo al hospital. Pero no alcanzó a hacerlo. Ni siquiera alcanzó a rozar el suelo frío con sus pies descalzos. Nadiezhda entró henchida de orgullo, llevando en las manos una bandeja con las tazas humeantes. La colocó sobre el tocador y le tendió una taza a Samsón, no sin antes haberlo ayudado a acomodarse mejor en la cama, encajándole una almohada bajo la espalda y alisando las arrugas de la manta. Ella tomó asiento a su lado en una silla que se había traído de la sala y, agarrando su propia taza, le dedicó una mirada cargada de emoción, aunque no exenta de alegría y admiración.

—¿Cómo lo has conseguido? —dijo por fin, animándose—: ¿Acaso asaltaste una tienda de golosinas? ¡Eso explicaría las pintas que llevabas con esa ropa espantosa!

—Lo que… ¡Es que no te lo vas a creer! Primero encontré un cadáver. Bueno, creía que era un cadáver, pero resultó estar muy vivo y se puso a gritar que lo estaba atracando…

Samsón miró al techo, recordó todas las impresiones de la noche pasada, que tan rara le parecía todavía, y que ahora, al recordarla y contarla, parecía tan extraña como divertida e inverosímil.

—¡Te creo! ¡Me lo creeré todo! ¡Tú cuenta! —le pidió Nadia.

—Bueno, fue la viuda del portero la que me dio una buena pista. ¡Resulta que hay una casa en la que fabrican todos los caramelos que se venden en el bazar de los judíos! ¡Creían que yo iba a comprar cinco docenas! ¡Y yo solo quería dos o tres caramelitos! ¡Para traértelos!

—¿Y te obligaron a comprar más? Porque ahí hay más de una docena…

—¡Es que no venden menos de dos docenas! ¡Y, encima, me dijeron que, como me vieran vendiéndolos en el territorio del bazar, me darían una buena paliza! De modo que te los vas a tener que comer tú toditos —le dijo Samsón con una sonrisa.

—¿Te crees que va a sobrar alguno? —se burló Nadiezhda—: ¡No dejaré ni uno! ¡En dos o tres días ya los habré chupado todos bien chupados! ¡Los tomaré con el té!

—¡Pues chupa uno ahora mismo! —le propuso él.

Pero ella negó con la cabeza.

—Ya me he comido tres hoy. Ahora tengo un pegote tremendo ahí en la barriga y hasta me aprieta el pecho. Voy a coger un par para llevárselos a mis padres y otro más para mi jefe… ¿No te importa?

—¡Desde luego que no!

—¡¡¡Eres el más dulce de los héroes!!! —exclamó Nadiezhda con renovado entusiasmo—. ¡Nunca fallas!

—¡Tú tampoco! —le respondió él. Y preguntó—: ¿Me perdonas?

Ella le plantó otro beso en la mejilla.

—¡Sí! ¡Estás perdonado! ¡Pero es hora de que vaya a trabajar! ¡Nos han puesto unas metas que no sé cómo haremos para cumplirlas! Nos han mandado actualizar los registros de todos los ferroviarios.

—¡Es que ahora los ferroviarios son como dioses! ¡Cada vez que les viene en gana, bloquean las vías con vagones de carga y no hay quien entre ni salga de Kiev! ¿Y cómo va la cosa?

—¡Fatal! ¡Porque no quieren colaborar!

—¿No quieren figurar en los registros?

—Se niegan a dar los apellidos y las direcciones. ¡Que si Vania y Stiopa, y con eso basta! Al principio, les mandábamos a los camaradas de mayor edad, para que el trámite pareciera más oficial. Después, comenzamos a enviar a chicas jóvenes. Pensamos que las chicas les sacarían la información con más facilidad. ¡Ni por esas! Son miles en todo Kiev y solo hemos podido completar ciento treinta y seis registros. ¡Y ni siquiera sabemos con certeza si las direcciones que nos dieron son reales o no! Se ve que algunos viven en vagones de carga o en los propios talleres en los que trabajan…

—¿Tú también has ido a entrevistarlos a la estación?

—¡Ah, no, yo no! Trabajo en otro departamento.

Samsón suspiró aliviado.

—¡Yo también me tengo que marchar! —exclamó de repente—. ¡Nos han enviado a un inspector de la checa! A modo de refuerzo, dicen. ¡Y hay que dejarle claro que no necesitamos que nos refuerce nadie! ¡Que nos las arreglamos muy bien solos!

Al despedirse, Samsón besó a Nadiezhda en los labios y en ellos se llevó a la calle el sabor dulzón de los caramelos.

Frente a la comisaría, un hervidero de gente se movía pesada y torpemente, como el azúcar quemado en un caldero caliente. Los soldados del Ejército Rojo formaban un estrecho cordón en torno a la multitud de detenidos, todos ellos muertos de miedo. Abyazov, con un papel en la mano, iba gritando los nombres de los que debían subir, de uno en uno, al camión en el que serían trasladados. Al percatarse de la presencia de Samsón, se volvió hacia él para gritarle:

—¡Ve a ver qué pasa con Briskin! Lo he dejado toda la noche en la celda de interrogatorios para que redacte su confesión.

Samsón asintió y entró a la comisaría. Allí se dio de bruces con Jolodny.

—¿A dónde se los llevan? —le preguntó señalando con el mentón el jaleo en torno al camión.

—Al cuartel de Sadóvaia. Dicen que aquí no tenemos suficiente personal para procesarlos.

—¿Y quiénes son? —preguntó recordando que los detenidos se distinguían por la ropa elegante que llevaban y sus rostros de gente instruida.

—Los recogieron anoche a partir de los listados de la gente que se negó a entregar las cuotas de ropa y muebles que se le exigió. Por cierto, ¿ya has gestionado el documento para librarte de esas obligaciones? —le preguntó y, al ver su cara de sorpresa, lo ilustró enseguida—: ¡No dejes de hacerlo! ¡Los milicianos que servimos al pueblo no le debemos nada a nadie! ¿Te ha quedado claro?

Samsón recordó a los dos soldados del Ejército Rojo que se habían instalado en su apartamento, antes de acabar arrestados. También ellos presentaron un documento que obligaba al propietario de la vivienda que eligieran a proporcionarles ropa de abrigo. Samsón cumplió con ese requerimiento y después resultó que trataba con un par de delincuentes. Por suerte, el principal de los dos, Fiódor, ya estaba bien enterrado en una tumba. ¡Ojalá que el segundo, el tal Antón, también estirara pronto la pata y dejara de hacer fechorías!

El dulce sabor del caramelo distrajo a Samsón de aquellos tristes recuerdos y dibujó una sonrisa en sus labios, que, en contra de sus pensamientos actuales, vino a devolverle sus buenas intenciones.

Junto a la puerta de la sala de interrogatorios de la segunda planta estaba apostado un soldado del Ejército Rojo armado con un fusil. Se había recostado contra la pared, con el aire de quien se está tomando un descanso. Tenía los ojos soñolientos y la mirada perdida. Al ver a Samsón frente a él, intentó ponerse en posición de firmes, pero no le salió bien: se veía que era una pose forzada.

—¡Abre! —le ordenó Samsón.

El soldado extrajo las llaves del bolsillo y trasteó en la cerradura.

Dentro alumbraba una lámpara de luz tenue. Sentado a la mesa, Briskin dormía con la cabeza apoyada sobre los brazos.

—¡Firmes! —mandó el soldado.

Briskin dio un respingo, echó la cabeza hacia atrás, parpadeó asustado.

—¿Qué? ¿Dónde? —preguntó, y miró al militar con el miedo en el cuerpo.

Samsón se acercó a la mesa y vio la pluma, el tintero y el papel completamente en blanco. Se veía a las claras que Briskin no lo había tocado en toda la noche.

—¡Espera fuera! —le ordenó al soldado, que obedeció enseguida. Y, volviéndose hacia Briskin, le dijo—: ¡Cámbiese al taburete!

Briskin se levantó de la silla con esfuerzo y obedeció la orden.

Samsón se quitó el cinturón donde llevaba la pistola y desabrochó, uno a uno, los botones de la chaqueta. Examinó los muros desnudos y percibió el ambiente de sofoco y encierro. Se acercó a la puerta y la entreabrió. Avisó al soldado de que no la cerrara hasta que se le ordenara hacerlo.

—Y bien, ciudadano Briskin —se dirigió al arrestado—: Por lo que veo, no se le dio bien la literatura esta noche, ¿eh?

Briskin permaneció en silencio y bajó la mirada. Clavó los ojos en la cadena que mantenía el taburete sujeto al suelo.

—Debo entender que no le gusta estar en esta comisaría y que prefiere que lo lleven al cuartel de la calle Sadóvaia. ¿Digo bien, ciudadano Briskin?

El arrestado se estremeció. Levantó la vista y miró a Samsón con ojos lastimosos.

—No puedo escribir porque me tiemblan las manos —susurró—. No sabía que habían prohibido la venta de carne… Ahora ya lo sé… El camarada Abyazov me lo ha dejado muy claro…

—Le seré sincero: yo tampoco lo sabía —admitió Samsón—. En estos tiempos todo cambia de repente: disposiciones, decretos y prohibiciones son el pan de cada día. ¡Hay que leer el diario *El Bolchevique* cada mañana!

—¿Y cómo quiere que me lo pague, si no me dejan ganarme la vida con el comercio?

—Comercie con mercancía autorizada.

—¡Siempre se pudo vender carne!

—¡Basta! —cortó el intercambio Samsón, consciente de que con ese tono amistoso no iba a conseguir nada—. ¡Muéstreme esas manos!

Briskin miró al instructor con desconcierto y extendió los brazos.

Samsón constató el temblor en los dedos del detenido. No temblaban mucho, pero, ya fuera por miedo o por alguna enfermedad, lo cierto era que no se estaban quietos. Como quiera que fuese, sintió pena por Briskin y quiso echarle una mano.

—Si algún problema de salud le impide escribir, ¡lo hago yo! —dijo, y suspiró con resignación—. Esto es lo que haremos: le formularé preguntas, las anotaré y, después, haré lo mismo con sus respuestas. Y, al final, usted firmará dando su conformidad a lo que yo escriba. ¿Le parece bien? ¡Y baje las manos de una vez!

Briskin tardó unos instantes en responder, pero acabó aceptando el ofrecimiento.

Samsón sumergió la pluma en el tintero, la alzó y lo miró. Se percató de que la tinta era de color rojo. Vio que Briskin también se había quedado prendado de la gota de color rojo, como de sangre, que colgaba de la punta del plumín, antes de ir a caer al tintero.

—Es raro —admitió Samsón, e intentó recordar si había visto antes el acta de un interrogatorio, o cualquier otro documento, escrito con tinta roja.

—¡Es inglesa! —dijo Briskin con toda convicción.

—¿Qué es inglesa?

—¡La tinta es inglesa! —respondió el detenido—. Esta la vendía Perelman.

—¿Cómo que la vendía? ¿Ya no la vende? —preguntó Samsón enarcando las cejas.

—Hace un mes ya que le quitaron todo el género, y poco después lo encontraron muerto.

—¿Quién le quitó la mercancía?

—¿Quién va a ser? ¡Igual ustedes mismos! Y lo mataron en su casa. Dicen que vio a los ladrones. ¡Y los ladrones se han vuelto muy crueles hoy en día! ¡Te matan por cualquier cosa!

—Así es —convino Samsón—. ¡Pero vayamos a lo nuestro! Dígame su nombre completo.

—Moiséi Zelikóvich Briskin.

Samsón escribía despacio, observando el desempeño de la tinta roja, que parecía más líquida de la cuenta al principio, pero, una vez en el papel, se secaba muy rápido.

—¿Año de nacimiento?

—Mil ochocientos ochenta y seis.

—¿Origen social?

—Clase media. Judío. Pero no profeso el judaísmo.

—¿A qué se ha dedicado bajo los distintos gobiernos?

—Al comercio.

—¿Con qué gobierno ha simpatizado?

—Yo simpatizo con cualquiera, con el que venga. Ahora, simpatizo con el suyo.

—¡Espere! ¡Más despacio! —Samsón no quería apresurarse, pero se quedaba atrás y no conseguía evitar las pausas.

—¿Cuánto tiempo hace que se dedica al comercio de carne?

—Hace dos meses.

—¿Cuánta carne ha vendido?

—¿Y eso cómo quiere que lo sepa? —se sorprendió Briskin.

—Bueno, ¿cuántos bichos ha sacrificado y de qué tipo?

—Solo cerdos. ¿Y por qué tengo que contar los bichos? —preguntó Briskin oliéndose algo—: ¿Eso es porque se me juzgará por cada uno por separado?

—No se lo puedo decir —admitió Samsón.

—¡Pues entonces guardaré silencio! —dijo el detenido y, con eso, desapareció el miedo de su rostro, que se tornó seco e impasible.

Samsón se fijó en sus dedos. Como había imaginado, ya no temblaban.

—Sí, parece que usted quiere conocer el cuartel de la calle Sadóvaia —le dijo con frialdad, y devolvió la pluma al tintero, como dando por concluido el interrogatorio.

La respiración de Briskin se agitó de golpe. Parecía dispuesto a superar el miedo que sentía montando un escándalo y soltando tacos a diestra y siniestra.

—¡Cuénteme qué pasó con el último bicho que mató! Lo de los demás se lo puede guardar —propuso Samsón—. ¡Sabemos bien que sacrificó cuatro cerdos en el cobertizo de la familia Shpakévich!

El detenido se calmó. Su respiración se tornó regular.

—¿Y qué es lo que quiere que le cuente de ese, exactamente?

—De dónde salió, a quién le vendió la carne: los apellidos, las direcciones, la cantidad de carne que compraron, el precio que pagaron… Y, si la transacción fue un canje, el tipo de objeto que intercambiaron por carne.

—Para eso tendría que hacer memoria —se quejó Briskin.

—Pues haga memoria.

—Tampoco es que me sepa las direcciones, ni los nombres… Podría reconocer alguna casa, pero solo si la tuviera delante…

Samsón sacó una hoja de papel en blanco y se levantó con la que acababa de llenar con el texto del interrogatorio.

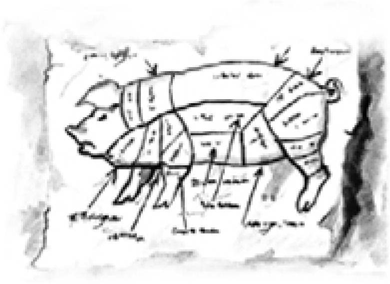
—Ahora se sentará aquí e intentará recordar todos los detalles. Las casas las puede describir o indicar dónde están… Volveré dentro de una hora. Si no tiene lo que le he pedido, el camarada Abyazov se ocupará del resto.

Briskin no se había movido del taburete cuando Samsón ya salía de la sala de interrogatorios. Solo había cambiado de posición: estaba desmadejado, como si le hubieran sacado la columna vertebral. Su cabeza colgaba sobre el suelo, la boca la tenía entreabierta, las manos sujetaban con fuerza las rodillas, como si temiera que alguien le fuera a arrancar las piernas.

—¿Cierro la puerta? —preguntó el soldado.

Samsón asintió con la cabeza y se marchó a su despacho.

Capítulo 6



Al mediodía, el solecito asomó por detrás de las nubes que cubrían Kurenieniovvka.

—¡Mira! —exclamó Sergui Jolodny, y le dio una palmada en la espalda a Samsón—: ¡Salió el sol! ¡Escuchó nuestras plegarias!

A regañadientes, Samsón asomó la cabeza por fuera del toldo que servía de techo a la calesa.

—¡Yo no le he rezado a nadie! —farfulló, todavía enojado por los inútiles registros practicados en las casas de Briskin y Shpakévich. Todo lo que habían encontrado había sido unos huesos que podían ser de cerdo en la caseta del perro de Briskin.

—Bueno, hombre, lo dije solo por decir… —se disculpó Jolodny, desanimado por el mal rollo de su compañero—: ¡Ya ayer estabas de malas pulgas, oye! ¡Así no se puede, de veras! Los médicos dicen que esa rabia interna afecta al estómago y produce úlceras.

—Ayer tenía una buena razón para estar de mal humor —le respondió Samsón algo más calmado, aunque prefirió guardarse los detalles—. Ayer estaba bien jodido, la verdad sea dicha. Hoy estoy molesto, y eso es todo…

—¡Sooo! —gritó de repente el cochero. El frenazo de la calesa fue tan brusco que Jolodny y Samsón estuvieron a punto de ir a dar con sus huesos bajo las ruedas. Por suerte, alcanzaron a agarrarse de la baranda que cada uno tenía de su lado del vehículo.

Resultó que una anciana estaba cruzando la calle con una cabra especialmente tozuda. Y fue precisamente la cabra la que se paró delante del carro en el que viajaban los policías, asustando al cochero.

A partir de ahí, las ruedas del vehículo giraron más lentamente, pero la charla, interrumpida por la parada intempestiva, ya no se reanudó. No obstante, el semblante de Samsón se iluminó de una manera particular. No fue por los rayos del sol, sino porque se había apartado de los inútiles registros. Distraído, ahora iba mirando las casas y las cabañas que había a ambos lados de la carretera. Pronto, las cabañas se fueron replegando hacia el fondo de los callejones y las calles sin salida, y a lo largo de la calle fueron apareciendo casas de dos plantas hechas de madera o ladrillos. Las de madera daban un poco de pena, porque la humedad había ido coloreando de marrón y negro los tablones de sus fachadas. Las de ladrillo, en cambio, inspiraban sentimientos e ideas agradables, como si de ellas emanara el calor de las estufas.

Mirando esas casas, Samsón pensó que, si se pusiera en fila a todos los habitantes de la ciudad, sucedería algo semejante con ellos: se pondrían en orden, pero mezclados los sanos y los enfermos.

En una de las casas de ladrillo vio el rótulo que identificaba una carnicería. En la entrada había tres perros callejeros tumbados sobre la tierra, calentándose al sol.

—¡Para! —le gritó al cochero.

La calesa se detuvo.

—¡Será solo un momento! —avisó al cochero y a su camarada Jolodny, antes de saltar a tierra.

—¿Qué se le ofrece? —le preguntó el carnicero con una sonrisa forzada.

Samsón no le respondió. Observó el tronco de roble donde se cortaba la carne. Era lo suficientemente ancho como para rodearlo con un doble abrazo. Pasó la mano por la superficie comprobando cuánto tiempo hacía que no se cortaba carne en él. La superficie, rugosa y fibrosa, que tantas veces había absorbido sangre, estaba reseca. Samsón echó un vistazo al mostrador vacío, a los platos de cobre de la balanza, verdosos ya: uno de ellos estaba abajo, lleno de pesas de calibrar; el otro, vacío, arriba.

La sonrisa en la cara del carnicero mutó en una tensa expresión. No apartaba los ojos de la pistolera de madera que colgaba del cinturón del policía.

—¿Dónde tienes la carne? —preguntó Samsón, y lo miró a los ojos.

—¿Qué carne dice? Este no es un negocio del Estado, sino una cooperativa.

—Entonces, conoces el decreto sobre la carne, ¿no?

—¿Cómo no lo voy a conocer? Se pasearon por todos los puestos de carnicería con el decreto. ¡Y se quedaron toda la carne que encontraron colgada en los ganchos! Yo tuve suerte, porque ese día me había torcido el pie y abrí más tarde. ¡Pero, cuando llegué, ya estaba el decreto pegado a la puerta con engrudo! Como no soy tonto, descolgué enseguida la carne que tenía en los ganchos y la guardé en la bodega. ¡Todita!

—¿Y qué hiciste con ella después?

—La fui repartiendo como pude. A mi familia, más que nada. ¡La regalé toda, eh! No vendí nada.

—¿Y repartiste mucha? —preguntó Samsón. En su voz se advirtió una nota de compasión.

—¡Bastante! —admitió el carnicero con gesto apesadumbrado.

—¿Para qué abres la tienda, entonces?

—¡Para explicar a la gente que no tengo carne que vender! De lo contrario pensarán que me he muerto o, peor, que me han fusilado por gusto.

La mirada de Samsón se detuvo en un dibujo colgado en la pared que mostraba cómo despiezar correctamente un cerdo.

—¿Puedo pasar detrás del mostrador? —preguntó—. Me gustaría ver ese cartel.

El carnicero se apartó a un lado, dejando un estrecho paso entre el bloque de madera donde antes cortaba la carne y el mostrador.

Samsón se acercó a la pared y examinó el dibujo del cerdo «despiezado». Sus labios se movieron, leyendo las palabras escritas en el cartel. Cada una de ellas sonaba como el nombre de un país separado por fronteras de las demás palabras-países:

—Papada, panceta, lomo…

Al parecer, murmurar estas palabras provocó que la saliva se descolgara por las comisuras de los labios de Samsón. Avergonzado, la secó enseguida con la mano y miró al carnicero para ver si se había percatado de su debilidad.

—¿Quiere que le dé un par de libras de tocino? —le ofreció inesperadamente el carnicero con gesto amable. La manera en que miraba al visitante no dejaba lugar a dudas de que había sido testigo de la saliva.

—¿Cómo me lo vas a dar? —se sorprendió Samsón—. ¡Pero si está prohibido!

—Está prohibido vender, pero se puede regalar. ¡Ninguna ley prohíbe regalar!

—¡No, no! ¡Ni se te ocurra! —negó Samsón con la cabeza y volvió a mirar el cartel que representaba la manera correcta de despiezar un cerdo.

Volvió al carro con un gran rollo de papel en la mano.

—¿Y eso qué es? —preguntó Jolodny comido por la curiosidad.

—Es un esquema que indica cómo se ha de cortar la carne —explicó Samsón animado—. ¡Se me ha ocurrido una idea para arrancarle la verdad a ese Briskin!

—¡Tener una idea es algo bueno siempre! —saludó la noticia Jolodny.

Lo primero que hizo Samsón al llegar a la comisaría fue pegar a la pared el cartel que le había regalado el carnicero. Para que se viera mejor, apartó el maniquí hacia un rincón a la izquierda de su escritorio. Ahí se percató de que estaba desnudo. El traje de Jakobson había desaparecido. Samsón salió al pasillo como un bólido: Vasyl le tendría que explicar qué había sido del traje. ¡Nadie más que él podría haberse atrevido a llevárselo! Vasyl regía en exclusiva sobre el almacén de pruebas y quedaban pocas dudas de que Naiden se habría quejado también ante él de la humedad que desprendía el traje. Pero Vasyl se había esfumado.

Desde la planta de abajo llegaba la voz ríspida de Abyazov, que estaba aleccionando a uno de los soldados sobre lo pernicioso de hablar a los detenidos con amabilidad. De hecho, decía, con los detenidos no se hablaba de nada. Sobre todo, no se les decía una palabra de uno mismo o de la familia. Cuando el comisario se calló, Samsón miró por el hueco de la escalera y recordó que había dejado a Briskin encerrado en la sala de interrogatorios una planta más abajo.

—¿No ha salido? —le preguntó con voz severa al soldado que hacía guardia en la puerta de la celda.

—Salir, salió una vez. Se lo condujo al excusado del patio. Y se lo trajo de vuelta cuando terminó —respondió el guardia.

Samsón empujó la puerta. Sentado a la mesa, Briskin dormía con la cabeza apoyada en los brazos cruzados. La tenue bombilla que colgaba del techo parpadeaba. La luz que despedía no bastaba para ver si había algo escrito en los folios que el detenido había apartado a un lado. La corriente

eléctrica no dejaba de manifestar su inconstancia. Como todo allí, incluido el tiempo, que lo mismo llamaba a la primavera que se marcaba una gélida lluvia otoñal.

Samsón se paró debajo de la bombilla y cogió un folio de la mesa. Le alegró ver los garabatos rojos, pero intentó leerlos en vano, porque los ojos le lloraban por el esfuerzo. Salió al pasillo y se detuvo junto a la ventana. Ahora ya no tenía que forzar la vista.

La tinta roja inglesa se había secado y adquirido el color de un buen ladrillo. En verdad, Briskin no había incluido una sola dirección en su declaración. Solo consignó los nombres de pila y los de las calles. A veces, incluyó aproximaciones del tipo «la tercera casa desde la esquina».

De vuelta en la sala de interrogatorios, Samsón sacudió a Briskin por el hombro. Con el detenido despierto, agarró el tintero y los papeles, y se los llevó a la tercera planta. De acuerdo con las instrucciones recibidas, el soldado marchó detrás de ellos. Al llegar arriba, no obstante, se quedó fuera del despacho esperando.

La luz del sol entraba a raudales por la ventana, de modo que, a esas horas del día, la luz eléctrica resultaba superflua. Samsón condujo a Briskin ante el cartel con las instrucciones de despiece.

—¡Ahora lo tendrá más fácil! —le dijo—: Coja una pluma y tinta, y escríbame junto a cada parte del bicho el nombre del comprador.

—Pero este cerdo está de perfil —murmuró Briskin pensativo—. Aquí tengo la pata delantera izquierda y la pata trasera izquierda, ¡las derechas no aparecen!

—Pues sírvase de una barra, como si fueran números quebrados. Encima de la barra, escriba a quién le vendió la pieza del lado izquierdo y, debajo, a quién la del lado derecho.

Briskin asintió con la cabeza. A todas luces, el esquema del despiece lo había animado. Extendió el brazo y acarició con las yemas de los dedos el cerdo dibujado sobre la cartulina. Suspiró suavemente, como gozando de una ensoñación.

—¡Adelante! —le ordenó Samsón alargándole la pluma y el tintero, y acomodándose en una silla para verlo trabajar.

Briskin adquirió de repente el aire de un artista parado ante su caballete. Con delicados trazos, fue anotando algunos nombres junto a distintas partes del cerdo. Se detuvo. Rumió algunos recuerdos. Colocó el tintero sobre el

amplio alféizar que tenía al lado. Se veía que se esforzaba en hacer memoria. Lo mismo se acariciaba la sien con la mano izquierda que se rascaba la nuca.

La puerta del despacho se abrió y apareció el rostro preocupado de Vasyl.

—¿Me buscabas? —preguntó.

Samsón se llevó el dedo índice a los labios con un gesto brusco, pidiéndole en silencio que se abstuviera de entrar. Vasyl cerró la puerta suavemente y desapareció.

—Tendría que seguir recordando un poco más —dijo Briskin, y se dio la vuelta. La concentración y la inseguridad que se apreciaban en su mirada daban a entender que estaba siendo sincero.

—Pues siéntese y tómese su tiempo —lo animó Samsón señalándole una butaca.

Luego se asomó al pasillo y ordenó al soldado que buscara a Vasyl y le dijera que fuera al despacho con dos vasos de té.

Solo cuando ya iba de camino a casa, Samsón reparó en que no le había preguntado a Vasyl por qué se había llevado el traje pero había dejado el maniquí. Sobre todo, porque el maniquí, y eso Samsón lo comprobó oliéndolo, despedía un gran olor a humedad. Antes, Samsón no se había percatado de ello. Tal vez porque el propio traje de Jakobson se ocupaba de guardar esa humedad impidiendo que se extendiera por la atmósfera del despacho. ¡He ahí una prueba de la elevada calidad de la lana de Yorkshire! Aunque una buena chaqueta de piel tampoco habría dejado pasar la humedad, pensó Samsón, y acarició la suya.

Cuando iba a la altura el número 28 de la calle Zhiliánskaia, a corta distancia ya de su querido número 24, un camión lo adelantó y lo salpicó con el agua sucia de un charco. Samsón se detuvo y se sacudió el agua de la chaqueta, mientras percibía que la pernera izquierda había quedado completamente calada. La desagradable sensación que le produjo aquella humillación tan gratuita lo dominó con tal fuerza que, con la vista clavada en el camión que se alejaba, se llevó la mano a la tapa de la funda de madera de la pistola. Samsón no podía permitirse aparecer en casa, ante Nadiezhda, de esa guisa, de modo que decidió asomarse primero a la casa de la viuda del portero. Allí podría calentar una plancha en el hornillo de queroseno y secar la pernera mojada.

Sin embargo, sus planes fueron entorpecidos por sucesos extraordinarios.

En la calle, frente a la casa, la viuda y uno de los vecinos mantenían una conversación a gritos. Samsón apuró el paso para averiguar a qué se debía su indignación. Ambos callaron al verlo, aunque la viuda no se deshizo del aire fúnebre de su expresión.

—¿Ha sucedido algo? —indagó Samsón.

—¡Nos han robado la leña! ¡Tiene que haber sido esta noche! —dijo atropelladamente la viuda—. ¡Pensé que lo estaba soñando! Escuché el traqueteo del carro y las ruedas bajo nuestras ventanas, ¡y fíjate lo que era!

—¡Lo que más sorprende es que no lo hicieran cuando helaba en invierno, sino ahora que ya llega la primavera! —añadió, estupefacto, el vecino—. ¿Será que pensaron que vigilábamos la leña en invierno y ahora ya no lo hacemos?

—¿Se la llevaron toda? —se interesó Samsón, a quien el drama no lo había afectado mucho en un primer momento, porque su apartamento estaba bien caldeado, sobre todo ahora que el sol iba cobrando fuerza de día en día. Pero recordó que necesitaba tres sacos de leña para cambiarlos por el vestido que anhelaba Nadiezhda y su rostro se ensombreció—: ¿O quedó algo, al menos? —preguntó clavando sus ojos en los del joven vecino.

—¡Ah, sí! ¡Queda, queda! Solo alcanzaron a llevarse la mitad: ¡no les cabría toda en el carro que traían! —le respondió este.

—¡Entonces, volverán! —aseguró la viuda—. ¡Vendrán a por lo que se dejaron!

Samsón estiró la tela de la pernera izquierda: el contacto de la piel con la tela mojada resultaba muy desagradable.

—¡Deberías dar con ellos! —dijo la viuda clavando los ojos en el joven investigador de la policía.

Samsón tuvo la impresión de que miraba a su sien derecha. Tiró de la gorra para cubrirse el pabellón auricular derecho. Tosió para aclararse la garganta.

—Escriba una denuncia y la presentaré —dijo, desviando la mirada de la viuda al vecino.

—¡Magnífico! —se alegró el muchacho.

Olvidando su intención de visitar a la viuda para secar el pantalón, Samsón tomó escaleras arriba.

Nadiezhda todavía no había vuelto de trabajar. Samsón calentó agua y preparó té. Con los troncos que aún quedaban apilados junto a la pared,

encendió la estufa más próxima a los dormitorios que ocupaban Nadiezhda y él. Después, acercó una silla a la pared, que apenas comenzaba a caldearse, y colocó los pantalones en el respaldo. Sintió frío en las piernas y los pies. Se puso unos calzoncillos largos y buscó las pantuflas. Esperó a que la habitación se caldeara. Sentado en la misma silla que había acercado a la pared, bebió una taza de té y pensó en el trabajo, en que de algunos de sus camaradas emanaba calor y, de otros, frío. Un frío tan desagradable como el que acababa de sentir en el salón. ¡Vasyl y Jolodny solían desprender calor! Esa idea le dibujó una amplia sonrisa en todo el rostro. ¡Una curiosa paradoja la que se producía con Jolodny, que significa «frío» en ruso, y daba aquel calorcito! Una cosa era el apellido y otra distinta el calor infinito que llenaba el alma de su compañero. ¡A ver si se aparecía en la comisaría un agente apellidado Goriachev o Goriachi, dos formas derivadas de la palabra que nombra en ruso el calor, que tuviera un carácter opuesto a su apellido! ¡Ahí sí que todo el mundo quedaría boquiabierto! ¿Dónde se escondía la gracia, por cierto? ¿Era una ironía de la naturaleza o la que bromeaba era la naturaleza humana? ¡Sería una suerte contar en la comisaría con un par de personajes tan divertidamente complejos! ¡Noé se los habría llevado a su arca sin dudarlo para pasárselo mejor bajo el diluvio!

Los leños que ardían en la estufa comenzaron a dar calor. La pared se fue calentando poco a poco. Samsón percibió el calorcillo y acarició las baldosas de cerámica que recubrían la estufa. Mantuvo la mano detrás del respaldo de la silla, donde la superficie parecía estar más caliente. Ese calor le pareció salvífico. Porque su mente, distraída con la historia del arca de Noé, se relajó por fin. Recordó que Noé tenía quinientos años cuando Dios le ordenó construir el arca y le explicó cómo hacerlo. Y que Dios le permitió cargar en el arca a su mujer, sus tres hijos y las mujeres de estos. Y que, como fueron los únicos que sobrevivieron al diluvio, Dios les dijo: «¡Sed fecundos, multiplicaos y llenad la tierra! Todos los animales de la tierra tendrán temor y miedo ante vosotros: las aves, las bestias salvajes, los animales que se arrastran por el suelo y los peces del mar».

«De modo que no es de Adán de quien venimos, sino de Noé y sus hijos —reflexionó Samsón—. Los sinvergüenzas y los villanos proceden de Cam, a quien Noé maldijo, mientras que la gente noble y bondadosa salió de la estirpe de Sem y Jafet». Luego apartó esas supersticiones religiosas que lo habían acompañado desde niño y volvió a pensar en Jolodny. Se imaginó

que estaban allí sentados los dos bebiendo un té caliente. En un ambiente cálido y signado por la amistad. Otra amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Samsón. Se levantó y dejó la taza vacía en la mesa. Miró a la penumbra que se espesaba afuera y a la luz tenue que bajaba del techo. Estas últimas noches no habían tenido luz, pero hoy la dieron de repente. Dejaron que la electricidad corriera por los cables.

«¿Dónde rayos se puede haber metido Nadiezhda? ¿Cómo es que aún no ha vuelto a casa?», se preguntó alarmado y miró a la puerta que daba al corredor.

Echó un vistazo al reloj. Las diez y media. La pernera del pantalón ya estaba seca y la pared estaba caliente, aunque los leños se habían quemado y, detrás de la puertecilla de hierro fundido, las llamas se habían extinguido. Los tizones desprendían calor, pero ya no se escuchaba el crepitar del fuego.

Samsón se puso los pantalones sobre los calzoncillos largos. Ahora se sentía más cómodo. Después, se calzó las botas y se puso la chaqueta. Dejó en el suelo el cinturón con la pistolera, no obstante. Bajó a la calle y, desde el portal de la casa, miró en dirección a la oficina provincial de estadística donde trabajaba Nadiezhda.

La calle Zhiliánskaia parecía desierta. Estaba ajena a los ruidos de la ciudad que llegaban de lejos. No circulaban por ella ni carros ni calesas ni automóviles. No había transeúntes ni jinetes. Todo era silencio e inmóvil penumbra. Había luces esporádicas y débiles en las casas de enfrente.

Dominado por la tensión, Samsón se mordió el labio inferior. Pensó que, fuera como fuese, debía acercarse a la oficina de estadística y preguntarle al guardia si todavía había empleados trabajando. Es verdad que esos días enfrentaban una tarea harto difícil: ¡registrar a todos los empleados ferroviarios! Y, lo que era peor, ¡registrar a quienes se negaban a ser registrados! Eso sí, si salía, debía avisar a la viuda para que corriera los cerrojos detrás de él. ¡No fuera a ser que los malditos ladrones volvieran a aparecer por allí y Nadiezhda se quedara sin leña que intercambiar por el vestidito de verano!

Capítulo 7

Samsón regresó a casa por la mañana. Iba tiritando y tenía los labios azules. Sentía escalofríos. Sin desvestirse, se sentó junto a la estufa y rompió varias cerillas antes de conseguir encender un periódico viejo destinado a alimentar las primeras llamas que mordisquearon las astillas. Después, empleando toda la fuerza de su voluntad, logró controlar el temblor de sus manos, colocó los leños sobre las astillas y cerró la puerta de la estufa. Sentado en el suelo con la espalda apretada contra la pared de la estufa, esperó la llegada del calor.

La noche en vela, corriendo por toda la ciudad como un orate, le estaba pasando factura. La angustia por la suerte de Nadiezhda había desembocado en miedo, y después del miedo vino el frío. No el frío que se siente en la piel, sino el que hiere por dentro. El soldado que estaba de guardia en la oficina de estadística no le permitió pasar al interior, a pesar de que Samsón esgrimió el carnet que lo autorizaba a desplazarse libremente por todo Kiev durante la noche. «¡El jefe está durmiendo y ordenó que no se lo molestara! ¡Y aquí no hay nadie más que él!», le dijo, y soltó un gran bostezo, sin molestarse en cubrirse la boca. Sus dientes escasos y negros se grabaron en la memoria de Samsón mejor que toda su cara de color terroso. Había algo monstruoso y hasta diabólico en aquel bostezo, como si fuera el abismo del infierno, cínico e indiferente a la suerte de los hombres, el que mirara a Samsón a los ojos. En ese instante, pensó también que el abismo lo miraba con los dientes, en lugar de hacerlo con los ojos. Con sus dientes podridos y horribles.

Después avanzó a paso ligero, cuando no corriendo, hacia Podol, el barrio histórico de Kiev. La ciudad estaba casi desierta. Las escasas patrullas se ponían en guardia al ver al transeúnte solitario y apresurado, pero, al reparar en su chaqueta de piel y la gorra, se abstenían de darle el alto y continuaban con sus rondas.

Samsón despertó a los padres de Nadiezhda todavía con la esperanza de que ella hubiera decidido pasar la noche con ellos, en su camita de niña. Pero no estaba allí. Trofim Siguizmúndovich pugnó por sumarse a la expedición en busca de su hija, pero su mujer, muy asustada ante la posibilidad de quedarse sola, lo obligó a desistir. Desde luego, Samsón les prometió que movilizaría inmediatamente a todo el cuerpo policial.

Al salir de casa de los padres de Nadiezhda, Samsón no sabía a dónde dirigir sus pasos. Sus piernas acabaron llevándolo por el camino de vuelta a su propia casa. Se detuvo a recuperar el aliento junto al pozo de Sansón. Miró a su tocayo, a su boca, que parecía estar bebiendo el agua. «Estará a punto de escupirla», pensó Samsón.

Entonces recordó que Nadiezhda había mencionado la resistencia de los trabajadores ferroviarios a ser registrados. Algo le decía que la desaparición de la joven podía estar relacionada con esa actuación en el registro. Mordiéndose el labio inferior para darse ánimos, Samsón corrió hacia la cuesta Andréievski.

Serían cerca de las dos de la mañana, y cuando las últimas luces desaparecieron de las ventanas, comprendió que ya el reloj habría dado las dos. Pero ya para entonces había alcanzado los edificios gubernamentales y hasta la plaza Sofía, donde se detuvo, confuso, debido a la oscuridad y a la dificultad para usar su visión intuitiva. Por lo general, a Samsón no le resultaba difícil, por muy oscuro que estuviera, señalar en una dirección determinada. Pero ahora, tal vez por la angustia, no podía echar mano de su intuición para orientarse en el espacio. Se dio la vuelta, prestó oídos a los ruidos de la noche. El lejano rugido de un motor no le sirvió de mucho. No tuvo más elección que avanzar con mucho cuidado. En una situación como esa, cualquier dirección que uno tome lo lleva siempre hacia delante. Unos cuantos pasos lo condujeron hasta el monumento al líder cosaco Bogdán Jmelnitski. Desde allí, alcanzó el muro del monasterio de Sofía. Y en ese punto su visión intuitiva pareció conectarse de nuevo y, con ella, también su

brújula interior. Salió a la calle Réitarskaia y echó a andar a paso vivo hacia la calle Stolípinskaia.

Al llegar en plena noche al bazar judío y, concretamente, a la plaza Gálitskaia, Samsón notó que la oscuridad allí no era opresiva ni aterradora. Le pareció que alcanzaba a ver las filas de puestos de venta y quioscos que se extendían hacia la derecha hasta llegar a la calle Dmítrovskaia. Con todo, la sensación de embriagadora fatiga lo hacía bambolearse. Ya no se fiaba por entero de sus ojos, porque bien podían estar viendo algo que habían visto allí mismo no hacía mucho, cuando la búsqueda nocturna de los caramelos de frutas lo condujo primero a la sinagoga y, después, al sótano lleno de la fragancia del azúcar fundido. En efecto, los ojos podían estar saboteándole la experiencia a Samsón, simulando que veían algo, cuando en realidad le estaban colando las imágenes vistas en otra noche distinta, una noche ya pasada.

En la esquina de las calles Zhiliánskaia, la suya, y Stepánovskaia, se detuvo un instante horrorizado al recordar lo que había sido de toda esa zona en torno a la estación de ferrocarriles un año atrás, cuando la gripe española se abatió sobre la ciudad. Aun cuando él se cuidaba de acercarse allá, el viento le traía desde las construcciones de una planta de los barracones contiguos a la estación los olores de la cal viva y del yodo. El hermoso edificio de estilo gótico que albergaba la estación de ferrocarriles había sido desmontado en 1913 y, del nuevo, antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, solo había dado tiempo a fundir los cimientos. Al principio, un pabellón de madera ubicado en el inicio de la calle Stepánovskaia, junto a los andenes, hizo las veces de estación, pero después ese edificio fue derruido, y las taquilleras y el resto del personal de la estación ocuparon unas casetas alargadas de madera algo más alejadas de los andenes, y ya en plena Stepánovskaia. Esa fila de casetas recordaba un tren. Hasta que llegó la fiebre española, el lugar tenía un aire de albergue nocturno. Había casas de socorro para pobres. Desprovistos de mejores instalaciones, los campesinos atrapados en aquella zona hacían sus necesidades allí mismo, entre las paredes traseras de las casetas. En ese lugar se confundía a los borrachos con los muertos y a los muertos con los borrachos. Y así fue todo hasta el año pasado, cuando llegaron los alemanes y obligaron a la gente a sacar toda la basura y los desechos acumulados en el territorio de la estación de ferrocarriles, y asignaron dinero para que

rasparan del suelo de madera de los barracones todos los mocos salidos de sus sucias narices, toda la inmundicia que puede dejar tras de sí quien se ha degradado hasta la más bestial indiferencia o, simplemente, nació y creció en ella.

Si los alemanes no se hubieran marchado, probablemente habrían construido la nueva estación. Pero acabaron retirándose y, ahora, la breve etapa de su paso por Kiev parecía un fragmento de la crónica medieval *Cantar de las huestes de Ígor*. Resultaba tan distante e ininteligible como las viejas crónicas rusas, que cuentan acontecimientos que lo mismo pudieron haber ocurrido que no.

Más adelante, junto al último de los edificios de la estación, ardía una hoguera. Samsón aminoró la marcha e intentó descubrir, desde la distancia, quién podía estar calentándose al fuego. Cuando los destellos de luz le mostraron los rostros de unos chinos con gorras del Ejército Rojo, apuró el paso de nuevo.

Li Jun, un soldado con el que Samsón se había tropezado en más de una ronda nocturna, le sonrió amistosamente al verlo llegar. La cantarina charla que mantenía en chino cesó de repente. Los leños que alimentaban el fuego crepitaron con más fuerza. Los otros dos chinos miraron a Samsón con cautela. Sus pómulos se movían suavemente, como si masticaran algo.

—¡La documentación! —exigió Li Jun.

Samsón asintió con la cabeza y se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, donde guardaba un pequeño paquete de papeles doblados, que le tendió. Li Jun se sentó en cuclillas frente al fuego y desplegó el primero de los documentos.

—¿Qué tal van las cosas por allá? —preguntó sin apartar los ojos del pase que autorizaba a moverse armado por Kiev a cualquier hora del día o de la noche.

—Van mal —admitió Samsón—: ¡Mi mujer se ha perdido!

—¿Se fue?

Samsón negó con la cabeza, pero comprendió que Li Jun no lo miraba y dijo:

—No, creo que se la llevaron. ¡La secuestraron!

—¿Quién? —preguntó el chino, y la calma que había en su voz desconcertó a Samsón.

Li Jun se incorporó y le devolvió los documentos. Preguntó de nuevo:

—¿Quién se la llevó?
Samsón señaló con la cabeza el alargado edificio de madera que albergaba la estación de ferrocarriles.
Li Jun dirigió la mirada al mismo lugar y suspiró pesadamente. Dijo algo en chino a sus compañeros, que se estremecieron y descolgaron los fusiles de los hombros.
—¡Andando! —dijo Li Jun y, haciéndole una señal a Samsón, se encaminó hacia la estación.
Samsón tuvo la intención de detenerlo, de explicarle que no había tenido la intención de señalar a ese edificio en concreto. Pero lo asaltó de repente una conjetura: ¡¿y si Nadiezhda estaba allí, en efecto?!
La puerta chirrió al abrirse. Al otro lado, la oscuridad era completa y Samsón comenzaba a hacerse a la idea de lo inútil que era seguir cuando por detrás de él, a la altura de sus piernas, se dibujaron reflejos de fuego. Volvió la vista hacia atrás: dos chinos llevaban leños ardientes en las manos. Por lo visto, los habían sacado de la hoguera.
—¡Estos van a iluminar el camino! ¡Tú abre bien los ojos! —le dijo Li Jun. Y añadió—: ¡Si está aquí, la encontraremos!
El recorrido por el largo salón y algunas habitaciones anejas no dio ningún resultado. El crujido del suelo de madera todavía resonaba como un eco en la cabeza de Samsón cuando salieron a la calle y volvieron a la hoguera. Dentro del edificio, en el suelo, entre abrigos acolchados, había unos diez campesinos durmiendo. El guardia los habría dejado entrar a cambio de dinero. El propio guardia dormía en un camastro de hierro en uno de los espacios. Su sueño era tan profundo que no se despertó cuando entraron a inspeccionar el cuarto empuñando una antorcha improvisada. Debajo de la cama, el guardia tenía una maletita de madera en la que había dibujada con tinta abundante una cruz roja. Probablemente fuera un vestigio de los días recientes de la gripe española. En todo caso, era una valija demasiado pequeña como para que despertara en Samsón alguna sospecha funesta.
—De acuerdo —dijo Samsón y suspiró—. ¡Iré a ver qué encuentro allá! —añadió señalando con el mentón hacia los convoyes varados en las vías muertas.
—No deberías hacerlo —le advirtió Li Jun mirándolo a los ojos—: ¡Es peligroso! Tienen sus propias patrullas… ¡Te pueden pegar un tiro como si

tal cosa!

—¿Cómo que tienen sus propias patrullas? —se sorprendió Samsón—. ¿No son del Ejército Rojo?

—No —le confirmó el chino negando con la cabeza—. Tenemos conflictos serios con ellos en las noches. Por el día todo va bien, pero en cuanto oscurece sacan a sus hombres a patrullar.

—¿Qué tipo de conflictos?

—No confían en nosotros… Tienen su propio territorio, como si fuera su imperio… Donde quiera que hay líneas de ferrocarril, son los amos… El año pasado fusilaron a más de dos mil de ellos por desobediencia y sabotaje…

—¿Quién los fusiló?

—La checa provincial y el Ejército Rojo: ¡el poder soviético los fusiló! —explicó Li Jun sin inmutarse—. ¡Pero se lo ganaron bien ganado, eh! Y por eso ahora se están vengando… Cada vez que pueden, ¡zas! Aunque tienen miedo…

—¡Ajá, ahora entiendo! —dijo Samsón, como si hablara consigo mismo.

—¿Qué es lo que entiendes? —preguntó el chino.

—Entiendo que… Nadiezhda me dijo que estaban saboteando el registro de todos los trabajadores ferroviarios que estaba haciendo la oficina donde trabaja, el Gubstatburó…

—¿Gubstatburó? ¿Qué es eso?

—Es una oficina soviética que se dedica a contar cosas —explicó Samsón. Y precisó—: Sobre todo a contar a la gente.

Li Jun asintió comprensivo.

—¿Y tu mujer venía aquí a contar a estos tipos?

Samsón suspiró pesadamente.

—¡Llévate esto! ¡Así comes algo! —Li Jun le metió en las manos un envoltorio de papel que contenía algo crujiente.

Samsón se guardó el envoltorio en el bolsillo lateral de la chaqueta.

—¡Iré allí! ¡Intentaré averiguar algo! —dijo con voz firme y, sin añadir una palabra más a su camarada chino, echó a andar en dirección a las líneas del ferrocarril.

Bajo el largo techo de la plataforma ferroviaria no había nadie. Samsón se percató de ello aun en medio de aquella oscuridad, que le pareció extrañamente rota, hasta que fue descubriendo los puntos de luz que la

salpicaban aquí o allá, y comprendió que correspondían a las velas que ardían detrás de las minúsculas ventanillas en algunos vagones de carga y coches de pasajeros estacionados en las vías.

Mientras avanzaba hacia la primera de las luces, Samsón pasó junto a varios vagones, pequeños y aislados, cuyas ventanillas no mostraban signos de vida. En algún punto de su itinerario, se vio obligado a meterse entre dos de esos vagoncitos, como quien recorre un estrecho pasaje entre dos casas. Después, volvió a verse en un tramo algo más despejado, donde se cruzaban vías que brillaban aquí y allá. Samsón había aprendido a cruzar las vías con facilidad, sin tropezar. A unos diez pasos de donde se encontraba, la llama de una vela alumbraba la ventanilla de un vagón, que parecía ser de los que cargaban el correo.

Samsón se quedó muy quieto. Aguzó el oído y hasta corrió la gorra de cuero para dejar el oído derecho al descubierto. El ruido de fondo que resultaba imperceptible cuando el gorro, como era costumbre, tapaba la herida, se derramó ahora en su cabeza como la leche que pasa de un bidón grande a uno más pequeño. Escuchó murmullos apagados, sirenas que ululaban a lo lejos, un duro chirrido metálico que parecía provenir de la tierra o de las vías del ferrocarril. No se oyó un solo disparo, pero aun así el sonido que emanaba de la noche generaba tensión, asustaba, transmitía una mala noticia a todo ser vivo que lo escuchara: esa noticia era la de la incerteza de lo que sucedería esa noche y también en la mañana que la sucedería, así como en las noches y las mañanas por venir.

—¡Manos arriba! —mandó una voz detrás de Samsón. El chasquido de fusil que la acompañó disipó cualquier duda acerca de la necesidad de cumplir la orden.

Samsón alzó los brazos.

Un hombre con una chaqueta acolchada y un gorro de piel con las orejeras bajadas le quitó con destreza el cinturón con la pistola.

—¿Aquí venías? —le preguntó indicando el coche con la luz en la ventanilla—. ¡Pues venga! ¡Entra y hablamos!

El hombre conminó a Samsón a subir los tres escalones de hierro y golpeó tres veces con el puño la puerta de madera. Después de los golpes, gritó:

—¡Soy yo, Mirón! ¡Abrid la puerta, que tenemos visita!

La estrecha puerta se corrió hacia un lado y alguien dirigió el haz de luz de una lámpara de queroseno hacia la cara de Samsón.

—¡Parece un comisario! —se escuchó una voz—: ¡Tráelo aquí!

Por dentro, el vagón se veía mucho más amplio que lo que parecía desde fuera. Tal vez se debiera a la escasa iluminación. En cualquier caso, todo lo que Samsón alcanzaba a ver ahora parecía estar en el centro del vagón, mientras que la penumbra ocultaba las paredes laterales.

En ese centro del estrecho recinto, una pequeña estufa en la que ardía una llama desprendía calor. La chimenea que salía de ella subía hasta la altura de los hombros y, entonces, hacía un quiebro para estirarse hasta la pared más distante, por donde expulsaba el humo. A la mesa dispuesta debajo de la ventanilla había sentados dos hombres robustos. La llama de una vela iluminaba sus rostros. Sus brazos, con las camisas remangadas, terminaban en sendas manazas que sostenían los abanicos abiertos de las cartas con las que estaban echando una partida. El gesto demostraba que acababan de interrumpirla por culpa de los recién llegados.

—¿Vienes de servicio o andas de paseo? —preguntó uno de ellos estudiando a Samsón—. ¡Muéstrame tus documentos!

Samsón dejó sobre la mesa el paquetito que formaban sus documentos y pases.

—Tengo derecho a… —comenzó a decir.

—¡Tus derechos se acaban en la frontera del bazar de los judíos! —lo interrumpió el mismo hombre en tono ríspido, pero sin animadversión—. ¡En cuanto sales de la calle Stepánovskaia se te acaban toditos los derechos! ¿Me copias?

El hombre se puso unas gafas y acercó la vela a los papeles.

—¡La Milicia Obrera y Campesina nada menos! —leyó en voz alta y con una ironía difícil de disimular—. ¡Al menos no eres de la checa! ¿Y a qué rayos has venido? —Levantó la vista de los papeles—. Aquí viene a veces la policía que se ocupa del sector del transporte. ¿Sabes qué hacemos con sus agentes? ¡Los mandamos al otro lado de la estación fluvial! ¡Allá sí que tienen un caos que no veas! Aquí no. ¡Nosotros somos nuestra propia policía!

—¡Qué policía ni qué ocho cuartos! —exclamó Samsón.

—¡Somos nuestra propia policía, ya te digo! Mira, este y yo —señaló a su compañero de juego— hacemos rondas y tenemos muy buena puntería.

¡Somos milicianos, como el que más! ¿Y tú qué es lo que vienes a buscar?

—Yo es que… —balbuceó Samsón y, al comprender que le estaba temblando la voz, se calló de golpe. No quería que aquellos hombres que lo habían desarmado con total descaro fueran conscientes del temblor de su voz.

—¿Qué te sucede?

—Mi mujer trabaja en el Gubstatburó, está en lo del registro de la población… Y ha desaparecido. Me dijo que estaban registrando a los empleados del ferrocarril y que les estaban saboteando el registro… ¡Y ahora la estoy buscando!

—¡Conque esas! —lo interrumpió el segundo de los jugadores—. ¿Y qué derecho tienen a preguntar nuestras señas?

—Trabajan para una institución soviética, así que tienen todo el derecho —respondió Samsón, que ahora se sentía más seguro—. Y los ferrocarriles son otra institución soviética, así que…

—¡Claro que no somos nada de eso que dices! —protestó el tipo—. ¡Nosotros respondemos por la integridad de las vías, lo mismo si el convoy que circula por ellas lleva a rojos que a blancos!

—¿Cómo es que te falta una oreja? —preguntó el primero de los interlocutores de Samsón—. ¿Eres soldado de caballería o qué?

—¿Qué importa mi oreja? ¡No estoy buscando mi oreja! —se irritó Samsón, y creyó percibir que los amos del vagón le estaban cobrando cierto afecto.

—¡Así que buscas a tu esposa! —dijo el segundo jugador con una aterciopelada y profunda voz de barítono—. ¡Muéstranos una fotografía, venga! ¡A ver si la reconocemos!

—¿Una fotografía? ¡Ah, no! No tengo fotos de ella… Se llama Nadiezhda…

—¡Mirón! ¡Regístrame bien a este policía obrero-campesino! —ordenó el que parecía llevar la voz cantante—: ¡Habrase visto que alguien salga en busca de su mujer sin llevar una foto! ¡No había escuchado algo así en la vida! ¡Mira, bobo! ¡Esta es mi mujer!

El hombre pegó a la cara de Samsón la fotografía oval que se sacó del bolsillo. Era su mujer, una joven de pelo rizado.

—¡Deja que vea a tu Masha, Iván! —le pidió a su compañero de juegos.

—¿Para qué?

—¡Muéstrasela! ¡Muéstrasela! ¡Que sepa lo que todo hombre que se respete lleva siempre encima!

Iván se sacó un sobre del bolsillo, extrajo una fotografía, la miró a la luz de la vela y se la tendió de mala gana a Samsón.

Mirón, entretanto, había desplegado el envoltorio de papel que Samsón se había guardado en el bolsillo y que contenía algo que crujía al tacto; en el otro bolsillo encontró dos cupones con sus respectivos sellos para entregar a los cocheros, cuatro cupones más, estos de los que aceptaban en el comedor. Por último, acabaron sobre la mesa unos pocos *kérenki* y doscientos rublos soviéticos.

El primero de los jugadores de cartas desenvolvió el periódico, lo acercó a la nariz y olió el contenido. Después, hurgó con sus dedos gruesos y sacó unos filamentos negros.

—¡Vaya mierda que comes, miliciano! —dijo, torciendo el gesto.

—¿Qué es? —preguntó Samsón.

—¡Parecen orejas de cerdo secas! —explicó el tipo con repugnancia.

—Me las dieron los chinos.

—¡Vaya! ¡Así que eres amigo de los chinos! —dijo el segundo sacudiendo la cabeza.

—Qué coño haces husmeando aquí, ¿eh? —volvió a intervenir el primero—. ¡Porque está claro que lo de buscar a tu mujer es un cuento! ¿Sabes lo que les suele pasar a los curiositos…?

—¿Qué?

—¡Pues les pasan muchas cosas!

—A veces, los meten debajo de una montaña de carbón y tardan un año en encontrar lo que queda de ellos. A veces, tropiezan con una viga y van a parar bajo las ruedas de la locomotora…

—¡Yo solo estoy buscando a mi mujer! ¡Y eso es lo único que quiero de vosotros!

—¡Átalo bien, Mirón! ¡Y llévatelo al tercer calabozo bien atado! Vamos a dejar que el maquinista principal hable con él mañana. Tiene una mano pesada, experta. ¡Ese va a aclarar muy pronto a qué esposa perdió este!

Capítulo 8

La pesada puerta del vagón de carga se abrió deslizándose hacia un lado, y después se cerró con gran estruendo detrás de él. Samsón se acuclilló recostado contra la pared y se hizo un silencio pesado y opresivo. El hambre trepaba desde su estómago y los dedos se apretaban en un puño para evitar los temblores provocados por la fría humedad de su encierro. La desesperación se apoderaba de él de tanto en tanto y transformaba sus pensamientos en una suerte de goma elástica, los tensaba como las cuerdas de una guitarra gitana, los hacía perder todo su contenido verbal, los transformaba en sonidos, en sollozos, en un temblor nervioso que hacía que sus labios se retorcieran y expresaran dolor. Samsón quería distraerse de ese ruido interior, de su estado de nervios, del miedo que sentía al caer en el fondo del agujero negro que era la estación de ferrocarriles, en una sima de cuyo cielo lo separaba una reja formada por los raíles de las vías. Quería distraerse, poner la mente en blanco, pero no lo conseguía. El miedo lo tenía atrapado, como cuando un pantano sujeta las piernas y no las deja dar un paso hacia la salvación.

Intentó pensar en su padre. Quiso recuperar un recuerdo de él, y su memoria le hizo el favor. Le «contó» los paseos que su padre daba con él, por entonces un crío, hasta la estación de ferrocarriles. A la estación antigua, desde luego. Al pequeño Samsón aquel enorme edificio de ladrillos amarillos y como estirado a lo largo, como un forzudo que hubiera abierto los brazos, le parecía un palacio real. Sujetaba la mano de su padre, temeroso de que se le escapara. ¡Como si ello pudiera acarrear una desgracia irremediable! Ni siquiera en la catedral de Vladímir el niño

experimentaba aquella abrumadora sensación de grandeza y el poderío aplastante que emanaba de la estación de ferrocarriles. «¿Cómo consiguieron desmantelarla?», se preguntaría más tarde imaginando millones de manos que sacaban, cada una, un ladrillo de los muros. ¡Lo cierto es que la habían desmantelado! ¡Y lo hicieron para levantar una nueva estación aún más grande! En todo caso, cuando la vieja estación ya había sido desmantelada, el tiempo se paró de golpe. Y dio comienzo otra época: la de las guerras y las revoluciones.

«¿Qué habrán hecho con los ladrillos de la vieja estación?», se preguntó Samsón, pero ni siquiera esa pregunta consiguió apartarlo de la aguda y desagradable conciencia de su calamitosa situación. Sobre todo, dado que carecía de respuesta.

Samsón bostezó y se metió las manos, que tenía completamente heladas, en los bolsillos. Al hacerlo, crujió el papel que guardaba. Recordó entonces la advertencia que le había hecho Li Jun para que se abstuviera de internarse en el territorio de la estación en medio de la noche. ¿Hubiera sido mejor hacerle caso? ¿Cómo iba a seguir ese consejo cuando Nadiezhda podía estar por allí, en cualquiera de aquellos vagones, retenida por desconocidos que se negaban a revelar su identidad a los registradores del censo? ¡Desde luego que no! Samsón negó con la cabeza. Sacó el papel del bolsillo y deshizo el torniquete que lo cerraba por encima. Dentro había unas galletas duras y alargadas, parecidas a aquellas llamadas *jvorost* que solía comer para acompañar el té en los comedores baratos de sus años de estudiante.

Alguien tosió junto a él. La tos era ronca, desgarradora.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Samsón en un susurro.

Sendos suspiros, uno a cada lado, sirvieron de eco a su pregunta. Samsón se estremeció. ¡El silencio había desaparecido de golpe! ¿Sería que las cuerdas de la guitarra gitana se habían aquietado de una vez en lo más profundo de su cabeza?

—¿Quiénes son ustedes? —insistió.

—Aquí hay de todo —le susurró una voz de hombre a su lado—. Yo, por ejemplo, soy ingeniero. Ingeniero tasador.

—¿Tasador de qué? —se sorprendió Samsón.

—De bosques… Inspecciono los bosques…

—Inspector forestal, entonces —concluyó Samsón.

—¿Y usted? —le preguntó el invisible interlocutor—. ¿A qué se dedica?

—¿Yo? —A Samsón le dio miedo revelar cómo se ganaba la vida. ¿Cómo podía saber qué tipo de gente había allí en la oscuridad? ¿Y si había algún delincuente? Mintió—: Estoy sin trabajo… ¿Por qué están aquí?

—Yo vivo al lado, en el bosque de los Cadetes, así que se me hace más corto volver a casa cruzando las vías. Pero tienen prohibido andar por este lugar a oscuras. ¡Es la tercera vez que me cogen! ¡Es increíble! Porque llegas y no hay nadie, pero basta que comiences a moverte por las vías para que aparezca uno con su «¡manos arriba!».

—¿Qué hacen después? ¿Le han pegado?

—¿Pegarme? ¡No! ¡Me conocen bien! Me dejan durmiendo aquí y por la mañana me echan después de insultarme de lo lindo. ¡Maldita la falta que les hago!

—¿Cómo se llama usted?

—Kapytin, Svyatoslav Kapytin.

—Yo soy Samsón. Samsón Kolechko.

Samsón se acercó a la nariz lo que había sacado del envoltorio de papel. Lo olió. El olor era extraño, pero no resultaba desagradable, como habían sostenido los ferroviarios. Eran orejas de cerdo secas o curadas. Samsón dejó escapar una risita burlona y se llevó a la boca el extremo puntiagudo de la oreja de cerdo, lo apretó entre los dientes y tiró de ella hacia abajo, partiéndola. Sintió un sabor ácido y salado en la lengua. «Recuerda un poco a los chicharrones fríos y un poco pasados», pensó.

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó en un susurro al invisible Kapytin.

—Sí que hay. Pero como ya estaba a oscuras cuando me trajeron… Pregunté, eh, pero nadie me respondió… ¿Será que los tienen amordazados?

Samsón se quedó de una pieza al oír lo de las bocas amordazadas. Se dio cuenta de que Mirón, el hombre que lo trajo al vagón, había desoído la orden de atarle las manos. ¡Por eso podía llevarse ahora algo de comida a la boca!

—¿Qué es eso que mastica ahí? —preguntó Kapytin.

—Orejas de cerdo —confesó Samsón—. Me las dieron unos chinos.

—¿Me da un poco?

Samsón sacó otra oreja del envoltorio y la tendió en la dirección de la que provenía la voz.

—¡Tome! —ofreció.

—Oh, tendrá que alcanzármela a la boca, porque tengo las manos atadas.

Samsón se deslizó hacia el invisible ingeniero forestal y apoyó su hombro contra el hombro de él.

—¿Es usted? —se aseguró.

—¡Soy yo, sí!

Con la mano, Samsón palpó la cara del hombre y colocó el manjar chino en su boca abierta.

—¡No haga tanto ruido, que hay gente durmiendo! —le pidió.

—¿Con este frío? —preguntó Kapytin con un deje irónico que no disimuló el ruidoso crujido del alimento que masticaba.

—¿Qué tal? ¿Le gusta? —preguntó Samsón después de unos instantes.

—No sé, ¡huele a oreja! —explicó el ingeniero.

—¿A qué tipo de oreja? —preguntó de repente una voz ronca.

Afuera se escucharon ruidos, golpes, una pelea. Alguien tiró de la palanca de metal que trancaba la puerta, la subió y la descorrió. La puerta del vagón se abrió pesadamente hacia dentro y entró la luz de la mañana, opaca, previa a la aparición del sol. Junto con ella, irrumpió el olor acre del carbón quemado.

Samsón se volvió hacia Kapytin para mirarlo a la cara. Con el rabillo del ojo descubrió que había varias personas más sentadas y tumbadas junto a las paredes de madera del vagón. Una de ellas tenía el semblante de color azulado, como si estuviera muerta.

—¿Qué os contáis, sardinillas? —gruñó el hombre que entró de un salto al vagón con el abrigo abierto y un cinturón del que colgaba una pistolera.

Samsón sintió un nudo en la garganta. Eran su cinturón, su pistolera y su revólver nagant.

—¡Caray! ¡Otra vez el puto leñador! —exclamó el hombre clavando los ojos en Kapytin. Sus mejillas sin afeitar añadían más fiereza a su expresión —. ¡Arriba! —le dijo—. ¡Y piérdete de aquí! ¡La próxima vez que te vea, te irás descalzo! —añadió mirando las estupendas botas de cuero brillante que llevaba el ingeniero forestal.

Kapytin suspiró aliviado, se puso en pie con gran esfuerzo. Por lo visto, las piernas se le habían acalambrado por culpa del frío y la inmovilidad.

—¿Me podría desatar las manos, por favor? —le rogó Kapytin al recién llegado.

—¡Que te las desate tu mujer! ¡Corre, corre!

—¿Me haría el favor de pasar un momento por Tarásovskaia y decirles que me retienen aquí? —le pidió Samsón en un susurro al ingeniero.

—Ah, no, ni hablar —se negó este y, antes de saltar del vagón con las manos atadas a la espalda, añadió—: Me voy derechito a casa, que trabajo mañana.

El recién llegado se acercó a Samsón y se inclinó ligeramente hacia él estudiándolo de arriba abajo. Extendió una mano y levantó la gorra dejando al descubierto el pabellón auricular desnudo.

—¿Eres soldado de caballería? —le preguntó con una nota de respeto en la voz.

—No, soy de la milicia…

—¿De qué milicia?

—La Milicia Obrera y Campesina, la de Kiev, distrito de Líbedski.

—¡Caray! —exclamó el hombre—. ¿Y qué te trajo aquí?

—Buscaba a mi mujer. Se perdió. Pensaba que podían tenerla aquí…

El tipo se humedeció los labios con su lengua oscura.

—¿Llevas documentos?

Samsón le alargó el pase acompañado de un par de papeles más.

—¡Fíjate cuántos! —dijo suavizando la expresión, mientras repasaba los documentos que sostenía en sus manos toscas. Luego dirigió la mirada hacia un muchacho recostado en la pared opuesta del vagón, que vestía una chaqueta gris, pantalones del mismo color y zapatos ligeros que no parecían apropiados para la estación. Le preguntó—: ¿Sabes leer?

El joven asintió con la cabeza.

—¡Entonces, lee! —le ordenó alcanzándole uno de los papeles.

El joven desplegó el documento y comenzó a leer:

—«Se autoriza al camarada Samsón Teofílovich Kolechko a desplazarse sin limitaciones por las calles de Kiev en cualquier hora del día y de la noche. Se lo autoriza igualmente a portar armas blancas y armas de fuego». Lleva la firma del comisario Konstantín Naiden y el sello de la policía…

—Conque se te perdió la mujer, ¿eh? —farfulló el hombre, y volvió a mirar a Samsón—. ¡Al menos estará buena, ¿no?!

Samsón asintió.

—¡Déjame ver una foto!

—¡No tengo fotos! ¡Me las quitaron!

—¡Pues deja que te diga una cosa! ¡Si tienes una mujer bonita, no la vas a encontrar! Este lugar es una trampa mortal para las tías que están buenas. Sabes bien que toda la escoria que hay en el mundo tiende a reunirse en las vías del ferrocarril, en la oscuridad. A toda esta gente —y señaló con el mentón a los que se encontraban sentados o tumbados en el vagón— le da lo mismo robar un cargamento de leña que someter a una mujer y estrangularla después. ¡Les importa un pimiento! ¡Pero, si es fea, vas y la recuperas! ¡Corre a buscarla! ¡Vete antes de que aparezca el jefe de toda esta tropa ferroviaria! ¡Ese cada mañana va más fiero que el diablo! ¡Hasta que no pega un par de puñetazos no se calma! ¡Pero entonces hasta se le endulza el ánimo!

—¿Cómo se llama?

—¿Y a ti qué más te da? —le preguntó el hombre con suspicacia. Pero se lo dijo—. Se llama Klavdi. ¡Klavdi Porfirenko!

—¿Fue él quien dejó así a este? —preguntó Samsón señalando al tipo que tenía toda la cara amoratada y permanecía tumbado inmóvil.

—Bueno, a este cualquiera le pudo poner la cara como a un Cristo. ¡Es un ladrón de leña! ¡Es la tercera vez que lo pillan!

—¿De dónde ha sacado ese cinturón? —le preguntó Samsón, y se puso en pie.

—¡Tú mejor vete antes de que te quite los zapatos! ¡Y la chaqueta, que es estupenda! ¡Venga, muévete!

Samsón se aproximó a la puerta del vagón y saltó al suelo de tierra. Entonces sintió miedo de nuevo, como si el cañón de un fusil estuviera apuntándole a la espalda. Sin mirar hacia atrás, corrió hasta la parte trasera del vagón, y, después, siguió andando al trote, saltando sobre las vías y cuidando de no tropezar con las traviesas o las agujas. Corría como si lo hiciera sobre un pantano y el suelo amenazara con abrirse en cualquier momento y tragárselo.

Solo cuando hubo dejado atrás las vías, Samsón se dio cuenta de que había estado corriendo en la dirección equivocada. De espaldas a los últimos talleres de la estación de ferrocarriles y a una suerte de pequeña fábrica que los alimentaba de maquinaria, Samsón tenía delante el bosque de los Cadetes, muy castigado el pobre por las hachas que buscaban leña.

Capítulo 9

Antes de entrar a su propio despacho, Samsón se detuvo un instante frente a la puerta de Naiden. La voz de Abyazov resonaba allí más alta que la del jefe. Cualquiera pensaría que la comisaría había cambiado de jefe, porque el tono de voz de Abyazov era el de quien mandaba. Pero en eso Naiden pegó dos gritos y Samsón pudo seguir más tranquilo hacia su mesa de trabajo.

El despacho olía a humedad, y quizá por eso los ojos de Samsón buscaron el maniquí, ubicado ahora a la izquierda de la ventana.

«¿Cómo es que se llevó el traje y dejó el maniquí?», pensó otra vez Samsón, y recordó, enfadado, que no le había preguntado qué había hecho con el traje.

Su mirada se deslizó suavemente hacia el cartel que mostraba los detalles del despiece del cerdo. Aquel cerdo convertido en un mapa de «países», los trozos en que se debía cortar, alegró a Samsón por el hecho de que cada una de esas partes tenía ahora un par de palabras añadidas. ¡A fin de cuentas, sí que había obligado a Briskin a chivarse de sus clientes!

No obstante, el contento producido por la presencia de esas palabras en forma de garabatos ilegibles a cinco o seis pasos de distancia se esfumó enseguida. Bastó que su mano fuera a apoyarse en la tapa de madera de la pistolera, un gesto en él habitual, para que se hundiera de golpe.

«¡Todavía tengo que escribir una declaración por la pérdida del arma!», pensó horrorizado. Y en ese instante volvió a su mente la imagen de pesadilla en la que Nadiezhda, muerta, estaba tumbada sobre la tierra húmeda, con la cabeza colocada junto a las vías de ferrocarril.

Un estremecimiento lo sacudió. Sintió la necesidad de beber algo fuerte. Pero no guardaba vodka en el despacho. Una idea acudió, no obstante, en su socorro. Había pasado toda la noche fuera de casa y ya se había hecho de día. ¿Y si Nadiezhda no se había ido a ver a los ferroviarios? ¿Y si se había quedado a dormir en casa de la amiga con la que se disponía a cambiar la leña por el vestido de verano?

Samsón miró a la puerta del despacho y aguzó el oído. Salió deprisa, bajó las escaleras corriendo y apareció en la calle de un salto. Allí sintió que las piernas le flaqueaban. Sería que cedían por el cansancio después de la noche atareada y gélida. Se enderezó como un borracho que se dispone a volver a casa desde la taberna, dio unos pasos apresurados y agitó los brazos en el aire buscando ganar el equilibrio que le faltaba. Lo encontró, finalmente, cuando enderezó la espalda y tiró de los pequeños faldones de la chaqueta que, ahora, sin el cinturón, le sentaba como un saco medio vacío.

Los transeúntes que pasaban por su lado le resultaban de un frescura inexplicable. Sus rostros, sus ojos parecían recién lavados. No era consciente de que los relojes aún no marcaban las ocho de la mañana. Para él, todavía era de noche, una noche que no se distinguía del amanecer. Porque la mañana se cuenta a partir de que uno abre los ojos después de un sueño renovador, el sueño que él no había conocido. El miedo, la duda, la inquietud: todo eso lo conocía bien. Pero el sueño no. En lugar de dormir, había estado mascando una oreja en la oscuridad. Una oreja de cerdo. Salada o curada. Con un cierto sabor a comida china. Y ese sabor permanecía ahora pegado a su boca, mientras corría a casa por la calle Zhiliánskaia con la vista pegada al suelo, porque así le resultaba más fácil mantener el paso.

La puerta que daba a la calle se abrió con facilidad. Samsón no sabía si la viuda del portero la abría y cerraba de acuerdo con un horario determinado o lo hacía a la manera campesina, es decir, abriéndola al amanecer y cerrándola cuando caía la tarde.

No había nadie en casa. La humedad y el olor a moho le golpearon en la cara en cuanto entró. Antes solían encender la estufa hasta el día de Conmemoración de los Soldados Caídos, es decir, el 9 de mayo. Ese día su padre se permitía beber una copa de licor de nuez por el alma de su primo, muerto en la defensa de Port Arthur. Los muros, calentados por las estufas,

mantenían la humedad a raya, y dos semanas después ya llegaba el verano. Lo hacía primero con cautela, mirando de reojo a la primavera, a la que le iría robando el lugar.

Samsón se acercó al armario de sus padres, ubicado ahora entre las ventanas que daban a la calle. Se miró en el espejo y le costó reconocerse. O, mejor, en un primer momento no quiso reconocerse. Fue hasta la mesa, en la que había desparramados siete caramelos de frutas. Se dirigió a la cocina, cogió la taza de té de Nadiezhda y colocó los caramelos dentro, como si fueran flores en un florero.

Después se metió uno de los caramelos en la boca y lo chupó con avidez para que la dulzura apartara el sabor salado de la oreja de cerdo.

Puso sobre la mesa el envoltorio con las orejas. Lo desenvolvió sin prisa y sacó una de ellas para examinarla a la luz del día. Era ligera, casi etérea, pero no translúcida. Esto último lo comprobó poniéndola entre sus ojos y la ventana.

Algo lo impelió a tocarse la oreja izquierda. No era, por cierto, mucho más fina que la del cerdo y parecía clamar que estaba viva cuando crujía en respuesta al apretón de los dedos de Samsón.

Tales ideas y acciones extrañas le sirvieron para tomarse un respiro y reunir la fuerza necesaria para ponerse en marcha de nuevo.

Llegó a la oficina de estadística en un santiamén y, superado con esfuerzo el obstáculo que representaba el guardia de la puerta, se coló en el despacho del jefe de Nadiezhda: Valerián Serguéich Poddómov.

Rodeado de papeles y carpetas, Poddómov parecía algo confundido y tenía un labio roto. En un primer momento, no reconoció a Samsón, lo que hizo que saltara de su asiento. Cuando el visitante se presentó y le recordó quién era, Poddómov se dejó caer de nuevo en la silla y respiró aliviado.

—Vengo a preguntar por Nadiezhda —le anunció Samsón—. ¡Ni ha dormido en casa, ni ha aparecido por la casa de sus padres!

Poddómov asintió. Después se encogió como si tuviera frío, miró hacia atrás y levantó del suelo una mantita de color amarillo con la que se cubrió los hombros por encima de la camisa negra.

—¿Dónde está? —le exigió una respuesta Samsón.

—La secuestraron. La tienen de rehén, junto a otras dos colaboradoras…

—¿Quiénes? ¿Los ferroviarios?

Poddómov asintió de nuevo.

—A mí también me llevaron, pero conseguí escapar. ¡Solo me partieron la boca!

—¿Ya lo denunció a la policía? ¿Lo denunció a la checa? —preguntó Samsón visiblemente alterado.

—Tuve miedo de informar a la checa. ¡A fin de cuentas, fueron ellos los que dieron la orden de registrar a los ferroviarios! Y no hemos sido capaces de…

—¿Y a la milicia?

—¿Qué puede hacer la milicia? —preguntó Poddómov mirando a su visitante con ojos lastimeros.

—¿Qué demonios dice? —se enfadó Samsón—. ¿A dónde la llevaron? ¿Eso lo vio?

Poddómov asintió nuevamente.

—¡Arriba! —le ordenó Samsón de manera inapelable—. ¡Levántese!

—¿A dónde me lleva? —se asustó Poddómov.

—¡Al cuartel de la calle Tarasóvskaia! ¡A que lo cuente y lo escriba todo!

—¡Ajá! ¡Ya me estaba preguntando dónde te habías metido! —exclamó Naiden al ver a Samsón irrumpiendo en su despacho jadeando y empujando a un ciudadano pálido y sin afeitar, que llevaba un abrigo corto de color gris y que parecía haber perdido el gorro por el camino—. ¿Y este quién es?

Samsón dio un paso a un lado y se llenó los pulmones de aire antes de responder:

—Es Poddómov, de la oficina de estadística. Esta noche los ferroviarios lo secuestraron junto a tres de sus colaboradoras. ¡Dice que él consiguió escapar, pero no ha presentado la denuncia! ¡Tienen a mi Nadiezhda!

—¡Menudo lío! —exclamó Naiden visiblemente preocupado. Miró al ciudadano del abrigo gris y le preguntó—: ¿Cómo ha sido eso?

—No tenía fuerzas —balbuceó Poddómov—. ¡Corrí directamente a la oficina en cuanto escapé! ¡Ni siquiera pasé por casa! Y, en cuanto llegué, me dio un ataque de nervios: ¡se me paralizó todo! ¡Las manos! ¡Las piernas!

—¿Y la cabeza se te paralizó también? —preguntó Naiden en tono sarcástico—. Siéntate ahí —añadió señalando a su propio escritorio.

Cuando Poddómov se hubo sentado y miró al jefe desde abajo, Naiden le alcanzó una hoja de papel, un tintero y una pluma.

—¡Escribe una declaración con todos los pormenores del crimen! ¡Y la quiero con todo lujo de detalles!

Poddómov, como el hombre habituado a escribir que era, se aplicó enseguida.

—Yo también estuve allá —dijo Samsón y atrajo enseguida la atención de Naiden—. Me desarmaron y arrestaron. Solo esta mañana uno de ellos, al conocer que era policía, me dejó marchar.

—¿Y tú qué hacías allá? —se sorprendió Naiden—. ¡Ese territorio lo controla la policía del transporte!

—Buscaba a Nadiezhda. Pensé que la tendrían ahí…

—¡Vasyl! —gritó Naiden mirando a la puerta.

La puerta se abrió y asomó la cara del responsable del departamento de pruebas.

—¡Prepara té!

La puerta se cerró.

—¡Ve a tu despacho y redacta el informe sobre la pérdida de tu arma reglamentaria! —ordenó el jefe.

Samsón salió con desgana, porque le acababan de entrar ganas de beber té.

La bombilla en el despacho brillaba más de lo acostumbrado. Samsón se acercó al esquema de despiece de la carne. «Vladímirskaia, 43, apto. 4», leyó detrás del jamón trasero. Debajo había una barra y la anotación: «Rostislávskaia, en la casa de detrás de la verja azul». Miró a la paleta y leyó: «Kristina, calle Stolípinskaia, 15, primera planta». Debajo de la barra había aún otro denunciado: «Calle Tatárskaia. Fábrica de levadura, maestro Temin Prójor».

A Samsón se le ocurrió que haría mejor si se ocupaba ahora del asunto de la carne, en lugar de ponerse a narrar sus peripecias nocturnas. Pero la orden del jefe era, desde luego, inapelable.

Samsón se sentó a la mesa y se acercó un folio en blanco que era, en realidad, el revés de un documento ya procesado. Después, mojó la pluma

en el tintero y la dejó colgando unos instantes hasta que la gota de tinta roja se reunió con el resto.

Mientras esperaba, se preguntó frenéticamente cómo debía titular el documento que iba a escribir. ¿Confesión? ¿Informe? ¿Relación? ¿Denuncia, acaso? ¡¿No acabaría siendo una denuncia contra sí mismo?!

Por un instante, su mano quedó suspendida sobre el papel. La pluma trazó con tinta roja sobre el papel el título: «Denuncia de un delito».

Escribir el documento desde la posición de la víctima resultaba fácil, aunque dolía un poco. La indignación le hizo escribir con letras grandes y Samsón pensó que no le iba a alcanzar el espacio de la hoja para contar todo lo que quería. Se obligó a escribir con letras más pequeñas.

Cuando entró en el despacho del jefe, se lo encontró acabando de leer la declaración de Poddómov. El propio autor estaba de pie a su lado y miraba con recelo a Abyazov, que también estudiaba el documento desde su posición al otro lado de Naiden.

El chequista no se molestó en saludar a Samsón, ni siquiera con un gesto. Sin embargo, se apoderó enseguida del papel que este traía en las manos y, entornando los ojos, comenzó a leerlo olvidándose de que hasta hacía un instante estaba absorto en la lectura de la declaración de Poddómov.

La puerta se abrió y entró Vasyl, que colocó dos tazas de té en el borde del escritorio.

—¡Cuidado, no os queméis, que está hirviendo! —avisó.

—¿Dónde se ha metido Jolodny? —le preguntó Naiden apartando la vista del papel.

—Está allá abajo interrogando a un detenido.

—¡Que venga! —ordenó Naiden.

—¿Traigo más té?

Samsón tragó saliva, consciente de que ninguna de esas dos tazas era para él.

Naiden entendió el gesto.

—¡Trae otra más! —pidió. Después, se volvió hacia Abyazov y le preguntó—: ¿Qué me dices? Esto corresponde a la policía del transporte, ¿no?

El chequista negó con la cabeza.

—¡Esto es asunto nuestro! —dijo con firmeza—. ¡Hay que exterminar a todas esas ratas, a esos piojos, a esas chinches! ¡A esa gentuza de los

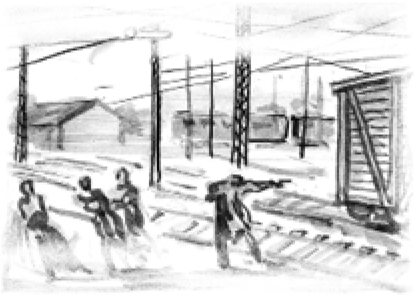
ferrocarriles se le deja hacer lo que le da la gana! ¡Por eso le da lo mismo a qué gobierno servir! ¡No encuentras un solo comunista entre ellos, aunque lo busques con lupa! ¡Y, sin embargo, todos llevan encima un documento que los exime de los desalojos, las requisas, la movilización y los trabajos voluntarios! ¡Sé muy bien lo que hay que hacer con ellos!

Naiden enarcó las cejas.

—¡Pues, si lo sabes, ponte manos a la obra! —le dijo—. ¿A quién te llevas contigo?

—Me llevo a este —dijo Abyazov señalando a Samsón—. Y allá abajo pillaré a Jolodny y a cinco soldados del Ejército Rojo.

Capítulo 10



En la calle, la lluvia enviaba a los escasos transeúntes hacia las tiendas o sus casas. Abyazov decidió que irían andando hasta la estación para evitar atraer más atención de la cuenta. Samsón recibió un fusil para sustituir el arma perdida, y cada vez que volvía la vista hacia atrás y veía a los soldados mascaba su humillación. Y, sin embargo, no era la indignidad lo que lo reconcomía, sino la rabia que sentía consigo mismo. Una rabia tan espesa, tan cargada, que parecía haberse desparramado por sus brazos y sus piernas.

En cuanto salieron de la comisaría, los soldados comenzaron a golpear alegremente los adoquines con las chapas de metal de las suelas de sus botas. Estaban habituados a marchar al compás y con un paso tan ruidoso que parecía que se lo tomaran como una de las armas con las que amedrentar a sus enemigos. Tan solo después del tercer grito que les pegó Abyazov cambiaron el ritmo por uno menos organizado y molesto. Ahora avanzaban con paso inseguro, como temeroso. Encima, ojeaban a los lados, precaviéndose de peligros ocultos. Samsón miró un par de veces a los soldados con evidente reproche: no conseguía comprender el fondo del plan que Abyazov había urdido con su mente de chequista. De que tenía un plan no cabía duda. Lo delataban el brillo y la decisión que se percibían en sus ojitos minúsculos.

Al llegar junto al larguísimo edificio de la estación de ferrocarriles, una construcción provisional de una sola planta, Abyazov ordenó a los soldados que se detuvieran y esperaran. A Samsón y a Jolodny, en cambio, les hizo una señal para que lo siguieran, mientras se encaminaba hacia la puerta más

próxima. Dentro se escuchaba hablar a unas mujeres que parecían fuera de sí. Frente a una ventanilla se aglomeraba gente variopinta. Todo el mundo llevaba en la mano un papel con un sello y lo agitaba.

Había una puerta a la derecha de la ventanilla. Abyazov tiró de ella, pero no se abrió. Entonces, llamó a golpes.

—¿Qué coño quieres? —preguntó el tipo que se asomó. Iba bien afeitado y vestía unos pantalones negros y una camiseta a rayas.

Abyazov le pegó tal empujón que el hombre cayó de espaldas sobre un sofá muy gastado que había al otro lado de la pared. Mientras intentaba incorporarse, los tres se colaron dentro y cerraron la puerta con pestillo.

Samsón se percató de que el hombre, al levantarse, empuñaba un revólver. Quiso advertir a Abyazov, pero Jolodny ya tenía su nagant en la mano.

—¿Quién es el jefe aquí? —preguntó Abyazov mostrando su carnet.

—¿El jefe de qué? —preguntó nervioso el tipo—. ¿De la venta de billetes?

—¡El de todo esto! ¿Quién manda aquí? —volvió a preguntar el chequista gritando la última palabra.

—¿En todo todo? Panas Zjharko, el comisario del pueblo de transporte.

—¡No te hagas el gracioso! —intervino Jolodny, cuya voz, no obstante, no era tan agresiva como la de Abyazov—. ¿Dónde está Porfirenko? ¿Quién más está hoy al mando?

—Porfirenko está de jefe de los maquinistas. Sashinski manda en los telegrafistas. ¡Y nosotros solo somos jefes en la taquilla! —respondió algo más tranquilo, aunque sin apartar el cañón del revólver de la barriga de Abyazov.

—¡Habría que matarte como a un perro por contrarrevolucionario! —bramó el chequista y bajó la vista hacia el revólver. Después se volvió hacia Samsón—: ¡Vayamos a las vías! ¡Y aclaremos las cosas de una vez!

—¿Tenéis un pase para andar por las vías? —preguntó en tono sarcástico el jefe de las taquillas.

Jolodny lo miró a los ojos con aire amenazador:

—¿Qué clase de pase es ese? —le preguntó.

—Pues este —le respondió el hombre guardándose el arma y mostrándole un papel de color rosa con un sello y cuatro firmas rubricadas con tinta roja.

—«Se otorga el presente pase a Avtandil Karíyev, jefe del servicio de billetes, autorizándolo a acceder a la estación de ferrocarriles Kiev-1 y a las vías aledañas. El jefe de policía ferroviaria», firmado… —leyó Jolodny en voz alta.

—Sin un pase como este, os podrán arrestar ¡y hasta fusilaros sin más trámite por sabotaje! —añadió Karíyev.

—¡Eso ya lo veremos! —replicó Abyazov, y le arrancó el pase de las manos con viveza, antes de tirar a Jolodny del hombro para que se diera prisa. Al jefe de las taquillas le soltó, volviéndose—: ¡Te lo devolvemos en un rato!

Afuera no había parado de lloviznar. Samsón corrigió la posición de la gorra de piel, tiró hacia abajo del lado derecho. El chequista miró a los lados y detuvo su atención en un hombre que vestía un viejo uniforme de ferroviario, que acababa de tomar la calle Stepánovskaia viniendo de las vías.

—¡En marcha! —les ordenó a Samsón y a Jolodny.

El pobre hombre se quedó paralizado al ver aparecer al trío de policías con Abyazov al frente.

—¡Acompáñanos! —le ordenó el chequista, y se identificó.

—¡Y a mí, ¿por qué?! —se defendió el tipo, un empleado de los ferrocarriles de unos cincuenta años de edad con una barba pelirroja y bigotes que le cubrían el labio superior—: ¡No he hecho nada! ¡Solo he dejado el trabajo un momento para ir a comer alguna cosilla!

—¡Silencio! —interrumpió su balbuceo Abyazov—: ¡Óyeme bien! ¡O nos respondes a lo que te vamos a preguntar o te pego un tiro aquí mismo por sabotaje! ¿Lo has entendido?

—¡Pero ¿de qué sabotaje habla?! —preguntó el tipo sin dar crédito a lo que le estaba pasando—. Yo estoy de guardia en la aguja número 5… ¡No hay convoyes moviéndose por allí ahora! ¡Y vine a comprarme un bollo para volver a mi puesto enseguida!

—¿No has dejado abandonado tu puesto? —preguntó Abyazov con la voz muy ronca, lo que asustó aún más al tipo.

—Sí, eso sí, y no debí… —dijo el hombre con ánimo de disculparse, y se dio la vuelta para volver sobre sus pasos, pero Jolodny lo sujetó.

—¿Dónde tenéis encerrados a los rehenes? —le preguntó el exsacerdote con voz firme.

—¿Rehenes? ¿Qué rehenes?
—¿A los que detenéis en la zona de las vías?
—¡Ah, a esos los tienen allá, por donde el tranvía de cadetes!
—¡Vamos y nos muestras el lugar! —le ordenó Abyazov.
—¡No puedo ir hasta allá! ¡Mi pase no me lo permite!
—¡Yo te voy a dar a ti el pase que te hace falta! —le soltó el chequista.
El barbudo miró lastimosamente a los tres hombres que le cortaban el paso. Las arrugas que tenía en las esquinas de los ojos se tornaron más profundas: ahora parecían líneas trazadas con el lápiz de un delineante.
—¡Tengan piedad de mí, por Dios! ¡Este es mi trabajo, y, si me pegan un tiro, mi familia se morirá de hambre!
—No tengas miedo. Nos señalas el lugar desde lejos y ya está —le dijo Abyazov mostrándose comprensivo.
—¡Bueno, pero vayamos por el borde y sin meternos de lleno en las vías! —rogó el desdichado.
Abyazov convocó a los soldados, que se habían mantenido a cierta distancia.
—Escuchadme bien —comenzó a decir, pronunciando con atención cada palabra—: Venid detrás de nosotros a unos veinte pasos de distancia. Cuando nos internemos en las vías, quedaos fuera, en el borde. Si veis que nos metemos en una pelea a tiros, ¡disparad sobre el enemigo!
—¿Y cómo reconocemos al enemigo? —preguntó el soldado que parecía más joven.
—¡Los que corran detrás de nosotros: esos son el enemigo! —lo ilustró el chequista—. Si alguien nos apunta con un arma, disparadle a la cabeza o al pecho. Y a los que corran desarmados, les disparáis en las piernas. ¿Lo habéis entendido?
Los soldados asintieron con un gesto.
Tras salir al andén y dejar atrás el largo techo voladizo de madera que lo cubría, los cuatro hombres tomaron a la derecha por un sendero muy hollado, que la lluvia había vuelto resbaloso. El edificio de ladrillos apareció por la derecha y Samsón comprendió que estaban pasando junto a la casa en cuyo sótano fabricaban por las noches los caramelos de frutas que se vendían en el bazar judío. Samsón incluso levantó la nariz, como si quisiera atrapar en el aire el sabor caliente y espeso a azúcar. Pero lo que le inundó las fosas nasales fue el olor a carbón quemado en las locomotoras de

vapor, que la humedad del aire hacía aún más pesado. Samsón se sonó la nariz echando los mocos al suelo y enseguida miró hacia atrás, preocupado de que los soldados que venían detrás de ellos hubieran sido testigos de su gesto maleducado.

Tres vagones de carga desagregados asomaron por la izquierda del sendero.

—¿Qué hay en ellos? —le preguntó Abyazov al empleado de los ferrocarriles.

—¡Nada! ¡Fíjese en que ni siquiera están custodiados!

Samsón prestó atención a los vagones, sin dejar de avanzar. Uno estaba pintado de verde; los otros dos eran de color marrón. Intentó hacer memoria: ¿los había visto la noche anterior? Pero su mirada fue aún más lejos, porque reparó en un hombre parado delante de otro vagón, a unos cincuenta pasos de ellos. ¡Cincuenta, al menos! Samsón aguzó la vista: ¿seguro que el cinturón que llevaba el hombre, y del que colgaba la pistolera, no era el suyo?

—Creo que aquel es el vagón donde me tuvieron retenido —le dijo a Abyazov.

Detuvieron la marcha.

—¡Ah, sí! —confirmó en un susurro el de las barbas rojas—. En ese tienen a gente arrestada. Y lo mismo en dos más que hay a la derecha. Esos son más largos, unos vagones de color azul con letras y números muy grandes, alegres…

—¿Cómo que alegres? —protestó Jolodny.

—¡Bueno, es que así llaman a los vagones que transportan los equipajes y el correo! —explicó el tipo. Y añadió, nervioso y con la súplica volviendo a brillar en sus ojos entrecerrados—: ¿Ya me puedo marchar? ¡No quiero estirar la pata aquí con ustedes!

—¡Espera un momento! —le ordenó Abyazov, y se acercó a él tanto que las dos caras quedaron prácticamente juntas. El ferroviario le sacaba media cabeza al chequista, pero este último, firme como un clavo, lo miraba con una intensidad que daba miedo—. Hagamos esto —le dijo—: Responderás un par de preguntas y te dejaré marchar. ¿Estamos de acuerdo?

El barbudo asintió.

—¿Cuántos de vosotros hay ahí? Quiero decir, vigilando a los detenidos y formando la escolta del jefe de los maquinistas.

—Pocos —dijo el interpelado y pensó un instante, antes de añadir—: ¡Seis o siete personas! ¡Pero en los talleres que están detrás de las vías hay cincuenta, por lo menos! ¡Y dos ametralladoras!

—Si se arma un tiroteo aquí, ¿saldrán todos? —preguntó Abyazov intentando disimular un nerviosismo que, no obstante, hizo que le temblara la voz.

—¡Desde luego que sí! ¡Están ahí para eso! ¡El que no esté borracho saldrá pegando tiros!

—¿Saldrán de algún otro lugar? —continuó el chequista su interrogatorio.

—Puede que de allá salgan algunos —explicó señalando hacia la izquierda en dirección al andén—, pero están lejos y les costará correr hasta aquí.

—¡Bien! ¡Márchate ya! ¡Vete a buscar tu bollo! ¡Y que no se te vuelva a ver por aquí en una hora!

El hombre asintió, se dio la vuelta y se marchó a la carrera. Al llegar a la altura de los soldados, quiso pararse y tropezó. Pronto desapareció detrás de la casa blanca de ladrillos en la que fabricaban los caramelos nocturnos.

Unos pasos más adelante, Samsón, Abyazov y Jolodny alcanzaron la altura del tercer vagón y se quedaron de piedra. Ahora sí, Samsón reconoció sin lugar a dudas al ferroviario con el abrigo de piel que guardaba la puerta. Era el mismo que lo había dejado marchar aquella mañana.

—¡Ese es el retrete que utilizan! —dijo Abyazov, y lo señaló con la mano —. Escondámonos por allí.

El retrete de madera pintado de azul era algo más grande de lo habitual, como para acomodar a dos personas a la vez. Los soldados se apostaron a un lado del camino, protegidos de la vista por un sauce que crecía allí muy convenientemente, mientras que Samsón, Abyazov y Jolodny corrieron a la letrina y se escondieron detrás de ella.

—¡Esperemos aquí! ¡Es un lugar magnífico para conducir un interrogatorio! —se burló Abyazov. Y, mirando a Samsón, le dijo—: ¡Cala la bayoneta, que es probable que la tengas que utilizar!

Samsón cumplió la orden y ya no volvió a cruzar el fusil sobre el hombro. Apoyó la culata en el borde de una traviesa y aguzó el oído. Le pareció escuchar el sonido rítmico y monótono de un convoy ferroviario que se acercara.

—¿Viene alguien? —preguntó inseguro.

Jolodny miró a los lados. En eso se oyó el chirrido de una puerta corredera que se abría.

Abyazov se llevó los dedos a los labios. Los tres hombres se quedaron muy quietos. Se escucharon los pasos de un hombre que se acercaba: fuertes cuando las suelas golpeaban las traviesas; más suaves cuando avanzó por el terreno húmedo que había entre las vías. Chirrió la puerta del retrete. El hombre gruñó, se escuchó cómo se aflojaba la ropa.

—¡Quédate aquí y dispara si ves algo raro! —le susurró Abyazov a Jolodny. Después miró a Samsón, que comprendió la muda orden y levantó el fusil.

—¡Pon la culata hacia arriba, que allí tendrás poco espacio! —le ordenó Abyazov señalando el fusil con la mirada.

Entraron de un salto en el retrete y cerraron la puerta. Del susto, el hombre, que sujetaba con las manos las solapas del abrigo abierto y estaba agachado sobre el retrete, cayó sentado y, de haber sido un poco más delgado, se habría perdido agujero abajo. Pero el bien pagado empleo de ferroviario había moldeado su figura hasta hacerle resistente a tales inconveniencias, de modo que encajó el culo en la letrina mientras su rostro se coloreaba de púrpura, mostrando tanto miedo como rabia.

—¡Tranquilo! ¡Tranquilo! —le ordenó el chequista mirando su boca abierta en la que se ahogaban los gritos.

Abyazov lanzó una mirada fulminante a Samsón, que acercó la punta de la bayoneta al pecho del hombre; la culata quedó apoyada en la puerta por dentro. Un ligero descuido hizo que acabara pinchándolo. El pobre, apoyándose con las manos en el borde del agujero, se echó bruscamente hacia atrás.

—¿Dónde tenéis a las mujeres de la Dirección de Estadística a las que secuestrasteis? —gruñó Abyazov.

—¿A las espías? —preguntó el gordo, inmovilizado por la bayoneta y la situación—. Están en el quinto, el alegre…

—¿Y ese vagón dónde está? —quiso precisar el chequista.

—Allá —dijo el hombre señalando a la derecha con la cabeza—. Es el verde, el que está separado.

—¿Cuántos guardias hay ahí?

—Está Zhorik. Solo. Le gustan mucho las tías y se ofreció.

—¿Está dentro? ¿Con ellas? —se le escapó la pregunta a Samsón, que temía por Nadiezhda todavía más ahora que parecía a punto de encontrarla.

—No me dedico a vigilarlo —gruñó el detenido con insolencia—. ¡Dejad que me levante! ¡O me voy a poner a pegar gritos!

—¡Conque vas a gritar, eh! —le dijo Abyazov, clavándole el cañón de su revólver en la cara.

—¡Camaradas! —gritó el tipo de repente e intentó incorporarse, una pretensión contra la que conspiraron los pantalones que tenía bajados hasta los tobillos.

—¡Pínchalo! —gritó Abyazov.

Samsón empujó el fusil hacia delante y un terrible jadeo llenó el interior del retrete. El tipo se estremeció, se echó hacia atrás, intentó llenarse los pulmones de aire.

—¡Imbécil! —le espetó Abyazov moviendo la cabeza con desdén. Se volvió hacia Samsón—. ¡Déjalo! ¡Vamos a por las mujeres!

Solo entonces Samsón fue consciente de que la punta de la bayoneta estaba clavada en el pecho del tipo que boqueaba.

Salieron del retrete a la carrera y se dirigieron al vagón de color verde, que estaba ubicado, efectivamente, a la derecha. Jolodny los siguió a toda velocidad.

Un ferroviario con chaqueta acolchada y gorra estaba apostado al lado del vagón. Al ver a los hombres que corrían hacia él se quedó paralizado. Muerto de miedo, miró a todos lados.

—¡Quieto, Zhorik! —le gritó Abyazov.

Al escuchar su nombre, el improvisado guardia salió corriendo hacia los depósitos de queroseno.

—¿Le disparo? —preguntó Samsón a Abyazov.

Este negó con la cabeza.

Samsón y Jolodny abrieron la puerta del vagón y saltaron a su interior. Tres muchachas con las caras llena de moretones se pegaron aún más a la fría pared de madera al ver la irrupción de los hombres. Estaban sentadas en un banco con las manos atadas.

—¡No temáis! —les gritó Jolodny, y sacando una navaja del bolsillo cortó las cuerdas que sujetaban las muñecas de las prisioneras. Samsón se hincó de rodillas delante de Nadiezhda, le brotaron lágrimas de los ojos.

—¡Por Dios bendito! —dijo en un susurro—. ¡Te he encontrado, por fin!

En eso se escucharon unos disparos que provenían del exterior.

—¡Deprisa! —gritó Jolodny—. ¡Salgamos ahora mismo de aquí!

Una bala se clavó en la puerta corredera cuando saltaban fuera.

—¡Detrás del vagón! —gritó Abyazov—. ¡Todos detrás del vagón!

Las jóvenes no podían correr deprisa, pues tropezaban con las vías y se caían. Samsón las ayudaba a levantarse, aunque el pesado fusil que llevaba en la mano derecha se lo ponía difícil. Jolodny iba respondiendo a los disparos, pero el tiroteo principal venía de lejos. Concretamente, del lugar donde se hallaban apostados los soldados.

—¡Rápido! ¡Más rápido! —gritaba Abyazov.

Finalmente, consiguieron subir hasta un terraplén resbaladizo por la lluvia y corrieron junto a los depósitos de queroseno de Meguel hasta la carretera de Brest-Litovsk.

Cuando alcanzaron la carretera y se detuvieron a recuperar el aliento, Samsón escuchó a alguien llorar. Se volvió hacia Nadiezhda, creyendo que los sollozos eran suyos. Pero no era ella la que lloraba, no. Nadiezhda se ahogaba y le temblaban las manos con las que se cubría la cara. Pero no estaba llorando. Lo hacía otra chica, una que llevaba un abrigo acolchado de color verde y un pañuelo negro en la cabeza.

—¡No llores, Dusia! ¡No llores así! —la consolaba la tercera prisionera.

El tiroteo en las vías no cesaba y eso les impidió escuchar el tranvía que se acercaba por el lado de Sviatóshino. El pequeño vagón rojo volaba hacia ellos a una velocidad que parecía demencial. Abyazov corrió a interponerse en su camino. Se paró en medio de la vía y levantó el revólver, como si se dispusiera a matar el cielo a tiros. El chirrido que hicieron los frenos del tranvía ahogó el estruendo de los disparos. El pequeño vagón se detuvo por fin. El anciano conductor los miraba aterrorizado por detrás del cristal.

La irrupción de toda esa tropa provocó que los pasajeros corrieran hacia el fondo del carro. El chirrido provocado por el frenazo todavía habitaba en la cabeza de Samsón. Pero ello no impidió que escuchara las órdenes que Abyazov dio a gritos:

—¡Arranca! ¡Y no pares hasta Guimnazícheskaia! ¡O no! ¡Mejor hasta Vladímirovskaia!

El tranvía se puso en marcha. Ahora Samsón tuvo la sensación de que circulaba muy despacio. ¡Parecía que lo hiciera a propósito! Era como si quisiese que le dieran alcance.

Abyazov pareció compartir su percepción, pues gritó:

—¡Te dije que aceleraras!

—¡Voy a todo lo que da! —le aseguró el conductor con su vocecita de anciano—. ¡No puede ir más rápido!

Los pasajeros que esperaban el tranvía en la parada de la plaza Gálitskaia acompañaron con ojos sorprendidos al número 6, que pasó de largo ignorándolos.

Jolodny los miró con expresión culpable. Abyazov también pareció sentir cierta incomodidad o, tal vez, simplemente se había calmado.

—¡Ahora ya puedes hacer las paradas! ¿Me oyes? —le avisó al conductor.

Este se dio la vuelta, como para asegurarse de que había oído bien.

—¡Stepánovskaia! —gritó poco después, apartando la palanca del freno quince grados con su mano izquierda.

Capítulo 11

Samsón quería llevarse a Nadiezhda a casa sin demora, pero Abyazov no se lo permitió. Al llegar a la comisaría, pidió a cada una de las tres mujeres que escribiera un informe acerca del secuestro. Dusia, la joven del pañuelo negro, no había parado de llorar, de modo que su declaración, que consiguió escribir con bonita caligrafía a pesar de su estado histérico, quedó profusamente puntuada por las lágrimas. Samsón condujo a Nadiezhda a su despacho y la sentó a su mesa, es decir, a la mesa que fue de su padre. Él se acomodó en una butaca frente a ella, e intentó apoyarla con su atención llena de ternura y compasión.

—¿Qué escribo? ¿Qué debo escribir? —preguntó con voz temblorosa. Su rostro estaba extremadamente pálido y ahora, en contraste con la butaca, Samsón vio que tenía un arañazo en la mejilla.

—¡No te agobies! Escribe lo que te sucedió y punto.

Nadia sacó fuerzas de flaqueza y la pluma comenzó a correr sobre el papel con más firmeza.

Samsón, sentado, miraba desde abajo la cabeza inclinada sobre el escritorio, los labios mudos, que temblaban de tanto en tanto. La miraba sentada a la mesa de su padre y pensaba que había en ello cierto hilo que no solo los unía a ellos dos, sino a los tres. Porque ese escritorio recordaba las manos de su padre, su calor, y también el sonido de las piezas del ábaco cuando trabajaba con los libros de cuentas.

«Padre nos habría dado su bendición», pensó Samsón.

Y sus pensamientos fueron ocupados por los recuerdos de su padre. No pudo evitar, desde luego, el recuerdo último y fatídico de la visita al sastre.

Ese recuerdo lo golpeó con su puño gélido, y Samsón sintió que sus dos orejas ardían de frío, como si le pidieran ayuda. Y fue a cubrirlas con las manos para calentarlas. La palma de su mano izquierda sintió, efectivamente, la oreja fría, mientras que los dedos de la derecha cubrieron la sien, a la vez que la base de la mano se apoyaba en el pómulo.

«Habrá que hacer una visita al cementerio —se dijo Samsón— y pasar después por la iglesia de Makarii a dejar una nota de recordatorio para que recen por él».

Desde el pasillo llegó el sonido de unos pasos y un alboroto. Se oyó golpear unas puertas.

Samsón se asomó a ver qué pasaba. Lo sorprendió ver que unos soldados del Ejército Rojo entraban en el despacho de Naiden.

Cuando Nadiezhda terminó de escribir su declaración, Samsón la cogió y se encaminó al despacho de Naiden. Por el camino, localizó a Vasyl y le pidió que le llevara una taza de té a Nadiezhda. Sentado a su escritorio, Naiden miraba a los soldados con gesto desdeñoso.

—¿Cómo es que ni uno solo de vosotros sabe escribir? —preguntó enojado.

—Yo sí que puedo, pero solo si lo hago con lápiz —dijo el mayor de los uniformados—: ¡Es que la punta de la pluma se me parte!

—Pues entonces os vais todos abajo y le pedís al guardia que os dé un lápiz y papel —dispuso Naiden. Y, dirigiéndose al que había hablado antes, le ordenó—: Escribes tu propia declaración y, después, les tomas declaración a los demás al dictado. Explicadlo todo en pocas palabras, pero con claridad: quién disparó, a quién disparó cada uno, etcétera. Debajo de cada una de las declaraciones, escribes: «Se corresponde fielmente con mis palabras» y se lo das a firmar. ¡Andando!

Samsón y Naiden se quedaron a solas.

—¡Vaya jaleo que habéis armado! —dijo el jefe negando con la cabeza —. Dos soldados muertos. Y estos mandaron al otro mundo a cinco ferroviarios, entre ellos, al maquinista principal. ¡Menos mal que Abyazov iba de jefe de la patrulla y que el plan fue suyo y no tuyo! ¡Ya sus amigos de la checa se lo llevaron a interrogarlo en Sadóvaia! ¡No creo que vuelva!

—¿Lo fusilarán? —se asustó Samsón.

—¿Quién sabe? ¡Con la que montó!

—¡Pero esos tíos habían secuestrado y golpeado a las chicas! ¡Y a mí me quitaron el arma!

—Tú no vayas repitiendo mucho que te quitaron el arma, eh —le avisó Naiden, y sonrió con aire paternal—. Porque, si le doy el curso debido a tu confesión al respecto, te van a llevar a Sadóvaia también.

—Entiendo —admitió Samsón con tristeza.

—¡Tienes tres días para recuperar tu revólver! ¡Tres!

Ya de vuelta en casa, cuando Samsón ayudó a Nadiezhda a descalzarse, se percató de que a la joven le temblaban los dedos. Estaba pálida y apenas se tenía en pie. Cuando por fin se sentaron a la mesa, se echó a llorar y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Pasé tanto miedo! —dijo entre sollozos—. ¡Me moría de miedo! ¡Pensaba que me iban a matar!

Samsón la ayudaba a beber sorbos de té. También intentaba convencerla para que chupara un caramelo de frutas, pero Nadiezhda lo rechazaba con vigor.

Coció unas patatas y consiguió que comiera un poco. Cuando hubo acabado se retiró a dormir, sin haberle dedicado una sola palabra de afecto a su salvador.

Después de recoger la mesa, Samsón se sirvió un poco de té. Luego bajó al sótano y subió una gran brazada de leña de abedul. Encendió la estufa. Trajo de la habitación la lata en la que guardaba su oreja. Estaba fresca, como si aún estuviera viva. La acercó a la llama de la vela y la vio transparentarse ligeramente. Sacó también una oreja de cerdo que llevaba envuelta en papel de periódico. Las sostuvo delante de sus ojos, comparándolas. La de cerdo despedía un olor fuerte; la suya tenía un aroma agradable, como a albahaca fresca.

Samsón recordó el filo del sable cosaco brillando por segunda vez sobre su cabeza y cómo su oreja salió volando, saltaron unas minúsculas gotas de sangre, como derramadas de un frasco de agua de colonia provisto de una perilla. Ahora le parecía increíble la desesperada destreza con la que atrapó en el aire la oreja que caía. La capturó, la apretó en el puño y rodó él mismo por el suelo.

¿Cómo consiguió hacerlo?, se preguntó Samsón recordando cómo la mano de su padre, ya muerto, lo empujó a un lado, apartándolo del sable.

De no haber sido por eso, el arma le habría abierto la cabeza, como hizo con la de su padre…

De la puerta de hierro fundido de la estufa emanaba un agradable calorcillo. Samsón llevó la lata con la oreja al despacho de su padre y la guardó en el armario entre unos libros. Después, volvió al salón.

«¡Tienes tres días para recuperar tu revólver!», resonó en su memoria la voz de Naiden.

Samsón se mordió el labio. El sentimiento de culpa crecía en su pecho.

«¿Cómo lo voy a recuperar? —pensó—. Tendría que volver allá a arrestarlos, a practicar registros. Y eso traerá más disparos y más muertos…».

Samsón suspiró. Se puso la chaqueta, la gorra y las botas, y bajó las escaleras. La viuda del portero todavía no dormía.

—¿A dónde vas a estas horas? —le preguntó de pie en el umbral.

—A trabajar —respondió él secamente.

Cuando se alejaba, escuchó el chirrido de los pestillos y cerrojos que aseguraban la puerta principal.

A Naiden no lo sorprendió ver asomar la cabeza de Samsón.

—¡Adelante! —dijo, y lo invitó con un gesto de la mano. Estaba sentado a la mesa con una lupa en la mano. Delante tenía una hoja de papel llena de una letra minúscula.

—Vengo por lo del revólver —comenzó Samsón—. ¡Es imposible que lo recupere sin que caigan a tiros! Creo que ellos no pisan nuestro territorio. Si acaso alguna que otra vez vienen a comprar pan.

—No existe nada que pueda llamarse «su territorio» —explicó Naiden negando con la cabeza—. Aquí todo es territorio soviético. Y en cuanto a los tiros… ¡A ver! ¡No somos un ejército! ¡Somos la policía! ¡Y nosotros conseguimos nuestros propósitos con astucia! ¡Los sacamos de sus madrigueras, como a ratas, y les damos caza! Mira, aquí tengo un caso curioso —añadió señalando el papel que estaba leyendo—: Un agente informa de que, a pesar de la prohibición de vender carne, no se ha prohibido la venta de bollos y ahora en el bazar judío se venden bollos rellenos de carne de perro, gato y rata. Se ve que mezclan esas carnes con rábano picante para disimular el olor y que los compradores no sospechen. ¡Fíjate! La venta de bollos no se prohibió, de modo que si pillamos a los vendedores nos dirán que el relleno no es de carne. ¡No les faltará razón,

oye! ¡¿Acaso se le puede llamar estrictamente «carne» a la de perro, rata o gato?! Por cierto, ¿ya cerraste el caso de la carne?

—¿El de los cobertizos y los cerdos? ¡Todavía no! —Samsón se puso tenso—. Por eso he venido a estas horas: ¡me propongo interrogar de nuevo a Briskin esta noche!

Naiden levantó la vista y lo miró con indulgencia. Sabía que le estaba mintiendo, pero no quería reñirlo.

—Anda, ¡ve a interrogarlo, entonces! —le dijo.

Samsón encendió la luz en su despacho. Se acercó al cartel con las instrucciones para el despiece de la carne. Lo estudió como quien tiene delante el mapa de un tesoro. Se quedó un rato pensativo frente a él.

Decidió copiar en una hoja las señas de los compradores. Así contaría con un documento que podría incluir después en el expediente del caso. Estuvo una media hora entera caminando entre el escritorio y el cartel. Copió con buena letra las piezas del cerdo y las direcciones y los nombres de los compradores. Releyó el listado un par de veces. Había algo que lo desasosegaba y no sabía qué era, hasta que reparó en que en el esquema y, por lo mismo, también en su lista, faltaban las vísceras: el hígado, los riñones y hasta el corazón. Anotó esos nombres al final de la lista. Después ordenó al guardia que condujera a Briskin a su presencia.

Briskin tenía un aspecto lamentable. No era la ropa, pues vestía tal y como lo habían detenido. Pero su rostro estaba demacrado y tenía una mancha de sangre seca en una ceja.

Samsón pensó en ordenarle que se sentara, pero cambió de opinión. Sentar al detenido en una butaca era demasiado.

Briskin hipó y comenzó a toser.

—¿Hace mucho frío allá abajo? —le preguntó Samsón.

Briskin hipó de nuevo.

—¡Hace frío también y no es el único problema que tengo allá abajo! —protestó Briskin.

—He hecho una lista a partir de sus anotaciones —le explicó Samsón entrando en materia—, y hay cosas que no encajan. ¡No dijo nada de las vísceras! Y tampoco se entiende bien cómo es que para un trozo grande de carne hay un solo comprador. ¿Acaso es posible eso?

—Es que las vísceras no aparecen en el esquema de despiece —dijo Briskin mirando el cartel colgado en la pared—. ¡Le puedo añadir las

vísceras, si quiere!

—Pues ¡siéntese aquí y complételo! ¡Y revise bien lo que escribió! ¿No faltará algo?

Briskin se sentó frente a la mesa y leyó la lista con atención. Después estiró el brazo y buscó la pluma y el tintero. La pluma comenzó a rasgar el papel. Hipó de nuevo.

—¿Problemas de digestión? —se interesó Samsón.

—No —explicó el detenido—. Mi hija me trajo unos huevos… Yo es que tengo una enfermedad del corazón que me obliga a tomar varios huevos hervidos al día. Uno de los otros detenidos me los quiso arrebatar. Tuve que comérmelos con cáscara y todo. ¡Por lo visto la cáscara se me quedó trabada en la garganta!

Briskin hipó de nuevo, suspiró hondamente y continuó escribiendo.

Después se detuvo de repente.

—¿Esto significa que arrestarán también a los compradores? —preguntó.

—No lo creo —le respondió honestamente Samsón—. No lo sé a ciencia cierta, pero no lo creo.

—Deberían pensarlo bien —dijo el arrestado, y suspiró—. ¡Es gente como ustedes!

—Eso ya se verá. ¡Y, si de verdad es gente como nosotros, no les pasará nada! —prometió Samsón. Le vino una idea—: ¿Alguno de estos compradores se dedica a hornear bollos para venderlos en el bazar judío?

—¿Con carne? —preguntó Briskin e hizo memoria—. Pues sí: los hay que hacen bollos y también albóndigas… Antonina, la del callejón Krivói, los lleva a vender al bazar…

—¿Qué Antonina es esa? —se sorprendió Samsón. Y, después de chequearlo en el cartel, dijo—: ¡Esa aquí no aparece!

—Esa es de las que me compra vísceras. Y un poco de tocino —explicó Briskin y señaló con el dedo el final de la página—: Ahí añadí su nombre.

Samsón se inclinó sobre la mesa.

—¿Y el corazón?

—¡No lo recuerdo! —murmuró Briskin.

—¿Que no recuerda a quién vendió el corazón? —protestó, incrédulo, Samsón—. ¿Cómo es posible? ¡Si ese es el órgano más importante de todos!

—¡Eso lo será en el hombre! ¡Pero desde luego que no en los cochinos! ¡Los órganos principales del cerdo son el tocino, el jamón, el lomo y la paleta!

—¡Haga un esfuerzo, por Dios! —pidió Samsón en un tono algo teatral—: ¡Intente recordar a quién vendió el corazón, que tengo órdenes de cerrar este caso de una vez!

Briskin volvió a suspirar ruidosamente y torció la boca, como si acabara de recordar algo muy desagradable.

—Se lo vendí a Shura —dijo en un susurro y en tono romántico—. Casi podría decir que se lo regalé… Vamos, que se lo dejé por unos kopeks de nada…

—Pues ¡escríbame entonces la dirección de la tal Shura y con eso acabamos!

Briskin agarró de nuevo la pluma que había dejado en el tintero. Esperó a que se escurriera la gota de tinta roja.

—¿No se le olvida nadie más? —preguntó Samsón cuando la pluma volvió a reposar en el tintero.

—Ya están todos —dijo Briskin suspirando como un condenado.

Samsón llamó al guardia y le ordenó conducir al detenido de vuelta al sótano.

Cuando se quedó a solas con el maniquí que volvía a oler a humedad, pensó en el cinturón y el revólver perdidos. No quería dormir y, además, había tal ruido en la comisaría que no parecía que fuera de noche. Se escucharon unos pasos al otro lado de su puerta.

«Mejor me doy una vuelta por el bazar judío —decidió Samsón—. «Voy a ver si se me ocurre algo…».

En eso se abrió suavemente la puerta y asomó la cara de Vasyl, que no ocultó su sorpresa por encontrarse a Samsón allí a aquellas horas.

—¿Tienes insomnio? —preguntó en tono burlón, que mudó enseguida en una sonrisa—: ¿Quieres un poco de té?

—Sí —aceptó Samsón, pero lo atajó antes de que se fuera y señalando al maniquí dijo—: Quería preguntarle algo: ¿por qué se ha llevado el traje y ha dejado el maniquí?

—¡No me he llevado ningún traje! —protestó Vasyl con un punto de enojo—: ¡No tengo ya sitio para vuestras pruebas!

—¿Y quién se lo llevó, entonces?

—¿Y yo qué sé? Alguien a quien le sentara bien esa talla, ¿no? ¡El té te lo traigo ahora, eso sí!

La puerta se cerró. Samsón se volvió hacia el maniquí. Lo miró con disgusto, pero a la vez intrigado.

«Alguien a quien le sentara bien esa talla», se repitió mentalmente las palabras de Vasyl y negó con la cabeza. De repente, le temblaron las manos y sus ojos fueron a buscar el cajón superior en la parte izquierda del escritorio. Allí guardaba una prueba muy valiosa: la copia de plata de un hueso de la cadera correspondiente al estafador belga Jakobson, su *os femoris*.

El cajón no se hallaba precintado y era comprensible: hacía tres días que Samsón no estaba para observar las normas de precintado y desprecintado de los armarios, las mesillas y los cajones del escritorio.

Tiró de él y no creyó lo que vieron sus ojos. Faltaba el hueso de plata, pero en su lugar había un grueso fajo de *kérenki* que él no había puesto ahí.

Samsón volvió a mirar el maniquí. Pero esta vez en su mirada se mezclaron la frustración, la rabia y el miedo: el miedo ante la responsabilidad contraída por su propia negligencia, la que había conducido a la pérdida del arma, el traje y el pesado hueso de plata.

Capítulo 12

Nadie respondió cuando llamó a la puerta. No sucedió lo que solía pasar en tales situaciones —por cierto, nada frecuentes—, que era ver asomar por la ventana el rostro adormilado de la viuda alumbrado por la llama de una vela. Samsón sentía un vigor como enfermizo que le llenaba todo el cuerpo y le consumía hasta las últimas fuerzas. Por la hora que era se podía pensar que ya era más bien demasiado temprano por la mañana, antes que demasiado tarde por la noche. Quedaría una hora y media para el amanecer, a lo sumo.

Samsón miró a su alrededor. Le llegó un sonido lejano, que le recordó la sirena de una locomotora de vapor. Pero era posible que ese sonido lo hubieran creado su cabeza y sus pensamientos, puesto que apenas media hora atrás había estado frente a los edificios de madera de la estación de ferrocarriles en la calle Stepánovskaia y hablado con Li Jun, que patrullaba de nuevo las inmediaciones del territorio cruzado por las vías junto a sus camaradas. Ahora Samsón ya sabía que la patrulla china no estaba allí por gusto. Los soldados regulares, si no eran chinos, solían entenderse bien con los ferroviarios y se iban a emborrachar a su territorio. Tales familiaridades acababan con la pérdida de las armas y, en ocasiones, también, y absurdamente, de la vida. Los chinos nunca desatendían el reglamento ni violaban las órdenes, de manera que los mandaban a ellos a patrullar en los lugares donde se exigía más responsabilidad, y les asignaban las rondas en las rutas principales.

Aun antes de reconocer a los chinos en la patrulla, el olfato de Samsón captó el aroma de las orejas de cerdo que Li Jun le había ofrecido antes. Por

eso avanzó hacia los soldados con más confianza. Le confió a Li Jun su problema, es decir, el robo del cinturón y el revólver, y le describió al hombre del abrigo que los llevaba. Li Jun le prometió que estaría atento a ver si el tipo era de los que salían aquella noche a buscar comida y alcohol en el bazar judío.

—Si veo algo, ¿dónde puedo dar contigo? —le preguntó cuando ya se marchaba.

—Estaré en la comisaría de Líbedski, donde comienza la calle Tarásovskaia —le respondió Samsón.

—¡Ah, sí! ¡La conozco! —se dio por enterado Li Jun.

La luz en la ventana de la cocina del apartamento de la portera distrajo a Samsón de sus ideas y recuerdos. Pensó que la viuda se asomaría a ver quién trajinaba en la puerta a esas horas de la mañana y saludó con el brazo.

Ya en el pasillo, Samsón trató de sacarse las botas de la manera más silenciosa posible. Allí mismo colgó la chaqueta. Nadiezhda estaba sentada en el salón, vestida para salir, ante una vela que ya terminaba de arder. Tenía la cabeza descansando sobre sus brazos cruzados. Parecía dormir, aunque sus hombros no temblaban al ritmo de la respiración.

Samsón se acercó andando de puntillas y la escuchó respirar.

—¿Nadia? —la llamó en un susurro—: ¿Duermes?

Nadiezhda levantó la cabeza.

—No me encuentro bien —dijo con una voz muy débil—. Tengo frío en las rodillas y los codos, y siento como un zumbido en la cabeza. A veces parece acercarse; a veces, se aleja…

—¡Dios mío! —se alarmó Samsón—. ¡Necesitas un médico ahora mismo! ¡Ve a tumbarte! ¡Túmbate y te prepararé un té!

La joven obedeció y se fue a su habitación.

Samsón la ayudó a acomodarse en la cama, la cubrió con la manta y le tocó la frente con la palma de la mano. La piel húmeda y fría lo asustó más.

—¡Intenta dormir, que ahora vuelvo! —le dijo y corrió a la cocina.

Cuando volvió con la taza de té humeante, Nadiezhda ya dormía.

Samsón se sentó en la silla que la joven había calentado y acercó la vela a su cara. La llama temblaba débilmente, el pábilo ya estaba a punto de consumirse, la cera derretida amenazaba con apagarla. Bebió algo de té y

notó sobre sus hombros el peso enorme de su cansancio. Sintió deseos de tumbarse en la cama él también.

A última hora de la mañana, Samsón llevó a Nadiezhda a la consulta del doctor Vatrujin, la misma consulta en la que irrumpió llamado por el rótulo en su puerta cuando corría en busca de ayuda llevando en la mano la oreja que le había cercenado el sable, y la ropa y la cara llenas de gotas de la sangre de su padre.

Nadiezhda se dejó llevar. Estaba pálida y débil, sufría de migraña y le dolían las articulaciones. El sol resplandecía sobre la calle Zhiliánskaia y algunos de los rostros de los transeúntes reflejaban la luz y parecían, por lo mismo, particularmente alegres. Sin embargo, bastaba que la persona saliera del espacio iluminado por el sol para que su semblante volviera a adquirir la misma expresión de preocupación del que está esperando algo. ¿Acaso había alguien aquella mañana que se sintiera de veras feliz de marchar al trabajo? Samsón pensaba que el lado oscuro de la vida en el Kiev de aquellos tiempos superaba con creces el poder festivo de los rayos del sol y obstaculizaba cualquier tentativa de llevar una existencia luminosa y alegre. Encima, el hecho de que aun los bendecidos por el sol miraran con cautela a los transeúntes con quienes se tropezaban manifestaba el estado real de su ánimo.

—¿Estos tipos no os…? —comenzó a preguntar Samsón mientras caminaban, incapaz de encontrar la palabra que buscaba—: No habrán abusado de vosotras, ¿verdad?

Absorta en sus pensamientos y sus dolores, Nadiezhda ignoró la pregunta.

Samsón recordó que uno de los ferroviarios le había dicho que, si su mujer era hermosa, no la encontraría viva. Que podrían «someterla» y asesinarla después.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Samsón de repente, con una voz tan profunda que Nadiezhda levantó la vista y lo miró a la cara—: Cuando te estaba buscando, le decía a todo el mundo que buscaba a mi esposa.

Una leve pero diáfana sonrisa se dibujó en los labios de la muchacha.

—¡Y no me creían! ¿Sabes por qué no me creían? ¡Pues porque no llevaba una fotografía tuya encima! ¡Así que tenemos que visitar un fotógrafo sin falta!

—¡Tengo fotos en casa, donde mis padres! ¡Te regalaré una! —le prometió Nadiezhda, y su semblante se coloreó de nuevo, recuperando su vitalidad.

—Este médico que vamos a ver ahora es oculista, en realidad —prosiguió Samsón unos minutos más tarde—. ¡Pero eso solo significa que conoce todas las enfermedades, aunque las de los ojos las trata mejor! ¡Me ayudó mucho con la oreja!

A la derecha de la puerta del doctor Vatrujin había una placa de madera, sin texto alguno y muy inusual, que llamó la atención de Samsón. Constaba de un triángulo de color negro y forma piramidal dentro del que había dibujado un ojo.

«Parece que ha decidido señalar de esa manera su consulta médica», pensó Samsón y, volviéndose hacia Nadiezhda, llamó a la puerta con el puño.

Nikolái Nikoláievich Vatrujin abrió la puerta. Primero, liberó solo lo que permitía la cadena y, reconociendo al visitante, la cerró y la abrió enseguida completamente. Una sonrisa de bienvenida le iluminó el rostro. La sonrisa elevó las puntas de un bigote muy bien cuidado que no tenía antes. En general, Vatrujin lucía ahora muy arreglado. La bata de casa de color lila que llevaba le sentaba un pelín grande, pero le daba un aire elegante. Lo mismo sucedía con los pantalones de lana azules. Sus pies estaban calzados con unas pantuflas de fieltro de color gris, rematadas por encima con un ribete de lana de oveja blanca como la nieve.

—¡Cuánto tiempo sin asomar por aquí! ¡Cuánto tiempo! —saludó Vatrujin, haciéndose a un lado para franquearle el paso a las visitas.

Ya en el interior del apartamento, y una vez despojados de los abrigos, Samsón presentó a Nadiezhda y explicó brevemente el infortunio que había padecido.

—¡Vamos a tomarnos primero una tila y lo vemos! —propuso el doctor.

A diferencia de en la visita anterior, el salón del doctor relucía por su orden y limpieza. Y es probable que Samsón tardara un buen rato en buscarle una explicación al súbito bienestar que se apreciaba tanto en el propio Vatrujin como en su vivienda de no ser por la joven y hermosa mujer que salió de la cocina llevando un samovar. La joven vestía una larga falda negra y un jersey azul, cuyo cuello alto realzaba la firmeza de sus rasgos.

—¡Dúnechka, trae también galletas de jengibre de las que hay en el aparador! —le pidió Vatrujin mientras acomodaba la base de cobre del samovar en el centro de la mesa oval.

—Sí, Nikolái Nikoláievich —asintió ella. Y añadió—: ¡Y también hay mermelada de membrillo!

—Veo que ha contratado usted a una empleada nueva —comentó Samsón en tono aprobatorio y fingiendo un punto de envidia.

—¡Qué dice! —protestó el médico—. ¿De qué empleados domésticos habla con la que está cayendo? ¡Es mi mujer!

—¡Enhorabuena! —exclamó Samsón, sorprendido, y miró a Nadiezhda.

—¡Oh, sí, sí! ¡Enhorabuena! —lo secundó ella—. ¡Es algo maravilloso!

—¡Y que lo digan! —se felicitó el doctor y acercó al samovar la taza de té de Nadiezhda y abrió el pequeño grifo. Después se volvió hacia Samsón y dijo, bajando la voz—: ¡Es como la legendaria celebración de un banquete en medio de un brote de peste! ¡Lo principal es que la peste no se entere!

Vatrujin miró atentamente a Nadiezhda:

—No me gusta el color de su cara —admitió con preocupación—. La mandaría a ver al doctor Feikus, pero se ha largado a Berlín. ¡Son los nervios! ¡Un trastorno emocional, por decirlo así! Debe tratárselo con leche gasificada, de acuerdo con el método del doctor Pasternatski. ¡Un discípulo del gran Botkin, nada menos! ¡Un médico genial! Pregunte en la farmacia de Marcinchik: allí tienen un aparato para gasificar la leche. Si no lo tuvieran, mezcle leche con agua mineral de Narzán y agite bien hasta que aparezcan las burbujitas.

—¿Y dónde voy a encontrar agua de Narzán ahora? —preguntó Samsón con un suspiro.

—¡En las farmacias! Los boticarios son gente previsora. ¡Recuerde que hoy en día las cosas no se compran, sino que se consiguen! De modo que consígase el agua y mezcle medio vaso de agua de Narzán con medio vaso de leche. Y lo toma cuatro veces al día. ¡O cinco!

Las galletas y la mermelada de membrillo se les deshicieron en la boca dejando un sabor dulce y agradable. A Samsón lo contentó especialmente el apetito que se le había despertado a Nadiezhda de repente. Y el color que se dibujó en sus mejillas. También el doctor la observaba y su mirada tenía tanto del interés profesional del médico que no le producía celos a Samsón. La mujer de Vatrujin no llegó a sentarse a la mesa.

—Está de luto —explicó el doctor—. Su hermano ha desaparecido. Y su mujer también. No faltan ni los documentos ni sus objetos personales, pero no hay rastro de ellos. Está preocupada porque no sabe dónde buscarlos.
—¡Que vaya a la checa de Sadóvaia! —aconsejó Samsón.
—Ya pasó por allí y no saben nada.

Cuando acabaron el té, el doctor condujo a Samsón y a Nadiezhda a su consulta. Le pidió a la joven que se bajara las medias y le examinó y palpó las rodillas. Después ella se remangó la blusa y Vatrujin le miró los codos.
—En efecto —asintió el médico al término de las pruebas—. ¡Es una neurosis! ¡Un mes de tratamiento con leche gasificada y todo habrá pasado! Por cierto —añadió volviéndose hacia Samsón—: ¡Me acordé hace poco de su hueso de plata! Dígame, ¿lee alemán?
Samsón negó con la cabeza, pero ya Vatrujin esgrimía una revista alemana de medicina. Pasó las páginas hasta llegar a la que buscaba, luego la dobló para que fuera más fácil mantenerla abierta y se la mostró a Samsón.
—Es aquí, en el número de noviembre de 1912 viene un largo artículo acerca de las enfermedades de los huesos. Y al final mencionan a algunos cirujanos que recomiendan reemplazar los huesos enfermos con huesos de plata. ¡Y hay un médico de Kiev entre ellos! ¡El doctor Tretner!
—¡Vaya! —exclamó, sorprendido, Samsón—. ¿Y qué más dice?
—Pues dice que utilizaba con éxito alambre de plata para reforzar huesos afectados por la osteoporosis. Hay un extenso artículo sobre Vera Ignátievna Gedroitz y la cirugía de campaña. Fue ella la que me regaló el ejemplar. ¡Y acabé leyéndolo todo! ¿Sabe una cosa? Cuando leo en alemán, siento que se me sosiega el espíritu y se me ordenan las ideas en la cabeza. ¡Y así, por pura casualidad, di con este artículo sobre los huesos de plata!
Vatrujin salió al descansillo a despedir a los visitantes.
—Veo que está recibiendo a pacientes otra vez —apuntó Samsón, y señaló con el mentón la tablilla junto a la puerta.
—Bueno, muy poco a poco —asintió el doctor—. ¡Tengo que ganarme la vida de alguna manera, ¿no?!
Cuando volvían a casa por la concurrida calle Zhiliánskaia, Nadiezhda se detuvo ante la oficina de la Dirección Provincial de Estadística y suspiró.

—¿Te importa si entro un momento? —le preguntó a Samsón—: A decirles que estoy mala…

—¡Desde luego! ¡Ve y te espero aquí! —la animó él.

Un cuarto de hora más tarde, salió Nadiezhda.

—¡Ya me encuentro mucho mejor! —le anunció—. ¡Tiene unas manos tan buenas ese doctor! ¿Me habrá curado con solo imponerme las manos? Me quedaré un rato a ayudar a las chicas, ¿vale? Es que las han mandado a hacer las estadísticas del ganado doméstico en Kiev y no creo que se apañen sin mí. ¡Figúrate que todos los números son de tres y cuatro dígitos! ¡Tendrían que estar aquí hasta la noche!

Samsón se encogió de hombros.

—¡Claro, claro! —convino—. ¡Pero no te machaques mucho! ¡Y esta misma noche le llevamos la leña a tu amiga para que recojas el vestidito ese que te gustó! ¡Que ya el verano está a la vuelta de la esquina!

Nadiezhda sonrió. Le dio un beso en la mejilla con aire coqueto y desapareció detrás de las puertas del Gubstatburó.

Capítulo 13

—¿Te pondrás a bailar de alegría? —le preguntó Naiden con una sonrisa burlona que partía en dos su cara sin afeitar.

—¿Cómo que a bailar? —inquirió Samsón, perplejo.

Acababa de llegar al trabajo y apenas comenzaba a preparar los planes para esa tarde. No tenía idea de cómo lucía el vestido que tanto le había gustado a Nadiezhda, pero ya anticipaba su carita de alegría, sonrosada y radiante. ¡Ahora solo quedaba llevarle los tres sacos de leña a la dueña del vestido! Absorto en esos pensamientos, se acercaba al cartel con las instrucciones del despiece del cerdo cuando la cabeza de Vasyl asomó por la puerta entreabierta y le indicó que acudiera inmediatamente al despacho de Naiden.

—¡Y me da lo mismo los pasos que te marques! —siguió burlándose el jefe—: Puede ser un *hopak* o una *kamárinskaia*![1] ¡Tú baila lo que quieras, pero que te brote del alma!

Se giró hacia la mesa, cogió algo que guardaba debajo y se lo arrojó a Samsón. Este, del susto, dio un paso atrás, lo que no le impidió estirar los brazos y capturar el cinturón de piel. La pesada pistolera que colgaba del cinturón le golpeó en la rodilla.

—¿Es el tuyo? —le preguntó Naiden en un tono que era a la vez severo y un poco jocoso.

Samsón abrió la funda, sacó el revólver y lo examinó. Su rostro resplandecía de contento. Asintió con la cabeza y después lo confirmó:

—¡Es el mío! ¿Cómo ha llegado aquí?

—Lo trajo el chino. Dijo que era para ti. ¡Por lo visto es amigo tuyo!, ¿no? Y también te dejó el paquetito aquel —añadió señalando a un lado de la mesa.

—¿Cómo logró encontrarlo tan rápido? —Samsón mostró su sorpresa y se encogió de hombros, gozando aún de la paz que lo embargaba.

—¡Eso pregúntaselo a Vasyl! Se lo dejaron a él antes del amanecer. Yo me acababa de tumbar a dormir un poco. Oye, ¿y cómo conseguiste transformar la funda de un máuser en la pistolera de un nagant?

—¡No lo hice yo! Habrá sido Vasyl, supongo. Al menos, ya me la dio así —dijo Samsón. Y añadió, cambiando de tono—: ¿Qué debo hacer ahora con la declaración sobre la pérdida del arma?

—¡Pues absolutamente nada! —le informó Naiden guiñándole el ojo derecho—. ¡Echo a la basura lo que garabateaste anteayer y asunto resuelto! ¡Eso sí: cierra ya el caso de la carne! ¡Quiero la sentencia lista en dos días!

—¿Y la sentencia también la tengo que escribir yo?

—¡Tú solo no! ¡Nos sentamos a tomar un té Vasyl, tú y yo, y ahí la decidimos! —se animó Naiden.

—¿Qué hay de Abyazov? ¿Se sabe algo de él? —preguntó Samsón adoptando un tono grave e inquisitivo.

—Por ahora, nada. ¡Fueron ellos los que nos lo mandaron a modo de refuerzo! ¡Ni siquiera trasladaron su expediente! ¡Era algo puntual! Si fuera de los nuestros, podría indagar, pero en este caso…

—Entiendo —admitió Samsón, y volvió enseguida al tema de conversación anterior. Clavó los ojos en su jefe poniendo la mirada penetrante de un alumno aventajado—. A ver, tengo decenas de compradores en la lista que me hizo Briskin. ¡Pero no integran una banda! ¿Qué hago con ellos? ¿Los trato a todos como testigos? ¿O hay que considerarlos cómplices?

—A los que no sabían de la prohibición de comerciar con carne, me los tratas como testigos, y a los que sí, ¡como cómplices! ¡Y te aclaras tú solo! Si ves que tienes delante a un rabioso comprador de carne, lo pones como cómplice, pero no se lo comunicas. ¡Deja que preste testimonio primero creyéndose mero testigo!

De vuelta a su despacho, Samsón se ajustó el cinturón por fuera de la chaqueta de piel y enderezó la funda del revólver para que descansara correctamente sobre la cadera. Recordó, a su pesar, el cuidado que Abyazov ponía en su apariencia. Meneó la cabeza con preocupación. Un sentimiento de culpa se le clavó en el pecho, porque era perfectamente consciente de que, de no haberse producido el secuestro de Nadiezhda, Abyazov estaría sentado ahora mismo en la butaca que él ocupaba y le estaría dando instrucciones para conducir el interrogatorio de los testigos del caso de la carne. Pero se lo habían llevado los de la checa. ¡Y probablemente en calidad de acusado!

Para distraerse del sentimiento de culpa y otros sentimientos conexos que lo abrumaban, Samsón se sentó a la mesa y repasó la lista de compradores de carne de cerdo. Llevarlos a todos a interrogar era algo impensable. Las puertas de acceso de la comisaría no tenían capacidad para asimilar tal flujo de personas entrando y saliendo del edificio al mismo tiempo. Cada día crecía la multitud que se alojaba delante: había curiosos y personas que esperaban algo, por ejemplo, noticias de sus familiares arrestados; estaban también los que pretendían entrar por la fuerza y los que eran sacados de malos modos. Samsón no había visto tal aglomeración de personas desde sus años en el instituto. La relativa proximidad del bazar judío tenía parte de la culpa: los soldados del Ejército Rojo que patrullaban por allí y los propios transeúntes capturaban a toda suerte de delincuentes y carteristas y, después de darles una paliza, los llevaban a la comisaría con la esperanza de que los machacaran aún más a golpes y los apartaran del camino que seguían los ciudadanos decentes.

De acuerdo con las direcciones anotadas por Briskin, muchos de los compradores de su carne vivían en las inmediaciones del bazar judío, de modo que, para ellos, el mercado era un lugar tan familiar como para los mencionados carteristas y estafadores. Resultaba extraño que Briskin no hubiera incluido en la lista de sus compradores a ninguno de sus vecinos de Puscha-Vóditsa o Gorenka. Los más lejanos vivían en Priorka y Kureniovka. Por lo visto, no le apetecía llevar carne a los suburbios, si bien es cierto que los vecinos de esos barrios alejados solían tener menos dinero que los que habitaban del centro.

Finalmente, la atención de Samsón acabó deteniéndose en cierta Kristina, residente en la primera planta del número 15 de la calle Stolípinskaia. En ese momento, lo asaltó el hambre, lo que le trajo a la memoria el comedor soviético instalado en esa misma calle, al que solía acudir de tanto en tanto y donde pagaba con los cupones con sello de la milicia que le proporcionaba Vasyl. Pensó que sería una buena idea dirigirse allá ahora. Pasarse primero por la casa de Kristina y, una vez tomada su declaración, marchar tranquilamente a comer.

Kristina Vorzhejovskaia resultó ser una joven polaca muy rubia con una mirada lánguida en sus ojos marones. Habitaba un espacioso apartamento todavía pendiente de requisa, que, sin embargo, estaba impregnado del olor agrio del jabón de alquitrán barato.

—¿Vive usted sola? —le preguntó Samsón, sin poder esconder su curiosidad, cuando la mujer, que no parecía nada sorprendida por la visita de un inspector de policía, lo acompañó a la cocina, donde lo invitó a sentarse a una mesa tosca de madera, en modo alguno destinada a comer, cuyas marcas y raspones acreditaban que servía para preparar la comida.

—Ahora sí, pero esta casa antes hervía de vida —dijo la joven, y suspiró mirando las paredes y, con especial ternura, el calendario del año 1913, enmarcado bajo un cristal. En la parte superior de este, un dibujo mostraba a unos niños arrojándose bolas de nieve junto a un árbol de Navidad.

El visitante asintió comprensivo y echó un vistazo al maletín que reposaba en su regazo.

El maletín de piel de color marrón que Samsón le había pedido a Vasyl había llegado al depósito de pruebas cuando se investigó el caso de un cajero de banca. Resultaba agradable pasearse con él por la calle, sobre todo si dentro solo se llevaba una carpeta, dado que, cargado con la mano izquierda, generaba una cierta sensación de equilibrio, por mucho que la pistolera con el nagant, que colgaba del lado derecho de la cintura, pesara bastante más.

Samsón pasó la mano derecha por la superficie de la mesa, palpó la madera rugosa y constató su relativa limpieza, y solo entonces sacó la carpeta del maletín y desplegó los dos folios y un lápiz.

—He venido por el caso de Moiséi Briskin —le informó, admirando el broche de malaquita que adornaba el suéter blanco y peludo que llevaba Kristina.

Al notar la mirada del visitante, la mujer se arregló el broche y tiró de la blusa hacia abajo, ajustándola al borde de la pesada falda de lana azul.

—¿Moiséi? —preguntó la mujer adoptando una expresión dubitativa—. No será el profeta Moisés, ¿no?

Su naricita afilada le pareció a Samsón la de una muñeca y no la de un ser vivo. Resultaba demasiado blanca en contraste con el rostro rosado, vivo, de su interlocutora.

«¡Eso es que se la ha empolvado mucho!», se dijo Samsón y la miró fijamente a los ojos:

—Le compró carne de cerdo hace poco.

—¡Ah, así que ese es su verdadero nombre! —exclamó Kristina, y sonrió —: ¡Pues a mí se me presentó con un nombre distinto!

—¿Qué nombre fue ese? —se interesó Samsón, antes de cambiar de idea —: ¡No, espere! ¡Mejor escríbamelo todo aquí! —añadió y empujó una hoja de papel en blanco hacia ella—. ¡Tenga!

—¿Y qué quiere que le escriba?

—Arriba del todo ponga la palabra «testimonio». Luego describa con lujo de detalles el tiempo que hace que conoce a Briskin, el nombre de pila que él usaba, el número de veces que se presentó en su casa y cuántas veces le compró carne.

—Eso es que lo han arrestado, ¿verdad? —adivinó Kristina.

Samsón asintió.

—¿Y eso por qué?

—Por la carne. Usted sabe bien que la venta de carne está prohibida, ¿no es cierto?

—¿En serio? —mostró su sincera sorpresa la mujer—. ¿Y desde cuándo es eso?

Samsón se sintió confuso. Ni conocía la fecha exacta de la prohibición, ni había leído el texto oficial en que se promulgó. ¡Ahora le habría venido muy bien contar con esa información!

—Desde hace poco —respondió después de una breve turbación—. ¡Hace dos semanas!

—¡Ajá! En ese caso solo tengo que contar lo que he comprado a ese tal Moisés durante estas últimas dos semanas, ¿es correcto?

—¡Sí! Pero también escriba sobre el propio Briskin. ¿Cómo se conocieron? ¿De qué asuntos hablaban?

Kristina Vorzhejovskaia fijó la mirada en el grueso lápiz afilado.

—¿No traerá una pluma?

—No he traído pluma, no —respondió Samsón. Y se disculpó a su modo —: Es que los tinteros se suelen volcar en los maletines. Son muy puñeteros…

—¡Pues yo sí tengo una! —dijo ella con una sonrisa—. ¡Déjeme que escriba mejor con pluma y tinta! ¡Su lápiz es demasiado grueso para mi gusto!

Samsón reparó en que los dedos de la mujer eran asombrosamente finos. Para dedos como aquellos, hasta un piano habría parecido un instrumento demasiado tosco.

Kristina volvió enseguida llevando una bandeja con instrumentos de escritura, que, además de la prensa secante, incluía un tintero en forma de tocón de porcelana con su correspondiente tapa y un vasito de bronce, sujeto a la bandeja, del que sobresalían varias plumas.

—Una herencia de papá —explicó colocando la bandeja de tal manera que la hoja de papel cupiera entre las herramientas de escritura y sus manos.

Mientras la mujer redactaba su declaración muy concentrada, Samsón prestó oídos a los sonidos del apartamento. Tuvo la sensación de que había alguien más fuera de la cocina, alguien que andaba, respiraba y movía cosas.

—¿Seguro que vive sola? —preguntó por fin, cuando ya fue imposible ignorar los pasos al otro lado de la puerta.

—¡Completamente sola, si no contamos a los perros! —respondió ella, y miró con tal atención la sien derecha de Samsón y el lugar donde faltaba la oreja que él se sintió incómodo. Y continuó—: En esta época, las mujeres que vivimos solas tenemos que tener perros guardianes. ¡Eso sí, mantener un buen perro requiere carne!

—Ah, ¿quiere decir que usted le compraba la carne a Briskin para alimentar al perro?

—¡Pues claro! ¿Y usted qué se creía? ¿Que era para mí? ¡Yo jamás como carne! ¡Qué asco!

—Perdóneme, se lo ruego —susurró Samsón—. ¡Escriba, escriba, que yo voy a echarle un vistazo al perro!

Samsón se levantó, apoyó el maletín en la pata de la silla y se dirigió al recibidor. Aguzó el oído.

—¡Se llama Crimea! ¡Lo compramos en Gurzuf! ¡No intente acariciarlo, que no es amigo de las manos que no conoce!

Crimea resultó ser un bulldog inglés de pecho ancho. Samsón abrió la puerta del salón y Samsón se quedó de piedra. El bulldog se interpuso en su camino y resultaba evidente que no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Samsón se sentó en cuclillas frente a él y el bulldog gruñó obligándolo a ponerse de nuevo de pie.

Después de leer la declaración de Kristina Vorzhejovskaia, Samsón anotó de su propia mano en un folio distinto las respuestas que la mujer dio a las preguntas adicionales que le hizo. Finalmente, le pidió firmar al pie del texto mostrándose conforme con las palabras recogidas.

—¿Le queda carne de aquella? —preguntó Samsón, cuando ya se disponía a marchar.

—¡Qué va! ¿Dónde la iba a guardar? Nos requisaron las despensas que teníamos en el sótano. ¡Ahora tienen ahí un taller de artistas revolucionarios!

—¿Esos son los que hacen monumentos? —se animó Samsón.

—No, pintan carteles. Mediocres. ¡Se lo dije así mismo! ¡Y me dijeron que es que solo les dan pintura de tres colores: amarillo, rojo y negro!

Samsón ocupó una mesa esquinada en el comedor soviético. Se tragó deprisa el *borsch* y la papilla de trigo con salsa, pero decidió disfrutar de la compota de frutas y bebérsela muy despacio, como hacía antes, en sus años de estudiante, en cualquier cafetucho polaco o, incluso, en el Samadeni de la plaza Kreschátik. Dio un sorbo, apartó el tazón a la izquierda y volvió a clavar los ojos en la declaración de la rubia Kristina Vorzhejovskaia.

«A la persona que usted llama Moiséi Briskin —leyó— la conocí durante un viaje en barco. La cosa sucedió de la siguiente manera: yo me dirigía a Jódoriv, donde iba a visitar a una tía, cuando un señor de apariencia muy

decente me pidió que le mostrara mis documentos. Pero yo no llevaba más documentos conmigo que el billete del barco. En eso se aproximó un desconocido y mostró su documento de identidad al hombre que me estaba molestando, y le dijo que me conocía y que yo no era la persona que buscaba. El hombre que me importunaba se marchó inmediatamente y el desconocido se presentó como Matvéi. Cuando desembarcamos en Jódoriv, el tal Matvéi me acompañó hasta la verja de la casa de mi tía. Por el camino, me contó que trabajaba en el área de suministros y que podía ayudarme a adquirir carne. Le di mi dirección y, efectivamente, me trajo carne unas cinco veces. Una de ellas me la dejó a crédito. Y esto es todo lo que sé de la persona a la que llaman Moiséi Briskin».

«¿Qué tipo de identificación habría mostrado? —se preguntó Samsón—. ¿No sería una escenificación que tenía montada para captar a nuevos compradores de carne?».

Pero esa idea le pareció un poco ridícula y risible, y sacudió la cabeza, decepcionado. Guardó la hoja de papel y extrajo, de la misma carpeta, la que él mismo había rellenado a lápiz. En ella leyó: «Kristina Vorzhejovskaia, polaca, nacida en 1894. Origen social: clase media, católica, ama de casa bajo todos los regímenes políticos. Viuda. Simpatiza con los obreros y los campesinos».

En ese mismo instante se le sentó alguien al lado con un plato en las manos. El plato golpeó la mesa con el borde y una gota de *borsch* fue a caer en medio de la hoja escrita con primorosa caligrafía.

—¡Mil perdones! —gruñó una voz familiar.

Samsón levantó la mirada cargada de enojo y se encontró con el rostro de Jolodny. Llevaba una chaqueta de cuero nueva que le sentaba muy bien. Era de color marrón y la tenía ajustada al cuerpo con el cinturón, del que no pendía la funda de la pistola.

—¡Me alegro de verte! —lo saludó Samsón sonriendo y tendiéndole la mano—. Justo me pillas trabajando en nuestro caso de la carne. Naiden me ordenó cerrarlo rápido, pero todavía queda tomar declaración a unas diez personas. ¡¿Te imaginas?! —Y, mirando con admiración el cuello de la chaqueta de su compañero, cuya rigidez le concedía mayor empaque a su portador, le preguntó—: ¿Cómo es que has renovado el vestuario?

—Perdí mi chaqueta y Vasyl me asignó esta —explicó Jolodny.

—¿Cómo la perdiste?

—Desapareció del despacho. Bajé a interrogar a un especulador y, cuando volví a la media hora, me la habían birlado.

—¿Te la robaron así, sin más? —dijo Samsón, y clavó los ojos en el *borsch* cavilando.

—De eso no cabe la menor duda —asintió su compañero—, pero declaré que se me había perdido. Fue por indicación de Vasyl, ¿sabes? Se ve que, si ponía que me la habían robado, se imponía abrir un expediente y buscar al ladrón. Y, si se pierde, pues se perdió y punto. Pero, oye, no hay mal que por bien no venga. La vieja chaqueta tenía los bolsillos llenos de agujeros… Bueno, ¿y qué caso es ese en el que faltan diez por interrogar?

—¡El mismo que investigábamos! ¡El del cochino que mataron!

—¡Deja que te eche una mano! —se ofreció Jolodny—. ¡Vamos juntos a ver a los testigos! Y así me distraigo un poco. Que Naiden no para de dar órdenes, que interrogue a este, que interrogue al otro, y ya tengo ganas de hacer un poco de trabajo policial, ¿sabes? ¡Y que sean otros los que interroguen en la comisaría!

—¡Venga! ¡Perfecto! —se animó Samsón—. ¡Se lo diré al jefe! Eso sí, ¡no vamos a arrestar a nadie! ¡Solo recogeremos declaraciones! Bueno, si diéramos con algún cómplice, igual cargamos con él, pero no es la idea…

Jolodny parecía animado con la perspectiva de pasar dos días haciendo pesquisas por toda la ciudad. Miró la sopa con alegría. Su mano derecha se acercó a la frente con los dedos índice, corazón y pulgar juntos, como si se dispusiera a honrar la vieja costumbre de persignarse antes de tomar el alimento, pero, antes de llegar a su destino, se desviaron para buscar la cuchara en cuya punta había estampada una estrella de cinco puntas.

«Es decir, que no solo roban en mi sección», pensó Samsón con pesar recordando el traje de Jakobson desaparecido del maniquí y el hueso de plata. Bajó la mirada hacia la mancha de *borsch* en el papel, se escupió un poco de saliva en la yema del dedo y raspó el papel, que se tornó a la vez más blanco y transparente.

—¡Voy delante! —avisó a Jolodny—. ¡Pasa a buscarme después! ¡Igual lo tengo todo arreglado entonces y salimos a por esos testigos!

Capítulo 14

Esa tarde, aunque después de lo que había planeado inicialmente, Samsón llevó los tres sacos de leña a la dirección que Nadiezhda le había indicado. A cambio, una joven de busto abundante le entregó una caja de papel en cuyo interior estaba el vestido.

Cuando volvió a casa, Nadiezhda acababa de beberse el último vaso de «leche gasificada» del día y, completamente agotada, bostezaba. Pero bastó que sacara de la caja y agitara en sus manos el sarafán de color verde con pequeñas florecillas amarillas, dotándolo así de una amplitud como aérea, para que el cansancio huyera de sus ojos y sus labios se llenaran de vida. Para su contento y sorpresa, Samsón recibió en su mejilla derecha un ardiente beso.

Nadiezhda fue al dormitorio a cambiarse y salió de él ligera como una libélula o un saltamontes. En todo caso, Samsón tuvo la impresión de que había adelgazado y a la vez rejuvenecido, es decir, que parecía más una muchacha recién salida de la adolescencia que una severa y responsable empleada de la Dirección de Estadística.

Consciente de que, a pesar de lo tardío de la hora, la alegría se acababa de despertar en el corazón de la muchacha, Samsón le ofreció tomar un té. Sin embargo, la feliz dueña del vestidito nuevo prefirió un poco de diversión y, concretamente, algo de vino o licor dulce. Ese súbito deseo sorprendió a Samsón y lo conmovió hasta lo más profundo de su alma, porque le pareció completamente ajeno a la Nadiezhda que él conocía. Y, no obstante, ¡resultó que con tales deseos le gustaba más que sin ellos! De

modo que bajó a casa de la viuda a pedirle una ayuda que, con toda seguridad, le podría prestar.

—¿Lo pidió ella sola? —exclamó la viuda del portero alzando los brazos con grandes aspavientos, y sentando a Samsón a la mesa de la cocina aún con los platos sin recoger.

Samsón asintió con la cabeza. La viuda se subió la falda de lana gris que se le había corrido hacia abajo y ató más cerrada la cuerda que hacía las veces de cinturón. Luego acomodó la chaqueta de color burdeos y sacó del aparador una botellita verde, que tenía un tapón de papel de periódico. La colocó junto a la vela encendida, lo que provocó que el cristal despidiera unos traviesos reflejos.

—¡Eh, no temas! ¡Claro que te daré licor dulce para que lo lleves arriba, pero antes te beberás una copita de licor amargo conmigo! ¡Tú piensa que yo ahora soy un poco tu casamentera!

—¡Sí, sí! —se conformó Samsón—. ¡Y también le estoy muy agradecido por los caramelos de frutas! ¡Pero bebamos deprisa esa copa!

La mujer llenó los vasitos con un largo sorbo de bebida.

—¿Quieres acompañarlo con una corteza? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—¿Una corteza, dice? —repitió él aproximándose—: ¡Pues sí! ¡Ya lo creo que sí!

Acompañado con la corteza salada, el licor amargo casi pareció dulce.

—Os vais a casar, ¿verdad? —preguntó la viuda sin regalarse una pausa.

—No creo que lo hagamos en la iglesia, pero sí, nos casaremos —respondió Samsón.

—¿Y qué es eso de casaros sin la iglesia? —protestó ella llenando nuevamente los vasitos.

Samsón comenzó a ponerse nervioso.

—Debería marcharme ya, que Nadia me espera.

—Pues entonces nos bebemos la última de pie —decidió la viuda y, al ponerse de pie, empujó los platos sucios hacia el borde de la mesa, lejos de la botella—. ¡Brindemos porque Nadia y tú seáis muy felices! ¡Y que no os pase lo que a mí! ¡Que la pobre no se convierta en una joven viuda!

Samsón casi se atraganta al escuchar aquello. Y echó a correr escaleras arriba con una botella de licor de cerezas y los labios salados. En el último

momento, la viuda alcanzó a echarle en el bolsillo de la chaqueta de piel un puñado de nueces.

—¡Van de perlas con ese licor de cerezas! —le dijo a modo de despedida.

Bastó que Samsón dejara la botella de licor en la mesa para que el salón pareciera ganar luz. Miró la bombilla y no entendió lo que pasaba: si era que había aumentado la electricidad que la alimentaba o si eran sus ojos los que, como los faros de un vehículo, iluminaban todo aquello en lo que se depositaba su mirada.

—¡Eres un lince! ¡Adonde quiera que te mando con un encargo, de allá vienes con un trofeo! —le dijo Nadiezhda, y se acercó a él muy despacio para dejar que la admirara otra vez con su nuevo vestido.

—¡Toma asiento! ¡Toma asiento! —la invitó él—. ¡Ya traigo las copas!

—¿Has notado cómo brilla hoy la bombilla? —preguntó mientras se sentaba—. ¡Se nota que el poder soviético se está afianzando cada día más!

Samsón volvió a mirar arriba: «¡Entonces no son mis ojos!», se dijo.

Colocó sobre la mesa las nueces y encontró las tenazas para romperlas. Puso dos copitas. Recordó la corteza que acababa de comer en la casa de la viuda y fue consciente de que no bastaba con las nueces para el banquete al que Nadiezhda aspiraba. Y ahí le vino a la memoria el regalo de Li Jun. Sacó del bolsillo el envoltorio y lo desplegó. Pensó que a Nadiezhda podría desagradarle la visión de las orejas como tales, de modo que buscó unas tijeras y las cortó en tiras que fue sirviendo en un platillo de porcelana.

—¡Brindemos por el sarafán! —clamó, levantando la copa llena del licor de un cálido color rojo—: ¡Y porque llegue pronto el verano!

—¡Qué bobada! —se burló Nadiezhda—. ¡Si ya llega en dos o tres semanas!

Después juntó los labios, devolvió la copa a la mesa, estiró la mano y cogió un trocito de oreja de cerdo. Se llevó el entremés chino a la boca con gesto algo afectado.

—¿Es pescado? —preguntó.

—¡No, es carne! Un regalo de mis camaradas chinos.

—Tiene un sabor muy interesante, como si hubieran ahumado juntos una manzana y un pato —dijo Nadiezhda.

—¡Muy acertado eso! —Samsón aplaudió su comprensión de los sabores —. ¡No habría sido capaz de describirlo de ese modo!

—Bueno, pero sabes hacer otras cosas. ¡Por ejemplo, disparar!

—Hasta ahora he disparado poco, no creas —confesó Samsón—. ¡Lo que se me está dando muy bien son los interrogatorios!

—¡Cuéntame algo que hayas averiguado!

—He conseguido que un vendedor de carne, un especulador, me entregue a todos sus compradores. Hoy, mi compañero Jolodny y yo tomamos declaración a tres de ellos. A uno hasta le requisamos un jamón. Fue Jolodny el que insistió. Yo no me lo habría llevado, la verdad. El jamón estaba un poco pasado y sería por eso que el dueño tampoco sufrió mucho cuando nos lo quedamos. ¡Pero los soldados que tenemos en la comisaría acabaron salvándolo!

—¿A quién salvaron? —preguntó Nadiezhda, que no acababa de entender.

—¡Al jamón! Uno de los soldados dijo: «¡A este lo salvo yo, que tampoco es que esté tan mal!». Y ordenó que quemaran leña de abedul sobre un poco de carbón. Después metió el jamón por la parte gorda en un cubo de agua y puso encima del agua el carbón de abedul. ¡Olía aquello como una sauna! ¿Te puedes creer que cuando sacaron el jamón ya no apestaba a podrido?

—¡Vaya! ¡Y se lo comieron!

—La ley lo prohíbe, pero Naiden ordenó cortar el jamón en trozos pequeños y repartirlo. A mí también me tocó, pero después se me pegó un perro en la calle. ¡Los perros tienen el olfato tan fino! Por lo visto, aunque nosotros ya no sintamos el olor a podrido, ellos lo perciben todavía. ¡Se lo arrojé a ver qué hacía! ¡La verdad es que no me gusta comerme las pruebas materiales de los casos!

—¡Ay, sí! —se mostró conforme Nadiezhda y volvió a tender la mano hacia el plato—. ¡Ah, el censo de los ferroviarios acabaremos haciéndolo de todas todas! —añadió con firmeza—: Nos enviarán un destacamento de chequistas. ¡Se dice que al que se niegue a dar sus señas lo arrestarán de inmediato!

Samsón se puso serio de repente. Y pensó por un instante que el sarafán verde que llevaba Nadiezhda le daba un aire demasiado frívolo, como si fuera una cantante de cabaré. Y casaba muy poco con la responsabilidad que se había echado sobre los hombros.

Llenó su vaso. Se bebió el licor de un trago. Se metió en la boca una tira de oreja de cerdo y se puso a masticarla con esfuerzo extrayendo de ella con

los dientes el jugo intenso que le saciaba el hambre.

—¿No sería conveniente que tú también aprendieras a disparar? —le preguntó con cautela.

—¡Aprenderé, sí! —le informó la muchacha con picardía—. Pasado mañana, ¡el viernes!, nos llevarán a unos cursos de tiro. ¡Y de ahora en adelante haremos el censo armadas! Entonces, dime una cosa, ¿probaste o no esa carne que olía raro?

Samsón negó con la cabeza.

Esa noche Samsón y Nadiezhda durmieron abrazados. Les costó conciliar el sueño, por cierto, por la sensación de esa proximidad inimaginable antes, por la imposibilidad de soltarse del abrazo del otro, porque el cálido aliento de sus bocas hacía arder con una llama aún más viva la pasión.

Y, cuando finalmente se durmieron, un zumbido persistente se alojó en la oreja vacía de Samsón; un zumbido que ora se acercaba, amenazando con penetrar hasta el mismo centro de su cabeza, ora se alejaba sin más. Tan solo con las primeras luces del alba, aturdido por la noche calurosa, Samsón comprendió de dónde provenía aquel sonido. Entonces, fue descalzo hasta el despacho de su padre, y, bajo la gris luz del amanecer, vio la lata de caramelos. Junto a ella, agotado ya de tanto zumbar, había un escarabajo. Samsón lo tomó en la mano, lo llevó hasta la ventana entreabierta por la que soplaba una brisa agradable y refrescante, y lo dejó en libertad. Desde la calle le llegó el ruido de los cascos de los caballos golpeando los adoquines. Samsón pegó la cara al cristal de la ventana y vio desfilar a un destacamento de jinetes armados con fusiles. La patrulla montada se dirigía a la plaza Gálitskaia, donde estaba el bazar judío. Pasaron unos minutos y al otro lado de la ventana se volvió a hacer el silencio. Y el primer rayo de sol del nuevo día acarició la cornisa de la casa de enfrente.

Capítulo 15

Naiden estaba de mal humor desde primera hora. Samsón lo comprendió en cuanto se abrió paso hasta el interior de la comisaría, sin esperar a que los guardias subieran a los camiones a todos los detenidos que pasaban a la jurisdicción de la checa.

—¡Las pulgas ya han trepado hasta la tercera planta! —le gritó Naiden a alguien—. ¡Y a ti eso te parece normal! ¡Las pulgas y los detenidos tienen que convivir en el sótano y no estar paseándose por todo el edificio!

Subiendo por las escaleras, Samsón se cruzó con un detenido al que conducían desde la segunda planta.

—¡Contra la pared! —le ordenó el guardia que lo escoltaba cuando vio al joven comisario.

Al pasar junto a ellos, Samsón salvó dos escalones de un salto para impedir que alguna de las pulgas que tanto irritaban a Naiden pudiera saltar del cuerpo del detenido a su chaqueta de piel o sus pantalones.

Tras abrir de golpe la puerta de su despacho, tuvo que retroceder un paso. Primero pensó que se había equivocado de puerta. Pero su mirada captó la presencia del familiar maniquí a la izquierda y la del cartel con el despiece del cerdo colgado de la pared entre las ventanas, de modo que dio un paso hacia delante.

A todas luces, alguien había recolocado los muebles de su despacho. Más aún, habían apretado el espacio de trabajo del que disponía. El escritorio de su padre ahora estaba pegado a la pared izquierda y la silla tenía el respaldo encajado en esa misma pared. A la derecha, como si fuera la proyección de un espejo, habían colocado un segundo escritorio más barato, como los que

se utilizan en oficinas de poca monta. Entretanto, los dos sillones y el espejo de cuerpo entero habían desaparecido del despacho. Donde antes había estado el espejo, ahora colgaba de la pared un gran mapa de Kiev.

Samsón intentó acomodarse, pero no consiguió que sus piernas entraran entre la mesa y la silla. Su rostro reflejó su enojo. Con un suspiro de disgusto, lo primero que intentó fue apartar el borde de la mesa de la pared. Ganados unos diez centímetros, emparejó el escritorio, se sacó el cinturón con la funda de la pistola y la chaqueta, y ocupó, no sin esfuerzo, su lugar de trabajo. En ese momento, la puerta chirrió y Samsón levantó la vista para notar otra novedad. A saber, que en la esquina que se formaba a la derecha de la puerta habían colocado un perchero de madera con cuatro ganchos.

—¡Muy buenas! —lo saludó la voz de barítono que conocía muy bien.

Jolodny avanzó hasta el pequeño escritorio recién colocado en el despacho y dejó su maletín negro encima.

—¡Si vieras la bronca que le montaron a Naiden anoche! Se le apareció una comisión aquí de repente. ¡En dos vehículos! ¡Imagínate! El subdirector Rakovski, Supinov, que es otro jefazo de la checa, y un viejo del Departamento de Eficiencia de los órganos revolucionarios. Te resumo: aquí faltan una docena de instructores, no se están archivando correctamente los expedientes, las celdas del sótano están saturadas, no se respetan las normas sanitarias y, por si todo eso fuera poco, no hay control de las armas ni de las pruebas. ¡Vamos, que encontraron faltas como para fusilarnos tres veces! ¡Si hubieras visto a Naiden! ¡Se puso azul cuando le leían la cartilla! Por eso me han mandado aquí ahora —dijo señalando su mesa—. ¡Y dicen que incluso caben cuatro instructores más! ¡Ah, por cierto, se están llevando a los detenidos a las celdas de Sadóvaia!

—¿Cómo que a Sadóvaia? —lo interrumpió Samsón, sin dar crédito a lo que escuchaba—. ¡Pero si esos casos son nuestros y no de la checa!

—¡La mayoría está aquí por gusto! ¡Los soldados nos traen a cualquiera! ¡Con que alguien los mire mal, ya les basta!

—¡Espera un momento! ¿Y a mi Briskin se lo pueden llevar también? —exclamó Samsón, y saltó de la mesa.

—¡Ya se lo habrán llevado! —escuchó cuando ya bajaba a la carrera por las escaleras.

Samsón se plantó en la puerta, se detuvo en el umbral. Un soldado del Ejército Rojo pegaba gritos a los prisioneros que se amontonaban ante el

camión. Cinco hombres, y Briskin era uno de ellos, estaban allí, confundidos y muertos de miedo, escuchando los gritos.

—¡Alto! —gritó Samsón. No se dirigía a nadie en particular, sino que intentaba poner freno a lo que estaba ocurriendo allí.

Y lo consiguió. Todos se quedaron quietos, observándolo. Y Samsón, mirando fijamente a los ojos al soldado que dirigía la operación, continuó:

—¡Conduzcan al prisionero Briskin de vuelta al sótano! —ordenó.

—¿Quién de vosotros es Briskin? —preguntó el soldado volviéndose hacia los detenidos.

—¡Yo, yo soy Briskin! —gritó el vendedor de carne, y levantó el brazo. Lo hizo con tanta fuerza que pareció que pegaba un salto para que lo advirtieran.

—¡Dos pasos atrás! —mandó el soldado.

Briskin miró alrededor confundido. Buscaba la dirección en la que recular de manera segura. Finalmente, se apartó del grupo acercándose a Samsón.

—¡Sígame, Briskin! —le ordenó Samsón intentando que su voz sonara lo más severa posible. Era consciente de que no convenía permanecer mucho más rato bajo el atento escrutinio de los soldados y los otros reos.

Condujo al detenido al interior de la comisaría.

—¿Me lleva de nuevo al sótano? —preguntó Briskin visiblemente aliviado.

—¡Y quédese muy tranquilito ahí!

—¡Gracias, camarada instructor! —dijo Briskin, y una dolorosa sonrisa se dibujó en su semblante.

—¿Era consciente de a dónde se lo llevaban? —le preguntó Samsón.

Briskin asintió.

De camino a la segunda planta, Samsón volvió a escuchar la voz de Naiden. Al parecer, la puerta de su despacho estaba abierta.

—¡Tú sácalos de dónde quieras! ¡Mira a ver cuál de los soldados parece el más listo y mándalo a esos cursos! ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido —le respondió Vasyl en voz baja.

La puerta se cerró de golpe y ya no se escucharon las voces. Después del ajetreo matinal, la súbita calma resultaba sorprendente.

—¡En marcha! —espoleó Samsón a Jolodny—. ¡Es hora de que nos ocupemos de esa carne!

—¿Por dónde empezamos? —Jolodny se levantó de un salto y descolgó de la percha su nueva chaqueta de piel. Ufano, apretó el cinturón ajustándosela al cuerpo.

—Es aquí al lado: en el número 7 de Zlatoustóvskaia. ¡Pásate a ver a Vasyl sin hacer mucho ruido y que te dé cinco talones para pagar a los cocheros!

La yegua gris y pía que tiraba de la calesa parecía demasiado cuidada y de buena raza para un trabajo así. También el cochero se distinguía de sus iguales. Era un tipo delgado y de baja estatura, que, encima, vestía de manera muy curiosa para un empleo tan tosco y expuesto a las inclemencias del tiempo: en lugar de pantalones, llevaba unos calzones largos y de color marrón parecidos a los que antaño usaban los húsares; en vez de un abrigo de piel al uso, vestía un chaleco viejo y ajado, semejante a las libreas que vestían los criados en las casas muy señoriales. El caballo avanzaba con trote inseguro, sobresaltándose ante los carros y las carretas que le venían de frente, lo que le valía recibir constantes golpes de fusta y gritos. La voz del cochero hería el oído. Su tono agudo no se debía ni a un resfriado ni a los efectos del alcohol: se trataba, a fin de cuentas, de una voz fresca, joven. Lo único bueno del carro era que parecía tener más goma en las ruedas de lo habitual, de modo que no pegaba brincos muy fuertes cada vez que la yegua perdía el paso.

—¡Necesita anteojeras! —gritó Jolodny inclinándose hacia adelante.

—¡Sería peor! —le respondió el cochero, dándose ligeramente la vuelta —. ¡Es una yegua de noble linaje, no un percherón cualquiera!

—¿Llevaba a burgueses o qué? —prosiguió Jolodny.

—¡No! ¡Era un caballo de carreras! Pertenecía a los Potocki, que se han largado a París. ¡Por eso ahora tiene que ganarse el heno! —gritó el cochero, sin darse la vuelta esta vez.

A Samsón le vino a la memoria una escena de antes de la revolución y la guerra. La presenció un día en la calle Kreschátik, con ocasión de un desfile: los jinetes del hipódromo de Pecherski desfilaron con elegancia subidos a ligeros carros de dos ruedas pintados de dorado.

—¿De qué hipódromo es usted? —intervino Samsón—: ¿Del de Syrets o del de Pechersk?

—Del de Pechersk. ¡Pero ya nos quedan apenas cuatro docenas de caballos! ¡Dicen que van a cerrar y que convertirán la pista de carreras en un aeródromo, como ya hicieron en Syrets!

Al llegar a la plaza Gálitskaia, la cantidad de gente y vehículos obligó a la calesa a reducir la velocidad.

—¡Bollos! ¡Bollos! —chilló una voz de mujer a su lado, y a Samsón se le hizo la boca agua. Una voz masculina gritaba un poco más allá:

—¡Cuchillos, hachas, puños de hierro! ¡Armas para la defensa personal! ¡Cinturones de cuero de cerdo, anchos! ¡Cuchillos, hachas, puños de hierro!

«Cinturones de cuero de cerdo», se repitió Samsón, cobrando consciencia de que los cerdos no solo dan carne, sino también un cuero que sirve para hacer carteras y cinturones. Una idea se apoderó de él: ¿la prohibición de comerciar con la carne se extendía también al comercio con objetos de piel? Porque resultaba obvio que para separar el cuero de la carne había que matar primero al animal, cuando las matanzas privadas habían quedado prohibidas, ¿o no? ¿Cómo iban a comerciar los particulares con la piel si no habían matado al cochino antes?

De ese modo, absorto en pensamientos que no lo conducían a ninguna idea clara, Samsón no se percató de que ya habían dejado atrás la parte del bazar judío, que, aunque transitable, ahora parecía más bien una zona peatonal, y enfilaron la calle Zlatoustóvskaia.

El número 7 correspondía a una casa de dos plantas, bonita hasta en aquellos tiempos grises, con una dependencia anexa. Esta última, una construcción de ladrillos, disponía de una entrada independiente. Samsón y Jolodny se encaminaron allí sin dilación. La puerta se abrió al primer golpe y una anciana que parecía provenir del pasado más remoto asomó la cara. Vestía una bata muy ajada, iba descalza, tenía erizados unos pelos que, a todas luces, hacía mucho que no peinaba. En definitiva, la mujer parecía estar desprovista de razón y la mirada que echaban sus ojos se correspondía perfectamente con esa idea.

—¿Qué rayos quieren? —preguntó. Y luego comenzó a lamentarse—: ¡Fimki no está aquí! ¡Hace tres años ya que no está! ¡Y no paran de venir!

—¿Qué Fimki es ese? —preguntó Samsón.

—¡Mi hijo, que ya no está! ¡Así que no devolverá nada, y a mí ni me lo pidan, porque no tengo!

Jolodny y Samsón se miraron.

—¿Le ha comprado carne a Briskin? —le preguntó el segundo con cautela.

—¿Carne? —dijo la mujer con tal estupefacción dibujada en la cara que ambos comprendieron que hacía mucho tiempo que no veía carne, ni habría podido masticarla con sus dientes por mucho que la guisara.

—¡Entendido! ¡Disculpe! —le dijo Samsón asintiendo con humildad—. ¡Ha sido un errorcito nuestro! ¿Este es el número 7 de Zlatoustóvskaia? ¡Porque alguien compró carne aquí!

—¡Ah! ¡Habrá sido ese! —dijo indicando hacia atrás con la cabeza—. ¡Seguro que fue ese!

—¿Quién es «ese»? —inquirió Jolodny clavándole los ojos.

—¡¿Quién va a ser?! ¡Asmodeo, el dueño de la casa!

—¿Ese es su nombre o su apellido? —quiso precisar Jolodny.

La vieja le lanzó una mirada tan sombría y su rostro se transformó en una mueca de tal desprecio que la impresión de que era una loca repelente se multiplicó con creces.

—¡Pero si ese es uno de los ayudantes de Lucifer! —le explicó Samsón a Jolodny cuando se acercaban a la puerta principal de la propiedad—. ¿Tú no fuiste sacerdote? ¡Deberías saberlo!

—¡Ese nombre no aparece en las Sagradas Escrituras! ¡Lo recordaría si así fuera! —se justificó Jolodny—. ¡Aparecen Satanás y sus diablos, pero al tal Asmodeo no lo recuerdo!

Samsón golpeó la puerta principal con suavidad, primero, y después la aporreó con el puño. Nadie se dio por enterado. Cuando ya pensaban marcharse y Jolodny había hecho una señal al cochero del hipódromo para que se acercara, una voz de mujer preguntó al otro lado de la puerta:

—¿Qué se os ofrece?

—Somos de la policía. ¡Queremos ver al dueño de la casa! ¡Estáis obligados a abrir! —recitó Samsón, cansado ya de llamar a la puerta en vano.

—Dad la vuelta y buscad la puerta trasera. Os abrirán por allí.

Rodearon la casa y dieron con una puerta de madera anodina, sin ninguna decoración tallada especial, pintada de color marrón.

—Este color recuerda una mancha de sangre seca —ironizó Jolodny.

Samsón se volvió hacia su compañero con un gesto de sorpresa. Pero en eso chirriaron los goznes de la puerta y esta se abrió. Un hombre de unos

cuarenta años vestido con pantalones de color gris claro y camisa blanca los miraba con el pecho henchido y una postura que dejaba claro que no se disponía a dejarlos pasar.

—¿Le habéis comprado carne al ciudadano Briskin? —preguntó Samsón.

—¿Qué carne? ¿Quién es el tal Briskin? ¿Acaso sabéis a qué puerta estáis llamando? —exclamó el tipo con tono seco, pero menos amenazante que su postura.

—Esto es Zlatoustóvskaia, 7. Y fue el propio ciudadano Briskin quien nos proporcionó esta dirección y nos dijo que le comprasteis un lomo de cerdo —continuó Samsón endureciendo el tono.

—¡Tal vez la cocinera compró algo! ¿Qué importancia puede tener eso? —replicó el hombre encogiéndose de hombros.

Jolodny se encaró con él y ensayó una postura más beligerante:

—¡Tenemos que hablar con el dueño! —exigió.

—¡Ah! ¿Es que ni siquiera sabéis quién es el amo de esta propiedad? —se burló la muralla que les impedía pasar—. ¡Resulta que el amo aquí es alguien que no responde ante vosotros! ¡Se trata de una figura intocable, exenta de requisas, redistribuciones y obediencias!

—¿Quién es? ¿Eh? ¡A ver si va a ser un empleado de los ferrocarriles! —gritó Samsón fuera de sí y el hombre de la camisa blanca reculó un paso.

—¡Albert Veniamínovich no os recibirá y punto! —afirmó, pero ya más calmado—. Tenéis que entender que, dada su categoría, no puede rebajarse a hablar de un trozo de carne con la policía. ¡Eso es impensable! Fuera de las citas programadas, solo recibe a dignidades de la Iglesia.

—¿A sacerdotes, dice? —se animó Jolodny.

—Exacto: a personas sagradas.

—En tal caso —intervino Jolodny con una sonrisa en la cara—, muy bien me puede recibir a mí.

El cancerbero torció el gesto, estudió a Jolodny con una mirada inquisitiva que bajó desde la gorra hasta las botas y se detuvo, con preocupación, en la pistolera que colgaba del cinto a un lado de la cintura.

Jolodny, sin inmutarse, se desabotonó la guerrera a la altura del pecho. Después, hizo lo propio con los botones de la camisa, metió la mano y sacó un enorme crucifijo de plata del tamaño de la palma de su mano, que llevaba sujeto a una cadena. A todas luces, no se trataba de un crucifijo

cualquiera, y por supuesto no uno de esos que los sacerdotes cuelgan del cuello de los bebés cuando los bautizan.

Samsón se quedó boquiabierto. Fue como si Jolodny se hubiera transformado ante sus ojos. Una suerte de santidad había inundado el rostro de su compañero; su mirada adquirió un brillo sagrado.

El hombre de la camisa blanca no podía apartar la mirada del crucifijo:

—¿Es que usted es…? ¿Y ahora sirve a la policía?

—¡Yo sirvo allí donde Dios me manda! —respondió Jolodny usando la voz de barítono de los sacerdotes—. Y bien: ¿me recibe el amo de la casa o no me recibe?

—¡Espere un momento! ¡Iré a preguntar!

La puerta se cerró. Un cuervo graznó sobre sus cabezas. Samsón miro a su alrededor. El patio de la casa no daba muy buena impresión y terminaba en una tapia de madera que estaba caída en dos lugares distintos. Junto a esa tapia, en el lado izquierdo, había una letrina de madera medio hundida. De repente, la puerta de la letrina se abrió y apareció una mujer corpulenta; por lo visto, se trataba de una de las vendedoras del bazar judío. Se arregló la falda y con recio paso de hombre avanzó por el sendero del patio en dirección a la plaza Gálitskaia.

—Si me recibe, ¿qué le pregunto? —distrajo Jolodny a Samsón de la escena que acababa de suceder en la letrina de madera.

—Averigua quién es: el apellido, el nombre de pila. ¡Me estoy oliendo que aquí habrá que venir con un destacamento de soldados para conducir el interrogatorio!

La puerta trasera se abrió de nuevo y el hombre de la camisa blanca hizo señas a Jolodny de que se acercara.

—Te espero en la calesa —alcanzó a decirle Samsón.

Capítulo 16

—¿Sabes una cosa? ¡Esta leche gasificada cura que no veas! —le dijo esa noche Nadiezhda—. ¡Ya no me duelen los codos!

Ambos estaban sentados a la mesa. Samsón bebía té y se mordisqueaba los labios de tanto en tanto con aire pensativo. La abundancia de electricidad que estaba conociendo la ciudad hacía que la habitación resplandeciera. «¡Parece que es cierto eso de que el poder soviético se está consolidando!», decidió Samsón mirando al techo.

—Hoy estás algo apagado —comentó Nadiezhda moviendo, pesarosa, la cabeza, mientras se acariciaba la suave chaqueta rosada que llevaba. A todas luces, no era una pieza nueva y, probablemente, se la había regalado su madre—. ¿Alguien te ha estropeado el día en el trabajo?

—¡No es eso! —respondió Samsón, distraído de sus pensamientos. La miró a los ojos con ternura y no pudo contener un hondo suspiro—. Me preocupa Jolodny. Entró hoy a una casa en la que habían comprado carne ¡y ya no salió! Lo esperé una hora y después me enojé y volví a la comisaría.

—¿Y por qué no llamaste a la puerta?

—Desde luego que llamé. Pero no me dejaron entrar. ¡Porque no llevaba un crucifijo! Me dijeron que Jolodny estaba charlando y bebiendo con el dueño de la casa y que mandaba decir que no lo esperara.

—Será que lo pidió de verdad, ¿no? ¿Qué podía haberle pasado, cuando esa gente sabía que estabas esperándolo afuera?

—¡Ah, no! ¡No le habrá pasado nada! ¡El problema es que se puso a beber con un sospechoso! ¡Y eso es una clara negligencia en el servicio! ¿O

quieres que me crea que va a sacar alguna información útil para el caso de esa charla de borrachos?

—¡Seguro que sí! —aseguró Nadiezhda, y bebió un sorbo de leche gasificada.

—Y me preocupa otra cosa también —prosiguió Samsón, y volvió a suspirar—: Mañana tenemos que acudir juntos a unos cursos importantes: nos enseñarán técnicas de interrogatorios. ¿Y si coge una cogorza muy seria, eh? ¿Y si no es capaz de levantarse a tiempo? ¿Y si se emborracha de tal manera que olvida todo lo que le haya podido arrancar al dueño de la casa sobre el asunto de la carne?

—¡Ay! —exclamó Nadiezhda—. ¡Ahora que lo dices! ¡Yo también tengo que ir mañana a unos cursos! ¡Tenemos cursos de tiro! ¡Nos llevan de la oficina, directamente!

—¿Dónde serán?

—Por Priorka.

—¡Oh! —se alegró Samsón recordando a las mujeres hermosas y adustas que disparaban con envidiable puntería contra blancos con la silueta de un hombre, antes de que Jolodny y él tomaran su lugar en la línea de tiro—: ¡Conozco ese lugar! ¡Es donde estaba la Sociedad para la Caza Correcta!

La velada concluyó unos veinte minutos más tarde. Ambos se encontraban muy a gusto cuando Nadiezhda besó a Samsón en la mejilla y se dirigió a su dormitorio. Ya en el suyo, él se quedó unos instantes de pie delante de la ventana, aunque la oscuridad le impedía ver lo que había al otro lado. Después de dedicar unos instantes más a su preocupación por Jolodny, se metió bajo la manta y se durmió por fin.

A la mañana siguiente, Samsón todavía iba medio dormido cuando corría a la comisaría y comprobaba, cada tantos pasos, que llevaba la pistolera sujeta al cinturón. Al girar en la calle Zhiliánskaia para enfilar Tarásovskaia, el sol, que bañaba el firme con su luz, le dio de lleno en los ojos. Samsón continuó avanzando con los ojos entrecerrados, lo que, en cierto modo, lo retrotrajo a la infancia. En eso se oyeron unos gritos, relinchos; los cascos de un caballo golpeaban ruidosamente contra los adoquines. Apenas le dio tiempo de abrir los ojos y echarse hacia la izquierda cuando una calesa tirada por un caballo bayo pasó a toda velocidad. El semblante del joven cochero, herido por una mueca de miedo, parecía pedir socorro a gritos, aunque nadie allí podía prestarle ayuda. El

caballo iba desbocado y de nada servía que el muchacho se hubiera levantado del pescante, tirara con todas sus fuerzas de las bridas y gritara, entre tacos encendidos, órdenes que tal vez entendiera mejor el caballo como «¡arre!» o «¡para de una vez, cabrón!». En aquel doble ruido, el que provenía de la calle y el que retumbaba en la cabeza de Samsón, se coló de repente una aguda nota metálica. Entonces se detuvo, dio la espalda al astro rey y, como el resto de los transeúntes, miró el carro que se alejaba, alcanzó a pensar en la mucha suerte que tenían los que no se habían subido a él, y en ese mismo instante, por el cruce con la calle Mariínsko-Blagovéschenskaia, del lado de la plaza Gálitskaia, apareció un tranvía y, bajo la feroz luz de la mañana, la calesa se estrelló a toda velocidad contra su costado de metal. El batacazo hizo que el tranvía desapareciera como por ensalmo. Samsón tardó unos instantes en salir de su estupor y comprender que lo que había desaparecido de la vista era el costado rojo del vehículo, porque el tranvía había caído de lado y el fondo negro donde giraban las ruedas en el aire se confundía, en cierta manera, con el suelo adoquinado. El relincho eléctrico del caballo resonó sobre los techos. El estruendo cesó poco a poco, pero enseguida se oyeron los gritos de la gente desde el epicentro del accidente. Los transeúntes que se encontraban más próximos al cruce de las calles corrieron hacia el lugar de la desgracia, y Samsón fue consciente muy pronto de que una multitud se había reunido en torno al tranvía y el caballo tumbados de lado, y también, probablemente, del cochero, que habría rodado por los adoquines. Por un instante, la idea de acudir al lugar a ver lo que había pasado le cruzó por la mente. Pero ya se encontraba a dos pasos de la comisaría y un sentimiento de responsabilidad y disciplina se apoderó de él de repente, la suerte de magnetismo del deber, que solía asaltarlo en plena noche y lo obligaba a pensar en el trabajo. De modo que apuró el paso, consciente de que más le valía asomar a primera hora de esa mañana por el despacho de Naiden, antes de que él y Jolodny marcharan en calesa o automóvil hasta la calle Yekaterínskaia, donde algún viejo lobo de la policía enseñaría a los jóvenes instructores y a los soldaditos elegidos para el servicio policial el arte de los interrogatorios, sin el que el esclarecimiento de cualquier delito, hasta del más nimio, podía resultar imposible.

Al subir a la segunda planta, Samsón escuchó una voz familiar al otro lado de la puerta del almacén donde se guardaban las pruebas. Sorprendido,

tiró de la puerta y vio a Vasyl y a Jolodny metidos entre la maraña de cajas, baúles y estantes mal sujetos a los muros, donde se guardaban toda suerte de objetos que jamás se habrían juntado unos con otros en la vida normal. Estaban sentados en sendos taburetes frente a una mesilla de juego que Samsón nunca había visto antes allí, y bebían té. El semblante de Jolodny estaba ligeramente coloreado de azul. Ambos miraban a Samsón, que, con su irrupción, había interrumpido la charla que mantenían. Vasyl lo observaba inquisidora y amablemente; Jolodny, en cambio, lo hacía con aire culpable.

—¡Gracias a Dios que te veo! —exclamó Samsón mirando a su compañero—. ¡Ya me estaba temiendo que no hubieras salido vivo de allá!

—¿Qué dices? —protestó Jolodny, y se encogió de hombros—. ¡Salir, salí! El problema vino después, porque no me esperaste ni me dejaste un talón para coger un carro. ¡Menos mal que Vasyl pernocta en el cuartel! —dijo señalando al responsable de guardar las pruebas en la comisaría—. Lo desperté y así pude buscarme un cochero y pagarle…

—Bueno, ¿y qué averiguaste del dueño? —preguntó Samsón.

—¡Eso ya te lo cuento después, que Naiden nos está esperando ahora mismo! No quise adelantarme a verlo sin que tú estuvieras presente…

Al entrar al despacho de Naiden, Jolodny y Samsón se encontraron a tres nuevos agentes de policía, que habían sido seleccionados, a todas luces, entre los soldaditos del Ejército Rojo que servían para los arrestos y las escoltas. La cara del jefe dejaba entrever que la selección no lo tenía muy contento, pero el tono de la conversación que mantenía con los nuevos agentes era testimonio de su resignación.

—¡Mira quiénes han amanecido ya! —Se volvió Naiden hacia los recién llegados. Y preguntó enseguida—: ¿Ya está resuelto el caso de la carne?

—Todavía no —reportó Samsón—. ¡Hacen falta dos días más! ¡Y sin contar el de hoy!

—¿Dos días? —repitió el plazo Naiden—. ¿Lo prometes?

Samsón comprendió enseguida que no podía sostener esa promesa, y menos en presencia de los jóvenes agentes, que lo verían como a un tipo cojonudo.

—¡Haremos lo que podamos! —aseguró, y probó a sonreír con un gesto marcial.

—¡Pues muy bien! —replicó Naiden, saludando el entusiasmo. Después, mirando hacia la puerta, gritó—: ¡Vasyl! ¿Estás ahí?

—¡Aquí estoy, sí! —dijo Vasyl entrando.

—¡Dales vales para la casa de baños! ¿Cuándo tenemos turno?

—Dentro de dos días en horario de mañana en los baños de la plaza Gálitskaia. ¡Aquí al ladito! Pero mejor les doy los vales cuando les toque ir a los baños, no sea que los pierdan. ¡O, peor, que los cambien por cigarrillos!

—¡Decídelo tú! —convino Naiden, aunque adquirió de repente una expresión tensa. Al otro lado de la puerta, que había quedado entreabierta, se escuchaba un ruido creciente de carreras: era como si un montón de piedras se acercaran rodando sobre el suelo de madera.

La puerta se abrió de golpe y apareció un soldado de gran estatura que apartó a Vasyl. Su pecho, hinchado bajo la guerrera, jadeaba con fuerza. Se lo golpeó con la mano y tosió recuperando el aliento.

—¿Qué está pasando ahí? —gritó Naiden.

—¡Una catástrofe! ¡Hay muchos muertos! ¡Se necesita a la policía! —dijo por fin el recién llegado y señaló con la mano hacia afuera—: ¡Ha sido el tranvía! —añadió cuando hubo recuperado el aliento—. ¡Ha volcado! En la esquina de Tarásovskaia y Mariínsko-Blagovéschenskaia.

—¡Arriba! ¡Todos a la calle! —ordenó Naiden y empujó a los desconcertados novatos hacia la salida del despacho—. ¡Deprisa! ¡Deprisa!

Frente a la comisaría había aparcado un camión con los laterales de madera pintados de azul. Un conductor con uniforme militar esperaba sentado al volante.

Naiden se abalanzó sobre el camión cuando todos salieron precipitadamente a la calle.

—¡Baja hasta el próximo cruce! —ordenó al conductor señalándole la dirección—. ¡Ha volcado un tranvía y hay heridos y muertos! ¡Tenemos que repartir a los heridos por los hospitales!

El conductor bajó la ventanilla.

—¿Qué es lo que grita? —preguntó.

—¡Te ordeno que bajes hasta el cruce de la calle! —le gritó enfadado Naiden—. ¡Ha ocurrido un accidente y hay muchos heridos!

—¡Usted a mí no me da órdenes! —le respondió el conductor sorprendentemente tranquilo—. ¡He venido a buscar a los agentes que van a

la preparación en interrogatorios y a nada más!

Por un instante, Naiden pareció dispuesto a explotar y cubrirlo de improperios, pero hizo un gran esfuerzo y se controló. Descargó la rabia largando un escupitajo al pie de la cabina y, con las mismas, dándose la vuelta y corriendo calle abajo detrás de los agentes de policía y los soldados.

La multitud que se había congregado en torno al tranvía sorprendió a Samsón por su número. Hacía mucho tiempo que no veía a tanta gente reunida en un mismo lugar.

—¡Aire, aire! ¡Dispersaos! —gritaba Naiden, ignorado por casi todos los presentes. Entonces disparó un tiro al aire y la multitud, que desde luego no se esperaba un disparo, comenzó a dispersarse. Se formaron grietas en el tumulto y se abrieron corredores por los que se podía pasar hasta el lugar del accidente.

—¡Dispersaos! ¡Retroceded! —continuaba gritándoles Naiden a los que se negaban a apartarse. Ya casi había perdido la voz y miraba a su alrededor con desesperación.

Samsón vio varios cadáveres tendidos sobre los adoquines. Algunos transeúntes habían tenido la delicadeza de cruzarles los brazos sobre el pecho para que las enfermeras y cualquiera que pasara por allí advirtieran desde lejos que esos cuerpos ya no atendían a las preocupaciones de este mundo. Un viejo lloraba sentado en la calle. Estaba herido y a su lado tenía un saco con la boca atada con una cuerda, que sostenía firmemente para que nadie se lo llevara. Junto a él, había una mujer en cuclillas que le susurraba palabras de aliento.

—¡Samsón! ¡Jolodny! —gritó Naiden mirando a todos los lados.

Ambos interpelados corrieron a su encuentro.

—¡Parad a los cocheros! ¡Obligadlos a cargar con los cadáveres y llevarlos al depósito! ¿Cuál queda más cerca de aquí? El de la calle Fundukléievskaia, ¿no? —preguntó.

—¡Ese está lleno a rebosar! —le aseguró Jolodny—. ¡Me lo dijo un colega ayer! Se ve que se negaron a aceptar a su abuela y tuvieron que trasladarla a la funeraria del hospital Alexándrovski.

—¡Pues mandad a todo el mundo allá! —ordenó Naiden—. ¡Paradlos sin contemplaciones! —gritó señalando a dos carretas que llegaban al cruce por la izquierda.

—¡Alto! ¡Eh, eh! ¡Alto! —gritó Jolodny corriendo hacia las carretas.

Lo hacía despacio, pesadamente. A Samsón le dio un poco de pena y salió tras de él para echarle una mano.

Los campesinos que llevaban las carretas procedían de las afueras de Kiev. Los gritos de los policías los asustaron mucho, de manera que no entendieron bien que se les pagaría el viaje. Los policías novatos ayudaron a acomodar los cuerpos en los vehículos. Colocaron tres en uno y cuatro en el otro.

—¿Es que no venís con nosotros? —preguntó, sorprendido, uno de los novatos.

—¡No! Tenemos que ir a un curso de formación. Acompañáis a los cadáveres a donde se os ha dicho, pedís un recibo al enfermero y lo lleváis allá arriba, a la comisaría. El recibo se lo entregáis a Vasyl, que está de guardia, y él os dará el dinero para pagar la carrera —les explicó el procedimiento Samsón.

Tres enfermeras cargadas con los maletines de primeros auxilios se dirigieron rápidamente a atender a los heridos, que Samsón y Jolodny no contaron. Quién las había llamado y cómo lo hizo era algo que carecía de importancia a aquellas alturas. Naiden dispuso que uno de los nuevos agentes se quedara en el lugar del suceso para interrogar a los testigos y hacer el relato de los hechos. Al resto, les ordenó regresar a la comisaría y, si estaban convocados a los cursos de formación, subir inmediatamente al camión que se los llevaría.

Mientras subían por Tarásovskaia, se cruzaron con gacetilleros que corrían cargados con dos pesadas cámaras fotográficas de madera.

—¡Oh! ¡Mañana saldremos en los periódicos! —dijo Jolodny acompañándolos con la vista.

El conductor los llevó a la calle Yekaterínskaia. Les indicó que entraran en un edificio que se levantaba junto al de la checa y los dejó a cargo del soldado que estaba de guardia. Este condujo a los cinco a la segunda planta y los hizo pasar a una sala con butacas rojas y un escenario, como en un teatro. En el escenario, un militar de corta estatura que llevaba gafas redondas estaba impartiendo una charla. Al ver entrar a los alumnos rezagados, hizo una pausa y les señaló los asientos libres con el brazo.

Samsón observó que los demás asistentes al curso tenían cuadernos sobre las rodillas y tomaban notas a lápiz. Se lamentó por no haber llevado dónde ni con qué anotar, pero en ese momento un militar se aproximó deprisa y entregó un cuaderno y un lápiz muy corto a cada uno de los recién llegados. Samsón y Jolodny se sentaron juntos. Los novatos que habían ido con ellos se dejaron caer en las butacas contiguas, de modo que todo el equipo de la comisaría de Líbedski acabó formando una piña.

Samsón examinó el lápiz. Se dio cuenta de que era un tercio o, incluso, una cuarta parte de un lápiz entero que había sido serrado con esmero, antes de sacar punta a cada uno de los trozos.

—¡Bien! ¡Orden! —rugió el conferencista—: ¡Continuemos, camaradas! Resumo brevemente para los que han llegado con retraso: el interrogatorio se realiza por medio de la presión, tanto psíquica como física, sobre el sospechoso, con el objetivo de obtener de él la información necesaria para las labores operativas, así como las pruebas concomitantes. El objeto de vuestra atención y, por lo tanto, de vuestra acción, ha de ser tanto el propio detenido como los testigos que ofrecen declaraciones de carácter exculpatorio o atenuante para favorecerlo.

—¿Podría explicarlo más claramente? —preguntó alguien en voz baja desde la segunda fila.

—¿Más claramente, dices? —preguntó irónicamente el conferenciante—. Dejadme que lo repita otra vez: ¡todo lo que os estoy explicando lo tenéis que anotar y releer muchas veces antes de ir a dormir! ¡Y así, hasta que os lo aprendáis de memoria! ¡Aquí habéis venido a aprender! ¡Aprender significa ser más listos! Y, en vuestro caso, más listos y más experimentados. ¡Anotad esto! El objeto de vuestra atención y, por lo tanto, de vuestra acción…

Samsón escribía deprisa. Y, mientras lo hacía, iba reflexionando sobre lo que oía. Sintió cómo en su mente crecía una alegría que era independiente de él, una suerte de llamita que brillaba dentro de su cráneo. ¡Brillaba alumbrándole el camino hacia nuevos conocimientos! Se sintió vivo, como devuelto a los años en que era un estudiante de secundaria, cuando gozaba de libertad y a la vez se dedicaba a aprender, y ambas cosas no eran excluyentes, porque eligió en libertad que iba a aprender.

Samsón recordó a sus compañeros y sus amigos de la secundaria. ¿Cómo era que no había visto a ninguno de ellos aquel último mes? ¡Ni siquiera se

los había encontrado por casualidad! Antes le bastaba asomarse a Kreschátik o dar un paseo por el parque Nikoláievski, junto a la universidad, para tropezar enseguida con alguna cara conocida de sus años de estudiante.

—¡Dejad de escribir ahora y escuchadme bien! —bramó el conferenciante y distrajo a Samsón de sus pensamientos—. Lo primero es que entendáis que la presión psíquica que ejerzáis sobre el detenido determina el éxito o el fracaso del interrogatorio. Basta con que comencéis a regalarlo con sonrisitas o lisonjas para que se crezca y no consigáis sacarle nada. ¡Nada! De ahí que lo primero que tenéis que hacer antes de comenzar el interrogatorio sea sembrar en el detenido el miedo y la inseguridad en el futuro. ¿Cómo conseguirlo? ¡Pues es muy sencillo! Debéis mostraros rudos desde el primer momento. ¡Pero no con una rudeza desmedida, eh! ¡Mantened siempre las distancias! El detenido es enemigo de nuestras ideas, enemigo de nuestro futuro. Puede que sea también enemigo de nuestro orden social y, por lo tanto, es vuestro enemigo personal. Si tenéis delante a un hombre, lo primero será ordenarle que se vacíe los bolsillos y ponga todo su contenido sobre la mesa. ¡Quitadle enseguida el tabaco, la pipa o los cigarrillos! Quitadle también las fotografías de sus familiares y seres queridos, y, en general, todo lo que guarde relación con su familia: cartas, medallones con retratos, etcétera. ¡Todo! El tabaco, la pipa y los cigarrillos los guardáis en el cajón del escritorio o en otro lugar semejante. Las fotografías y los objetos que les recuerden a sus familiares y seres queridos los apartáis, pero los dejáis a la vista. ¡Los tiene que ver! ¿Entendido?

Los asistentes asintieron con la cabeza al unísono. También Jolodny y Samsón lo hicieron.

—¡Ahora, anotad todo esto con vuestras propias palabras y de manera resumida! —ordenó el conferenciante. Y añadió—: ¡Después continuamos!

Samsón escribió unas palabras y entonces recordó que todavía no llevaba una fotografía de Nadiezhda. Y eso que varias veces había estado a punto de pedirle que fueran juntos a un estudio fotográfico. Había comprobado que muchos continuaban abiertos, y que los soldados y los empleados soviéticos solían hacerse retratos en ellos.

—¿Habéis acabado? ¡Continuamos, va! —resonó de nuevo la voz firme y metálica del conferenciante—. Si estáis interrogando a un varón, cuando

hayáis acabado con las acciones que os he descrito antes, no procedáis a hacer preguntas de inmediato. ¡De ninguna manera! ¡¿Por qué correr cuando no tenéis prisa?! Sacáis vuestros cigarrillos, encendéis uno y miráis al detenido en silencio un buen rato. Podéis acabar el cigarrillo y encender otro. Cuando veáis que el detenido comienza a ponerse nervioso, os inclináis en su dirección y le echáis el humo directamente en la cara. ¡En toda la cara! ¡Debéis aprender a hacerlo de una manera que resulte muy expresiva y que se produzca en el momento adecuado! ¡Vamos a trabajar un poco eso! ¡Sacad vuestros cigarrillos!

Los oyentes hurgaron en los bolsillos. El murmullo de las cajetillas de cartón y el chasquido de las pitilleras al abrirse llenó el salón.

—¡Prended los cigarrillos! —ordenó el conferenciante.

No todos llevaba cerillas, pero muchos sí y ofrecieron fuego a sus compañeros. Las cerillas se iluminaron con las pequeñas llamas y encendieron los cigarrillos.

Samsón miró a Jolodny, que había sacado un paquete de pitillos Veselie.

—¡Yo es que no fumo! —susurró.

—¡Pues a ver qué haces, porque aquí hay que fumar! —le dijo Jolodny, y le ofreció un pitillo—: ¡Coge!

Samsón se llevó el pitillo a los labios y esperó a que Jolodny le diera fuego, después de encender el suyo.

—¡Echad mucho humo! —ordenó el conferenciante.

Samsón tosió y en ese mismo instante captó la mirada que el hombre le estaba clavando.

—¿Hay alguien aquí que no sea fumador? —preguntó.

Samsón levantó el brazo izquierdo, porque sostenía el cigarrillo con la mano derecha.

—¡Pues tendrás que aprender! Porque no eres una chica, ¿verdad? —lo sermoneó con la voz que tendría un atento maestro espiritual.

Samsón asintió con la cabeza y dio otra calada profunda. A duras penas contuvo la tos que le sacudía la garganta.

—¡Y, ahora, escuchad lo más importante de todo! —continuó el conferenciante—: Cuando el pitillo esté ardiendo bien, aspiráis la mayor cantidad de humo que podáis… ¿Lo habéis hecho? ¡Entonces echadlo fuera imaginando que tenéis delante la cara del detenido!

Una nube de humo azulado se levantó sobre las sillas rojas. Alguien más tosió.

—¡Ahora volveos hacia la persona que tenéis al lado y echaos humo en la cara por turnos! ¡Debéis comprender lo que siente alguien a quien le están echando humo de tabaco en el rostro!

—¡Empiezo yo! —le advirtió Jolodny.

Samsón se volvió hacia su compañero y entrecerró los ojos.

—¡Si el interrogado cierra los ojos, se le exigirá que los mantenga bien abiertos! —apuntó el conferenciante.

Capítulo 17

A Samsón le pareció un poco raro y hasta algo desagradable el sabor de la cebada perlada, pero ya se sabe que cualquier gacha caliente le parece buena a casi todo el mundo.

—¿Y esta salsa que lleva encima? —le preguntó a Nadiezhda.

La lámpara volvió a alumbrar con fuerza. Al otro lado de la ventana se había hecho de noche. El agobio de la jornada ya había quedado atrás. Tal vez la tensión fuera general y hubiera absorbido, además de las fuerzas de la ciudad de Kiev y sus habitantes, también la energía del cielo y del aire. Igual era por eso por lo que la oscuridad parecía más intensa que ayer. A cambio, también la luz alumbraba más que otros días. Y si resplandecía así era que había mucha leña en las estaciones eléctricas, y, con tanta leña disponible, la escasez de combustible en invierno y los robos de madera habían pasado a un segundo plano. ¡Así sería hasta otoño por lo menos! ¡Hasta los próximos fríos!

—¡Ah! ¡Esta salsa me la enseñó a hacer Masha, una chica del trabajo! —admitió Nadiezhda recogiendo los últimos restos de cebada del fondo de su plato con la cuchara de plata—: ¡Es de arenques! Cuando el pescado ya se comienza a oxidar un poquito, que viene a ser, más o menos, a la semana de haberlo sacado del barril, hay que machacarlo, añadirle un poco de harina de guisantes, echarle agua hirviendo y dejarlo un par de días en el alféizar para que se asiente. Después, lo cuelas todo con un pañito cuidando de que no pasen las espinas. ¡Y ya está!

—Conque de arenque, eh —se sorprendió Samsón y buscó en la lengua el sabor del pescado—. Pues no lo parece —añadió negando con la cabeza

—: Pensé que era de tripas fermentadas o algo así. ¿Y de dónde sacaste la harina de guisantes?

—¿Por qué no me preguntas mejor por el arenque? —se burló Nadiezhda —. El arenque y la harina nos los dieron en el trabajo. ¡Un paquete entero de harina! ¡Raciones especiales! ¡Son raciones que se añaden a la cuota ordinaria! ¡Esa no la darán hasta mañana!

La sola mención de los alimentos de la cuota racionada provocó que a Samsón se le hiciera la boca agua. Fue precisamente en ese momento cuando sintió, por fin, el sabor atenuado del arenque y la harina de guisantes.

—¿Y por qué no me preguntas por los cursos de tiro, por cierto? —preguntó Nadiezhda cambiando el tema de la conversación sin perder la sonrisa—. ¿O es que eso no te interesa?

—¡Desde luego que sí! —protestó Samsón—. ¡Claro que me interesa! ¿Cómo fue? ¡Cuenta!

—El instructor dijo que estuve «excelente» —presumió Nadiezhda.

—¿Con qué arma disparaste?

—Con un revólver. ¿Te puedes creer que me dijo que nunca había visto a nadie apuntar con tal elegancia?

—¡Eso es que te estaba tirando los tejos! —aseguró Samsón.

—¡En todo caso, no fallé un solo disparo!

—¡Bueno, igual fue por eso por lo que se fijó en ti! —reculó Samsón—: ¡Ya me habría gustado a mí ir a clases de tiro, antes que a las conferencias sobre interrogatorios! ¡Imagínate que me obligaron a fumar para aprender a echar el humo en la cara de los interrogados!

—¿Cómo que el humo? —manifestó su sorpresa Nadiezhda, mientras se llevaba a la boca la última cucharada de gachas.

—¡Humo de tabaco! ¡Tuve que encender un pitillo! Por lo visto, es un elemento importante a la hora de doblegar el ánimo de los interrogados.

—¿Y de dónde lo sacaste?

—Me lo dio Jolodny.

—¡Pues a nosotras nos dieron una conferencia después de la sesión de tiro! —se animó de nuevo Nadiezhda—. Nos hablaron del futuro. ¡Y fue la mar de interesante! Un escritor visionario venido de Petrogrado nos habló del porvenir. Dijo que solo será posible cambiar la relación que mantenemos con el trabajo si cambia también nuestro modo de vida. El

modo de vida incluye el lugar donde vivimos, las condiciones de vida y el tipo de alimentación. Te pongo ejemplos: en las casas del futuro no habrá cocinas, porque nadie perderá tiempo en cocer gachas o amasar pan. ¡Ese tiempo se puede usar creativamente! El poder soviético se ocupará de alimentarnos, mediante una extensa red de comedores públicos. En todos los centros de trabajo entregarán cupones para comer en esos establecimientos… ¡Y en cada edificio habrá un comedor para los vecinos!

—¡Bueno, lo de los cupones ya está en vigor! ¡Mira estos…! —apuntó Samsón, y se sacó tres vales del bolsillo del pantalón con sus correspondientes sellos y la inscripción «una comida».

—¡Pero esos solamente sirven para la comida! —los rechazó Nadiezhda con un gesto desdeñoso—. ¡Y, encima, solo los puede usar la gente que integra la primera categoría! ¡A mí no me dan de esos! Ah, y el desayuno, ¿qué? Y la cena, ¿qué? ¿Y esto? —añadió señalando los dos platos vacíos de la vajilla de la familia, con un bonito ribete de color azul y un molino de agua del mismo color en el fondo.

—¡Ah, no! ¡Si yo no estoy en contra! ¡A mí me encanta comer en los comedores soviéticos! —aclaró Samsón—. Lo que pasa es que, si hay que ir a por el desayuno y por la cena, uno acabará caminando más de la cuenta.

—¿Y qué tal si los tienes al lado de casa? O en el propio edificio, incluso. ¿Qué tal si bastara bajar las escaleras? —preguntó Nadiezhda.

Samsón asintió. Le pareció que el tema de la comida ya estaba agotado. Bostezó y se cubrió la boca con la mano.

—No lo sé —dijo de pronto, y en su voz se advirtió una nota de preocupación—. Los agentes nuevos, unos que hemos reclutado de entre los soldados del Ejército Rojo, estaban cuchicheando hoy de camino a la conferencia. Hablaban de la banda de Grigóriev. Dijeron que están asaltando barcos y matando a los representantes del poder soviético en las aldeas. Dicen que una cosa es la vida que llevamos aquí, en Kiev, donde sobra la electricidad —miró al techo alumbrado por la lámpara y continuó—, y otra muy distinta es en las zonas rurales. Sin electricidad ni orden. ¡Yo diría que lo mejor es que esos comedores los levanten primero en las aldeas! Y que den de comer a los campesinos. ¡Para que no acaben integrando las bandas y mirando a Kiev de reojo!

La inquietud presente en las últimas palabras de Samsón se le transmitió a Nadiezhda, que suspiró profundamente y se puso más seria.

—Nos quedan otros dos días con prácticas de tiro este mes —dijo en voz baja. Podía ser que la hubiera abandonado el entusiasmo o que el cansancio acumulado en un día de tantos sucesos y emociones comenzara a hacerse sentir.

—A nosotros también nos quedan tres conferencias sobre interrogatorios —le informó Samsón. Y añadió—: ¿Te has bebido la leche gasificada que te toca antes de dormir?

—Ay, ¡me olvidé! —dijo Nadiezhda, y se encaminó a la cocina.

Samsón la siguió llevando los platos sucios, que enseguida enjuagó en la palangana. Después los secó con un trapo y los dejó en la mesilla.

La mañana comenzó con una discusión. Jolodny entró al despacho cuando Samsón ya trabajaba, se quitó la chaqueta de color marrón y la colgó en uno de los ganchos de madera. Seguidamente, sacó de uno de los bolsillos de la chaqueta un librillo del grueso del dedo meñique.

Samsón apartó a un lado el expediente del caso de la carne, que tenía abierto delante, y levantó la vista para mirar a su compañero. La duda dibujaba una mueca en su semblante. Jolodny se sentó a su mesa y, entonces, las miradas de los dos se encontraron. Los ojos de Jolodny expresaban un sentimiento de culpa. Todo en él indicaba que ocultaba algo.

—Seeergui —comenzó Samsón estirando las vocales a propósito—, todavía no has escrito la declaración sobre tu visita al comprador de carne del número 7 de la calle Zlatoustóvskaia. ¡La casa a la que te dejaron entrar cuando a mí me cerraron el paso!

—¡Es que no hablamos de la carne! —explicó Jolodny, y se encogió de hombros.

—¿Me estás diciendo que no lo interrogaste sobre la carne y sobre Briskin? —preguntó Samsón enojado.

—¡Ah, sí! ¡Le pregunté, claro! Pero nunca había oído mencionar el nombre de Briskin, ni compra la carne personalmente.

—¡Pues todo eso me lo escribes con detalle! La charla que mantuvisteis y tus impresiones: ¿te parece un tipo proclive a mentir o un hombre honesto?

Jolodny hizo una mueca de desagrado. Se veía a las claras que no tenía ganas de ponerse a escribir.

—¡Desde luego que es honesto! —aseguró Jolodny, y se encogió de hombros de nuevo—. ¡Y también es muy capaz de mentir, ya lo creo!

—¡Naiden nos ha ordenado cerrar este caso de una vez! ¡Y fíjate lo poco que hay! —dijo Samsón mientras miraba el delgado expediente.

Jolodny intentó zafarse de la bronca con una broma:

—¡Es que carne también hay muy poca!

—Mañana o pasado tenemos que tener escrita la sentencia. —Samsón, cada vez más enojado, ciertamente no estaba para bromas—. ¡Y ese expediente solo contiene ocho papelitos!

Jolodny se quedó pensando unos instantes, se rascó la oronda mejilla izquierda, miró el plano de Kiev que tenía detrás y, después, el esquema del despiece del cerdo que había colgado entre las ventanas. Un brillo intenso iluminó sus ojos.

—Oye, ¿y qué tal si quitamos ese cartel, lo doblamos en seis o en ocho partes y lo colamos en el expediente? ¡Se inflará enseguida! ¡Y eso le va a encantar a Naiden!

—¡No, porque sacará el cartel y el expediente se quedará vacío de nuevo! —objetó Samsón—. ¡Tú ponte a escribir! ¡Y, mientras más te salga, mejor para todos!

El exsacerdote frunció el ceño, suspiró pesadamente, sacó un folio del cajón del escritorio y acercó el tintero y la pluma.

—¿Y qué voy a escribir? —preguntó.

—¡Lo cuentas todo desde el principio! Cuando llegamos y no nos dejaban pasar. ¡Y cómo te colaste tú después!

—¿Pongo lo del crucifijo también? —preguntó Jolodny algo asustado.

—¡Pues claro! ¿Qué problema hay en eso? —porfió Samsón, aunque después pensó un instante y añadió—: Mejor escribe algo así: «Al conocer que yo fui sacerdote, accedieron a dejarme pasar».

—¡Ah, sí! ¡Perfecto! —se entusiasmó Jolodny y sostuvo la pluma en el aire para que la tinta sobrante goteara de vuelta al tintero—. ¡Así está mucho mejor!

Cuando ya se disponía a comenzar a escribir, le alargó a Samsón el libro que había llevado a la oficina.

—¡Toma! ¡Disfruta de esto mientras tanto! ¡Es un regalo de Albert Veniamínovich, por cierto! «Un pequeño álbum para estimular los placeres en los días fríos», me dijo.

Samsón tuvo que levantarse de su asiento para que Jolodny pudiera escribir a gusto con la mano izquierda. Así, además, le permitía

concentrarse en la redacción del informe.

Mientras Jolodny se afanaba con la pluma, Samsón se puso a hojear el librito. Este resultó ser una suerte de álbum con fotografías de mujeres semidesnudas, pero todas tocadas con sombreros. Las mujeres que aparecían en las fotos posaban de manera seductora, sus pechos desnudos estaban hinchados de deseo, los sombreros en sus cabezas añadían un tono coqueto y las largas faldas sugerían que en sus vidas ordinarias cultivaban la modestia y la decencia. De repente, una de las jóvenes fotografiadas le recordó a Nadiezhda. La idea lo hizo estremecerse y se acercó la página a la cara. Jolodny se percató del interés y dejó de escribir. Lo miró en son de burla. Samsón, que también percibió la mirada del otro, dejó el libro en la mesa y lo cerró ostentosamente.

«¡Desde luego que no es ella», pensó mientras miraba a su compañero.

—¿Qué pasa? ¿Se te cansó la mano?

—¡Estoy escribiendo! ¡Estoy escribiendo! —farfulló Jolodny, sin apartarse del folio—. ¡La charla fue larga! ¡Y no veas las cosas que el anfitrión puso sobre la mesa!

—¡Oh, sí, describe muy bien todo lo que ofreció! —dijo Samsón con desdén, pero enseguida cambió el gesto que iba a hacer con el brazo, lo bajó torpemente y añadió en un tono más suave—: ¡Sobre todo si ofreció platos que llevaran carne!

Jolodny asintió y continuó escribiendo en la hoja a la que ya se le acababa el espacio en blanco.

La puerta del despacho se abrió de golpe, como si la hubiera golpeado una racha de viento. Era Naiden, que llegaba con un fajo de papeles escritos en la mano.

—¿Estáis muy liados? —preguntó mirando primero a Jolodny y luego a Samsón.

—¡Sí! ¡Estamos trabajando en el cierre del caso de la carne! —respondió Samsón.

—¡Pues daos prisa, porque están llegando más denuncias que chinches a este cuartel! —dijo Naiden en tono muy amistoso. Y añadió con ánimo jocoso—: ¡Os metería dos escritorios más aquí, pero no tengo! ¡Sería fenomenal colaros a un par de principiantes para que aprendieran de vosotros!

—¡Pero si somos los primeros que estamos aprendiendo! —protestó Samsón—. ¡Mire cómo llevamos el caso de la carne, sin ir más lejos!

—Es la época que nos ha tocado vivir —filosofó Naiden—. ¡Los discípulos aprenden de los maestros novatos! Bien, entiendo que mañana ya tendréis el veredicto de este caso y podréis asumir otros, ¿no? —Y, agitando los papeles que llevaba en la mano, añadió—: ¡Mirad cuántos hay!

—¡No, mañana no! —se excusó con cuidado Samsón y miró a Jolodny en busca de apoyo.

—¡Necesitaríamos dos días más por lo menos! —lo secundó Jolodny y, señalando al folio en el que escribía, dijo—: ¡Es que están apareciendo testigos muy interesantes!

—¡No me digas! —se animó Naiden—: ¿Me traeréis algo para ir leyendo?

—¿Quiere todo el caso? —preguntó asustado Samsón.

—¡No, no! ¡Solo lo que os parezca más interesante! —Naiden apuntó a Jolodny con el dedo índice y añadió—: ¡Ah, y no os olvidéis de que pasado mañana a las cinco hay que estar en los baños!

—¿Qué ha pasado ahí? —se sorprendió Samsón.

Naiden soltó una carcajada.

—¡Que nos toca la hora del baño! ¿Lo habíais olvidado?

Samsón y Jolodny asintieron con gesto culpable.

—¡Bueno! ¡Ahora estáis avisados de nuevo!

Naiden cerró la puerta. Samsón y Jolodny volvieron a quedarse a solas. El segundo le dio la vuelta a la hoja y continuó escribiendo con afán.

Fueron a almorzar en el comedor de la esquina de las calles Karasáievskaia y Nazárievskaia. Jolodny ya conocía el lugar, pero Samsón acudía por primera vez. La cocinera, que también servía la comida, les cogió los cupones que le ofrecieron. Los miró al trasluz y pasó la yema del dedo mojada en saliva por el sello.

—¿Qué le pasa? —se sorprendió Samsón—. ¿No ve que vamos armados? ¿No le dice nada el uniforme?

—¡Ahora cualquiera se compra un uniforme! —respondió la mujer, aunque miró respetuosamente la funda de la pistola—. ¡Y cupones falsos aquí me caen diez cada día! ¡Y después tengo que aguantar las broncas que me echa el jefe!

Tranquilizada con la calidad de los vales, la mujer los ensartó en un pincho que salía del mostrador de madera y les sirvió sendas raciones de sopa de avena. A modo de segundo plato, les dio cebada perlada que roció con un líquido de color marrón.

—¿Qué pasa con la carne? ¿Hoy no tenéis? —se mosqueó Jolodny.

—Hoy la servimos con grasa y punto. ¡Hace dos días que no nos traen carne! —respondió la mujer.

—¿Y dónde está esa grasa? —inquirió Jolodny mirando la cebada.

—Viene en esa salsa: es grasa fundida.

—¡Vaya! —se conformó Jolodny.

La cantidad de mesas del comedor no era muy grande, pero la variedad sí era extraordinaria, porque no había dos iguales. En el aire flotaba un olor un tanto extraño para la naturaleza del establecimiento, porque se debía tanto a comida como a metales.

Los dos agentes tomaron asiento junto a una pared sin ventanas, porque las mesas que gozaban de luz natural estaban ocupadas. Samsón olfateó ruidosamente.

—Aquí había una imprenta antes —le aclaró Jolodny antes de emprenderla con la comida, consciente de que a su compañero le había intrigado el olor.

—Es una pena que no tengan carne hoy —añadió después de tomar dos cucharadas de sopa y mirando de reojo el plato de cebada.

—¡Pues la verdad es que sí! —convino Samsón—. Parece que Abyazov tenía razón y la compraventa de carne es un delito mayor. ¡No sacaron ese decreto por gusto!

—Y ese negocio paralelo provoca el hambre del proletariado, del ejército y de la policía —zanjó Jolodny.

—¿Acabaste el informe del número 7 de Zlatoustóvskaia? —preguntó Samsón levantando la vista del plato.

—¡Ya lo tengo, sí! ¡Tres páginas y por las dos caras! —respondió orgulloso Jolodny.

—¿Qué es lo principal?

—¡Ya lo leerás tú! ¡A ver si lo escribí por gusto!

—Bueno, mejor dime qué es lo más importante de lo que te ahorraste escribir.

Jolodny pensó unos instantes.

—Pues probablemente que Albert Veniamínovich está a punto de conseguir un puesto de cónsul. Por cierto, ¿qué es eso?

—Es un cargo diplomático —lo ilustró Samsón—. Un cónsul es un representante de su país fuera de sus fronteras. ¿Eso quiere decir que se marcha al extranjero? ¿Se va a dedicar a la diplomacia o qué?

Jolodny dio cuenta de otra cucharada de la espesa sopa, se pasó medio minuto pensando y negó con la cabeza.

—No, se queda aquí. Me enseñó el salón donde se van a celebrar las recepciones consulares con champán. Y prometió invitarme, aunque puso la condición de que acuda vestido de sacerdote. ¡De hecho, anotó mi dirección para enviarme las invitaciones con un mensajero!

—Es decir, que va a desempeñar el papel de un cónsul extranjero aquí. ¿Es eso? Y, por cierto, ¿a qué país va a representar?

Jolodny pensó de nuevo.

—Me dijo que estaba eligiendo entre la India y Argentina. La verdad es que no entendí muy bien todo eso —confesó el exsacerdote—. ¡En realidad, no entendí nada!

Samsón soltó un bufido y la emprendió con la cebada perlada.

—Ya lo leeré más tarde —masculló. Y, después de tragar, dijo—: ¿Qué te parece si cuando acabemos aquí nos vamos directamente a la calle Sofíevskaia? ¡Hay un tipo allí que compró ocho libras de filetes de golpe! ¡Le tomamos declaración y aún nos quedarán dos jornadas completas para cerrar este caso!

—Bueno, eso será si nos creemos que Briskin nos dio todos los nombres y no se guardó nada.

—Yo sí creo que nos entregó a todo el mundo —porfió Samsón—. ¡Si hasta se chivó de una enamorada que tenía o, incluso, que todavía tiene! ¡Shúrochka! Y subrayó que la carne se la dejaba casi gratis…

—¡Vaya cabrón! —se le escapó a Jolodny.

Samsón miró sorprendido a su compañero.

—¡Es que podría dársela gratis! —explicó su rabia Jolodny—: ¡¿Quién demonios hace negocios con la persona que ama?!

Samsón suspiró aliviado, porque en un primer momento se le había ocurrido que Jolodny estaba maldiciendo a Briskin por haber entregado a su amada novia a la policía.

Capítulo 18

Al regresar a casa esa tarde, Samsón encontró en el recibidor, junto a las botas de Nadiezhda, unas botas sucias de hombre y un pequeño maletín de cuero amarillo. La inquietud le hizo liberar inmediatamente el cierre de la pistolera donde guardaba el revólver. Avanzó cautelosamente hacia la puerta del salón. Por suerte, la habían dejado entreabierta, de modo que alcanzó a ver a Nadiezhda sentada a la mesa. Frente a ella, igualmente sentado, había un hombre que le daba la espalda a la puerta. Controlada la situación, Samsón entró con paso firme y de manera deliberadamente ruidosa. El visitante se dio la vuelta enseguida y resultó ser el doctor Vatrujin.

—¡Nikolái Nikoláievich! —exclamó muy sorprendido Samsón—. ¿Qué hace usted aquí?

—Pasé a hacerles una visita, ya ve —dijo el doctor—. ¡No voy a ser yo el que reciba siempre a la gente! ¡Alguien tendrá que recibirme alguna vez!

Samsón le estrechó la mano, le sonrió a Nadiezhda y, agarrando una silla, se fue a sentar en el rincón izquierdo, el más próximo al recibidor. Allí se acomodó, se descalzó las botas y las vendas que hacían las veces de calcetines, se despojó del cinturón y se quitó la chaqueta. Después, dejando todo eso sobre la silla, marchó descalzo a la cocina, se lavó los pies sudorosos en una palangana, los secó con energía y se calzó unos zapatos ligeros.

En lo que el joven se ocupaba de sus pies, Nadiezhda entró un momento a la cocina y cogió una taza.

—He venido a pedirles ayuda —declaró el doctor cuando Samsón se sentó a la mesa y bebió el primer sorbo de té—: Me quieren movilizar…

—¿A qué frente lo mandarían? —preguntó Samsón con cautela, y enseguida pensó que el Ejército Rojo estaba peleando en ese momento por toda Ucrania, lo mismo contra los hombres de Denikin que contra los de Petliura o los jefes cosacos.

—¡A Moscú!

—¡Pero si por Moscú no pasa la línea del frente! —exclamó Samsón, estupefacto.

—¡Es que no es al frente donde me mandan! Primero, aparecieron en casa un chico de la Dirección de Estadística y un soldado. Querían saber si yo era doctor de verdad. Eso es porque cuando hicieron el censo yo dije que era doctor en medicina. Poco después volvieron para avisarme de que el 24 de abril me movilizaban. Dijeron que era una movilización que afectaba a todos los doctores y empleados en el sector de la medicina. Explicaron que a Moscú estaban llegando todos los heridos de los distintos frentes y que no había suficientes médicos para atenderlos…

—¡Bueno, pues vaya a curar a esos heridos y después vuelve aquí tranquilamente! —lo regañó Samsón.

—¿Acaso no lo acaba de entender, Samsón? —protestó el doctor Vatrujin—. ¿No lo ve? ¿Entiende lo que significa dejar aquí a mi mujer y un apartamento en el que se instalará enseguida sabe Dios quién? ¿Se da cuenta de lo que significa emprender un viaje que me obligará a cruzar tres o cuatro frentes de guerra? ¿Acaso cree que hoy se puede llegar a Moscú así como así?

—¡Si han declarado esa movilización es porque lo tienen todo bien organizado! —replicó Samsón, aunque en su voz se percibió cierta inseguridad—. Aunque entiendo que es complicado, desde luego…

—¿Usted es consciente de que esos camaradas del ejército creen que un oculista puede curar un ojo que ha saltado de su órbita y volver a colocarlo en su sitio? ¿Sabe que, si un médico les dice que eso es imposible, lo tildan de contrarrevolucionario y lo llevan al paredón? ¿Sabe todo eso o no?

Vatrujin se ruborizó, nervioso. Samsón se percató de que le temblaban los dedos.

—Lo sé, lo sé —admitió Samsón, y adelantó la palma de la mano, como pidiéndole al invitado que se tranquilizara—. ¡Recuerdo estar presente

cuando los soldados irrumpieron en su consulta y se llevaron el ojo artificial!

—¡Ay! ¡Había olvidado que tengo algo para acompañar el té! —intervino Nadiezhda con toda intención. Simplemente, buscaba descargar la tensión que se había acumulado en torno a la mesa. Volvió enseguida con un plato en el que había tres bollos—: ¡Hoy pasé por el bazar judío y estaban regalados! —se justificó.

La presencia del plato de bollos sosegó a Vatrujin inmediatamente. Dejó descansar las manos sobre la mesa y bajó la cabeza.

—¡Coja uno! ¡Coja uno, se lo ruego! —le pidió Samsón señalando el plato—. ¡Y déjeme pensar cómo puedo ayudarlo!

Fue decir eso y morderse el labio: «¡Que Dios maldiga mis promesas!», pensó.

El doctor extendió la mano hacia los bollos. Bastó que sus dedos temblorosos tocaran el alimento para que se sosegaran.

—¡El relleno es de carne! —informó Nadiezhda, y se alisó la blusa.

Samsón cogió otro bollo. Se le había despertado el hambre de repente. Su lengua reconoció el sabor de las vísceras y la cebolla podrida. Sin embargo, la poco sofisticada conjunción de sabores no estropeó el placer de tener el bollo en la boca. Lo masticó largo rato y tomándoselo en serio, como si no quisiera separarse de él, enviarlo a esas honduras del cuerpo donde ya no se distingue si lo que entra ahí es dulce o amargo.

Un pesado silencio se apoderó del ambiente.

—Ahora ya no tengo a dónde ir —dijo Vatrujin con total desaliento, y miró a Samsón como un perro apaleado.

Aquella mirada descolocó a Samsón.

—¿Y Dúnechka? ¿Dónde está su mujer? —le preguntó anticipando con indisimulable miedo que la respuesta no sería precisamente alentadora.

—La mandé a Fastov. Tiene un primo allá. ¡No es culpable la pobre de que yo sea médico!

—Quédese aquí, que ya se nos ocurrirá algo —le dijo Samsón en un susurro.

—No será por mucho tiempo. ¡En cuanto termine la movilización de los doctores me vuelvo a casa como si tal cosa! —balbuceó Vatrujin y unas lágrimas asomaron a sus ojos—. ¡Eso si no requisan mi apartamento antes de que vuelva!

—Pero ¿qué dice? ¡Tranquilícese, hombre! —dijo Samsón echando un vistazo a la mesa que cortaba el paso al dormitorio de su difunta hermana Vérochka—. ¡Ya le encontraremos una habitación aquí! Lo difícil será el tema de la comida…

—Tengo una asignación de alimentos de cuarta categoría —susurró el médico justificándose—. Puedo ir a retirarla…

—¿A dónde se cree que puede ir usted, si va a estar escondido aquí? —replicó Samsón con autoridad. En ese instante, Samsón había encarnado el rol del policía y veía a Vatrujin como a un detenido y a sí mismo como al interrogador que le echaba el humo del pitillo en la cara—. ¡Encima, a los de cuarta categoría no les deben dar nada!

—¿Cómo que no? —se mosqueó el doctor—. Una vez nos dieron sémola de cebada, y jabón…

—¿Fuma? —le preguntó Samsón de repente.

—No, pero llevo pitillos. ¿Y usted fuma?

—No, pero se me ha ordenado comenzar a hacerlo —explicó con tristeza Samsón.

El doctor sacó una caja de cigarrillos del bolsillo de la americana. Se lo ofreció.

—Con un pitillo tengo —dijo Samsón cogiendo el paquete.

—Quédeselo todo. ¡Tengo más en casa! Los llevo encima por si me encuentro con soldados o esos cortadores de orejas que se apostan en el bazar judío y siempre están pidiendo de fumar… —Vatrujin notó el estremecimiento de Samsón y miró la oreja izquierda, la sana, que dirigía al visitante y añadió enseguida—: ¡Oh, perdone! ¡No debí mencionarlos! Me refería a los carteristas que se la pasan metiendo las manos en los bolsillos ajenos en el mercado.

Cuando la puerta del dormitorio de su difunta hermana, que solía estar cubierta por el armario, se abrió a la mañana siguiente, Samsón casi se cae del susto y derrama la taza de té que se estaba bebiendo. El semblante del doctor era el de alguien que no había pegado ojo en toda la noche y se sentía culpable de algo.

—Perdone —dijo enseguida aclarándose la garganta—, pero, aunque me resulte incómodo preguntarlo, he de hacerlo: ¿puedo lavarme con su agua?

Vestido ya para marchar al trabajo, Samsón acompañó al doctor al cuarto de baño, pero, al escuchar que Nadiezhda se estaba lavando, pidió al invitado que esperara junto a la puerta. Aprovechó para explicarle que el agua se cogía de la palangana y, si se detectaba que había en la cañería, se debía reponer la usada con agua fresca.

—¡Oh, sí, sí! —asintió con mucho énfasis el doctor—. ¡En casa lo tengo todo igual! Antes llenaba la bañera, pero ahora no hay agua suficiente. Da para tres baldes y punto.

Samsón y Nadiezhda salieron juntos de casa. El doctor los despidió con una sonrisa y una mirada un tanto hipócrita. La propia de un empleado doméstico o un criado.

—¡Yo de aquí no me muevo! —musitó—. ¡Lo mantendré todo en orden! ¡No se preocupen de nada!

Una vez más, y ya eran muchas, Samsón llegaba a la comisaría antes que Jolodny. Quitó el sello de la puerta del despacho y tomó asiento detrás del escritorio de su padre. Comenzó la jornada releyendo la declaración de su compañero sobre la visita que había hecho al misterioso cónsul del número 7 de la calle Zlatoustóvskaia y la charla que había mantenido con él. De la carne solo se hablaba al final: «Dice desconocer a quién le compra la carne la cocinera. Le da dinero para que compre la pitanza y ella misma va forrajeando aquí o allá. Lo único que dice importarle es que siempre haya qué dar de comer a los visitantes inoportunos».

«Esto es un poco raro —pensó Samsón—, porque, si Jolodny está copiando aquí las palabras que dijo el cónsul, hay que subrayar que esta no es la manera en la que se expresa un hombre rico». Decir «pitanza» o «forrajeando» es propio del vulgo, de gente que no tiene estudios. ¡Y si este Albert Veniamínovich se dispone a mandar en un consulado tendrá que haber acabado el bachillerato y hasta la universidad! ¡¿O no?!

La puerta se abrió con tal fuerza que Samsón recibió el empuje del aire desplazado. Los folios que tenía delante volaron por los suelos.

Samsón nunca había visto a Naiden una cara tan sombría como la que ostentaba ahora.

—¡A mi despacho, marchando! —ordenó. Y, en lugar de dejar la puerta abierta, que habría sido lo lógico, la tiró con tal fuerza que el aire volvió a golpear en la cara a Samsón.

Vasyl, confundido y sombrío, ya estaba en el despacho del jefe. Este acababa de desplomarse ruidosamente en su silla y le lanzó una mirada airada, que, a todas luces, no era la primera de esa mañana. A Samsón lo sorprendió encontrar allí también a Jolodny, muy quieto en una silla pegada a la pared y con la chaqueta todavía puesta. Por lo visto, había caído ahí desde las escaleras, antes de poder llegar a su escritorio.

—¡Presente! —se reportó Samsón. Y preguntó—: ¿Le informo del caso de la carne?

—¡¿Qué carne ni qué demonios?! —chilló Naiden.

Jolodny se estremeció. Vasyl ni se movió. Samsón no había tenido tiempo de sentirse asustado.

—¡Es el tercer robo que hay en mi despacho en dos meses! —Naiden hablaba ahora en voz baja, como si quisiera evitar que lo escucharan quienes pasaran al otro lado de la puerta—. ¡Primero me birlaron de la mesa el reloj de pulsera! ¡La colchoneta en la que hacía mis siestas me la levantaron! ¡Y esta misma noche, mientras yo dormía aquí, me han robado la taza de té que me había acompañado en tres frentes de guerra distintos! ¿Cómo se explica eso? —concluyó, y volvió a clavar los ojos en Vasyl.

—Bueno, ¿qué puedo hacer yo? ¡No puedo estar en todo! —balbuceó Vasyl—. ¡A mí también me roban en el depósito de pruebas! Ropa es lo que se llevan. Ahora que no hace tanto frío roban menos, pero…

—A vosotros, ¿qué? —dijo Naiden mirando primero a Jolodny, pero dirigiéndose a Samsón después—: ¿Os han robado algo?

Samsón respiró agitadamente. Se había puesto nervioso. Miró a Vasyl, pero este ignoró la intención.

—Lo primero que sustrajeron fue el traje —reconoció Samsón—. De eso hace tres semanas. También se llevaron un hueso de plata que guardaba en el escritorio…

Naiden le lanzó una mirada demoledora.

—¡Conque robaron un objeto de plata! —dijo. Y volviéndose a Jolodny le preguntó—: ¿Y a ti te han birlado algo?

—A mí, nada —respondió Jolodny y se encogió de hombros. Evidentemente, no se sentía cómodo respondiendo negativamente a esa pregunta, de modo que añadió—: No me han robado nada… Pero es que a mí no hay nada que robarme…

—Nada que robarte… —repitió Naiden y exhaló ruidosamente el aire que llenaba sus pulmones—. ¡Pues entonces tú mismo te ocuparás de poner fin a todo este follón! ¡Abre un caso ahora mismo! No le pongas fecha, ni le des número en el registro de casos. ¡Encontraremos al canalla y le daremos una lección nosotros mismos, sin más rodeos! ¡Porque esto es una vergüenza! ¡Robar en el cuartel de policía! ¡Toma declaración a las víctimas! —dijo, y señaló a Samsón, a Vasyl y, dándose unos golpes con el dedo en el pecho, a sí mismo—. ¡Y lo haces deprisa! ¿Lo has entendido?

Cuando se hubieron instalado en el despacho que compartían, Samsón miró a Jolodny con desconfianza:

—¿Qué es eso de que a ti no te robaron nada? ¿Y qué hay de la chaqueta de cuero?

Jolodny se rascó la barba de dos días y frunció los labios.

—No podía admitirlo —dijo, por fin—. ¿Cómo lo iba a hacer? ¿Y si me hubiera preguntado por qué no lo denuncié antes?

—Yo tampoco denuncié lo mío —replicó Samsón, al que la situación también ponía muy incómodo—. ¡Ni el propio Naiden dijo nada hasta que no le birlaron la taza! ¡Nadie dijo nada!

—¿Dónde voy a encontrar ahora esa taza y ese hueso de plata?

—Creo que vas a tardar en encontrarlos. ¿Qué tal si cerramos el caso de la carne primero? —propuso Samsón mirando a su compañero con gran convicción—. Si el ladrón anda por aquí, no va a tener dónde meterse y acabaremos atrapándolo. Y puedes estar seguro de que Naiden asomará la cabeza en una hora o dos preguntando por el caso de la carne.

—¿Me echarás una mano con eso después? —le pidió Jolodny a Samsón.

—¡Desde luego que sí! —le prometió su compañero—. ¡Te ayudaré con mucho gusto! Pero arreglemos primero el lío este que tenemos aquí con la carne.

—¡Vamos a fumarnos un pitillo antes!

—¿Sin interrogarme?

—¡Fumemos sin más! —dijo Jolodny sacando del bolsillo la pitillera, que ofreció a su compañero.

El estuche se abrió con un chasquido y Samsón cogió un cigarrillo. Sus ojos se detuvieron sin querer en la declaración que Jolodny había escrito sobre la visita que hizo al número 7 de la calle Zlatoustóvskaia.

—Espera un instante —le pidió a Jolodny, que se disponía a prender una cerilla, y se asomó a la puerta del despacho. Con un estentóreo grito, Samsón llamó a un soldado y le ordenó que trajera a Moiséi Briskin.

Mientras conducían al detenido, Samsón dispuso un cambio en el mobiliario. Colocaron una silla junto a la pared, debajo del cartel con la figura del despiece, y las otras dos, que fueron apartadas de los escritorios, frente a la primera.

Briskin estaba pálido y parecía enfermo. No paraba de toser.

—¡Tome asiento! —le ordenó Samsón y señaló a la silla recostada en la pared—. No tendrá tuberculosis, ¿verdad? —inquirió mirándolo con mucha atención.

—¡Oh, no, no! ¡Estoy sano! —se apresuró a responder Briskin—. Es por lo de los huevos que me trae mi hija cada mañana: ¡me los he tenido que volver a comer con cáscara! ¡Y me he raspado toda la garganta!

—¿Otra vez se los quisieron robar los otros detenidos? —le preguntó Samsón, compasivo.

Briskin negó con la cabeza.

—¡No, fue uno de los soldados que nos vigilan! ¡Hay uno que es muy descarado y roba los paquetes que nos traen los familiares, o decide en tu cara qué se queda él y qué te deja pasar!

Samsón y Jolodny se miraron.

—¡Ya me lo señalará más tarde! —dijo Samsón—. Ahora, siéntese. ¿Tiene cigarrillos o pitillos? —le preguntó endureciendo el tono.

—No, ya no fumo: lo dejé.

—¿Lleva fotografías de su familia? —se interesó, o acaso exigió, Jolodny.

Con visible desgana, el detenido se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Sacó un sobre muy lleno y se lo entregó a Jolodny.

Samsón extrajo del sobre tres gruesas fotografías. Una mostraba a su hija con un vestido de verano. La otra era de su difunta esposa. En la tercera, Briskin y su mujer aparecían sentados en una banqueta alargada, junto a la que se alzaba una palma que crecía en un pequeño barril de vino.

Samsón guardó las fotografías en el sobre, se golpeó la pierna con él. Después, se dio la vuelta y lo arrojó a su escritorio.

—Calle Zlatoustóvskaia, número 7 —dijo mirando a Briskin a los ojos —. Albert Veniamínovich se llama el dueño de la casa. Dice que no fue él

quien compró la carne, sino su cocinera. ¿Es cierto eso?

—¡No conozco al tal Albert! —balbuceó el detenido—. Había una cocinera y un tipo… Probablemente, un criado.

—¿Un hombre de corta estatura y delgado? —preguntó Jolodny.

Briskin asintió.

—Vamos a repasar esa lista de nuevo —propuso Samsón, y cogió el expediente que reposaba sobre su mesa. De él extrajo el folio con la lista de los compradores que él mismo había copiado del cartel y que el detenido completó después de su propia mano con algunos nombres adicionales.

Jolodny encendió una cerilla y la acercó a su pitillo. Después, le dio fuego a Samsón, quien encendió el cigarrillo con torpeza sujetándolo entre dos dedos de su mano izquierda. Una vez encendido, aspiró el humo con fuerza y lo arrojó a la cara del detenido. Jolodny lo imitó.

Briskin intentó apartarse, pero la cabeza quedó inmovilizada por la pared que tenía detrás. Su rostro reflejó el miedo que comenzaba a sentir.

—¡Si les he dicho todo lo que sé! —dijo tartamudeando—. ¡No estoy cubriéndole las espaldas a nadie! ¡Si hasta he entregado a Shúrochka! —gritó, y unas lágrimas brotaron de sus ojos—. ¡No puedo seguir aquí! ¡Tengo las piernas heladas!

—¡Bueno! ¡Bueno! —intentó sosegarlo Samsón, alargándole su pitillo a Jolodny para liberar la mano izquierda—. ¡Repasemos la lista otra vez!

Briskin demostró tener una memoria irreprochable. Cada vez que Samsón le leía el nombre o la dirección de un comprador, el detenido decía enseguida la parte del animal que había comprado y el peso del trozo. Así fueron repasando la lista hasta el final, donde aparecía Shúrochka, a quien Samsón omitió para evitar que Briskin volviera a perder el aplomo y se pusiera a llorar.

—¿Me devuelve las fotografías? —preguntó Briskin—. ¿Me devolverán las fotos, verdad que sí?

Samsón meditó unos instantes.

Entonces, Jolodny le señaló la puerta con un gesto y ambos salieron del despacho.

—Mandemos a buscar un fotógrafo que lo retrate de frente y de perfil. ¡Metemos las dos fotografías en el expediente y ya verás cómo engorda de repente! —propuso Jolodny.

A Samsón le gustó la idea, de modo que localizó a Vasyl y le dijo que cogiera una calesa que lo llevara a Kreschátik y se trajera de alguno de los estudios que había en esa calle a un fotógrafo con su cámara. Una sonrisa se dibujó en la cara bigotuda y delgada de Vasyl, a quien pareció complacerle la idea de tomarse un respiro fuera de la comisaría.

—¡A sus órdenes! —dijo con voz firme, y echó a correr escaleras abajo hacia la salida.

Cuando volvió al despacho, Samsón se encontró a Briskin estudiando el cartel del despiece del cerdo.

—¿Ha recordado algo más? —le preguntó.

Briskin se dio la vuelta.

—¡No, es solo que me ha entrado hambre! —dijo.

Al escuchar esas palabras, Jolodny se relamió y se sacó el reloj del bolsillo, abrió la tapa y miró la hora.

Capítulo 19

Samsón no durmió bien esa noche. De hecho, se habría podido decir que no durmió nada, salvo por los breves momentos en los que los pensamientos que no le daban sosiego a su mente se desvanecían unos instantes, y el sueño, cauteloso y asustadizo, comenzaba a inundar muy poco a poco el cerebro en paz. Pero era un sueño muy frágil, porque bastaba con que sonara el más mínimo ruido asociado a los pensamientos incómodos para que se desvaneciera como por ensalmo, huyendo a la carrera del calmo territorio donde habitan los sueños.

Al otro lado de la pared, en la habitación que había sido de su difunta hermana, roncaba el doctor Vatrujin. Detrás de otra pared dormía dulcemente Nadiezhda, la muchacha que llevaba en el corazón. Más allá estaba el pequeño vestíbulo al que daba la puerta del despacho de su padre, donde todavía flotaba, probablemente, el espíritu inquieto del viejo, lleno de la ansiedad y la confusión que le produciría la imposibilidad de jugar con los ábacos colgados de la pared y cerrar así las cuentas algebraicas que explicarían el saldo de su propia vida.

También la excitación del día anterior y la anticipación de la tarde del día de mañana obstaculizaban el sueño de Samsón. Había acordado con el fotógrafo que llevaría a Nadiezhda a dar un paseo por la calle Kreschátik y entrarían como por casualidad en el estudio fotográfico de León Vishnevski. Fue de allí, precisamente, de donde Vasyl había traído hoy a un fotógrafo con una caja montada sobre un enorme trípode y un peligroso aparato que disparaba un destello de luz que servía para que las fotografías fueran más nítidas y luminosas. De sostener ese aparato, de un codo de largo, se ocupó

el propio Jolodny, después de que el fotógrafo hubo colocado el rostro de Briskin en la posición adecuada y claramente visible desde cualquier ángulo. Solo después, el anciano, barbudo y de baja estatura, echó sobre un canalillo dispuesto horizontalmente una línea de un polvo que guardaba en un tubito azul, y unos minutos después, abriendo el objetivo de la cámara y haciendo una serie de manipulaciones con el aparato, encendió una cerilla larga, de las usadas en las estufas, y la acercó al aparato destinado a iluminar la escena. Samsón jamás olvidaría lo que ocurrió después. El brillante destello de luz cegó a todos los presentes y, sobre todo, al detenido. Briskin saltó a un lado, hacia el maniquí, y se sacudió la ropa con fuerza, aunque Samsón no había visto que saltara ninguna chispa sobre su traje. Sí alcanzó una al maniquí, lo quemó y le abrió un agujerito. Pero eso solo lo notaron cuando de él salió un hilillo de humo gris, como algodonoso. Vasyl, que presenciaba la escena más por curiosidad que por el afán de resultar útil, atinó a coger la taza de té que había sobre el escritorio de Samsón, tumbó el maniquí en el suelo, como si de un hombre vivo se tratara, y le vació el líquido caliente en el agujero abierto por el fuego.

El destello también dejó patidifuso a Jolodny. Palideció y se rascó la mejilla izquierda sin afeitar con la mano.

—¡Una quemadura! —farfulló—. Mirad, mirad, ¿me ha quemado? ¡Seguro que me quemó! ¡Habrase visto cosa igual! —protestó y se dirigió al fotógrafo, que no se había inmutado—. ¿Acaso se puede quemar pólvora en una habitación cerrada?

—No es pólvora —explicó el fotógrafo—. ¡Es polvo de magnesio con clorato de potasio! ¡Un invento de los ingleses!

—¡Da igual! ¡Ese polvo dispara una bala de cañón sin esfuerzo! —gruñó Jolodny.

—¿Salió bien la foto de frente? —preguntó Samsón cuando se hubieron sosegado los ánimos.

—¡Desde luego que sí! ¡Llevo treinta años haciendo esto! ¿Qué se cree? ¡Ahora, de perfil!

Briskin obedeció y se colocó de lado. Al hacerlo, pidió al fotógrafo y a Jolodny que se apartaran dos pasos.

—¡Eso es imposible, hombre! —protestó el fotógrafo—. ¡No querrá salir pequeñito en la fotografía, ¿verdad?!

Después de enviar a Briskin abajo acompañado de un escolta, Samsón preguntó el precio de las fotografías.

—¡Ah!, ¿es que me van a pagar? —se alegró el fotógrafo—. ¡Pues son ocho rublos! Es que les cobro más a las instituciones que a las personas, ¿sabe? ¡Más el desplazamiento!

—¿Cuándo estarán listas? —se interesó Vasyl.

—Mañana por la tarde las tendré.

—¡Pues entonces me pasaré mañana por la tarde! —anunció Vasyl.

—No será necesario, porque las recogeré yo mismo —dijo Samsón.

—¡Como quieras! —exclamó Vasyl encogiéndose de hombros, aunque su semblante mostraba cierta decepción.

Entretanto, Samsón se ofreció para ayudar al fotógrafo a llevar sus trastos escaleras abajo. En el trayecto, le preguntó si podía acudir a recoger las fotografías acompañado de su mujer y retratarse ambos en el estudio.

—¡Venga, desde luego! —le dijo el fotógrafo, que iba por delante en las escaleras, volviéndose hacia el policía—. ¡Pero vístase como si fuera al carnaval!

Ahora, recordando los detalles de la noche recién concluida, Samsón se alegraba aún más anticipando la noche del día siguiente, que todavía quedaba lejos, aunque esa lejanía era tan formal e irrelevante como la soledad de una nubecilla que se pasea sola por el cielo primaveral.

Samsón bostezó dulcemente, como se hace antes de sumirse en un sueño agradable. Cerró los ojos por fin, pero sin abandonar los agradables pensamientos acerca de la sesión fotográfica que les esperaba: tomaría fotos para llevar en los bolsillos y un retrato para enmarcar en un cuadro protegido por un fino cristal. Incluso se entretuvo en buscar de antemano el sitio en las paredes del salón donde colgaría el cuadro. Entonces, en su cabeza resonó un gran estruendo, semejante al que haría una farola que se estampara contra el pavimento. El ruido fue tan estrepitoso que Samsón apretó con fuerza los párpados cerrados. Fue un bombazo tan inesperado que se asustó y sintió miedo. Samsón inclinó la cabeza hacia atrás para mirar la ventana, porque ese era el único vidrio que había en el dormitorio. Obviamente, el vidrio quedaba oculto detrás de la cortina, de modo que Samsón se levantó, avanzó hasta el interruptor con paso vacilante, y encendió la luz. Su reflejo lo esperaba en el vidrio intacto.

¡Entonces comprendió de dónde provenía el ruido! Descalzo y en camisón, salió al salón y desde allí avanzó en puntillas por el suelo de tarima hasta el despacho de su padre. Abrió la puerta con cuidado para evitar que el chirrido de las bisagras rompiera el silencio. Aunque el silencio ya se había roto en verdad y en su cabeza hacía un ruido de mil demonios. En el suelo del despacho, bañado por la luz de la luna, estaban los restos del vidrio hecho añicos. Samsón levantó la vista y miró a la ventana: en el vidrio había un agujero del tamaño de una sopera con los bordes erizados. La piedra también estaba allí: un guijarro de color negro, del tamaño aproximado de un tercio de un adoquín, que había ido a parar al pie del armario. Samsón avanzó hacia la ventana cuidándose de no pisar los cristales rotos. El agujero quedaba a la altura de su cara.

Y entonces, para su asombro, vio en medio de la calle a un tipo que lo estaba mirando.

—¿Qué coño miras? —le gritó el hombre, y el eco agarró su voz y se la llevó a pasear por los techos de la ciudad dormida—. ¡Dile a Niura que baje!

Fuera de sí, Samsón agarró la manija de la ventana y la hizo girar hasta colocarla en posición horizontal. El pestillo de latón se deslizó por las anillas que había en la parte alta y en el pie de la ventana, abriéndose. Pero bastó que Samsón tirara de la manija para que crujiera el trozo de vidrio que había encima del agujero, a punto de caer y hacerse añicos. Samsón buscó el agujero y ahuecando las manos le gritó al bandido nocturno:

—¡Aquí no vive ninguna Niura!

—¿Es que este no es el 18? —preguntó el agresor de ventanas ajenas.

—¡Este es el 24! —lo ilustró Samsón.

—¡Os lo tenéis merecido! —gritó el tipo desde la calle, y miró a los lados tratando de establecer en qué casa debía buscar a su Niura—. ¡No teníais que haber quitado los números de las casas! —protestó antes de echar a andar en dirección a la calle Kuznéchnaia.

A Samsón se le habían ido las ganas de sueño. Pensó que esa noche ninguna patrulla parecía asegurar el cumplimiento del toque de queda en la calle Zhiliánskaia.

A las cuatro y media, todavía sin haber pegado ojo aquella noche, Samsón salió a la calle. Cerró la puerta principal tirando de ella suavemente, pero no quiso despertar a la portera para que corriera los cerrojos. Pensó que, a esas horas, ya a punto de amanecer, no habría ningún elemento pernicioso merodeando por allí. Antes de encaminarse a los baños de la plaza Gálitskaia, comprobó que, efectivamente, faltaban tanto el número de la casa como la placa con el nombre de la calle. Recordó que había oído decir que los vecinos quitaban las marcas de identificación de sus casas para que a los bandidos o los interventores del gobierno les resultara más difícil acudir a robar o requisar bienes en direcciones concretas. También faltaban los números y las placas en el tramo de la calle que recorrió fijándose en la astucia de la gente.

Tal como habían acordado, Samsón acudió primero a la comisaría a dejar a buen recaudo el nagant y los documentos personales. De ahí, junto con una treintena de agentes, de los que conocía a muchos, pero no suficientemente a todos, echó a andar por la calle Karaváievskaia en dirección a Mariínsko-Blagovéschenskaia. Llegados a ese cruce, giraron a la derecha y unos trescientos o cuatrocientos pasos después se vieron ante la puerta de los baños.

Antes de entrar, Naiden los puso a todos en formación.

—Exijo atención y respeto a las normas que rigen en los baños —dijo en tono seco—. ¡Se obedecerán las instrucciones del jefe de baños y no se permanecerá en la sala de vapor sin motivo! ¡La roña no sale a la primera, así que enjabonaos y restregaos con la esponja muchas veces! ¡La ropa, incluida la ropa interior, la dejáis toda en el guardarropa! El número que se os dará os lo atáis a la muñeca, y no al asa del cubo. ¡En todo caso, memorizadlo! Llevaré un silbato —explicó alzando un silbato de latón negro que tenía atado a una cuerda—. Cuando lo escuchéis sonar tres veces seguidas, os vestís sin demora.

—¿Cómo vamos a andar en cueros por aquí? ¿Por qué hay que entregar la ropa interior? —preguntó alguien.

—¡Dejáis toda la ropa! ¡Aquí no hay tías! —respondió Naiden.

—¿Y si la pierden? —preguntó otra voz.

—¡No deberían perderla!

Samsón fue uno de los primeros en la fila para el guardarropa. Se fue desvistiendo sobre la marcha y le entregó al viejo responsable del

guardarropa la guerrera, los pantalones, la camiseta. Las vendas que llevaba en los pies las embutió dentro de las botas. Le entregaron una chapita de hierro mal recortada en la que habían grabado el número 34. En el borde habían abierto un agujero en el que ensartaron un cordelito. Samsón se ató el número a la muñeca y se apartó de la cola. Entonces fue cuando vio que Jolodny era el último de la fila.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó—. ¡Pasa adelante!

—No, no —se zafó Jolodny—. Espero a que acaben los demás…

Samsón encogió sus hombros enjutos y desnudos, y se apartó unos pasos para, recostado en la pared, aguardar a que su compañero se desvistiera y recibiera el número. Reparó en un aviso que colgaba en la pared: «Las cabinas de vapor abren a las nueve de la mañana».

—Aquí tenéis al jefe de baños, el tío Karp —presentó Naiden, cinco minutos después, a un hombre robusto y de baja estatura, que llevaba sandalias de madera en sus pies desnudos e iba envuelto en una bata de lana muy gruesa y lavada muchas veces, remangada hasta los codos—. ¡Os explicará las normas y os ayudará con el baño!

—¡Andando! —ordenó el tío Karp y la multitud de policías y soldados desnudos lo siguió por un ancho corredor.

La marcha se detuvo en la sala de espera y recuperación. Allí, el jefe de baños entregó a cada uno un cubo de hierro y un trozo de jabón de color marrón.

Samsón se percató de que, al recibir el cubo, Jolodny guardó en él un objeto envuelto en su pañuelo de bolsillo. Se puso a su lado. No lo hizo por curiosidad, sino por tomar el baño juntos.

—¡Fíjate! —señaló Jolodny las dos azuladas huellas que habían dejado las balas en el antebrazo de Samsón—. ¿Ya están curadas?

—Sí.

Antes de entrar a la sala de vapor con los bancos de madera, el tío Karp señaló una serie de grifos que sobresalían de la pared. Encima de cada uno de ellos, colgando de un gancho, había un estropajo de fibra vegetal de un color que parecía el de la madera empapada de agua.

—Con esto os lavaréis, restregaréis y enjuagaréis, porque a la sala de vapor no me entra nadie enjabonado: ¡el jabón os comería los ojos! —explicó.

El ruido sordo de los pequeños cubos de metal fue ahogado por el estruendo del agua que corría. Las voces, entremezcladas con el ruido del agua, sonaban extrañas, como un borboteo. Desnudos, los agentes de la comisaría tropezaban unos contra otros sin mirarse las caras. La desnudez los había desprovisto de su condición de individuos y, por lo tanto, los tornó más inseguros y vulnerables. Esa vulnerabilidad los ponía nerviosos, tensos. Y Samsón, al que ya habían empujado dos veces lejos de la pared con los grifos, sintió cómo crecía en él la disponibilidad a responder a la rudeza con más rudeza y a las groserías con más groserías. Jolodny se percató de la mirada asesina de su compañero y sacó de un empujón a un soldado de debajo de un grifo y acomodó a Samsón en el espacio liberado. Después de llenar sus cubos con agua caliente, ambos se apartaron hacia el último de los bancos en la pared opuesta, armados con el estropajo que cogieron de un gancho. Allí se enjabonaron y se frotaron el uno al otro las espaldas.

—¿Qué es lo que llevas ahí? —preguntó Samsón señalando al cubo de Jolodny.

—¡Mi crucifijo! —le respondió el exsacerdote—: ¡Olvidé dejarlo en casa! ¡Y ahora tengo que estar con los ojos bien abiertos, no me lo vayan a birlar aquí! ¡En la sala de vapor sí que lo llevaré! ¡Ahí la niebla lo cubrirá!

—¡En los baños no se habla de trabajo! —se escuchó junto a ellos la voz severa de Naiden.

Ambos se dieron la vuelta. A Samsón le resultaba extraño ver a su jefe desnudo delante, pero la cicatriz que le cruzaba el pecho, dejada por un sablazo, infundía respeto.

—¡Pero si solo nos estamos lavando! —dijo Jolodny, que estaba enjabonando el estropajo—. ¡Solo hablamos de lo bueno que está el baño!

—¡Así se hace! ¡En los baños se habla de los baños! ¡Y en la comisaría se habla de la comisaría! ¡Venga! ¡Restregaos con más fuerza! ¡Nadie sabe cuándo nos volverá a tocar turno en los baños! —aseguró Naiden, y se apartó de ellos.

En la sala de vapor había una niebla que quemaba.

—¡Subamos a los bancos más altos! —propuso Jolodny.

—¿No te habrás dejado el crucifijo ahí abajo? —preguntó Samsón con preocupación señalando la puerta de madera por la que acababan de entrar.

—¡Qué va! ¿Te crees que soy tonto? —se rio el exsacerdote y, dándose la vuelta, le enseñó la cruz enorme que le colgaba sobre el pecho.

Treparon hasta los bancos más altos.

—¡Qué bien se está aquí! —dijo Jolodny, y suspiró de puro contento.

Samsón también se sintió a gusto allí arriba, pero no tenía ganas de hablar de ello. Era del tipo de personas que, cuando están en paz, prefieren entregarse a sus propios pensamientos. Y ahora pensaba en Nadiezhda. Sonreía anticipando la tarde que les esperaba. Le alegraba saber que, oculto por las nubes de vapor de la sauna, donde nadie, salvo tal vez Jolodny, le veía la cara, su rostro podía transparentar los sentimientos que lo embargaban. Y esa no fue la única idea traviesa que le vino a la mente. Tuvo otra y muy apropiada para la ocasión. Se imaginó que Nadiezhda y él iban juntos a los baños. No a la sala de vapor donde se juntaba la gente como ellos ahora, sino que se metían en una de las cabinas de vapor. Cabinas que estaban concebidas para parejas. Y ellos eran una pareja, precisamente. Le gustó imaginar que estaban juntos y a solas en una de aquellas cabinas, aunque le costaba imaginar toda la escena. Solo veía las cabezas y las caras. En realidad, se podía concebir a sí mismo desnudo. Pero a ella no. Algo se lo impedía. Tal vez fuera algún tipo de pudor, como si temiese que alguien pudiera, con sus ideas e imaginación, penetrar en las suyas y discernir lo que él estaba imaginando. Suspiró hondamente de solo pensarlo.

—¿Qué te sucede? ¿Tienes calor? —le preguntó Jolodny observándolo.

—¡Hace calor, sí! —admitió Samsón. Y añadió—: Un calor muy agradable.

—¡Ya se está enfriando esto! —protestó, no obstante, Jolodny—. El vapor se enfría, ¿lo sientes? ¡Pronto se disipará si no alimentan el fuego!

Y, efectivamente, la niebla comenzó a asentarse y los que ocupaban los bancos inferiores empezaron a manifestar su enojo. Samsón comprendió que ahora ya se veía todo y, por lo tanto, también lo veían a él. De modo que borró sus sentimientos de la cara.

—¡Aquí falta vapor! —chilló Jolodny.

Su mano derecha cubría el crucifijo de plata para que nadie lo viera.

—¡Eh! ¡Oigan! —chilló de nuevo—: ¡Que despierte de una vez el encargado del vapor!

Se oyeron más voces de protesta. Hubo uno que llegó a abrir la puerta de la sala de baños y pegó dos gritos. Casi de inmediato se escuchó un ruido

sordo y hueco, como si alguien estuviese arrojando leños a un horno muy grande. El tío Karp apareció pronto cargando dos cubos de agua.

—¡Basta! —tronó—. ¡Basta de gritos! ¡Aquí tenéis vapor de sobra! —avisó señalando los cubos, cuyo contenido vertió en una amplia abertura que parecía contemplar a los hombres desnudos desde la pared opuesta, cubierta de baldosas de cerámica.

La ola de vapor provocó los gemidos de aprobación de los que estaban sentados abajo, antes de subir y alcanzar también a los que disfrutaban del baño en las tarimas más altas.

—¡Ah! ¡Qué gusto! —suspiró Jolodny y liberó el crucifijo—. ¡Qué calor más fuerte, maldita sea! ¡Uf! ¡Caliente de veras!

Cuando el vapor comenzó a disiparse de nuevo, Samsón de percató de que había más gente en la sala de vapor. Una cabeza de las que vio le pareció conocida, si bien solo la veía por detrás, además de una porción de la mejilla y la sien. Pero en eso el tío Karp arrojó otros dos cubos de agua hirviendo sobre las piedras y la niebla lo volvió a cubrir todo de nuevo.

—¡Deberíamos ir a la barbería después del baño! —comentó Jolodny mesándose los cabellos con los dedos bien abiertos, como si quisiera comprobar si el largo era el adecuado—. ¡Sí, a la barbería de cabeza! ¡A que nos bañen en agua de colonia! ¡Y de ahí a la taberna a por cerveza y pescado seco!

—¡Vaya soñador estás hecho! —se mofó de él Samsón—. ¡Y después de la cerveza nos vamos a hacer un crucero por el Dniéper, ¿no?! —Y añadió imitando el tono de su compañero—: ¡Y desembarcamos en una isla! ¡Y pedimos más cerveza!…

—¡Y, como nos habremos ensuciado de nuevo, el domingo volvemos aquí y, después, a empezar otra vez!

—¡Bueno, si es el domingo, mejor nos vamos a los baños de la calle Karaváievskaia! ¡Por lo menos, allá no roban tanto como aquí! —opinó Samsón.

—¡Eso sí es verdad! —admitió Jolodny—. Los de Karaváievskaia son mejores. Pero creo que no abren los domingos, eh.

—Antes no abrían —hizo memoria Samsón—. Y aquí tampoco abrían los domingos, por cierto. ¡Solo los martes, los jueves y los sábados!

—Tampoco es que ahora abran todos los días —puntualizó Jolodny—. ¡Solamente cuando tienen leña!

Tres silbidos hirieron la niebla queda y penosamente. Pero el movimiento comenzó enseguida. Agentes de policía y soldados se levantaron con desgana, las puertas golpearon al abrirse y cerrarse una y otra vez.

—¡Oye, sal deprisa! ¡Que no se vaya el vapor! —protestó alguien.

Samsón se volvió desde la puerta. En la sala de vapor todavía quedaba mucha gente sentada en los bancos y tumbada en las tarimas. Buscó otra vez con la mirada a la persona que le había resultado familiar. Curiosamente, acababa de abrirse una suerte de claro en la niebla. Y de nuevo le pareció reconocer a alguien, esta vez a una persona que se mostraba de perfil. Sin embargo, los pensamientos de su mente calentada por el vapor lo llevaban a otro lugar, a Nadiezhda.

—¿Puedo enjuagarme una vez más? —le preguntó Samsón a Naiden al salir de la sala de vapor.

—¡Pero rapidito, eh! —lo autorizó el jefe—. ¡Hazlo mientras los demás se enfrían y se secan!

Samsón llenó el cubo de agua, se frotó con el estropajo y, cuando todo el mundo se fue a la sala de descanso, se enjuagó el jabón y volvió a la sala de vapor. Atravesando las espesas nubes de vapor, intentó acercarse a la persona, cuyo rostro le había resultado familiar, pero una zancadilla le cortó el paso y cayó al suelo de piedra. Su cuerpo sonó como el de un pez chapoteando en el agua.

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí? —gritaron algunos.

Samsón se incorporó como pudo, frotándose el costado magullado. Reculó hacia la salida. Ya afuera, se echó un poco de agua caliente en la espalda y fue a reunirse con sus compañeros de trabajo.

El costado de la cadera que se había golpeado le dolía terriblemente y ya se estaba formando un cardenal.

—¡Eh! ¡Quien quiera que le corte los callos, que venga aquí! —gritó alguien junto a él.

Samsón buscó al dueño de los gritos: la cara redonda del tártaro que cortaba los callos, vestido con una bata blanca y con los pies descalzos, no infundía confianza alguna. El hombre empuñaba un cuchillo muy ancho de hoja corta.

—¡Corto callos! ¡Un callo, un rublo! —continuó anunciándose.

Samsón entregó en el guardarropa la chapa con el número, y recuperó su ropa y las botas, antes de secarse con una toalla compartida que colgaba de

un clavo. Se vistió despacio, concentrado en el rostro, aparentemente conocido, que había visto entre el vapor.

«¡Pues claro! —se dijo cuando le llegó por fin la revelación mientras se calzaba la bota derecha—. ¡Es Jakobson!».

Y entonces lo recordó todo de golpe: el traje desaparecido y el hueso de plata que le habían robado del cajón del escritorio.

Samsón volvió al guardarropa y apartó a unos obreros que se disponían a entregar los blusones de su uniforme de color azul, los pantalones negros con la ropa interior cosida por dentro y las botas.

—¿Alguien ha dejado hoy un traje a rayas negras y marrones? —le preguntó al encargado con autoridad, pues ya llevaba el uniforme de policía.

—¡Por aquí no se ven trajes antes de las nueve de la mañana! —le respondió el viejo encargado—. ¡Solo guerreras y uniformes de trabajo! A estas horas vienen los trabajadores de las instituciones y las fábricas: ¡los trajes llegan cuando la entrada es libre y de pago!

—¿Quiénes están dentro ahora? —continuó indagando Samsón.

—Ahora están los del destacamento de reparaciones de automóviles del ejército y la gente de los talleres ferroviarios. ¡Y luego vendrán los de la fábrica de ladrillos de Mijelson! —añadió señalando a los obreros que hacían cola.

—¡Mijelson hace tiempo que estiró la pata! —lo corrigió un anciano, que era el primero de la fila.

—¡Lo sé, lo sé! —replicó el viejo con desdén—. ¡Hará diez años que murió! Pero la fábrica sigue ahí, ¿o no?

—Dígame una cosa —le preguntó Samsón adoptando de repente un tono íntimo, que lo apartaba del rol oficial para convertirlo momentáneamente en un cliente cualquiera—. ¿Se puede entrar en pareja a las cabinas de vapor?

—¡Puede entrar con quien le dé la gana, como si es con un chino! ¡Por cierto, se sirve un bufet especial para los que pagan el precio!

Samsón salió de la casa de baños y vio alejarse las espaldas de los policías y los soldados con los que había venido. Dio alcance a Jolodny, que cerraba la fila, y echó a andar a su lado.

—¡Me he hecho una quemadura! —le susurró Jolodny—. ¡No veas cómo me he quemado!

—Pero ¿cómo?

—¡Con el crucifijo! —le susurró su compañero—. ¡Se calentó tanto que me quemó la piel por debajo de la ropa! ¡Joder, cómo me duele! ¡Y no voy a ir a ver un médico con una quemadura así!

—¿Y eso por qué? —se sorprendió Samsón—. En todo caso, tengo un conocido médico al que puedes consultar. ¡Seguramente lleva un crucifijo también!

—¿Dónde para?

—¡Lo tengo viviendo en mi casa estos días! Pasamos a la hora de comer y lo ves.

—¡Gracias! Porque ya sabes que, si uno no cura las quemaduras, se le empiezan a infectar. ¡Y después vas y te mueres de eso! —concluyó Jolodny, que iba mirando por dónde pisaba.

Capítulo 20

La visita al baño llenó la comisaría de un agradable olor a jabón y puso a todo el personal en un inmejorable estado de ánimo. Bueno, a todos menos a Samsón, que no paraba de acariciarse el costado donde se había dado el golpe, y a Jolodny, que hacía una mueca de dolor cada vez que, por cualquier descuido, la camiseta se le pegaba a la piel y le raspaba la quemadura.

A ninguno de los dos les apetecía nada ir a visitar a los compradores de carne pendientes de interrogatorio. De modo que ambos se enfrascaron en el caso de los robos en la comisaría. Moiséi Briskin, el detenido por el caso de la carne, les había señalado al soldado amigo de lo ajeno, y eso les concedía una ventaja.

El sospechoso respondía por Trofim y no resultó uno de esos hombres con los que se puede trabar sin demora una conversación provechosa. Conducido a la sala de interrogatorios y mandado sentar en el taburete, los midió con una beligerante mirada de sus ojos de color marrón y sujetó con más fuerzas el fusil, cuya culata había apoyado en el suelo. A la orden de entregar el fusil a los dos soldados que hacían guardia al otro lado de la puerta, respondió ignorándola, primero, y mascullando su desconcierto, después. Finalmente, se avino a entregar el arma, no obstante.

A Samsón no le apetecía fumar, así que le pidió a Jolodny que encendiera un pitillo. Mientras Jolodny hurgaba en los bolsillos en busca de la cerilla, Samsón ordenó al soldado que entregara el tabaco y todos los enseres de fumar que llevara en los bolsillos, así como las fotografías que llevara

encima. Cuando todo fue volcado sobre la mesa, Jolodny echó una bocanada de humo a la cara de Trofim.

—Sabemos que robas aquí —le dijo con malas pulgas, e intentó buscar los ojos de aquel joven huesudo y con pocas luces.

Trofim no apartó la mirada del suelo y permaneció en silencio.

—¿No me vas a decir nada? —continuó con el interrogatorio Samsón.

Trofim miró al exsacerdote:

—¿Qué queréis que os diga? Nadie prohíbe requisarles cosas a los enemigos, así que voy requisando lo que me hace falta o me apetece. ¡¿Por qué no?!

—Dime algunas cosas que hayas requisado de la comisaría. Y también a quién se las has requisado, concretamente —le exigió Samsón.

—¿Cómo que a quién? ¡Pues a los detenidos! ¿A quién va a ser? Y les requiso lo único que tienen: ¡la manduca! Lo que los familiares les mandan de comer: ¡tocino, huevos! Porque a mí ¿quién me va a mandar algo, eh? ¿Sabéis dónde está mi gente? ¡Los que no están en una tumba viven en Siberia!

—¿Y le robas a alguien más, aparte de a los detenidos? —se interesó Jolodny—. ¡Porque aquí están desapareciendo muchas cosas de los despachos! Un traje de la sala de pruebas, una taza de té, una chaqueta de piel…

—¡¿Pero qué coño dices?! —protestó Trofim sorprendido—. ¡Pero si yo aquí arriba no subo jamás! Si acaso, alguna vez que me llaman… ¡Seguro que os robáis entre vosotros mismos!

—¿Qué quieres decir con eso? —se encendió Jolodny—. ¿Cómo que entre nosotros mismos?

—Pues así mismo… Los comisarios, los jefes… ¿Para qué quiero yo robar un traje? ¡No sé ni cómo se lleva, coño! ¡Nunca me he puesto uno!

Samsón suspiró. Era consciente de que Trofim no mentía. ¡Era seguro que este no necesitaba un traje! Ahora ya sabía muy bien a quién le había venido de perlas. Y recordó cuando vio a Jakobson a través de la espesa niebla en la sala de baños.

—¿Y alguna vez sucedió que alguien de la calle te pidiera alguna cosa? —le preguntó.

—Alguna vez, sí —asintió Trofim—. Los niños que me piden tocar el fusil… O alguien que me pide fuego…

—¿Y sacar algo de la comisaría? —insistió Samsón intentando poner en la mente de Trofim la idea que le rondaba ahora la cabeza.

—¿De la comisaría, dices? —pensó Trofim en voz alta—. Bueno, pero esas no son cosas que se pidan en voz alta. Para esas, te llaman a un lado y te las susurran.

—¿Y a ti te han susurrado alguna de estas cosas? —terció Jolodny, que aspiró el humo del pitillo mecánicamente y lo arrojó a la cara del soldado, que no pareció darse por enterado.

—Ahora que lo pienso, hay uno de nosotros… —comenzó Trofim—. Es un muchacho que sabe hacer el pino. Dice que nació en un circo. Sus padres le enseñaban a hacer trucos y después lo raptaron unos gitanos y el circo ardió como una cerilla… ¡Ha contado cada cosa! ¡Bueno, este sí que podría haber robado aquí! ¡Es más flexible que un látigo! Yo mismo lo vi colarse en un santiamén por una ventana muy pequeñita, de esas de ventilar…

—¿Cómo se llama el saltimbanqui ese? ¿Y dónde está ahora mismo? —preguntó Samsón, que por fin conseguía encontrarse con los ojos del interrogado.

—¡Aquí mismo! ¡Abajo! ¡Borka Kosianin se llama…!

—¿Cómo lo reconoceremos? —inquirió Jolodny.

—¡Ya os lo dije, coño! ¡Es más flexible que un látigo! ¡Y estos dos lo conocen muy bien! —dijo señalando a los soldados del Ejército Rojo que hacían guardia junto a la puerta con sus fusiles recostados en la pared.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Samsón dirigiéndose a los soldados.

—¿Qué? —preguntó uno de ellos mientras el otro asentía.

—¡Traédmelo aquí inmediatamente y quitadle el fusil enseguida! —les ordenó Jolodny. Y añadió señalando a Trofim con el dedo—: ¡Y a este le dais el arma ahora mismo!

Samsón le devolvió a Trofim el paquete de tabaco y las fotos con un gesto respetuoso.

—Ya puedes marcharte —le dijo. Y le advirtió—: ¡Ni una palabra a nadie de lo que se ha hablado aquí, ¿lo entiendes?!

Trofim hizo un vago gesto de asentimiento.

Los tres soldados abandonaron la sala de interrogatorios. Los agentes se quedaron a solas.

—¡El próximo pitillo te lo fumas tú! —dijo Jolodny en tono burlón pasándole el paquete.

Borís Kosiakin, el joven que entró en la sala de interrogatorios cinco minutos más tarde, parecía asustado, lo que complació a Samsón. Era un hombre de baja estatura, delgado. La chaqueta, que le iba grande y llevaba sujeta con un cinturón, estaba arrugada bajo los sobacos. La hebilla del cinturón, con el águila bicéfala relumbrante, parecía una moneda de cinco rublos nuevecita.

Samsón le señaló el taburete y él se le sentó enfrente en una de las dos sillas. Jolodny tomó asiento en la otra.

—¡Saca el tabaco y las fotografías que lleves! —le ordenó Jolodny presentándole la palma de la mano.

—No fumo —dijo Kosiakin en voz baja—. Y no llevo fotografías. ¡Soy huérfano!

—¡Regístralo! —mandó Jolodny a uno de los guardias.

El soldado dejó el fusil en manos de su compañero y rebuscó con mucho oficio en los bolsillos del muchacho. Después de depositar todo el contenido sobre la mesa, volvió a ocupar su sitio en el fondo.

Samsón se acercó a la mesa y cogió una boquilla, la miró detenidamente, la olió. Desprendía un fuerte olor a tabaco, matizado por la suave fragancia de un perfume. Samsón tomó asiento nuevamente, encendió un pitillo y, ya encendido, lo encajó en la boquilla. Después, aspiró todo el humo que le cupo en los pulmones, se sacó precipitadamente la boquilla de la boca y arrojó el humo en la cara de Kosiakin. Al hacerlo, no obstante, le dio un ataque de tos, como si estuviera enfermo. La tos resonó en su cabeza con tal fuerza que parecía que un coro entero tosiera, o un destacamento de soldados. Era algo insoportable. Tardó unos instantes en percatarse de que estaban tosiendo los dos, Kosiakin y él, al unísono.

Jolodny saltó de la silla y corrió a traer una jarra de agua que llenó en el cubo del que bebía toda la comisaría. Primero, le ofreció agua a Samsón y, cuando este se hubo calmado, ofreció al interrogado lo que quedaba.

—¿De dónde has sacado esta boquilla? —preguntó Samsón—. ¡Porque me has dicho que no fumas!

—Antes fumaba… Y no me he desprendido de ella… ¡Es un objeto muy valioso, ¿lo ve?! —balbuceó el detenido con una voz entrecortada que a punto estaba de pasar al falsete, como si le hubieran pisado la cola.

Samsón expresó su incredulidad con un hondo suspiro y se volvió hacia Jolodny. Este le señaló el pitillo que se estaba quemando por gusto entre sus

dedos. Samsón negó con la cabeza y se volvió a llevar la boquilla a la boca. Cuando sus labios se cerraron sobre ella esta vez percibió un sabor extraño, uno que no podía pertenecer a un hombre. Aspiró el humo, hizo un esfuerzo para ahogar la tos que asomaba desde sus bronquios, y echó otra bocanada de humo a la cara del detenido.

Ahora el único que tosía era Kosiakin, y lo hacía trabajosamente, sacudiendo los hombros, como si padeciera espasmos.

—¡Dime la verdad: ¿qué has robado aquí, en la comisaría?! ¡Y no me vengas con cuentos, porque tus camaradas te han señalado! —le gritó Samsón inclinándose sobre él.

—¿Qué camaradas? ¿Estos? —se revolvió Kosiakin mirándolo fijamente a los ojos, antes de cambiar la vista y clavar la mirada en los dos guardias que lo habían conducido hasta allí. Estos negaron con la cabeza.

—¡No fueron estos! —confirmó Samsón—. Fueron otros. ¿Confiesas, entonces? ¿Qué te parece si empezamos hablando de esta boquilla?

—No te vamos a meter en la cárcel por una tontería como esta —terció Jolodny, e intentó esbozar una sonrisa, pero su boca se torció enseguida en un gesto de dolor y su mano hizo ademán de cubrir el lugar del pecho donde tenía la quemadura que sufrió en los baños—. ¡Fíjate que ni siquiera hemos abierto un caso para investigarte! ¡Tenemos la orden de aclarar esto deprisa! ¡Así que no tengas miedo! ¡Háblanos con el corazón en la mano!

—¡Les he dicho que yo no he robado nada! —declaró Kosiakin y miró a la boquilla que sujetaba el pitillo humeante—. ¡Lo juro por Dios!

—¿Eso es que crees en Dios? —le preguntó Samsón con voz de trueno.

El detenido no supo qué responder. Jolodny, por su parte, hizo otra mueca y se desabotonó la guerrera, como si quisiera dejar que el aire fresco alcanzara la herida que tenía en el pecho.

Samsón también permaneció en silencio. No tenía ganas de escuchar al detenido toser, ni mucho menos de toser él mismo. Tampoco entendía muy bien por qué a Jolodny le había dado de pronto por desabotonarse la guerrera.

Pero Jolodny, entretanto, ya se la había sacado hasta la cintura, y se abrió la camiseta blanca que tenía debajo. Pareciéndole insuficiente la abertura que permitían los botones, tiró de ambos bordes y la camiseta se rasgó. Entonces Samsón, que se aproximó a él con curiosidad, pudo ver el pecho

desnudo de su compañero en el que una cruz hecha de carne levantada y cubierta de una espuma blanca estaba delineada por gotitas de sangre.

También Kosiakin miró desconcertado el pecho de Jolodny, incapaz de comprender que lo que veía era la huella de una quemadura.

—¡Ah! ¡Cuánto sufro! —gimió Jolodny sin dejar de apartar los bordes de la guerrera y la camiseta.

El joven detenido se descompuso.

—¡Sí, creo! ¡Creo en Dios, Nuestro Señor! —balbuceó con la voz rota—. ¡Creo en Dios! ¡Y, si he hecho algo mal, que Dios me castigue! ¡No me he aprovechado yo solo…! ¡Todo lo he compartido con mis camaradas! —añadió, y miró a los dos soldados, como rogándoles confirmación. Uno de ellos asintió con la cabeza—. ¿Qué mal hice cogiendo esas boberías? ¡Tampoco es que lo hiciera mucho! Un par de veces. ¡Dos, si acaso! Como todo el mundo, oigan… No nos dan propinas, ni dietas… ¡Solo el rancho, y ya saben a lo que huele!

—¡Espera! —detuvo la cantinela Samsón y levantó la boquilla con el pitillo hasta la altura de sus ojos—. ¿De dónde has sacado esto?

—Una señorita me lo dio… ¡Fue un regalo que me hizo porque le devolví el bolso!

—¿Qué bolso?

—¡Un bolso de mujer! ¡De esos pequeñitos, uno ridículo! Lo guardaban en el desván de la segunda planta, donde tienen las cosas de los muertos y de quienes los mataron.

—¿En el depósito de pruebas? —precisó Jolodny.

—¡Sí, bueno, donde hay muchas cosas, unas encima de las otras!

—¿Y quién te pidió que robaras el traje en la tercera planta? —disparó Samsón. Kosiakin contuvo la respiración mirándolo a los ojos.

—¡Y bien! —lo espoleó Samsón acalorándose.

—No lo conozco —dijo el detenido bajando la voz, como si se resignara a ser descubierto por fin—. Es un letón, creo. Un cojo. Me dijo que no tenía ropa que llevar, lo que era verdad, porque andaba en harapos. Dijo que le habían quitado el traje por culpa de un error. El traje y las botas…

—¿Qué botas? —se sorprendió Samsón.

—Unas ortopédicas. Con el traje era fácil, porque había uno solo y fue quitarlo del espantapájaros y ya… Pero para que no me equivocara de botas, me dio una plantilla…

—¿Dónde estaban las botas?

—Donde estaba el bolsito de mujer. Hay un montón de botas allí, en el rincón de la izquierda…

La voz de Samsón tembló, como si temiera escuchar la respuesta a la pregunta que estaba formulando:

—¿También te llevaste un hueso de plata de un cajón del escritorio que hay en el despacho donde encontraste el traje?

—No —negó el joven con la cabeza enfáticamente—. ¡Me llevé un hueso de hierro, pero seguro que no cogí nada que fuera de plata!

—¿Cómo sabes que era de hierro y no de plata?

—Porque me lo dijo el letón: «Busca un hueso de hierro que tienen allí, un hueso muy grande».

—¿Y la chaqueta negra de piel que había en el gancho? ¿También te la llevaste? —intervino con fiereza Jolodny soltando el cuello de la camiseta.

—¡Ah, no! ¡No! ¡La chaqueta seguro que no la cogí! ¡El letón no mencionó esa chaqueta, no! —dijo Kosiakin, y sus ojos pasaron del rostro de su interlocutor a la marca de la cruz que tenía dibujada en el pecho—. ¡Juro por Dios que no la cogí! —añadió.

—¿Cómo te pagó esos trabajos? —se interesó Samsón—. ¿Qué te dio a cambio del hueso, el traje y las botas?

—Bueno, en realidad no me ha pagado todavía. Debe de estar enfermo, supongo. ¡Ya venía tosiendo mucho! —recordó el soldadito—. Pero me prometió tocino y pan. Cinco libras de cada, dijo. Y que me las traería aquí. Se anotó bien mi nombre para que me encontraran sin demora.

Samsón no pudo contener una sonrisa.

—¿Y qué pasó con la taza de té que desapareció del despacho del jefe? —preguntó algo más relajado.

—Sí, esa me la llevé yo también —dijo el detenido con la cabeza gacha —. Fue por una apuesta con Fiódor.

—¿Qué clase de apuesta era esa? —curioseó Samsón.

—Bueno, el que perdía le daba una libra de azúcar al otro. Fiódor dijo que Naiden nunca dormía. ¡Pero eso no puede ser! ¡Tal vez antes hubiera gente que no dormía, pero ya no queda! Y entonces le dije que me iba a colar en su despacho cuando estuviera dormido y que le traería una prueba. Y, como la taza estaba allí, en el borde de la mesa, pues…

—¿Dónde está esa taza ahora?

Kosiakin señaló al suelo con el mentón.

—¿Abajo?

—¡Ajá! En el cuarto de los guardias. La usamos para tomar el té.

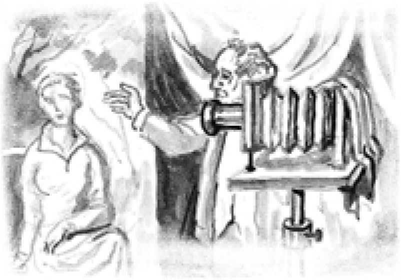
—Devolvedle el fusil y lleváoslo abajo —ordenó Jolodny a los dos guardias—. La taza la traéis inmediatamente. Y tú has de saber —dijo volviéndose hacia el ladrón confeso— que si vuelves a robar algo aquí te voy a matar como a un perro. ¿Lo has entendido?

—Juro por Dios que no volverá a pasar —susurró Kosiakin poniéndose de pie—. ¡Y como vea a otro robando vendré a informar inmediatamente! ¡Lo juro! ¿Puedo llevarme mis cositas? —preguntó mirando a la mesa, donde estaba desparramado el contenido de sus bolsillos.

Samsón le indicó que sí con un leve movimiento de los párpados. Kosiakin comenzó por coger la baraja. La boquilla no la tocó, aunque se despidió de la pieza de ámbar con una mirada triste, de manera que Samsón se la quedó.

—Muy bien —le dijo Jolodny a Samsón cuando estuvieron solos—. Ahora vamos a llevarle su taza a Naiden y con eso damos el caso por concluido. ¡Y de ahí nos vamos derechitos a tu casa, que no resisto más este puñetero dolor!

Capítulo 21



A Nadiezhda la alegró la invitación a darse un paseo por la calle Kreschátik. La noche era fresca. La brisa todavía conservaba un poco del calor del sol, y venía a ráfagas que jugaban con los bajos de su vestido verde.

Se puso una chaquetita por encima para que, al cubrirle los hombros y los brazos, la salvara de pillar un resfriado. La llevó desabrochada, no obstante. El color de la chaqueta combinaba bien con el del vestido, de manera que no llamaba mucho la atención. En cuanto a Samsón, eligió dar el paseo con su uniforme y portando el nagant. Lo hizo, en parte, porque la visita al fotógrafo era un acto de servicio. También porque quería disipar con su sola presencia cualquier peligro que pudiera cernirse sobre ellos. La chaqueta de piel y la enorme pistolera de madera que, colgada del cinturón, guardaba el arma de fuego no solo impresionaban a los tranquilos transeúntes: también intimidaban a carteristas y rateros ocasionales. Había un detalle más en todo aquello. A saber: que en aquel paseo Samsón veía una suerte de retorno a una realidad ya prescrita, cuando por la calle Kreschátik paseaban, relajadas y hermosas, las damas del brazo de los oficiales del ejército del zar. Entonces, las mujeres que acompañaban a los oficiales lucían mucho más bellas que las que iban con civiles, y esa superioridad de quien lleva uniforme sobre quienes no lo llevan, la misma que estaba experimentando ahora Samsón, seguro que la sintieron también los genuinos oficiales, cuyos rostros henchidos de orgullo y monumental garbo Samsón recordaba muy bien de sus años de estudiante. Los recuerdos le hicieron enderezar los hombros, lo que le provocó pinchazos en las heridas de bala que llevaba en

el cuerpo. Y el rostro de Jakobson que vio fugazmente en los baños se le apareció de nuevo.

Fuera por casualidad o fuera a propósito, Nadiezhda se pegó a Samsón y atrajo su codo hacia ella, lo que provocó que la pistolera quedara, de repente, encerrada entre las caderas de ambos. Samsón volvió la cara a mirarla. Ambos se regalaron sendas sonrisas, antes de separarse y liberar el arma del apretón entre sus cuerpos.

«Si no llevara la chaqueta de cuero, ahora estaría sintiendo el calor de su mano», pensó Samsón.

De repente, un hermoso automóvil de color negro pasó junto a ellos y un hombre parecido a Rakovski lanzó una mirada de curiosidad sobre Nadiezhda. Samsón se puso tenso: lo asustó la perspectiva de que el auto se detuviera y el curioso bajara de él y se interesara por su acompañante. O, incluso, la invitara a subir en ese mismo momento al coche, ignorando completamente a Samsón, quien ostentaba un rango inferior. ¡Ese tipo de cosas ocurrían ahora constantemente! No por gusto, el comandante de la ciudad de Zhitomir prohibió a las mujeres subir a las cabinas o a los asientos traseros de los coches oficiales o de servicio. Y, a fin de cuentas, ¡ya no circulaban más coches que esos!

No obstante, el hermoso vehículo negro desapareció por detrás de Samsón, sin que él se molestara en seguirlo con la vista. Lo que hizo fue suspirar aliviado. No eran tiempos de sosiego. No eran para dar paseítos tomados de la mano mientras sonaba el tictac en el reloj de la vida. Eran tiempos de zozobra, de peligro, de hambre. Tiempos en los que portar un arma resultaba mucho más importante que vestir un uniforme. Ahora mismo, al tomar Kreschátik, vieron enseguida a dos parejas que caminaban cogidas de la mano hacia ellos. No eran obreros ni campesinos, sino gente del antiguo régimen. Se los veía andar inseguros, una inseguridad que se apreciaba lo mismo en sus ojos que en sus labios. Resultaba evidente que ninguno de ellos se sentía a gusto en el paseo. Más bien, parecía que estuvieran superando una dura prueba. Samsón, en cambio, sí estaba gozando de lo lindo. También podía ser que aquellas parejas no estuvieran simplemente paseando, sino que estuviesen haciendo recados o, acaso, salvando el trayecto de sus casas a la de algunos amigos o viceversa. La calle Kreschátik, tan generosamente adornada de rótulos y motivos festivos, atraía a la gente sobre todo los domingos y algo menos los sábados. Entre

semana, los kievitas la evitaban y, si no necesitaban tomar precisamente Kreschátik, se iban de Pechersk a Pankívschina, elegían Púshkinskaia o, incluso, Levashóvskaia, que solía ser aún más tranquila. Ni siquiera cuando uno iba sobre ruedas era una buena idea tomar Kreschátik entre semana. Por mucho que ahora hubiera muchos menos vehículos que antes de la guerra o la revolución, seguía habiendo carros tirados por caballos en los que los campesinos traían a la ciudad toda suerte de mercancías y de leña, y en cualquier momento frenaban sus caballos para preguntarse por dónde girar, o qué dirección de entrega les habían dado. O veían un tranvía, el primero con el que se tropezaban en la vida, y paraban el carro ahí mismo a decidir si lo bordeaban por delante o por detrás. Los impacientes cocheros de la ciudad se arrojaban a propósito sobre tales carros para asustar tanto a los caballos como a los campesinos que los llevaban. Y después insultaban a los segundos con las palabras más soeces, para demostrar así lo mismo su superioridad en la conducción de vehículos que en el dominio de los tacos.

—¿Supiste algo del accidente de tranvía que hubo cerca de casa? —le preguntó Nadiezhda de repente, sacándolo de sus cavilaciones sobre Kreschátik, al percatarse de que, por delante de ellos, circulando por el medio de la calle, había aparecido un tranvía.

—Oh, sí, lo vi. Sucedió cuando me dirigía al trabajo.

—¿Cómo fue? ¿Hubo mucha sangre?

—Sangre no se vio apenas. Bueno, los heridos y los muertos sí estaban ensangrentados, claro. Nos tocó poner orden: despachamos a los heridos a los hospitales y a los muertos al depósito de cadáveres… ¡Ya casi hemos llegado! —Samsón se detuvo y, volviéndose, contó las casas desde el nacimiento del bulevar Bíbikovski—. Vamos a la cuarta casa desde la esquina, detrás de la botica de Marcinchik, donde cuelga el rótulo de la notaría Koffman en la segunda planta.

Samsón giró la cabeza hacia atrás y buscó el rótulo. Después, la bajó hasta el escaparate del estanco con la palabra «tabaco» impresa.

—Sí, es aquí, en la segunda planta —dijo. Y añadió—: Vamos al estudio de León Vishnevski.

Tratándose de un edificio que daba a Kreschátik, las puertas principales de la casa de tres plantas eran bastante discretas; estaban pintadas de un color marrón amarillento que resultaba bastante desagradable a la vista. En todo caso, la escalera de madera aún conservaba su antiguo esplendor

gracias a la alfombra roja que trepaba escalones arriba, sujeta a ellos por deslucidas barras de bronce atornilladas a sus bordes. La parte central de la alfombra estaba muy desgastada, pero los bordes habían conservado el vivo color original.

Samsón llamó a la puerta sobre la que se dibujaban, como bigotes caídos, letras en fondo negro y ribeteadas en pintura dorada, en las que se leía ESTUDIO FOTOGRÁFICO.

El cerrojo se descorrió, se abrió la puerta y apareció el rostro del fotógrafo.

—Ah, aquí tenemos al joven caballero que ha venido a buscar sus fotografías —dijo el viejo, y franqueó el paso a sus visitantes. Una vez que estuvieron todos dentro, volvió a correr el cerrojo y los condujo a un espacio que hacía las veces de recepción. El espacio al que entraron podía servir lo mismo de despacho para un médico célebre que para un general: todas las paredes estaban cubiertas de retratos enmarcados de hombres de aspecto grave y damas con peinados elegantes o tocadas con sombreros. En el suelo había una alfombra con rosas color burdeos sobre un fondo azul. La ventana estaba cubierta por una pesada cortina amarilla entretejida con hilos dorados y brillantes. En las esquinas había grandes macetas de madera con ficus y, destacando de manera especial, una estufa de hierro fundido de la que salía un tubo que se perdía en la pared. Se estaba bien allí dentro: no se sentía ni frío ni calor, y había un olor como hogareño, sin el matiz característico del calor de la estufa. Tal cosa solo podía significar que hacía tiempo que nadie la encendía.

Había varias cajas de madera de distintos tamaños sobre una pesada mesa de color oscuro. En ellas se guardaban las fotografías. El viejo dio la vuelta a la mesa y, colocándose del lado donde estaba su silla, pero sin tomar asiento en ella, se inclinó sobre una de las cajas y fue repasando con los dedos las fotografías con tal elegancia que Samsón buscó si había algún piano por allí, porque los movimientos de los dedos del fotógrafo parecían los de un pianista. No halló ningún instrumento, no obstante.

—¡Aquí tiene a su prisionero, querido amigo! —dijo por fin, y le ofreció un cartón en el que estaban pegadas las dos fotografías de Briskin, una de frente y otra de perfil.

—Gracias —le dijo Samsón. Y se interesó—: ¿Se las pagaron?

—¡Oh, sí! ¡Y más de lo que yo esperaba! —se felicitó el fotógrafo—. De hecho, ¡no esperaba que me pagaran ni un céntimo! —añadió mirándolo con picardía. Luego desvió los ojos hacia Nadiezhda—: ¡Lleva usted a una acompañante encantadora! ¿Por qué no aprovechan la ocasión? Da la casualidad de que tengo la cámara preparada y estos últimos días no hay cortes de electricidad: podemos tomar una fotografía con la luz de una lámpara, sin necesidad de recurrir al destello de magnesio.

Samsón miró a Nadiezhda en busca de su reacción. Todo transcurría conforme a lo que había acordado la víspera con el viejo fotógrafo. Ahora solo quedaba esperar la decisión de su acompañante.

—¡Ay, si lo hubiera sabido, me habría arreglado mejor el pelo! —dijo ella con timidez.

—Pero ¡¿qué dice?! —exclamó el anciano haciendo aspavientos con los brazos—. ¡Le daré el mejor de los peines que guardo aquí! ¡Y tengo mi propio espejo en el estudio! —la avisó, señalando con el brazo un arco cubierto por una brillante cortina de seda china—. ¡Un espejo digno de reyes! Los soldados del Ejército Rojo que aparecieron aquí, primero, quisieron requisarlo y, después, hacerlo añicos, pero les mostré un retrato de Isaak Schwartz y se fueron enseguida, ¡asustados como conejos! ¡Y es que el ciudadano Schwartz pidió un retrato de medio cuerpo con su revólver! ¿Qué iba a hacer yo? ¡A mí me da igual si lo piden con flores, con un libro o con una escopeta! ¡Bueno, venga, que le daré un peine! ¡Un peine de concha de tortuga, una delicia!

En el centro del estudio estaba la cámara fotográfica que Samsón ya conocía. El objetivo apuntaba a un diván de terciopelo rojo. A la izquierda del mueble había dos butacas impresionantes, una mesa alta en la que colocar un jarrón y una baja para cartas. A la derecha, recostadas en la pared, había dos pantallas de seda china: una era azul y tenía pájaros blancos; la otra era verde y la atravesaban brotes de bambú del mismo color. Detrás de ellas se alzaba una palma viva sembrada en una maceta de madera.

Nadiezhda se quitó la chaquetilla y se quedó solo con su vestidito nuevo. Observó atentamente su imagen en el espejo mientras se ordenaba el cabello con el peine. Sin embargo, no tocó los rizos, que apenas compuso con los dedos.

—¿Las quiere de cuerpo entero o un primer plano? —le preguntó el fotógrafo a Samsón.

—¿Sabe? Yo querría un primer plano de mi Nadiezhda, después un retrato mío y, por último, uno de los dos juntos… Una foto romántica, por decirlo así.

—¿La hacemos con palomas? —preguntó el viejo pensándoselo—. Ay, si lo hubiera sabido, habría… ¡Aquí, en el patio, hay un palomar formidable y el dueño es un tipo fácil de convencer…! Pero ya me las arreglaré con lo que tengo. ¡Comencemos por esta señorita tan hermosa que me ha traído!

Samsón nunca le había visto una sonrisa tan bella a Nadiezhda en su carita redondeada como la que ella le dedicó a la lente de la cámara. También el viejo fotógrafo se felicitó:

—¡A usted no hace falta convencerla! —elogió a la muchacha—. ¡Parece que posara todos los días! ¿O será que posaba antes para las revistas de moda que se hacían?

—¡Qué va! ¿Qué dice? —protestó ella con coquetería.

El fotógrafo tuvo que esforzarse más con Samsón. No lo convencía la expresión de la cara del joven policía.

—¡Venga! ¡Ponga cara de contento, hombre! Estoy tratando de que quepa bien en un óvalo y usted tiene una expresión angulosa, como si le acabara de caer una pesa en el pie. ¡Hagamos una cosa! ¡Le voy a poner a esta señorita suya al lado y usted la va a mirar! ¡Y, cuando yo levante el brazo, mire a la cámara! ¡Pero no me cambie la cara, eh! Al menos, hasta que yo haya bajado el brazo…

Y así fue como lo lograron al final. La expresión de Samsón al mirar a Nadiezhda se suavizó, se tornó alegre. ¡El fotógrafo sabía muy bien de qué manera conseguir la cara adecuada en sus clientes!

—¡Ahora, una juntos! —pidió Samsón.

—Les diré algo —comenzó el anciano, y su voz sonaba como la de quien va a solicitar dinero prestado—. ¡Quiero pedirles que se cambien de ropa! ¿Cómo van a tomarse una foto romántica con un revólver? ¡Una señorita tan mona y usted armado!

—¡Pero si no traigo más ropa que esta! —protestó Samsón.

El fotógrafo adelantó el brazo en un gesto tranquilizador mientras avanzaba hacia la puertecita de madera y tiraba de ella. Dentro había un armario, donde en suaves perchas colgaban trajes, uniformes y vestidos:

—¡Yo se la presto! ¡Tiene que pensar que el arte de la fotografía es un poco como el arte teatral: hay que vestirse adecuadamente! Por eso tengo aquí trajes de todo tipo. ¡Y usted gasta la talla perfecta!

El fotógrafo le tendió a Samsón una camisa roja estilo apache.

Las protestas de este no se hicieron esperar:

—¡Pero esto parece un disfraz de tahúr o de poeta! —exclamó.

—¡No diga tonterías, hombre! —se rio el viejo—. ¿O me va a decir que un policía no puede vestirse así si le da la gana? Además, ¡yo a usted no lo estoy fotografiando en cuanto policía, sino en su papel de joven enamorado! —Y, viendo que Samsón no respondía a esos argumentos, continuó bajando el tono de la voz hasta convertirla en un susurro—: ¡Ya ve cuántos cambios de gobierno hemos tenido aquí en poco tiempo! ¿No ve que es mejor fotografiarse con un traje que no denote para qué gobierno trabajó? ¡Así evita marcarse! ¿Quién sabe cuál será el próximo en mandar en Kiev? Y, si usted aparece fotografiado con una camisa cualquiera, pues es un ciudadano de Kiev, un tipo del montón, y punto. ¡Nadie lo podrá castigar en el futuro por eso!

El viejo sentó a Samsón y a Nadiezhda —el primero, con su camisa roja; la segunda, con el vestidito— en un diván como a una parejita de enamorados algo tímidos, que se atrevían a juntar los hombros, pero no sabían muy bien qué hacer con las manos.

—¡Vengan a buscarla dentro de tres días! —les dijo cuando volvieron al vestíbulo—. Los retratos ovales van con tamaño estándar, pero ¿qué hago con la fotografía de ambos? ¿De qué tamaño la quieren?

Samsón se volvió hacia Nadiezhda.

—¡Bueno, a mí me gustaría enmarcarla y colgarla en la pared! —dijo en tono algo inseguro.

—¡Comprendido! —asintió el viejo—. ¡Ah, y no se deje esto! —le dijo alargándole el sobre marrón con las fotografías tomadas en la comisaría—. ¡Y recuerde que aquí me tiene siempre dispuesto! Hoy en día se arresta a mucha gente, pero se los fotografía menos que en tiempos del zar, cuando no se arrestaba tanto.

Un tranvía pasó chirriando las ruedas junto a ellos por la calle Kreschátik en dirección al bulevar Bíbikovski. Samsón se percató de que dos soldados

del Ejército Rojo armados con fusiles viajaban en la plataforma trasera.

—Habrá que mostrarles las fotos a tus padres —le dijo a Nadiezhda.

La joven asintió con la cabeza.

Parecía emocionada y caminaba deprisa. Samsón apuró el paso también para no quedarse rezagado. A esa velocidad era difícil avanzar del brazo, así que ella se soltó.

—Tengo un poco de hambre —dijo Samsón.

—Todavía hay un poco de gelatina de avena —dijo Nadiezhda, y lo miró con cariño—. Alcanzará para los dos. Y también hay un poco de pan y de té.

En la esquina de la calle Bíbikovski dejaron pasar tres carros cargados de Dios sabía qué hacia la plaza Gálitskaia, y cruzaron al otro lado de la calle.

En casa les esperaban algunas sorpresas. La primera fue que se encontraron dos grandes maletas de madera en el vestíbulo. Y, aun cuando Samsón adivinó que estarían relacionadas con el doctor Vatrujin, la siguiente revelación que les esperaba en la sala de estar no podía ser menos perturbadora y desconcertante.

Cuando entraron en el salón los deslumbró la luz. En la pared, en la esquina izquierda, aparecía colgado un extraño cartel que antes no estaba allí. A unos cinco metros de él había un hombre de barba blanca sentado en una silla que había sido apartada de la mesa de comer. Frente al cartel, el propio doctor Vatrujin esgrimía un puntero. Llevaba la bata blanca por debajo de cuyos faldones asomaban los pantalones amarillos y los botines de color marrón.

—¡Mil perdones! —dijo al ver aparecer al dueño del apartamento—. Ya casi habíamos acabado.

El anciano paciente del doctor hizo ademán de levantarse, pero el doctor le puso una mano en el hombro con gesto cariñoso:

—¡No se mueva, Andrián Evséich! ¡Son los dueños, unas personas encantadoras! —Vatrujin miró nuevamente a Samsón y, después, a Nadiezhda, en cuya fisonomía no descubrió ni sombra de incomodidad—. Pues, como le decía —continuó dirigiéndose a su paciente—, le recomiendo que tome gotas japonesas Daigaku.

—Pero ¿dónde podré encontrarlas ahora? —preguntó el hombre—. ¿En la farmacia de Marcinchik, acaso?

—Y, si él no tiene, vaya al hospital Alexándrovski y pregúntele al doctor Potapenko. ¡Le puedo echar una mano con eso!

—¡Pues muchas gracias! —dijo el paciente mientras se levantaba despacio. Después hizo una inclinación a Samsón y a Nadiezhda, sacó la billetera de piel y le extendió al doctor un billete de cinco rublos de los acuñados en tiempos del zar.

—¡Les ruego que me perdonen, pero yo no puedo parasitar su gentileza, como si fuera un piojo que le chupa la sangre a un soldado del Ejército Rojo! —les dijo el doctor en cuanto hubo despedido a su paciente—. Por eso fui un momento a casa y me traje aquí todo lo necesario. ¡Bueno, y tampoco puedo dejar tirados a todos mis pacientes habituales! ¡No fue por gusto por lo que hice el juramento hipocrático!

—Y de esos pacientes habituales, ¿le quedan muchos? —preguntó Samsón con discreción, aliviado ya después de que el desconocido se hubiera marchado.

—No quedan muchos, no. Algunos se han marchado al extranjero, otros se han muerto, a algunos los han fusilado en la checa. Quedarán unos doscientos…

Samsón dejó escapar un hondo suspiro, zafó la hebilla del cinturón y se quitó la chaqueta. Miró a Nadiezhda con desconsuelo.

—Eso sí, ¡puedo dejar de recibir pacientes ahora mismo, si les incomoda! —exclamó Vatrujin y miró a Nadiezhda con gesto lastimoso—. Pero lo cierto es que si mantengo las consultas podré aportar de mi cosecha al presupuesto familiar. ¡Y comienzo por entregarles estos honorarios! —afirmó, y ofreció a Nadiezhda el billete de cinco rublos.

Ella cogió el billete y miró a Samsón en busca de aprobación mientras esbozaba una sonrisa.

—¡Cenemos! —propuso conciliadora.

—¡Oh, sí, sí! —se congratuló el doctor, y comenzó a quitarse la bata, que llevaba puesta sobre un traje veraniego de color amarillo y chaleco.

Samsón no pudo evitar reírse al ver al doctor con aquel traje tan poco apropiado tanto para la temporada como para el tiempo político que vivían.

—¡Y tengo el honor de invitarles a un poco de arenque de mi ración! —declaró el doctor con orgullo—. Aun cuando se me ha asignado la ración de cuarta categoría, en esta ocasión, su gobierno —y señaló a Samsón con un movimiento del mentón— ha mostrado una generosidad nada habitual en él.

Vatrujin salió al pasillo dejando la puerta del salón entreabierta. Se escuchó el chasquido de las cerraduras de su maleta.

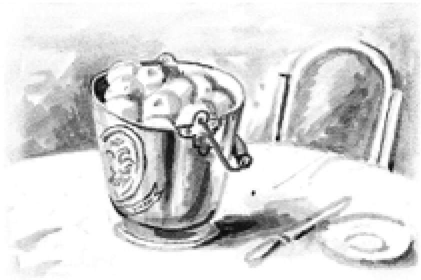
—¿Desde cuándo está incluido el arenque en la ración que recibe el grupo de cuarta categoría? —preguntó sorprendido Samsón.

—¡Ya, pero es que uno de mis pacientes trabaja en la asignación de raciones! —explicó el doctor desde el pasillo—. ¡Y el que las reparte es un aldeano analfabeto! ¿Saben lo que me dijo? «Aquí tiene su ración de cuarta categoría, camarada Vatrujin».

Samsón sacudió la cabeza y se aproximó al cartel que colgaba de la pared. Estaba lleno de unos circulitos que se asemejaban a la letra «c», cuya apertura señalaba lo mismo hacia arriba que hacia abajo, hacia la derecha o hacia la izquierda.

—Son los anillos de Landolt —explicó Vatrujin, que volvía con algo, presumiblemente el arenque, envuelto en papel de periódico—. ¡Se usan para medir la agudeza de la visión! ¡Siéntense! —los invitó, señalando las sillas, mientras avanzaba hacia la mesa y empuñaba el largo puntero con la mano que le quedaba libre.

Capítulo 22



—¿Por qué tienes esa cara? —preguntó desesperado Jolodny, harto de mirar a Samsón, que iba sentado a su lado en el carro con el rostro serio y el gesto grave.

Ambos se dirigían al callejón Krivói a visitar a Antonina, la compradora de las vísceras del cerdo. Su nombre era casi el último en la lista de testigos pendientes de interrogar. Samsón, sin embargo, tenía la sensación de que llevaban una semana intentando llegar a ella. Una semana intentándolo, sin conseguirlo.

—¡Estará unos días preso y lo dejarán marchar! ¿Qué crees que le van a hacer? —insistía Jolodny.

—¡Pero es que le prometimos que no lo iban a tocar! ¡Tú mismo le diste tu palabra! —dijo Samsón por fin, y suspiró hondamente.

—¡Pero no teníamos derecho a prometerle nada! ¡Yo no tenía ese derecho! —exclamó Jolodny, y se distrajo mirando a una mujer que llevaba un abrigo ligero de color zorro, mientras avanzaban por el borde de la carretera de Brest-Litovsk—. ¡Mira cómo va vestida esa! —se le escapó cuando se giró hacia su compañero—. ¡Si se lo hubiera prometido Naiden sería distinto! ¡Él sí puede prometer algo así! Pero ¿acaso podemos prometer algo nosotros?

El cochero volvía de tanto en tanto el oído derecho hacia los pasajeros, como si oyera mejor de ese lado. Probablemente, sintiera curiosidad por los asuntos que trataban dos policías que viajaban armados. Jolodny lo señaló con el dedo y después se llevó el propio dedo a su oreja. Samsón entendió el mensaje y bajó la voz.

—¿Cómo íbamos a saber que se iba a poner así cuando se enterara de que uno de los soldados del Ejército Rojo de la comisaría era el ladrón? —preguntó Samsón casi en un susurro—. ¡Total, si le devolvieron la taza!

El carro tropezó con una piedra y se sacudió de lo lindo. Samsón apretó contra las rodillas la cartera de cuero.

—¡No temas, que no se te va a ir volando! —se burló Jolodny—. Además, no lo van a tocar, ¡ya verás! —Volvió al tema inicial—: Ese Kosiakin pertenece al colectivo de los obreros y campesinos.

—¡Acuérdate de que salió de un circo! —insistió Jolodny—. ¿Sabes cuánto explotan a la gente en los circos? ¡Y ya no digo a los animales, amaestrados con el filo del sable!

El carro salió a la calle Borschagóvskaia y, después de recorrer medio kilómetro, giró por un callejón.

—¿A qué casa vais? —preguntó el cochero volviéndose.

—No lo sabemos aún —le respondió Jolodny.

—¡Entonces, apearos aquí, que estará en medio!

El callejón era curvo, como si fuera una pierna doblada por la rodilla. Las casas de planta baja, todas de madera, parecían abandonadas. Cuando llegaron a lo que sería la rodilla, donde el callejón se doblaba hacia la izquierda, un perro pequeño, pero muy gritón, les ladró desde detrás de una puerta cerrada.

—Será aquí —indicó Jolodny, y detuvo el paso—. ¡Donde hay perros es que hay huesos, y donde hay huesos es que hubo carne! —dijo mientras reía.

—¡Pero si esta es la que compraba tripas! —discrepó Samsón de las deducciones de su compañero.

Jolodny se aproximó a la verja y comenzó a buscarle las cosquillas al perrete:

—¡Ahora lo sabremos! —dijo.

El sendero que salía de la verja conducía directamente a la puerta de la casa, a ambos lados de la cual había ventanas que daban a la calle. La cortina de la ventana izquierda se agitó suavemente. No tardó mucho en abrirse la puerta, y una mujer vieja y huesuda apareció en el umbral y observó a los desconocidos.

—¿Quién hay ahí? —gritó.

—¡Somos de la policía! —respondió Jolodny.

—¿Seguro?

—¡Tan seguro como que hay un Dios! ¡Abra la verja!

—¡Está abierta! —gritó la mujer. Tenía la voz ronca, tal vez por el vicio de fumar.

—Entonces saque al perro de aquí, a ver si podemos pasar. ¡Tenemos algunas preguntitas que hacerle!

A Samsón lo sorprendió el tono jocoso que empleaba Jolodny. Sacó el carnet de policía del bolsillo y lo abrió mostrándoselo a la mujer.

—¡Acérquese y lea! —la invitó.

—¡Os creo! ¡Os creo! Me basta con ver cómo se ha puesto de furiosa Pulguita. ¡Si es que no soporta a los policías!

—¿Y eso por qué? —preguntó Jolodny mirando con cierta prevención al caniche.

—¡Juntas vendemos bollos aquí, en el bazar judío! Cuando el comprador es una buena persona, Pulguita le mueve la cola, pero, si es uno de vosotros que viene a revisar los permisos, lo huele desde lejos y le monta un cirio de mucho cuidado. ¡Todo el mundo se entera!

—¿Me está diciendo que usted vende bollos sin licencia? —se interesó Jolodny endureciendo el tono con toda intención.

—¡¿Cómo se le ocurre?! —exclamó Antonina, y miró al policía con gesto indignado—. ¡Desde luego que tengo licencia! ¿Cómo voy a vender bollos sin tenerla?

—¡Déjeme verla! —exigió Jolodny, y su gesto teatral al cambiar súbitamente su trato con la mujer se ganó una mirada de admiración de su compañero.

—¡Entrad de una vez!

—¿Y qué hay del perro? —preguntó Jolodny señalando al animal.

—¡Pulguita! —llamó la mujer—. ¡Métete en la garita!

El perro con nombre de insecto obedeció a su dueña y corrió a esconderse en una pequeña caseta que había a la derecha de la entrada de la casa. Ahora Samsón y Jolodny podían acceder al patio.

—¿Por qué la llamó Pulguita? —preguntó Samsón, sintiéndose súbitamente ofendido porque llamaran así a un animal que cumplía su deber con total valentía y entrega, impidiendo que los extraños se colaran en el territorio que le había sido confiado.

—¿No ha visto los brincos que pega? —se rio Antonina, y abrió de par en par la puerta de la casa invitando a pasar a los inesperados visitantes.

Dentro había un olor rancio, mohoso. En la misma entrada, en cuanto se traspasaba la puerta, había un montoncito de paja sobre el suelo de madera. La dueña de la casa se frotó los zapatos en él, aunque no había salido al patio, de manera que no podía haber metido suciedad. Samsón también limpió las suelas de sus zapatos frotándolas contra la paja, mientras que Jolodny pasó por encima de la paja, ignorándola.

En las paredes de la habitación a la que entraron había imágenes de santos de papel pegadas a marcos de madera gruesa y olía a queroseno. La luz que entraba por las dos ventanas era suficiente para iluminar la estancia. En una desgastada mesa de forma ovalada cubierta por un viejo y, por eso mismo, amarillento mantel de encaje, había una lámpara de queroseno y, debajo de ella, un gran reloj de arena. Llamaba la atención un raído diván recostado en la pared opuesta. A la izquierda del mueble, a través de una puerta entreabierta, se alcanzaba a ver el borde de un camastro de hierro.

—¿Vive aquí sola? —se interesó Jolodny, que se sentó en una silla que crujió de manera alarmante, lo que hizo que él mirara las patas. Al no descubrir más motivos de preocupación ni con la vista ni con el oído, devolvió su atención al rostro de la mujer.

Ella también se sentó a la mesa. Al percatarse de que no había más sillas que esas dos, Samsón se acomodó en el diván. Sacó de la cartera de cuero unos folios en blanco y un lápiz, le dio la vuelta para que los folios no quedaran apoyados sobre el cierre, pero comprendió enseguida que no era una superficie lo suficientemente firme y que no se le daría muy bien escribir allí.

—¡Sergui! —llamó la atención de Jolodny—. Anota tú lo que convenga, que lo tengo difícil aquí sin apoyo y con esta cartera tan poco firme.

—¿Cómo es que tiene tan pocos muebles? —Le lanzó una mirada irritada Jolodny, que no parecía tener ganas de ponerse a escribir.

—¡Porque os los llevasteis vosotros! —respondió indignada Antonina.

—¿Qué demonios quiere decir con eso?

—¡Fue en marzo, sí! Vino un gordo con un abrigo de piel. Lo acompañaban unos soldados del Ejército Rojo. Me mostró un decreto del nuevo gobierno donde se establecía la cantidad de muebles que se le asignaba a cada uno: ¡tenían órdenes de llevarse el resto! Yo vivo sola:

¡imagínate! En la orden ponía bien claro lo que me corresponde: ¡una cama y una silla por persona! Se admitía una silla extra para un familiar de visita. Por eso me quedé con un par. ¡Las otras dos se las llevaron!

Jolodny se puso en pie de mala gana.

—¡Ven tú aquí! —le dijo a Samsón—. Yo me quedo en el diván.

Se cambiaron de sitio. Sin embargo, Samsón tuvo que colocar la cartera debajo de los folios en los que iba a escribir, porque el mantel de encaje, con sus agujeritos y adornos, resultó ser un pésimo apoyo para las tareas de escritura y, ya desde la primera letra del título del documento, el lápiz se hundió en el papel, horadándolo. Samsón alisó el papel con los dedos, alineó la hoja con los bordes de la carpeta y miró a la dueña de la casa.

—¿Su nombre?

—Antonina Pojábkina —respondió la mujer y, sin esperar la siguiente pregunta, continuó—: Cuarenta y siete años de edad, de origen campesino.

—¿De origen campesino? —se sorprendió Samsón.

—Así es, mi abuelo era un campesino de Kamenni Brod, distrito de Radomysl.

A Samsón pareció sorprenderle la presteza con que la mujer contaba las circunstancias de su vida de forma concisa, como si las dictara:

—Usted parece que tiene mucha experiencia con los interrogatorios, ¿no? —le preguntó.

—¡Si me han interrogado como cien veces! —explicó ella—. ¿No ves que vendo en el bazar? ¡Y ahí el día que no te interrogan como testigo de algo es porque tú misma fuiste la delincuente o la víctima! ¡Esto es Kiev y no un pueblo cualquiera!

—Bien, ¡vayamos al grano! —la interrumpió Samsón—. ¿Conoce a Moiséi Briskin?

—Lo conozco —asintió ella.

Samsón anotó afanosamente tanto la pregunta como la respuesta.

—¿Cuántas veces le ha comprado carne?

—¡No le compro carne, sino vísceras! —lo corrigió la mujer. Y añadió—: Unas diez veces, diría.

—¿Cuándo le compró por última vez?

—Ay, eso no lo puedo recordar, porque habré comprado en unas siete ocasiones después de aquella.

—¡Vaya! —exclamó Jolodny desde el diván—. ¿Y a quién más le ha comprado?

—Pues a los que venden —le respondió la mujer—. ¿A quién si no?

—¿Conoce el decreto del Oprodgubkom que prohíbe el comercio privado de carne? —preguntó Samsón endureciendo la voz.

—Yo es que no compro carne —dijo la mujer, y se encogió de hombros —. ¡Solo vísceras! ¡A mí el dinero no me alcanza para carne! Encima, ¿a quién le vas a vender bollos de carne hoy en día? ¡Ya cuesta vender bollos de vísceras!

—¿Todavía se ven bollos de carne en el mercado? —se interesó Samsón, y entrecerró los ojos, concentrado.

—En el mercado se vende de todo —respondió Antonina con desparpajo —. También venden carne, pero poca y a hurtadillas.

—¿A escondidas de la policía? —preguntó desde la distancia Jolodny.

—¡No! ¡Para que no te la arrebaten los ladrones! —respondió ella volviéndose hacia él—. La carne está muy cara y los vendedores la cortan en trozos muy pequeños, para que salgan más baratos. Pero cuando los trozos son pequeños es más fácil agarrarlos y echar a correr. ¿Quién va a atrapar al ladrón? Por eso la venden a hurtadillas: tapas la mercancía con un trapo y, si el posible comprador viste bien y va arreglado, levantas el trapo, pero, si va andrajoso, lo mandas al carajo.

—¿Usted también cubre sus bollos? —curioseó Samsón.

—Con un periódico —respondió Antonina—: ¡Los protejo del polvo, no de las miradas! La primera fila la dejo descubierta y ya la segunda la cubro con el periódico. ¡Son baratísimos, así que no hay que esconderlos! ¡Mientras más rápido los venda, antes pongo más a hornear!

Samsón y Jolodny llegaron andando a la carretera de Brest-Litovsk. No encontraron vehículos de alquiler en la Borschagóvskaia y mucho menos en el callejón Krivói.

—¡Está muy jodido esto! —dijo Samsón suspirando—. No sé yo cómo se puede pillar a todos los vendedores de carne. ¡Esta misma mujer ni siquiera nos dijo a quién le está comprando vísceras ahora! ¡Y, encima, va y se defiende con que no compra carne, sino tripas!

—¡La verdad es que sí! —asintió Jolodny sin aflojar el paso—. ¡Con la de asesinatos que hay y nosotros ocupándonos del comercio! ¡Y todo por culpa de Abyazov! Si a la checa le interesa la venta de carne, ¡que se ocupe ella!

—Pueden hacer algo aún más fácil: censar a los animales que hay en la ciudad y después acudir a direcciones concretas a ver si los cerdos siguen vivos o los pasaron a cuchillo —desarrolló su idea el camarada Samsón.

Saltó por encima de una zanja cavada junto a la carretera para el drenaje del agua. Cuando salieron a la carretera por fin, Jolodny vio una calesa de la que tiraba el caballo del hipódromo que ya conocían.

—¡Eh, hermanito! —llamó al cochero haciendo señales con los brazos.

El jinete pareció reconocerlos y los saludó levantando un brazo, que bajó enseguida para tirar de las riendas y frenar al caballo.

El sol resplandecía sobre la carretera de Brest-Litovsk. Un suave vientecillo soplaba desde el sur. En las copas de los álamos que bordeaban la ruta graznaban alegremente los cuervos. Tres camiones cargados de soldados del Ejército Rojo circulaban lentamente alejándose de la ciudad.

Al llegar al cuartel, Samsón y Jolodny repasaron todas las pruebas y las actas del «caso de la carne». El expediente había engordado un poco, pero no tanto como para presentarse ante Naiden a reportar.

—¿Cuándo tendremos las fotografías de Briskin? —preguntó Jolodny.

—Ya están.

—¿Y por qué no figuran en el expediente?

Samsón sacó el sobre del cajón y lo metió en la carpeta del expediente. Ahora lucía más llena.

—Ya ves —se felicitó Jolodny.

A Samsón lo esperaba una sorpresa en casa.

—¿Y eso qué es? —se le escapó en cuanto entró al salón y vio un cubo de cobre en el medio de la mesa.

—¡Acérquese y vea, amigo mío! —le respondió enigmáticamente el doctor, que volvía a vestir su traje de verano y la arrugada bata blanca por encima.

—¿Todavía no ha vuelto Nadiezhda? —preguntó Samsón.

Vatrujin negó con la cabeza.

—¡Claro que no! —dijo Samsón con un suspiro—. Se nota por lo sucia que está la entrada. ¡Ella la habría limpiado ya!

—Ay, ¡mil perdones! *Ma faute! Ma faute!*[2] —se disculpó el doctor—. ¡Enseguida me ocupo! —dijo corriendo hacia el pasillo con gesto culpable.

Samsón se acercó a la mesa. En un cubo de cobre se asomaban unas manzanas rojas encurtidas, sumergidas en salmuera. Su mano se fue sola a coger la más próxima, pero Samsón consiguió frenarla a tiempo. Y, sin embargo, el sabor de las manzanas encurtidas, que llevaba un par de años sin probar, se hizo presente en su lengua sin necesidad del alimento. Por lo visto, su memoria fue capaz de depositarlo allí con la sola fuerza de la evocación.

Samsón recordó los buenos tiempos, cuando toda la familia se reunía en la casa de campo a celebrar las primeras nieves. Entonces, comían manzanas encurtidas. Recordó lo crujientes, lo húmedas que eran cuando los cuatro miembros de la familia las mordían. Se ponía en marcha, durante unos cinco minutos, la música de un cuarteto nada convencional. Se colocaban todos frente a la ventana que quedaba en el lado izquierdo de la sala de estar, la que daba a la calle. Y veían cómo descendían, como plumas de pollo, los grandes copos de nieve. Los transeúntes, que en aquel entonces todavía iban muy bien vestidos y no corrían de un lado a otro ni temían nada, alzaban sus rostros al cielo como si quisieran recibir en los ojos la nieve que caía, dejar que se fundiera en sus mejillas, en la frente y la nariz. La escena era alegre y tenía algo de festivo y mágico. Samsón, que en aquel entonces era todavía un niño, sentía el impulso de salir a la calle, pero aquel entretenimiento tan especial, el de comer junto a su familia las manzanas encurtidas, que eran ácidas y crujientes, lo retenía frente a la ventana, mientras la nevada se hacía afuera más copiosa.

Vatrujin, desde el pasillo, lo distrajo agitando un trapo de color lila:

—¿Puedo usar este? —preguntó.

—Supongo que sí —le respondió Samsón.

—¡Saque una tacita del aparador! —pidió el médico, y se acercó a Samsón llevando en la mano izquierda un cubo lleno de agua hasta la mitad —. ¡Écheme un poco de salmuera aquí —le dijo señalando el agua con la

que se disponía a lavar el suelo—. ¡Así, cuando llegue su bella Nadiezhda, el pasillo, además de limpio, olerá muy bien! —anunció victorioso.

Samsón se quedó a solas enseguida, mientras le llegaba desde el pasillo el sonido rítmico del trapo mojado frotando el suelo y el alegre murmullo con el que el doctor se acompañaba al trabajar.

El balde de cobre reluciente volvió a atraer su atención. Lo examinó por todos lados y reparó en un sello con el águila bicéfala. En el fondo había letras y números en relieve. Leyó: «Balde de medida. Capacidad: 10 tazas, 100 *charki*, 200 *shkáliki*».[3]

Samsón meneó la cabeza en un gesto de incredulidad.

«Lo que no pone es cuántas manzanas le caben dentro», se dijo divertido.

Nadiezhda tardó aún una hora en llegar a casa y, cuando lo hizo, se puso a indagar de dónde salía aquel olor que lo inundaba todo. El doctor le señaló ufano el cubo con las manzanas. Los tres se sentaron a la mesa a tomar el té y comérselas. El sonido crujiente y húmedo que hacía la fruta entre los dientes y los recuerdos que eso le traía volvió a dibujar una sonrisa de placer en los labios de Samsón.

—¡Ahora los honorarios se pagan de muchas maneras distintas! —explicó Vatrujin, y sonrió satisfecho y hasta con una pizca de orgullo—. Esto me lo trajo un viejo paciente que vino a consulta antes de la comida. ¡Unas manzanas estupendas!, ¿no es cierto?

Nadiezhda asintió.

—¿El cubo lo trajo también el paciente o es de usted? —preguntó Samsón.

—¡El cubo lo trajo también! Y la verdad es que se me pasó preguntarle si debía devolvérselo.

—¡Es muy hermoso! —lo elogió Samsón acariciándolo—. ¡Y no es un cubo cualquiera! Sirve para medir volúmenes —dijo, y le mostró a Nadiezhda el escudo y la leyenda con las medidas.

—Bueno, sirvió antes de la revolución, porque ahora dicen que vamos a seguir a los alemanes en eso —explicó Vatrujin haciendo un gesto de fastidio—. ¡Adoptaremos el sistema métrico decimal! ¡Así que despidámonos de las docenas de huevos! ¡Ahora nos cobrarán lo mismo, pero por diez huevos!

—¡Pero el sistema métrico es más fácil! —lo defendió Nadiezhda, aunque el tono de su voz era más juguetón que polémico—. Al fin y al

cabo, en los tiempos del zar no había billetes de doce rublos: los de cien y los *chervonets* de cinco existieron y existirán.

—¡Eso es que usted no está al tanto de las cosas! —continuó Vatrujin—. ¡Antes teníamos billetes de tres rublos! ¡Y ahora los tenemos igual! ¿Qué es un billete de tres rublos? Pues nada más y nada menos que la expresión de la cuarta parte de la docena. ¡Coja cuatro billetes de tres rublos y ahí tiene sus doce! Quería preguntarles, por cierto, si no les importaría que ponga una nota en la puerta indicando que vivo aquí. ¡Provisionalmente, desde luego! No digo ponerla en la puerta de la calle, sino aquí arriba, en la del piso.

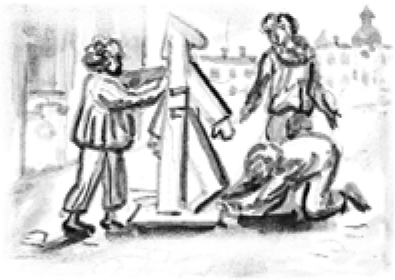
El doctor miró a Samsón con expresión tensa y hasta algo temerosa.

—¡Pues ¿por qué no?! Póngala, sí.

—¿Sabe qué pasa? —insistió Vatrujin—: Es que los pacientes se confunden y llaman a la puerta de los vecinos. ¡A ver si estos se van a creer que aquí mantenemos reuniones! ¡Imagínese, Dios no lo quiera, que den el soplo a la checa! ¡A ustedes eso les traería problemas también!

Samsón se estremeció ante la sola mención de los chequistas y los problemas que podrían traer, pero se tranquilizó enseguida. Por precaución, miró a los ojos de Nadiezhda, a ver si pervivía alguna fuerte oposición a la idea de que el médico marcara la puerta con su nombre. Pero, ya fuera porque no escuchó la petición del doctor o porque no la consideró algo digno de reacción, Nadiezhda no parecía haberse dado por enterada. Entonces, Samsón volvió a mirar a Vatrujin y le hizo otro gesto de asentimiento con la cabeza.

Capítulo 23



El extraordinario bullicio y la vivacidad de la calle Zhiliánskaia a aquella hora de la mañana sorprendió a Samsón, que corría a la comisaría. Los rayos del sol colorearon los edificios ajados por la época revolucionaria, dotando de nueva vida las deslucidas fachadas. Todo Kiev, de hecho, parecía haberse animado, como si alguien le hubiera dado cuerda con una llavecita especial y todo hubiera cobrado velocidad en las calles y los bulevares: ¡los automóviles, los carruajes y los transeúntes! Los actores de ese frenesí compartían un mismo ritmo, algo acelerado, que obligaba a Samsón a andar él también más deprisa, integrándose en ese Kiev al que le habían imprimido una marcha adicional. El conductor de un espléndido auto de color negro hizo sonar el claxon detrás de él, buscando adelantar a un carruaje en el que viajaban dos caballeros vestidos de funcionarios, pero con inconfundibles rostros de campesino. Uno de ellos miró con irritación al automóvil, aunque en su mirada asomó también la aprensión: temía que el vehículo los arrollara. El cochero, entretanto, hizo oídos sordos al sonido del claxon. Por lo visto, no tenía la menor intención de ceder el paso a la competencia de motor. Lo que sí hicieron ambos contendientes fue alcanzar a Samsón y adelantarlo, lo mismo que al resto de los transeúntes que se apresuraban a hacer sus recados. El sol brillaba en lo alto, el aire ya se había calentado y llenado del olor a estiércol fresco. La inminencia de mayo se sentía de manera aguda en las primeras horas de la mañana, de cada una de aquellas últimas mañanas. También se presentía la inminencia de la celebración de la fiesta del Primero de Mayo, porque en la esquina de las calles Zhiliánskaia y Bolsháya Vladímirskaia Samsón dio alcance a tres

muchachos con melenas bohemias que cargaban un monumento de tamaño natural al soldado del Ejército Rojo hecho de madera. En realidad, a Samsón lo sorprendió su propio talento para detectar la semejanza con un soldado del Ejército Rojo en aquella construcción muy poco concreta, que no contenía la menor alusión ni al rostro ni a la forma que se le presume a uno de ellos, si bien es verdad que en uno de sus extremos se alzaba una suerte de bastón de madera afilado, que se parecía bastante al cañón de un fusil terminado en una bayoneta. Fue precisamente por el descubrimiento de esa bayoneta y el recorrido que sus ojos hicieron a partir de ella hasta el pedestal por el que los tres jóvenes cargaban la mole como Samsón entendió de qué se trataba exactamente. Con toda probabilidad, el monumento aún precisaba de los retoques y el acabado de líneas y contornos, que transforman una incipiente obra de arte colosal en algo cercano a los espectadores de distintas clases y condiciones.

Sus pasos lo llevaron a la calle Tarásovskaia, donde Samsón tuvo de improviso la sensación de haber abandonado el torrente de personas y carros, dejando atrás el bullicio y el ritmo encendido de la vida, como si pisara la orilla de un río que lo hubiera conducido hasta un punto en el que ya debía detenerse y continuar avanzando por sí solo. Pensó entonces que la propia calle funcionaba como un medio de transporte, que era ella la que llevaba a la gente y los vehículos de un punto de partida a un lugar de destino. ¡Como un tranvía que nunca se detiene ni hace paradas!

La calle Tarásovskaia lo sorprendió por su silencio, que solo podía tenerse por tal después de escapar del bullicio de la Zhiliánskaia. Pero, en cuanto se aproximó a las puertas de la comisaría, percibió el ajetreo. Policías, soldados del Ejército Rojo y gente de a pie, aunque con un porte militar indisimulado, entraban y salían. Y en este movimiento, que más que browniano parecía apícola, pues la mayoría seguía intentando entrar en la estación como abejas en una colmena, notó un momento de quietud. Concretamente, vio a una adolescente que vestía una larga falda azul y una camisa negra, y que tenía el cabello castaño corto y muy pegado a la cabeza: un peinado poco favorecedor y nada llamativo. La chica llevaba en las manos un paquetito que no parecía pesar mucho. Lo mecía de tanto en tanto. Cuando Samsón se acercó, la vio levantar la mano en la que lo sostenía para rascarse la nariz con el dedo índice. Su rostro le resultó familiar, pero no se detuvo a establecer el porqué. También a él parecía

haberlo dominado la energía de la masa y corrió a meterse en el cuartel, donde iba registrando en folios sucesivos el sentido de cada una de sus acciones, el sentido de su existencia.

Pero, mientras salvaba el primer tramo de escaleras, Samsón se paró en seco. La memoria acababa de encontrar la prueba de su relación con aquella joven. Volvió a la calle y se acercó a ella.

—Es usted la hija de Briskin, ¿no es cierto? —le preguntó.

La chica asintió.

—Entiendo que ha venido a traerle los huevos cocidos, ¿verdad?

La chica asintió de nuevo.

—¡Venga conmigo! —dijo Samsón—. ¡Voy a organizarles una breve cita!

Sorprendida pero obediente, la muchacha lo siguió adentro de la comisaría.

Samsón la condujo al interior de la sala de interrogatorios y ordenó al soldado de guardia que trajera hasta allí a Moiséi Briskin.

Cuando el detenido entró en la sala y vio allí a su hija, se quedó de piedra.

—Esto es lo que vamos a hacer —le explicó Samsón—: Usted se sienta donde acostumbra —y señaló el taburete fijado al suelo—. Y usted… —le dijo a la chica—, ¿me recuerda su nombre?

—Sofía.

—Y usted, Sofía, ¡se sienta aquí, detrás del escritorio! Aquí tiene un periódico —dijo, y extendió un viejo número de *El Bolchevique* delante de ella—. ¡Pele los huevos encima del periódico y deje que su padre se los coma tranquilamente! ¡Ahora vuelvo!

Samsón se marchó, cerró la puerta a sus espaldas y ordenó al guardia que no dejara salir a nadie del despacho. Él subió a ver a Naiden.

Al jefe no pareció alegrarlo especialmente la visita. Su rostro, hundido del lado izquierdo, delataba una mala noche. Samsón reparó en el reposabrazos hundido del diván en el que Naiden habría intentado dormir unas pocas horas.

Naiden tenía delante la taza que le había sido devuelta recientemente. Humeaba.

—Puede que no haya sido una buena idea enviar a ese ladronzuelo a la checa —aventuró Samsón sin apartar la mirada de la taza de té humeante—.

¿No queríamos mantener este asunto en silencio?

—¡Que se ocupen de él! —gruñó el jefe. Y preguntó enseguida—: ¿Qué hay de la carne?

—Lo tenemos casi resuelto —respondió Samsón—. Ya hemos añadido las fotografías de Briskin al expediente y solo nos falta interrogar a otros dos testigos. Después, ya se podrá redactar la sentencia.

—Ten en cuenta una cosa —dijo Naiden, y en su voz se percibió una nota de amenaza—: ¡La checa puede exigir revisar este caso! ¡Y, como hayáis hecho mal las cosas tú y Jolodny, ya sabes! ¡No paran de tildarnos de flojos! ¡Así que prepara a tu especulador para una sentencia durísima!

—¿Qué es lo que podrían revisar? —se interesó Jolodny preocupado.

—A los testigos. Tienen la idea de que la milicia deja escapar a muchos cómplices tratándolos como a testigos.

—¡Conque esas tenemos! —asintió Samsón pensativo—. ¿Eso significa que podrían volver a visitar a los testigos?

—Podrían hacerlo, sí —confirmó Naiden.

Después de asomarse a su despacho y dar los buenos días a Jolodny, Samsón bajó a la sala de interrogatorios de la segunda planta.

Su llegada interrumpió la conversación que mantenían padre e hija. Ambos se quedaron mudos, pero con las bocas abiertas. Briskin tuvo un acceso de hipo.

Por las cáscaras de huevo que había sobre el periódico, Samsón comprendió que el detenido ya había devorado los dos huevos. Por suerte, esta vez no los había comido con cáscara.

—Si pu… —comenzó a decir Briskin e hipó—. Pudiera beber agua…

Samsón salió y trajo un poco de agua del balde compartido. Briskin se la bebió de una vez. Su rostro se coloreó de rojo de una manera que no parecía muy saludable. Samsón miró a su hija, como si quisiera compararlos y establecer las coincidencias. La única coincidencia incontestable se advertía en la forma del tabique nasal y la escasa distancia entre los ojos, como si ambos pertenecieran a otra raza. En todo caso, llamó su atención la palidez del semblante de la muchacha y la apariencia exangüe de sus finos labios. Resultaba evidente que aquella criatura pasaba hambre.

Samsón dejó que se despidieran y acompañó a Sofía a la calle. Fuera de la comisaría, le entregó un vale con un sello lila de los que Vasyl le daba para comer.

—Esto lo presentas en cualquier comedor soviético —le dijo atajando su sorpresa—. El mejor es el de la esquina de Stolípinskaia con el callejón Chéjovski: siempre tienen dos platos y té. ¡Lo que no entra es el pan!

Samsón, en cambio, decidió saltarse la comida. Lo que hizo fue ir a dar un paseo por el bazar judío para animarse un poco y refrescar la mente. Tras comprobar que el contenido de sus bolsillos quedaba en unas profundidades inalcanzables para los carteristas, se adentró en el bullicio que comenzaba a partir de los baños de la plaza. La primera aglomeración era una maraña de codazos: la gente se apiñaba en torno a cualquier vendedor ambulante que consiguiera exhibir su mercancía en la forma más ventajosa. Enseguida los viandantes lo rodeaban con sus cuerpos y su atención. Era tanta la gente que no había manera de distinguir entre vendedores, compradores y ladrones. Los tumultos lo mismo se congregaban que se dispersaban o se fundían unos con otros, de manera que atravesarlos resultaba poco menos que imposible. Superado ese punto, el bazar adquiría unas formas geométricas más discernibles. Ahora los vendedores formaban filas, como las casas de una calle, mientras que compradores y ladrones se movían por esas calles «vivas» deteniéndose de tanto en tanto. Incapaces de rodear a los vendedores, a veces le sugerían apartarse un poco. Los vendedores experimentados se negaban, no obstante, y mantenían «la calle».

Después de abrirse paso a duras penas por la parte más beligerante del mercado, Samsón avanzó hacia la parte de «las calles». Su mente procesaba ahora de manera distinta el bullicio en el que tantas veces se había sumergido. Era también nueva la forma en que interpretaba la vida y la organización del cuerpo desparramado y variopinto del bazar. ¡Ahora sabía por qué las piernas buscaban salir a la «calle» viva donde se alineaban los puestos de venta! Ahora también comprendía por qué el vendedor espabilado no se pondría a vagar con su mercancía, sino que buscaría un emplazamiento fijo, en apretada fila junto a sus pares. Dejarse rodear por todas partes por la multitud pegajosa equivalía a ofrecerse en sacrificio. En medio del gentío, un hombre solo, tenga en las manos o no mercancía que vender, se convierte automáticamente en una víctima, aun si la multitud no se propone robarle o aplastarlo. Tal vez algún vendedor podría desear hacerse la víctima para provocar pena e inducir a la gente a comprarle algo, con tal de llevar el pan a su casa. Pero la mayoría de los vendedores ambulantes tenían dibujados en la cara el miedo y la inseguridad. En

cambio, los que se ponían en apretada fila, como las casas de una calle, reflejaban en la firmeza de sus rasgos su disposición a luchar, discutir, regatear. Si se juntaban en fila era para resistir y ocupar su propio lugar en el mercado, por muy provisional e inestable que este fuera, y preservarlo con la firmeza de sus piernas, hasta que vendieran alguna cosa o se cansaran sin remedio.

Samsón se internó en la «calle» que tenía más próxima. Detrás de ella había aún dos «calles» más, y después comenzaban los puestos estables, hechos de madera, y los almacenes. Más allá, una decena de porteadores esperaban de brazos cruzados junto a sus carritos. A ellos les tocaba trabajar duro a primera hora de la mañana, cuando había que descargar la mercancía y conducirla hasta los puestos a los que no podían llegar las carretas. Frente a los puestos, había dispuestas aquí o allá mesas portátiles, donde los comerciantes fijos protegían su mercancía con las manos, mientras buscaban compradores con los ojos. Tales vendedores, lo mismo los hombres que las mujeres, tenían la vista muy aguda y penetrante. Si se cruzaba su mirada con la tuya, pasar de largo sin detenerse y trabar conversación resultaba poco menos que imposible. Eso era algo que Samsón recordaba bien desde su infancia.

Alguien le pegó un empujón sin querer y lo apartó de sus pensamientos y recuerdos del bazar. De repente, un estruendo de voces y ruido, del que, curiosamente, no se había percatado antes, se coló por el hueco de su oído. Entre el bullicio se destacó una voz quejosa que cantaba o, mejor, gritaba una canción cargada de dramatismo.

Samsón detuvo el paso. A su lado, una gitana vendía una caja de madera barnizada con un pequeño candado en la tapa. Una llavecita de cobre estaba encajada en el candado.

El improvisado cantante hizo una breve pausa, pegó un grito y continuó cantando:

Sacó Vania de buena mañana
el jamelgo de la caballeriza,
y se bebió un trago con ganas
para animar su cuerpo y su risa.
No es fácil la vida del cochero.
Con lluvia y con nieve, con el tiempo que sea,

sale siempre el primero,
porque el hambre es muy fea.

Samsón avanzaba en dirección al cantante, cuya voz se escuchaba cada vez más clara, a pesar de que el ruido se iba acumulando en su mente, moviéndose a placer por ella, desconociendo límites, entrando por su oído abierto al mundo. Samsón giró la cabeza hacia la derecha, como si le interesara más la mercancía ofrecida por los vendedores que tenía de ese lado. Ahora, su oreja izquierda, la que no le habían cortado, escuchaba mejor la letra de la canción y el ruido que provenía de ese lado aparecía atenuado.

El cantante, entretanto, añadía más dolor y sufrimiento a sus palabras con cada estrofa:

Tarde en la noche de la pasada jornada,
su trabajo ya concluido,
Vania se peleó con otro cochero por nada,
su sosiego desvanecido.
Humillado y dolido el colega,
la venganza en la noche urdió
y, sin descanso de la faena y la brega,
en la caballeriza a hurtadillas entró.
Al jamelgo le dio una ponzoña
que la bestia inocente mascó,
el veneno en la sangre fue roña
que durmiendo Vania no soñó.
Despierto ya con el alba,
el caballo el buen Vania embridó,
y bebió la copa que salva
al cochero del destino punzó.

La «calle» humana formada por los comerciantes llegó a su fin. Samsón se detuvo en lo que parecía un claro en el bosque. En torno a él había una suerte de cruce de caminos no amojonado y que tendría el tamaño de unas cuatro brazas en todas las direcciones. Por delante, una multitud de curiosos se deleitaba con el improvisado cantante; a la derecha, lo hacían vendedoras

con pañuelo, un mostrador donde alguien vendía algo que mantenía cubierto con un periódico desplegado; al final, un amolador tenía su tienda de afilar herramientas. Allí mismo, del otro lado, se escuchó a alguien gritar: «¡Afilo cuchillos, hachas y tijeras!».

Samsón se volvió hacia el lugar de donde procedía el grito y vio a un tipo que cargaba una rueda de amolar en el hombro. La canción, entretanto, no se había acabado:

Salió al camino, pues,
para buscar pasajeros que llevar,
sin recordar que, antes o después,
alguien se lo podía cobrar.
Y, entre carros y carretas,
por el jardín de Alejandro giró:
se puso Yámskaia como meta.
Un rayo de luz en su espalda resplandeció.
Corrió Tarásovskaia abajo,
incapaz del caballo domar,
por mucho que el brazo contrajo,
el jamelgo galopaba simpar.
Por Blagovéschenskaia, en el cruce,
un tranvía asomó a todo meter,
y, al ver el carro que veloz reluce
los pasajeros chillaron, se vieron moler.

«*¡Chuer-do! ¡Chuer-do!*», una voz aguda, casi infantil, ahogó de repente todas las voces, incluida la del cantante. «*¡Chuer-do! ¡¡¡Chuer-do!!!*».

Samsón se volvió irritado. A unos veinte pasos de distancia estaba el chino que gritaba aquella palabra incomprensible. De pie, detrás de un mostrador cubierto con periódicos, continuaba dando voces y mirando a todos lados. En algún momento percibió la mirada del policía y se calló. Samsón lo amenazó levantando el dedo índice.

Y entonces la canción, liberada de los enojosos ruidos y pregones, continuó:

Pero el grito no impide desgracias,

y el carro se estampó contra el tranvía:
como el demonio chirrió sin dar gracia,
y niños y papás saltaron a la luz del día.
En dos se partió el brillante vagón,
y, sobre los adoquines desparramados,
siete pasajeros murieron al son
de la tragedia del triste Hado.
Veinte heridos gemían muy quedos,
la gente curiosa los rodeó.
A nadie se le ocurrió mover un dedo,
pero, al día siguiente, la acusación llegó.

A Samsón el corazón le dio un vuelco. El ruido había abandonado su cabeza; la canción lo ocupaba todo. Miró de nuevo el mostrador con la mercancía cubierta por el periódico y se preguntó, intrigado, qué habría oculto ahí. Recordaba bien el dramático accidente del tranvía ocurrido unos días atrás delante de sus ojos. La letra de la canción describía exactamente lo que había visto: el caballo que irrumpió a toda velocidad, el cochero que tiraba de las riendas y daba voces, el topetazo de la calesa contra el tranvía, el coche cayendo de costado sobre el pavimento. Pero aquella canción, en verdad, hablaba mucho más del cochero que del tranvía.

Y no se había terminado aún:

Vania, muerto, estaba tirado hecho pulpa,
bajo su caballo, bien muerto igual.
Ya nunca sabrá que la culpa
de la tragedia es porque algo hizo mal.
Ya no volverá en marcha a ponerse,
ya vodka no beberá más,
ya no podrá de la culpa librarse,
ya el tiempo no volverá atrás.
No devolverá a las familias los muertos,
ni al caballo acariciará la crin.
Todo Kiev se olvidará de sus tientos,
solo del tranvía recordará el triste fin.
Temerá a los carros la gente,

pero será unos días y ya,
volverá después a asentarse la mente,
la vida seguirá aquí y allá.

Samsón sintió un gran calor en la cabeza. Miró al cielo. El sol brillaba en lo alto. Palpó la gorra de piel: ardía. Se la quitó. Ya había sustituido la chaqueta de piel por la guerrera, pero, por alguna razón, todavía llevaba la gorra. Lo más probable es que lo hiciera para protegerse el pabellón auricular desnudo. Era un hecho que la gorra, dejada de lado, lo protegía tanto del excesivo ruido como de la malsana curiosidad de la gente.

El gentío que escuchaba al cantante del bazar comenzó a dispersarse. Samsón clavó la vista en el punto que había congregado a los curiosos. ¡Ahí alcanzaría por fin a verle la cara al trovador! Pensó que estaría de pie en un taburete para hacerse oír y ver mejor.

Pero, cuando la multitud hizo el vacío, el cantante ya no estaba.

Se acercó al mostrador cubierto con un periódico.

—¿Qué pasa, guapetón? —le preguntó la vendedora de cara redonda, que tenía un golpe en el ojo derecho, que se movía errático—. ¿Te dieron ganas de zamparte un bollo? ¡Están calentitos, mira!

—¿De qué son? —se interesó Samsón: la boca se le estaba haciendo agua.

—¡De una col muy rica!

—¿Tienes con relleno de vísceras o de carne?

—¡Tónochka es la que los hace rellenos de vísceras! —informó la mujer, y señaló hacia la derecha.

Samsón se volvió hacia el lugar que señalaba la vendedora. Allí estaba Antonina Pojábkina, la mujer a la que Jolodny y él habían interrogado la víspera.

—¿Y son buenos?

—Pues ¡a saber de qué los rellena! —respondió la mujer encogiéndose de hombros—. Si hubiera cebollas baratas, les metería cebolla, pero no hay una sola en todo el mercado y la sal está por las nubes. Y las vísceras, como no las sales y les eches cebolla, huelen a estiércol. A no ser que las tengas una semana entera en remojo y las laves con leche.

Después de comprarle un bollo de col a la vendedora, Samsón se dirigió al puesto de Antonina Pojábkina. Al acercarse, vio que la mujer cubría la

mercancía con un periódico. ¡Toda la mercancía y no solo una parte de ella, como había declarado!

Capítulo 24

Cuando esa noche se juntaron los tres en torno a la mesa redonda a cenar avena y bollos comprados a Antonina en el bazar judío, Samsón no conseguía apartar de su mente la canción que había escuchado allá esa misma mañana. No la melodía, que era la misma que entonaban una y otra vez los cantantes callejeros, sino la historia, con cuyo origen, por así decirlo, Samsón tenía una relación directa y memorable.

Todavía ahora era capaz de ver con claridad la calesa que corría a toda velocidad por Tarásovskaia y al cochero que intentaba sujetar las bridas, el vagón del tranvía que salía por la esquina de Tarásovskaia y Mariínsko-Blagovéschenskaia, a los pasajeros muertos y, por fin, a los heridos que esperaban socorro. Todo aquello —en la memoria y en la canción— se superponía, se amalgamaba, se juntaba en un mismo lienzo en el que dos materias distintas —la materia de la memoria y la materia de la palabra narrada y cantada— se complementaban entre sí, como se complementan la lana de Yorkshire de un traje y el forro de satén. Es decir, dos géneros que pueden existir cada uno por su cuenta, pero que solo se convierten en un traje cuando los ha juntado la diestra puntada de un sastre.

Los pensamientos de Samsón saltaron sin freno al traje de Jakobson, que ahora poseía su propia historia, sorprendente y poco menos que increíble. Primero, los soldados del Ejército Rojo habían robado los patrones; después, el sastre alemán al que se los robaron se negó a admitir que eran suyos; seguidamente, un sastre distinto cosió el traje pagado con el dinero de la Milicia Obrera y Campesina; y, finalmente, el criminal, identificado gracias a ese mismo traje, se las apañó para sobornar a un soldado del

Ejército Rojo, que robó el traje ya confeccionado de la tercera planta del cuartel de la policía. ¡Menuda historia!

Aunque no sin dificultad, Samsón consiguió apartar los pensamientos sobre Jakobson. No obstante, el traje robado acarreó el amargo recuerdo del hueso de plata que le habían quitado del cajón del escritorio. Un hueso que llevaba el hermoso nombre en latín de *os femoris*. Pero, aun así, las impresiones del día, coronadas por la canción que escuchó en el mercado, eran todavía más fuertes. Y los bollos rellenos de vísceras regalaron al paladar sensaciones más agradables que las dejadas por la insípida avena, aun cuando les faltaba sal. Pero eran tiempos en los que la sal escaseaba en todo, como el azúcar. En eso estribaba la amarga verdad de que se vivía en un tiempo falto de todo, también de sabor.

—¡Usted parece un poco ausente hoy! —le espetó el doctor Vatrujin al dueño del apartamento, atreviéndose a romper el inusual silencio que reinaba esa noche en la mesa—. ¿Le duele algo?

—¡No! ¿Qué dice? —salió de su mutismo Samsón—. Es solo que en estos tiempos tan desapacibles cuesta tener la mente en calma.

—¡Ah, pues nuestra Nadia, en cambio, está siempre muy concentrada! —la elogió el médico y la miró con afecto—. ¡Debería estar orgulloso de ella! —añadió.

Samsón miró a Nadiezhda desconcertado.

—¡Tampoco es para estar orgullosos! —murmuró ella, avergonzada.

—¿Cómo que no? —insistió el médico—. ¡Si la acaban de premiar con una ración de alimentos a modo de *encouragement*!

—¿Qué es eso de *encouragement*? —preguntó Samsón, sorprendido de que Vatrujin continuara utilizando palabras francesas, como se hacía antaño.

—¡De estímulo! ¡De estímulo! ¡Y eso dice mucho de ella!

—¿Y qué contiene esa ración? —preguntó Samsón y, lamentando enseguida la curiosidad banal a la que lo había empujado el hambre, se corrigió a sí mismo—: O, más bien, ¿a qué se debe el estímulo?

—Bueno, no ha sido por el trabajo en la oficina de estadística, sino por los cursos de tiro. Por la puntería. Dos arenques y más de medio kilo de rábanos encurtidos.

—¿Os han vuelto a llevar al campo de tiro? —preguntó Samsón sorprendido, y dejó de masticar.

—A todas, no. A mí y a otras cuatro, las mejores tiradoras —informó Nadiezhda con evidente orgullo—. Ahora tenemos un instructor nuevo. ¡Un letón! Es joven, pero cojea por culpa de una herida que sufrió. ¡Ah, y habla con un acento tan chulo! Saben un poco raro estos bollos, ¿no? —dijo cambiando de tema de repente y mirando la empanadilla que comenzaba a comer, la segunda o, tal vez, la tercera ya. Le pegó otro bocado.

—Tiene mucha cebolla —le explicó Samsón—. Pero se ve que es del otoño pasado, vieja. Seguro que la guardaron congelada. —Miró a Vatrujin—: ¿A usted qué tal le ha ido la jornada? —le preguntó con ánimo de cambiar de tema.

—Bueno, yo también hago lo que puedo —respondió el doctor, como si quisiera escurrir el bulto—. Salí un rato hoy y avisé a tres pacientes de mi nueva dirección. Dos de ellos se pasaron más tarde. De modo que yo también estoy poniendo mi granito de arena en el presupuesto familiar. ¿Vio la placa en la puerta?

Samsón negó con la cabeza:

—¡La verdad es que venía tan absorto en mis pensamientos que iba mirando al suelo! —reconoció.

—¡Ah, y también pasé a inspeccionar mis dominios! —continuó el médico—. ¡Resulta increíble que todavía no los hayan saqueado! Me traje algunas cosas acá, pero ya las guardé en el dormitorio. Quería preguntarle si puedo guardar alguna ropa en el armario —dijo Vatrujin, y señaló con el mentón el voluminoso armario ropero que ahora estaba entre las dos ventanas que daban a la calle, en la pared opuesta del salón.

—Es que allí se guardan las cosas de mis padres —le explicó Samsón algo incómodo—, y no quisiera moverlas.

—¡Oh, sí, sí! ¡Desde luego que no! —se conformó el doctor. Y preguntó—: ¿Y en el baúl que hay vacío en el dormitorio? ¿Puedo poner mi ropa ahí?

—Sí, bueno, sí —lo autorizó amablemente Samsón—. ¡Ahí puede poner lo que quiera!

Cuando la cena llegó a su fin y bebieron el té que sirvieron después, el doctor se excusó y se retiró. Mientras Nadiezhda llevaba los platos y las tazas a la cocina, Samsón salió del apartamento con una vela encendida que aproximó a la placa que colgaba a la izquierda de la puerta. Se trataba del mismo emblema mudo que adornaba la pared junto a la entrada de la

consulta del médico en su propia casa: la silueta de un ojo en medio de un triángulo piramidal pegado a una placa de madera.

«Yo también estoy poniendo mi granito de arena en el presupuesto familiar», resonaron las palabras de Vatrujin en la cabeza de Samsón.

«¿Eso es que ahora considera que formamos una sola familia?», se preguntó Samsón sin el menor enojo. Simplemente, sintió el deseo de comprender mejor el alcance de lo dicho por el doctor.

En el dormitorio, se tumbó en la cama, pero el sueño no le venía. La que no paraba de sonar en su mente era la canción sobre el accidente del tranvía. Sonó una y otra vez, y acabó generándole un ligero desasosiego.

«Si ese caballo fue envenenado con cal para vengarse del cochero, y ese mismo caballo, perdidos los estribos, se estampó contra el tranvía, entonces no estamos ante un accidente, sino ante un crimen, ante un asesinato —se decía Samsón con los ojos clavados en el techo—. Pero todo el mundo cree que se trata de un desgraciado accidente. ¡Y, de ese modo, el envenenador del caballo y asesino del cochero acabará yéndose de rositas!». Samsón era consciente de que, mientras más pensara en la canción y en la historia que esta contaba, menos posibilidades tenía de acabar quedándose dormido. Se tumbó de lado, cerró los ojos, intentó dejar la mente en blanco. Pero la canción no paraba de sonar muy bajo, aunque la escuchaba perfectamente, como si quisiera que no se perdiera una sola palabra. ¡Hasta reconocía la voz del cantante del bazar!

Después de dar muchas vueltas, Samsón comprendió que no podía acallar la melodía que sonaba en su mente. Se incorporó, se sentó en la cama. Después se levantó y se puso el camisón. Se paró un rato frente a la ventana: la oscuridad desparramada al otro lado estaba en completo silencio; el portón de la entrada estaba cerrado a cal y canto.

Salió al salón. Pegó la oreja a la puerta del dormitorio de Nadiezhda. Aguzó el oído. Tiró suavemente de la puerta, que se abrió en silencio.

Se sentó en el borde de la cama con timidez. Los muelles dejaron escapar un suave gemido: lo suficiente para que Nadiezhda se despertara y tendiera la mano buscándolo. Sus dedos rozaron su rodilla desnuda.

—¡Acuéstate, anda! —lo invitó—. ¡Hoy se te ve tan indefenso!

Samsón se tumbó a su lado y la abrazó. Le contó en un susurro los pormenores del accidente, lo que decía la letra de la canción y las sospechas que tenía.

—¡Ay, niño mío! —lo tranquilizó ella, hundiendo los dedos en sus cabellos pelirrojos—. Mira, no te ofendas, pero hay algo que hace tiempo quiero decirte… ¡Tienes que centrarte y dejarte de historias! A ver, ¿cuál es el asunto más importante que te traes entre manos ahora?

—El caso de la carne —reconoció Samsón.

—¿Y en qué piensas?

—En el accidente del tranvía, en el traje perdido, en el chequista Abyazov, que fue quien me ayudó a liberarte del secuestro y al que, precisamente por culpa de eso, se lo han llevado de nuevo a la checa, en el soldado Kosiakin, a quien Jolodny prometió que no le pasaría nada y mira ahora… En el doctor este que tenemos aquí…

—¡Pues ya lo ves! —le dijo ella, y descargó su aliento caliente sobre su oreja—. Piensas en un montón de cosas, cuando lo que tienes que hacer es pensar en una sola. Los cantantes y los poetas escriben sus letras al hilo de los rumores, pero las verdades las escriben los reporteros y las publican los periódicos. ¿Por qué no lees mejor lo que los periódicos escribieron sobre ese accidente? ¡Así sabrás lo que sucedió de verdad!

La voz suave y aterciopelada de Nadiezhda comenzó a adormecer a Samsón por sí sola y, mientras se entregaba al sueño, comprendió que ella tenía razón, que una canción no es una prueba de nada, ni el testimonio recogido en las planas de un periódico; que una canción no es más que el grito de un alma que busca despertar emociones en otras almas.

En torno a las once de la mañana, Samsón bajaba por la calle Karaváievskaia en dirección a Tarásovskaia y Kreschátik cuando sus piernas lo condujeron a la casa en cuya segunda planta, adornado por ficus y palmas, se encontraba el estudio fotográfico de León Vishnevski. El viejo fotógrafo, blanco en canas, vivía en el piso que había sobre el estudio o, tal vez, en aposentos que se escondían detrás de algunas de las puertas que había en el amplio atelier. Entre sus exóticas plantas y las cajas llenas de fotografías se sentía el amo y señor de un país que se había inventado, uno que no tenía nada en común con el bullicio que hervía al otro lado de la ventana. Las puertas de su estudio podían ser tenidas por una suerte de frontera, que él cruzaba en una u otra dirección para volver siempre a su jungla fotográfica.

—¡Son ustedes tremendamente fotogénicos! ¡Los dos: usted y la encantadora señorita que lo acompañó! —elogió el viejo, mientras deslizaba los dedos por los abultados sobres de color marrón y papel basto —. ¡Aquí están! —exclamó por fin con júbilo y extrajo del sobre un retrato doble y un montón de pequeñas fotografías de las de guardar en los bolsillos. Estas últimas iban pegadas en trocitos de cartón—. ¡A ver qué le parecen!

La instantánea en la que aparecían los dos despertó en Samsón una tierna sonrisa. En la fotografía, la camisa de apache se veía de color negro y le dotaba de cierto parecido con un húsar desmovilizado o un gitano; Nadiezhda, vestida con su sarafán de campesina parecía más bien una veraneante enamorada.

—Le hice tres copias pequeñas —dijo el fotógrafo—: ¡Así tiene para regalar!

Samsón pagó la cuenta y estrechó la mano del artista. De repente, se descubrió pensando que le gustaba estar allí, en el estudio fotográfico, en aquel reino de palmas y hermosas instantáneas. Tal parecía que el mundo cerrado del anciano fotógrafo brindaba más seguridad que aquel otro mundo que se abría detrás de la puerta del estudio.

—¡Y no se olvide de que estaré encantado de volver a la comisaría! —insistió el viejo—. Solo la gente dichosa acude por su propia voluntad a hacerse fotografiar; y, hoy en día, de esa hay sorprendentemente poca. Y hacer pequeñas fotografías para documentos de identidad y cosas así resulta aburrido y muy pernicioso para la vista. ¡De modo que los retratos frontales y de perfil de las personas que arrestan me vienen como anillo al dedo!

De vuelta en el despacho, Samsón no pudo evitar alardear ante Jolodny de las fotografías. Sergui se mostró entusiasmado y recordó que también él se proponía ponerse delante de la cámara.

—La última vez que me hice fotografiar era sacerdote todavía —recordó —. Uno tiene que fijar su rostro en las distintas épocas que ha vivido, porque así se comprende mejor el veloz fluir de la existencia y se la valora más —añadió, y asintió con la cabeza, como si esas palabras las hubiera dicho otra persona y él estuviera mostrándose conforme—. ¡Por cierto, Nadiezhda y tú os veis más guapos en la foto que en la realidad! ¡Ese viejo es un mago!

—¡Ah, no! ¡No hay retoques en la foto! —protestó Samsón y, examinando atentamente la fotografía, dijo—: Es por la atmósfera del estudio.

—¿Qué haréis con las fotos? —se interesó Jolodny.

—La grande la enmarcaré y la colgaré en casa —respondió Samsón con tono resuelto—. Las pequeñas…, ¡le dedicaré una a Nadiezhda y se la regalaré! ¡Y ella hará lo propio con una de las suyas! Supongo que regalará otra a sus padres…

—¡No, no! ¡Las fotografías son algo muy serio! —protestó Jolodny con gesto grave—. Eso que cuentas es infantil, bagatelas de gente analfabeta. ¡Tú no eres así! Y Nadiezhda, lo mismo. No es una tonta del montón, sino una empleada de una institución importante. ¡Tenéis que hacer algo notable con motivo de estas fotografías! ¡Algo que os permita recordar este momento por el resto de vuestras vidas! Tú la amas, ¿no?

—Desde luego que sí —respondió Samsón, y miró sorprendido a su compañero.

Jolodny tomó el retrato en el que Nadiezhda y Samsón aparecían sentados en un diván con los hombros pegados y evitando juntar las manos.

—Esta, por ejemplo, es el tipo de fotografía que se hace después de una boda y se cuelga en la pared. ¡Y el viejo ya os ha hecho el retrato! Estos pequeñitos, bueno, estos sí son más normalitos…

—Es que no acabo de entender qué importa una boda…

—Está bien —dijo Jolodny, y dejó escapar un hondo suspiro. No había duda de que se preparaba para un sermón como los que pronunciaba antaño—: ¡Veo muy bien lo que tenemos aquí! Es que tengo el don de calar a la gente, ¿sabes? Y os veo a los dos sentados a la mesa, dedicándoos las fotografías con encendidas frases escritas en el dorso de la de cada cual, y después, incapaces de conteneros, juntaréis vuestros cuerpos. ¡Será como si una fuerza magnética os imantara! ¡Y sentiréis que eso es lo mismo que intercambiar los anillos bajo el altar! ¿Entiendes lo que te digo?

Samsón se quedó pensativo. Las palabras de Jolodny comenzaron a cobrar sentido en su mente.

—Entonces, ¿crees que debería ser algo más solemne? ¿Qué tal si pido su mano, si le ofrezco mi corazón?

—¡Ahora sí estás entendiendo algo! ¡Y tú solito! ¿Recuerdas aquella capilla de la que te hablé, la del sendero del perro? Donde oficia el

antipope. ¡Pues podéis contraer matrimonio allá!

—¿Cómo que matrimonio? ¡Y en una capilla! —Samsón lo miró atónito—. ¡Pero si hemos renegado de Dios!

—¿Qué importa lo que hayamos hecho nosotros? Además, ¡Dios no ha renegado de nosotros! ¡Dios ni siquiera reniega de quienes renegaron de él! Además, el que oficia en esa capilla es un antipope: ¡él tampoco cree en Dios! ¡Será como una antiboda, algo en contra de Dios! ¡La oficiará un excomulgado! ¡Un desafío a Dios y una fiesta para vosotros dos!

—Habrá que darle un par de vueltas a eso —dijo Samsón desconcertado—. ¡Le preguntaré a Nadiezhda a ver qué le parece!

—¡¿Qué dices?! ¡Así lo estropearás todo! Lo que tienes que hacer es llevarla engañada. ¡Busca cualquier pretexto! ¡Ah, y antes te pones de acuerdo con el pope! ¡Así le montas una sorpresa a la muchacha, la coges desprevenida! Mira, ¡cuando enredas a alguien y le das una alegría después, le estarás haciendo el triple de feliz! ¿Quieres que lo hable yo con él? ¡Lo conozco como la palma de mi mano! ¡Estudiamos en el seminario juntos!

Jolodny sonrió con aire de conspirador, pero se enfurruñó enseguida y desabotonó los tres primeros botones de la chaqueta, se metió la mano bajo la tela y sacó el crucifijo de plata colgado de la cadena. Después, hundió la mano otra vez bajo la camisa.

—¡Me pica la quemadura! —explicó al advertir la cara de preocupación de Samsón.

—¿Te estás untando la pomada que te dio el doctor?

—¡Si hasta creía que ya se había curado, pero la cruz es pesada y a cada rato raspa la costra de la quemadura!

—¡Pues no la lleves, entonces!

—¿Cómo no la voy a llevar? —Jolodny bajó la cabeza y miró al crucifijo que colgaba ahora por encima de la ropa—. ¡Si ya me ha salvado la vida dos veces! Mira, mira —dijo levantándolo—. ¡Esto es la huella de una bala que paró! ¡Y eso que ves a la izquierda se lo hizo un cuchillo con el que me atacaron! ¿Cómo no la voy a llevar siempre encima después de eso?

—Pues envuélvela en un pañuelo o en un trozo de trapo para que la plata no toque la carne —sugirió Samsón.

—¡Caray! ¡Esa sería una hipóstasis muy apropiada! ¡Así lo haré! —se alegró Jolodny de la propuesta de su compañero.

Capítulo 25

El sol de aquel sábado de abril resultó engañoso, pero Samsón solo pensó en eso cuando ya se habían alejado poco menos de una versta de casa. La idea de llevar a Nadiezhda engañada a su propia boda no la pudo poner en práctica —simplemente, no podía hacer algo así—, pero, cuando le confesó el verdadero propósito del paseo, los ojos de la ilusionada muchacha brillaron como sendas estrellas polares. El traje color beis de su padre que se puso Samsón, pues no tenía uno propio adecuado para la ceremonia, no fue suficiente para protegerlo del viento frío que dejó en sus mejillas y sus labios, al primer roce, la humedad que subía desde las olas del Dniéper. Se volvió entonces hacia Nadiezhda, quien sí había encontrado en su ajuar unos vestidos apropiados tanto para el carácter íntimo y a la vez festivo de la ocasión como para el preocupante momento histórico que vivían. A saber, un largo vestido azul adornado con un delicado encaje blanco. En lugar del sombrero que, antaño, habría correspondido a un vestido así, Nadiezhda eligió una boina azul, que quería insinuar que nada tenía en contra de participar en manifestaciones revolucionarias y concentraciones populares. En pocas palabras, su atuendo era el adecuado. ¡Hasta el adusto Sergui Jolodny la observaba con interés, y hasta respeto, mientras avanzaban hacia su destino! Jolodny y Samsón habían acordado vestirse para la ceremonia sin la menor insinuación al oficio de policías que compartían. El resultado de tal acuerdo Samsón lo percibía ahora de una forma bastante peculiar. No solo se sentía inquieto por el hecho de ir desarmado, sino también porque el traje veraniego de su padre, que le quedaba un poco holgado, lo hacía doblemente vulnerable. Con su sola

apariencia parecía retar a los transeúntes, que tanto se esforzaban en pasar por criaturas grises, insignificantes ratones. También sentía que desafiaba a la memoria de su padre, porque, aparte del traje, se había calzado los zapatos que este utilizaba en la casa de campo, que incluso a él le apretaban, a pesar de lo mucho que los apreciaba. Los zapatos, que alguna vez fueron blancos, ahora se confundían con el color beis del traje, pero llevarlos resultaba incómodo e, incluso, doloroso. Las uñas de los primeros dedos se clavaban en los segundos y estos, a su vez, presionaban a los terceros. Samsón no sentía el resto de los dedos, de manera que suponía que a estos les iría bien bajo el apretón de los zapatos.

—¡Con tal de que papá y mamá encuentren la capilla! —dijo Nadiezhda con cierta inquietud, y miró a Samsón.

«¡Así que es eso lo que más le preocupa!», pensó Samsón y sonrió complacido.

—¡La encontrarán! ¡Y no empezaremos sin ellos! —le prometió.

—No se perderán: ¡cualquier cochero conoce bien el camino! —añadió Jolodny.

La brisa amainó, y volvían a andar por el lado soleado de la calle. Delante tenían las casas de la Ciudadela de la Exposición. Aún les quedaban unos veinte minutos para llegar.

«¿Por qué no tomamos una calesa?», se preguntó Samsón, pero recordó enseguida que Nadiezhda aseguró que uno debía memorizar el camino que había recorrido en los momentos especiales de la vida.

El camino, esa mañana, los había llevado por Zhiliánskaia hasta Bolsháya Vasilkóvskaia, bordeando luego el pie de la colina Cherepánova, donde aún se percibían vestigios del desvanecido lujo de la Ciudadela de la Exposición que tanto lustre dio a la ciudad desde 1913 y hasta hacía muy poco. Luego atravesaron el parque Alexándrovski hasta llegar a la llamada «brecha revolucionaria» que había en la valla, un agujero del tamaño de las puertas de un rico palacete, y tomaron la calle Prozoróvskaia hasta alcanzar el Sendero de los Perros.

Samsón sintió un leve estremecimiento cuando puso un pie en el sendero y escuchó el murmullo fugaz del arroyo Klovski. Fue como si pasaran del mundo real a un mundo encantado, lleno de gigantes y monstruos. La propia entrada al sendero tenía algo de embudo. Avanzabas hacia él siguiendo un camino amplio y hollado por miles de pisadas y, de repente,

abandonabas la vía empedrada y te metías en una vereda que se estrechaba, y el Sendero de los Perros acababa tragándote como lo haría una ciénaga. De hecho, por él se andaba en una sola dirección: ¡hacia el monasterio! Mientras se acercaban al sendero, de repente vieron a una mujer vestida de monja sumergirse en la boca del embudo y, tras ella, a un viejo con un cayado, mientras que nunca vieron a nadie que saliera del sendero y tomara el camino del empedrado.

—¡Ay! —exclamó Nadiezhda, y se detuvo a observar sus botas. Ya desde los primeros pasos por el sendero, las puntas de ambas se habían manchado de barro húmedo.

Abrió el bolsito que llevaba colgado del brazo y sacó un pañuelo minúsculo. Lo miró y, después, presa del desconcierto, bajó la vista a las botas.

Samsón se acuclilló frente a ella y la tranquilizó con la caricia de sus ojos, que le decían a su novia que él se encargaría de los zapatos. Metió la mano en el bolsillo de la americana, donde solo encontró lo que había traspasado a él desde la chaqueta: dos *kérenki* y algunos rublos nuevos, revolucionarios. Sin pensárselo mucho, Samsón cogió una *kérenka*, escupió en ella y comenzó a limpiar el barro de las botas de su amada.

Bastó avanzar un minuto por el sendero para que Samsón fuera consciente de la inutilidad de su afán. El arroyo continuaba murmurando ahí al lado, y, seguramente por su causa, aparecían charcos aquí o allá, que resultaba muy difícil esquivar. También los zapatos del propio Samsón, antes blancos y ahora de color beis, se habían tornado marrones de tanto barro. Además, ya se había olvidado de que le apretaban y le causaban dolor. ¡Ahora solo tenía cabeza para pensar en el debido decoro que se ha de mostrar cuando uno va a contraer matrimonio, en la incorrección que entrañaba hacerlo con los zapatos sucios y una apariencia desaliñada! Nadiezhda caminaba por delante con cuidado: se sujetaba los bajos del vestido que había levantado del suelo. Samsón le iba un poco a la zaga, intentando no salpicar barro con su andar torpe y mancharle así el traje a la novia.

Nadiezhda se detuvo de repente y se volvió hacia Samsón:

—¿Cómo van a encontrar el camino mis padres? ¡No van a poder pasar por aquí!

Un perro ladró a lo lejos. Otros perros le respondieron enseguida con sus ladridos feroces. Nadiezhda lució horrorizada.

—¡Claro que encontrarán el camino! —discrepó Samsón—. Les mandé una nota con unos soldados. Y respondieron que vendrían sin falta. Lo único que pidieron fue que los recogieran en la calle Basséinaia.

—¿Y quién los va a recoger allá? —exclamó desesperada Nadiezhda.

—¡Yo lo haré! —le respondió Sergui Jolodny, que caminaba cinco pasos por delante de ella y se había parado para tranquilizarla explicándole su plan—. ¡Ahora os dejo allá en manos de mi camarada y voy a buscarlos!

Pronto los arbustos comenzaron a ralear y a ambos lados de la hondonada aparecieron huertas. Era la primera vez que Samsón visitaba aquel paraje. Entre sus amigos, el Sendero de los Perros siempre tuvo mala fama. De ahí que se sintiera ahora como una suerte de aventurero y descubridor con la curiosidad que se les presume a ambos, a la vez que como un urbanita asustado, que camina conscientemente y resignado hacia el peligro. Pero, al avanzar por esa senda, Samsón también caminaba hacia el futuro que le esperaba como hombre de familia. No podía saber cuántos peligros lo acechaban en ese porvenir. Aunque podía ser que peligros, ninguno, y que solo le esperaran un amor que duraría hasta su muerte y el deber que se tiene con la familia. En cualquier caso, sus temores un poco infantiles se juntaban en su mente con los anhelos juveniles de dicha y encantamiento, y todo ello hizo que, en lugar de lamentarse por el calamitoso estado del sendero, lo aceptara como la vía que lo estaba conduciendo a felices consecuencias.

Diez minutos después, dieron con un sendero aún más pequeño que partía del principal y corría hacia la derecha entre los arbustos. Jolodny lo tomó; Samsón y Nadiezhda siguieron sus pasos.

Pronto, por delante de ellos, por encima de los arbustos, brilló un crucifijo de hierro; después, apareció el techo de una pequeña capilla. Por fin, salieron a un descampado en cuyo centro se alzaba la construcción de madera pintada de azul celeste. El sendero terminaba en el umbral manchado de barro del modesto edificio.

Jolodny llamó a la puerta con dos golpes. Dentro, descorrieron el cerrojo de madera. En el hueco de la puerta apareció una cara redonda y algo sucia con una nariz carnosa y grandes orejas. Unos cariñosos ojos grises miraron a los recién llegados. Los gruesos labios dibujaron una sonrisa.

—¡Sed bienvenidos! —tronó el hombre, que vestía sotana y tenía la cabeza descubierta y despeinada.

—Me voy a buscar a los padres de la novia —advirtió Jolodny al anfitrión—. ¡Solos no conseguirían llegar!

Samsón y Nadiezhda entraron a la capilla. Dentro olía a tabaco. O tal vez fuera el aliento del dueño del lugar, que aparentaba unos cuarenta años y se presentó con entusiasmo:

—¡Mi nombre es Mitri!

—¿Dmitri? —quiso precisar Samsón, sospechando que no había escuchado bien.

—¡Mitri! ¡Mitri! —repitió el hombre. Y explicó—: ¡Viene del griego antiguo «mitra», que significa «amistad»!

Samsón dijo su nombre y presentó a Nadiezhda.

—¿Qué tratamiento debemos darle? —le preguntó enseguida al anfitrión—. ¿Padre Mitri?

El hombre negó con la cabeza.

—¡No soy vuestro padre! ¡Soy vuestro hermano! ¡Hermano Mitri, me debéis llamar! —explicó, y después de una breve pausa añadió—: ¡Ahora vivimos en una hermandad, de modo que yo también os llamaré «hermanos»! Tú eres el hermano Samsón, y tú —dijo mirando a la novia—, la hermana Nadiezhda.

Samsón lo escuchaba, mientras examinaba el lugar con el rabillo del ojo. Le llamaron la atención un sencillo iconostasio de madera en el que aparecían los rostros familiares, los que nunca faltaban, un gran candelabro de casi un metro de altura, dos sillas pegadas a la pared, del lado derecho, y un banco y una pequeña mesa en la pared de la izquierda. En la mesa reposaba un librito con las tapas de cuero negro. Probablemente, se tratara de las Sagradas Escrituras. El interior de la capilla formaba una figura cercana a la de un cuadrado. De pared a pared había unos diez pasos. ¿Por qué, entonces, Jolodny llamaba «anticapilla» a aquel lugar? ¡Lo mismo por fuera que por dentro, aquello no tenía nada de raro! Allí no había carteles que proclamaran «¡Dios no existe!», ni estrellas rojas pintadas con gruesas pinceladas.

—Sentaos por ahora aquí —los invitó Mitri señalando el banco, y, dirigiéndose a Samsón, preguntó—: ¿Y qué hay de tus padres? ¿No vendrán?

—Mis padres ya no viven —le respondió Samsón en voz baja—. Descansan en el cementerio Schekavítskoie junto a mi hermana.

—Entonces, habrá que encontrar muy pronto el tiempo para hacerles una visita, presentarles nuestros respetos, ponerlos en conocimiento de las buenas nuevas y pedirles su bendición —dispuso el amo de la capilla.

—Desde luego que sí —se conformó Samsón—. ¡Eso haré!

—Huele mucho a tabaco aquí —dijo Mitri alzando la nariz—: ¡Encenderé un cirio!

Una cerilla raspó el esmeril y encendió un cirio en el candelabro que podía acomodar tres decenas de velas. Un aroma a miel se esparció enseguida por la capilla desplazando el olor a tabaco.

—Antes de la ceremonia, quiero deciros algo —dijo Mitri, y se acomodó en una silla que colocó a dos pasos del banco para encarar a los novios—. No vayáis a pensar que os voy a casar de acuerdo con el rito de la Iglesia. Yo no creo en Dios. ¡Tengo mis propias ideas sobre todo esto! ¡Más humanas! Aquí nadie se pone de rodillas ni se pega cabezazos contra el suelo. Tampoco hay vigilias nocturnas con la gente de pie durante horas y horas. ¡Hay que respetar a las personas! Los hombres tienen piernas para andar por los caminos y no para estarse de pie sufriendo. De modo que os voy a casar como se casará a la gente el día de mañana. ¡Sin humillaciones, sin temores! Porque casarse no os da miedo, ¿verdad que no?

—No —susurró Nadiezhda—. ¡Más bien todo lo contrario! ¡Nos da curiosidad!

—¡Eso está muy bien! —tronó Mitri—. ¡Yo tuve miedo la primera vez! ¡Y Masha, mi novia, también estaba muerta de miedo, la pobre! Le daba miedo casarse, y le daba miedo ir en contra de la voluntad de sus padres. Y pasamos de un miedo a otro por medio del rito del matrimonio, lo que me hizo odiar a muerte al pope que nos casó. ¡Todavía no se me ha pasado la rabia que sentí! Bueno, sé que no podía hacerlo de otra manera. Ni podía ni sabía cómo hacerlo. Tampoco nosotros sabíamos ni podíamos actuar de otra manera. Nuestros padres, lo mismo. ¡Ahora sí podemos hacer las cosas a nuestro antojo! Por eso la palabra «monje» me resulta tan cara. Pero la palabra «hermano» me es más próxima aún.

—¿Eso es que se casó dos veces? —preguntó Nadiezhda, sin poder esconder la sorpresa.

—Dos veces, sí —le respondió Mitri sin inmutarse—. Pero la segunda vez no fue con una mujer que me uní en matrimonio. Fue con una idea. Con la idea de que todos somos iguales y que el reino de Dios nos espera no en el más allá, sino en este mundo. Solo hay que cambiar la naturaleza humana hasta hacerla irreconocible. La que conocemos es repugnante, lamentable. Habría que incinerarla por medio del fuego y de la ciencia. Hasta sus propios cimientos, hasta la raíz… ¡Os prepararé un té en lo que esperamos! —dijo levantándose de golpe.

Mitri desapareció detrás del iconostasio. Se escuchó el sonido del agua corriendo. Luego, un sonido rítmico y mecánico indicó que el anfitrión estaba cebando la cocinilla de queroseno. Finalmente, chasqueó una cerilla y se escuchó la presión de la llama. El olor a tabaco se tornó más intenso enseguida.

—No me gusta este lugar —le susurró Nadiezhda al hueco de la oreja segada de Samsón.

El susurro pareció quemarle el oído. Samsón se levantó y se sentó del otro lado para que la voz de Nadiezhda se dirigiera a su oído sano.

—Susúrramelo otra vez —le pidió en un murmullo.

Ella rozó su oreja con los labios y susurró:

—¡Te amo!

Él se volvió hacia ella, su mirada se posó en los labios de la joven y después los alcanzó con sus propios labios.

—¡Besaos! ¡Besaos! —se escuchó la voz de Mitri—: ¡A fin de cuentas, este es el templo del amor!

Samsón se estremeció. Nadiezhda se estremeció también. Y el deseo de besarse se escondió de repente, como si se hundiera en la madriguera de otros anhelos secretos.

El té tenía cierto aroma a heno. Se escuchó ladrar a unos perros.

—Por aquí hay unas cinco manadas de perros salvajes —explicó Mitri, que se sentó nuevamente frente a ellos, ahora con una taza de té en la mano —. ¡Hace poco despedazaron a dos borrachos! Los enterré aquí, detrás de la capilla. Este es el único lugar de todo Kiev en el que confluyen tres fuerzas distintas. Dos son fuerzas oscuras y una es una fuerza de luz. Por aquí pasa un camino corto hasta el monasterio y por eso lo toman las peregrinas y los peregrinos, a los que aguardan tanto los bandidos como los perros. A los peregrinos los roban y les pegan, pero rara vez los matan. Pero los perros a

veces los muerden hasta el hueso. ¡Hay peregrinos que, cuando se acercan, se les apartan los bandidos y los perros! ¡No se atreven a morderlos! A veces los perros atacan a los bandidos, los despellejan hasta la muerte…

Samsón se percató de que Nadiezhda se iba encogiendo poco a poco a medida que escuchaba a Mitri. La estaban asustando de lo lindo los relatos del amo de la capilla.

—A mí los perros no me tocan —continuó Mitri—. Los bandidos tampoco. Los conozco bien a todos. A veces vienen a confesar sus pecados. Sobre todo, cuando han matado a alguien. A fin de cuentas, son personas como cualquier otra. Uno era profesor de instituto: daba clases de educación física y deportes. Contaba que lo asaltaron y le pegaron una vez, pero después les dio pena y se lo llevaron a la banda. Eso sí, no le devolvieron lo robado. Le dijeron que se lo quitara él a alguien para que supiera lo duro y triste que era ganarse la vida con el oficio de bandido.

—¡¿Qué va a ser ese un oficio?! —se le escapó a Samsón.

—¡No juzgues y no serás juzgado! —objetó suavemente Mitri.

—Pero ¿cómo quiere que no juzgue a un bandido? ¿Acaso no sabe que Sergui y yo servimos en las filas de la milicia?

—Los caminos del Señor son inescrutables —lo aleccionó Mitri—. ¡Podéis meter en la cárcel a quien queráis, pero sería mejor que os abstuvierais de juzgar a la gente!

Samsón se calló. Era consciente de que iniciar una discusión podría estropear un día tan importante. Bebió un sorbo de té. Percibió el sabor a heno en la boca.

—Me han entrado ganas de fumarme un pitillo —declaró Mitri, y miró en dirección a la mesilla en la que reposaba el libro.

Decidido, se acercó al tomo, lo abrió, le arrancó una página, depositó unas hebras de tabaco en el papel y lo enrolló. Encendió otra cerilla y volvió a la silla con la taza de té en una mano y el pitillo entre dos dedos de la otra. Una vez acomodado en la silla, le echó el humo en la cara a Samsón.

—¿Eso lo aprendió en los cursos de interrogatorios? —le dijo Samsón sorprendido de su propia pregunta.

Mitri mostró su desconcierto y preguntó antes de dar otra calada al pitillo:

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, nada, es que recordé unos cursos a los que fui en los que nos enseñaban a echar el humo en la cara de los detenidos.

—¡Ah, entiendo! —asintió Mitri—. ¿Eso es que tú también fumas?

—No, yo solo fumo en comisión de servicio.

Se escuchó ruido afuera. Alguien había alcanzado el umbral y se sacudía el barro de los zapatos golpeándolos contra la tarima. Llamaron dos veces a la puerta.

Samsón siguió a Mitri con la mirada y se fijó en el pesado cerrojo de madera, que este sacó de la ranura de hierro forjado que estaba fijada al marco de la puerta por el lado izquierdo. Jolodny entró el primero a la capilla. Lo seguían, con el susto en la cara, los padres de Nadiezhda: Trofim Siguizmúndovich y Liudmila Nikanórovna. La última, por cierto, parecía algo más gruesa que la última vez que Samsón la vio.

—¿Llegamos muy tarde? —preguntó Jolodny.

—¡¿Cómo íbamos a comenzar sin vosotros?! —respondió Mitri—. ¡El respeto a los padres de los novios es un deber sagrado!

Liudmila Nikanórovna se obligó a sonreír a modo de respuesta y comenzó a despojarse de la túnica verde de género áspero.

—¡Ayúdame! —le exigió a su marido.

Él la ayudó. La madre de Nadiezhda llevaba un vestido de seda verde con mangas recubiertas con terciopelo del mismo color, aunque en un tono más oscuro.

—Te dije que te vistieras a la manera inglesa —le reprochó ella a su marido, examinando críticamente el correcto traje de lana de color marrón que el hombre había elegido.

—¡Estáis muy guapos los dos, mamá! —intervino Nadiezhda mirando a su madre con visible nerviosismo.

—Vuestra hija lleva razón —tronó Mitri—. ¡A fin de cuentas, no estáis dando un paseo por el muelle junto a los barcos que albergan restaurantes! ¡Habéis venido a casar a vuestra hija!

—¡Sí, sí! —convino el padre de la novia.

—¡Perdón! ¡Perdón! —se excusó la madre.

—¡Bien! ¡Comencemos entonces! —zanjó la conversación Mitri, y apagó el pitillo en un cenicero que había sobre la mesilla, donde lo dejó—. ¡Poneos de pie! —mandó, y les preguntó enseguida—: ¿Os amáis uno al otro?

Los novios de pusieron de pie.
—¡Sí! —respondió Samsón con encendida pasión.
—¡Sí! —musitó Nadiezhda.
—¡Desde hoy y hasta el fin de vuestros días estáis obligados a alimentar ese amor en vuestras almas y a mantener viva la roja llama de su fuego en el seno del hogar que forméis, sea este próspero o humilde! ¿Prometéis perdonaros mutuamente las faltas, sean pequeñas o grandes?
—¡Lo prometo, sí! —respondió Samsón.
—Lo prometo —dijo Nadiezhda en un susurro.
—Vuestro camino juntos estará sembrado de alegrías y de penas, de sonrisas y anhelos. ¡Solo la fe os ayudará a recorrerlo con dignidad hasta el final! La fe que tengáis uno en el otro. Desde hoy y hasta el fin de vuestra vida en común os constituís en dioses el uno para el otro. ¿Estás dispuesto, Samsón, a reconocer en Nadiezhda a tu diosa y a obedecerla siempre y sin condiciones?
—¡Lo estoy! —aseguró Samsón.
—¿Estás dispuesta, Nadiezhda, a reconocer en Samsón a tu dios y a obedecerlo siempre y sin condiciones?
—¡Lo estoy! —dijo Nadiezhda en un susurro.
—Donde hay fe y hay dioses, deben existir pruebas de fe, pruebas de amor —declaró Mitri. Y exigió—: ¡Intercambiad esas pruebas! Antes, escribid en cada una el juramento de vuestra eterna fidelidad.
Samsón comprendió de qué iba la cosa y se sacó del bolsillo las dos fotografías. Entregó a Nadiezhda la suya, el retrato ovalado.
Mitri desapareció detrás del iconostasio y volvió con un tintero en el que había encajadas dos plumas.
—¡Sentaos y escribid! —mandó señalándoles la mesilla, de la que apartó antes el libro con las tapas de cuero y el pitillo a medio fumar.
Los jóvenes se sentaron a ambos lados de la mesilla. Samsón fue el primero en empuñar la pluma. Al ver la gota de tinta roja que colgaba del plumín se quedó paralizado. Cuando esta cayó por fin en el tintero, se volvió hacia Mitri:
—¿Tinta roja? —preguntó pensativo.
—Roja, sí —confirmó Mitri—. Roja como la sangre, porque ese es el color con el que se firman los juramentos y las promesas.
Samsón asintió suavemente y fijó la vista en el dorso de la fotografía.

«Con devoción y amor para mi querida esposa Nadiezhda, de su marido, Samsón», escribió con cuidada y hermosa caligrafía. Después, añadió la fecha y escribió, debajo de todo, «Kiev».

«A mi amado y fiel esposo Samsón, de su sumisa y leal esposa, Nadiezhda», anotó Nadiezhda raspando el papel con el plumín, y sus labios esbozaron una sonrisa.

—¡Intercambiad las fotografías y guardadlas con esmero para siempre! ¡Hacedlo de tal manera que vuestro amor se convierta en una leyenda que repitan vuestros nietos! —dijo Mitri, y su voz de trueno sonó esta vez sorprendentemente cálida, como si también él se sintiera colmado de gozo por el enlace matrimonial que había oficiado.

Después de guardarse las fotografías, los recién casados se abrazaron y besaron.

La madre de Nadiezhda prorrumpió en sollozos de alegría. Sus hombros se sacudían al ritmo espasmódico de su llanto. Trofim Siguizmúndovich abrazó a su mujer y la apretó contra su cuerpo.

—¡Enhorabuena! —dijo Mitri, dirigiéndose a los recién casados. Luego miró a los padres de Nadiezhda—: ¡Enhorabuena a vosotros también!

Por último, miró a Sergui Jolodny:

—A ti te felicito igualmente, hermano Sergui. ¡Me alegro por tu camarada y su felicidad! ¡Ahora ya podemos regalarnos con algunas alegrías terrenales! ¡Gracias por todo lo que has conseguido y traído!

Samsón miró sorprendido a Jolodny, pero este le había dado la espalda y abría una puertecilla de hierro que conducía a un sótano de cuya existencia Samsón no se había percatado antes.

—¡Bajemos a disfrutar de las alegrías terrenales! ¡Celebremos el júbilo de estos dos jóvenes! —invitó Mitri a los padres de Nadiezhda y, agarrando la vela que había encendido en el candelabro, echó a andar el primero por las estrechas escaleras que conducían al sótano.

Capítulo 26

A pesar de tener las mismas dimensiones que la planta principal, el sótano de la anticapilla daba la sensación de ser mucho más amplio. Eso no lo cambiaban los tres grandes barriles que había en la esquina a la derecha de la escalera. Los muros estaban encalados, lo que significaba que habían sido construidos con ladrillos o piedras. Había humedad en el aire viciado del recinto, pero la nariz la percibía menos que aquella que lo permeaba todo en la casa de Samsón.

Samsón fue el segundo en bajar, después de Mitri. El anfitrión ya había tenido tiempo de encender con la llama de la vela que llevaba en la mano otras diez velas clavadas en un segundo candelabro. La luz que subía de ellas hizo que el techo del sótano se elevara más alto. En la pesada mesa de madera de roble situada a la izquierda de la escalera esperaban dos pesados paquetes y un montón de periódicos aplastado por un largo cuchillo de cocina con el mango de madera.

—¡Esto da mucho miedo! —dijo Liudmila Nikanórovna en cuanto hubo llegado abajo—. ¡No me dirá que aquí es donde duerme! —le espetó sin ambages al dueño de la capilla.

Este se dio la vuelta para responderle.

—No, aquí es donde como, pero duermo detrás del iconostasio —le explicó.

—¡Oh, sí! ¡Tiene una alcoba tan espaciosa detrás del altar que caben dos personas perfectamente! —Jolodny, al percatarse de la mirada de reproche que le había lanzado Mitri, añadió—: A veces me dejaba pernoctar aquí, y dormíamos tumbados en el suelo uno al lado del otro.

—¡Sería mejor que me echaras una mano! —lo cortó Mitri señalando los paquetes que había sobre la mesa—. ¡Ni siquiera sé lo que has traído!

—¡Oh, sí, sí! ¡Ya me ocupo!

Samsón repasó nuevamente el interior del sótano. Ahora que se habían reunido allí los cinco, la sensación de que era muy espacioso se había moderado bastante. Apenas cabían todos. El padre de Nadiezhda no paraba de moverse, mirando con miedo a los barriles. Nadiezhda se había quedado muy quieta, como si esperara algo o pensara en alguna cosa bien concreta.

Samsón miró hacia la escalera. Meneó la cabeza con un gesto de sorpresa porque ni Nadiezhda ni su madre se hubieran caído al bajar. Era una escalera tremendamente vertical, como las que recuestan en los aleros de las casas rurales para que la gente suba a los techos en los cambios de estación para retirar el heno viejo y reponerlo con hierba fresca.

—Dejad que queme un poco de incienso y ya veréis como el aire se hará más respirable —farfulló Mitri acercándose a una pared.

—¿Y qué hay en los barriles? —preguntó Trofim Siguizmúndovich.

—En dos de ellos hay pólvora, y en el tercero, ¡pepinillos!

—¿Pólvora? —preguntó aterrorizado el padre de Nadiezhda con los ojos fijos en la cerilla que Mitri acababa de encender.

—¡Oh, sí! Es de la que quedó en los almacenes de la artillería. Me la trajo un conocido mío. «¿Te sirve?», me preguntó. Y yo le dije: «¡En estos tiempos no se sabe lo que a uno le va a servir!». ¡Lo que costó bajar esos barriles aquí!

—Pero ¿para qué la quiere? —preguntó el padre de Nadiezhda. En su voz se percibía ahora más curiosidad y sorpresa que recelo.

—¡Es que los monjes del monasterio de aquí al lado no paran de amenazarme! Creen que les robo a los peregrinos que se dirigen allá. De modo que, como traten de quemarme en la hoguera por mi fe, abriré la puerta, me meteré aquí abajo y lo haré saltar todo por los aires. ¡Que suceda como en la iglesia de los Diezmos!

—Bueno, no fue eso lo que sucedió en la iglesia de los Diezmos —terció la madre de Nadiezhda.

—Bien, sí, la verdad es que fue un poquito diferente —admitió Mitri, pero en un tono que dejaba a las claras su deseo de zanjar la discusión en ese punto. Después tiró del incensario de plata que colgaba de una cadena,

levantó la tapa, introdujo la cerrilla encendida y sopló para avivar el fuego que ya quemaba el incienso.

El olor suave y tranquilizador del incienso inundó la estancia. Mitri sujetó el incensario a un gancho en la pared y se dirigió a otra pared, y después a las otras dos. De ese modo se paseó por los cuatro incensarios. Ahora, respirar en el sótano llenaba los pulmones de un aire cálido y eclesial.

Sergui Jolodny cubrió la mesa con periódicos, colocó encima unos vasos acanalados y deshizo los envoltorios de papel que guardaban la comida. Aparecieron diversos trozos de carne ahumada y curada junto a un cuarto de hogaza de pan de centeno.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Liudmila Nikanórovna juntando las manos—. ¿De dónde han salido estos lujos?

Jolodny, que ya cortaba los fiambres con el cuchillo, le dijo:

—¡Dada la ocasión, el jefe me dio permiso para llevarme algunas carnes requisadas en el bazar judío! ¿Dónde si no íbamos a encontrar exquisiteces como estas?

Los hombres acercaron dos bancos y un taburete a la mesa. A Nadiezhda la sentaron en el taburete, mientras los otros cinco comensales ocuparon los bancos. Jolodny escanció en los vasos un licor oscuro.

—¿Y eso qué es? —preguntó la madre de Nadiezhda un poco asustada, y alzó el vasito y lo puso contra la luz de las velas para determinar la transparencia de la bebida.

—Es un destilado de corteza de roble —le respondió Jolodny y bebió un pequeño sorbo. La alertó—: ¡Cuidado, que es fuertecito!

—¿No hay nada más suave? Algo más apropiado para las damas… —preguntó Liudmila Nikanórovna con voz quejosa.

—Bébetelo poco a poco, mamá —le dijo afectuosamente Nadiezhda—. ¡No hace falta que te bebas el vaso hasta el fondo!

—¿Cómo no me lo voy a beber hasta el fondo si brindaremos por la felicidad de los novios? —preguntó desconcertada la mujer.

—Algo apropiado para las damas… —repitió Mitri algo perplejo—. A ver… Es que sois las primeras damas que me visitan aquí. ¡Si es que aquí nunca viene nadie! Pero ya que sois las primeras…

Mitri se levantó y se dirigió hacia el barril de la izquierda, levantó la tapa de madera y la colocó sobre el barril contiguo, uno de los que contenían

pólvora. Un olor a salmuera y eneldo en remojo lo inundó todo. Mitri se arremangó la sotana, adoptó una postura de luchador y, doblando ligeramente las rodillas ocultas bajo los faldones y juntando el hombro con el borde superior del recipiente, midió el largo de su brazo sobre el exterior del barril, a ver qué profundidad alcanzaría. El resultado no lo complació.

—Tú debes de tener los brazos más largos que los míos, ¿verdad, Samsón? —le preguntó. Y lo llamó—: ¡Acércate!

En efecto, el brazo de Samsón resultó ser un poquito más largo. Mitri lo ayudó a quitarse la chaqueta y la camisa, y pidió a la concurrencia que no mirara hacia ellos. Seguidamente, y siguiendo las instrucciones del amo de la capilla, Samsón metió el brazo en la fría salmuera, apartando los pepinillos crujientes, se apoyó con el sobaco en el borde del barril y solo entonces consiguió alcanzar el cuello de la botella depositada en el fondo. La sacó.

Mitri estuvo un minuto largo frotando la mano y el brazo de Samsón con periódicos. Cuando estuvieron secos, los olió y, negando con la cabeza en señal de descontento, descolgó uno de los incensarios de la pared y lo sacudió delante del brazo hasta envolverlo en el humo del incienso. Después, olió el brazo de nuevo y, satisfecho por fin, devolvió el incensario al gancho del que colgaba.

Tras ayudar a Samsón a vestirse, Mitri se acomodó a su lado y levantó el vaso:

—¡Por esta nueva familia! —brindó.

—¡Felicidad, abundancia y una descendencia numerosa! —añadió al brindis el padre de Nadiezhda.

—¡Y amor! —se apuntó a la lista la madre de la novia.

—¡Bebedlo hasta el final y, después, besaos! —culminó Mitri el largo brindis.

El beso fue tan intenso como el sabor del licor de corteza de roble. A Samsón le habría gustado apretar a Nadiezhda con más fuerza aún, pero se lo impedían dos circunstancias: la primera, la timidez que marcaba las relaciones entre ellos; la segunda, el hecho de que la besaba inclinado sobre la mesa y con una de sus esquinas clavándosele en el muslo izquierdo.

Separados los labios de los novios, Mitri descorchó la botella verde que Samsón había sacado del fondo del barril. Para sorpresa del padre de Nadiezhda, contenía un vino ligero francés cuyo nombre se podía leer lo

mismo con los ojos que con los dedos, porque las bonitas letras latinas sobresalían en relieve sobre el vidrio. Liudmila Nikanórovna chasqueó la lengua y saboreó el vino. Previamente, Trofim Siguizmúndovich había ayudado a su mujer a vaciar el vaso para que el vino no se mezclara con el licor, que se echó al gaznate de un solo trago.

El tiempo se detuvo. La fragancia de los cuatro incensarios llenaba el aire de fantasías y anhelos. Las velas ardían con intensidad y a Samsón le costaba tomar consciencia de que no alumbraban rostros de santos, sino los de personas vivas y saludables. No había allí una sola imagen sagrada de las que le resultaban familiares desde la infancia. También los incensarios servían el humo para los vivos, para personas que gozaban de buena salud y festejaban el enlace matrimonial. La única presencia divina allí podría haber sido la del hermano Mitri, si no se hubiera encargado él mismo de decir antes que «¡Dios no existe! ¡Lo que existe es la fe!». Esto solo podía significar que, en realidad, no había sido Dios quien los había unido allá arriba, sino otras fuerzas, energías nuevas y revolucionarias, que mudaban sobre la marcha, quebrándose y reconvirtiéndose, negando y enseñando. Y eso, inevitablemente, condujo a Samsón a la certeza de que no sabía nada de la vida nueva y las nuevas reglas. No sabía dónde obtener un documento que certificara su matrimonio, dónde informar de su nuevo estado civil y qué beneficios y consecuencias les traería a Nadiezhda y a él la notificación del enlace. Porque lo que tenía claro era que una familia tenía derechos distintos de los que regían para los solteros o las solteronas. ¡Y otras obligaciones, desde luego! Incluso en los decretos que regulaban la requisa de bienes se consignaba siempre lo que correspondía a «una familia» y a «cada individuo por separado». Entonces recordó cuando le había tocado leer el ucase en el que, con letras negras, o más bien grises, sobre el fondo amarillento del papel ponía: «La norma permitida de mobiliario es de una silla por persona más una silla por familia para invitados, una cama por persona y un sofá por familia, una mesa de comedor por familia…».

Puede que ahora, masticando la carne de cerdo ahumada, no recordara con total precisión el texto del papel que le habían metido bajo las narices el día que acudieron a llevarse el escritorio de su padre para ponerlo al servicio del Estado, pero el sentido era ese. ¡Sin duda alguna! ¡Una familia gozaba de mayores derechos que un hombre solitario o que, incluso, un miembro de una familia tomado por separado! ¡A una familia le

correspondían más muebles y otros derechos! Y eso solo podía significar que, a partir de ahora, Nadiezhda y él estaban mejor protegidos contra los avatares de la vida. Aunque lo cierto era que las instituciones en las que ambos trabajaban —la oficina de estadística y la milicia— los mantenían a salvo de requisas y onerosas obligaciones. Y eso era así porque ambos, por medio del trabajo que realizaban, ya servían a la construcción de la nueva vida en una sociedad que nadie acababa todavía de comprender del todo.

La carne que quedaba se la repartieron a partes iguales. La bebida restante se la dejaron a Mitri, lo mismo el licor que el vino.

Ya estaba oscuro afuera, lo que provocó cierta demora en salir al exterior de la acogedora capilla sin ventanas. Liudmila Nikanórovna temía adentrarse en la penumbra. Por si fuera poco, una manada de perros no paraba de ladrar cerca de allí. Sin pensarlo mucho, Mitri cogió un revólver que guardaba detrás del iconostasio y disparó cuatro veces en dirección a los perros. Los ladridos cesaron como por arte de magia.

—¡Marchaos ahora, que cualquiera que ande suelto por aquí se cuidará de asomar la cabeza en media hora! ¡Los perros también se habrán dado el piro! Son bestias listas y saben lo que hace una bala.

—¿Cómo vamos a andar en esta oscuridad? —preguntó Trofim Siguizmúndovich inseguro.

Mitri se apartó y volvió con unas velas encendidas. Entregó una a cada uno y los empujó, con indisimulado énfasis, hacia el umbral.

El cerrojo de madera crujió al cerrarse por dentro.

Empuñando cada uno su vela, los cinco visitantes se encaminaron a la ciudad en fila india. Por lo visto, los charcos se habían secado bajo el sol de la jornada, porque las suelas de los zapatos no chapoteaban ni eran succionadas por el barro.

Samsón fue el primero en despertar a primera hora de la mañana siguiente. Después de la ajetreada noche de bodas, Nadiezhda dormía plácidamente. Su carita redonda aplastaba la mullida almohada con la mejilla izquierda y reflejaba una serena felicidad.

Samsón le dejó una nota prometiendo volver hacia las ocho y salió a la calle en busca de un cochero. La ciudad dormía aún y tan solo unos pocos

ruidos vagos y distantes eran traídos por el viento que los arrastraba por los tejados.

Samsón avanzó hasta el bazar judío y, frente a los baños de la plaza Gálitskaia, descubrió a un cochero gordo, dormido en el pescante. Tiró de la manga del abrigo acolchado del hombre, que se despertó de golpe.

—¿A dónde va? —preguntó.

—Al cementerio Schekavítskoie.

Los cascos del caballo repiquetearon por la calzada desierta, en medio de la ciudad dormida, y esa música se elevó al cielo juntándose con el moderado ruido que ya comenzaba a generar la vida en la ciudad.

En algún momento, Samsón tuvo la sensación de que el cochero conducía dormido. Sentado pesadamente por delante de él, su cabeza caía hacia los hombros. ¿A dónde lo llevaría el caballo si el cochero dormía? Samsón miró a ambos lados de la calzada. Las farolas estaban apagadas, pero la grisura que precede al alba ya desnudaba ante sus ojos las calles y las esquinas. No había dudas de que el coche lo estaba llevando en la dirección correcta por la calle Dmítrovskaia. Después, tomó Monastírskaia hasta el Barranco de los Sajones. Desde allí, el cementerio quedaba a tiro de piedra.

Samsón no se dio cuenta del momento en que comenzó a dormitar. El sonido de los cascos se atenuó y se integró en el sueño. Otros sonidos se unieron a él, ruidos que no eran de este mundo. Aves desconocidas comenzaron a cantar, el verdor que tenía ante sus ojos cerrados se agitó con un suave murmullo, como si él fuera un niño pequeño que se abriera paso entre espesos matorrales en busca de un misterio. Sintió un dulzor en los labios, pero pronto al dulce sabor se le añadió el toque amargo de un licor de corteza de roble y, aun por encima de este, el aroma que se expande por una bodega cuando se levanta la tapa de un barril con pepinos en salmuera. Y entonces, a su lado, más cerca del lugar donde piaban los pajarillos, se escuchó la tierna voz de su madre: «¡Samsónchik! ¡Cariñito! Dasha ha hecho una pasta de untar. ¡Corre a poner un poco en el pan!». Samsón comprendió que se encontraban en la dacha, cerca de Vasilkovo. Y que los matorrales verdes se correspondían con los que crecían en aquel rincón de la dacha, el más salvaje, el más descuidado, en el que nadie más que él se atrevía a adentrarse. Allí estaba el enorme hormiguero y crecían las ortigas. ¡También se agitaban las enormes hojas de rábano picante! Y ahora, en

cualquier momento, aparecería Dasha, la criada que tenían en el campo, y lo sacaría de allí siguiendo órdenes de su madre. Después, le lavaría las manos, sucias de tierra y hierbas, y lo sentaría a la mesa a tomar té acompañado con la merienda. Esta vez la merienda consistiría de un trozo esponjoso de pan de trigo que él tendría que untar de pasta. ¡Ay, vaya si le gustaba aquella pasta de campo, la *mazunia*! Era dulcísima. Se hacía con harina de rábano negro a la que se añadían miel, melaza y nuez moscada. ¡Bueno, nuez moscada le ponía la gente rica, porque los campesinos no la habían visto jamás! Pero Dasha sí que le ponía. Porque, cuando una criada se colocaba en una familia de gente instruida, enseguida comenzaba a incorporar las recetas que veía y las reinterpretaba a su manera campesina. Los amos acababan encantados con los platos que salían de las manos campesinas. Es lo que sucedía con la *mazunia*, por ejemplo. Que se tornaba dulzona y saciante. ¡De hecho, se podía tomar como plato principal y no como postre!

Samsón se pasó la lengua por los labios en el sueño y sintió el dulzor. Le pareció estar saboreando la pasta dulce.

En eso, su mano se inquietó y corrió a meterse en el bolsillo interior de la chaqueta. Fue a comprobar si había olvidado llevar consigo la fotografía que debía regalar a sus padres. Era el retrato en el que aparecían ambos y que habían dedicado a los padres y la hermana de Samsón. La mano se tranquilizó cuando alcanzó el borde superior del cartón y descendió suavemente hasta apoyarse en el suave asiento relleno de guata. A Samsón no lo abandonó el sueño dulce, campestre e infantil mientras continuó el viaje al cementerio. Ahora, a medida que se aproximaba al camposanto, al piar de los pajarillos se sumaron los graznidos de los cuervos: vigorosos, hambrientos, matinales, joviales.

—¡Eh, ciudadano! ¡Ya hemos llegado! —le avisó el cochero sacudiéndolo del hombro—. ¡Pague lo que debe, tenga la bondad!

Una vez recibido el pago, la calesa salió dando tumbos y se perdió de vista al girar por un callejón.

Samsón echó a andar con paso vacilante, todavía soñoliento, hacia la tumba de sus padres. De repente, su pie tropezó con algo blando. Se detuvo en seco. Un pensamiento fugaz le hizo pensar que había tropezado con un cadáver, dado que caminaba por un cementerio. Lo aterraba bajar los ojos. Pero entonces escuchó el furioso bufido que dejó escapar la fierecilla que

huyó a la carrera. Samsón apenas alcanzó a ver la cola rojiza de un zorro. Se acuclilló. Observó la tierra húmeda de la mañana en la que comenzaba a abrirse paso la hierba fresca. Tuvo el deseo de acariciar esa hierba, de mostrarle la pena que sentía por ella. A fin de cuentas, por el hecho de crecer precisamente allí, aquellas briznas de hierba alimentaban su vida de la muerte de los otros.

Arrancó unas briznas de hierba y las examinó de cerca. No se diferenciaban en nada del resto de las hierbas, ni de las que crecían en el campo, ni de las que crecen en los barrancos. Se las llevó a la boca, las mascó buscando el sabor de la muerte. Nada. Aquella hierba sabía a lo mismo que cualquier otra. Recordó una ocasión en la que, siendo un niño, compitió con sus amigos a ver quién se comía más rápido un manojo de hierba. Fue en el bosque de los Cadetes y la prueba no consistía en tragarse la hierba sin más, no: había que mascarla bien, había que comerla antes de tragarla. Samsón acabó el último, porque pasó mucho rato mascando y le interesaba el sabor de la hierba: quería tenerla más rato en la boca para comprenderlo mejor. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que todo lo que crece en la tierra lleva el sabor de la tierra y añade más o menos del sabor propio a aquel primero. Las patatas añaden menos, por ejemplo. ¡Y las manzanas añaden más! ¡De hecho, las manzanas apenas saben a tierra!

Una carnosa corneja de Kiev graznó sobre su cabeza. Samsón levantó la vista. El ave estaba posada en la copa de un viejo roble. Graznó de nuevo.

Samsón se irguió, sacudió el polvo de sus pantalones y se miró la ropa: ¿estaba presentable? ¡Iba a visitar a sus padres, nada menos! Unos anfitriones que ya nunca cambiarían de dirección y a los que no alcanzaba con el correo ordinario.

«Deben de tener frío», pensó, y miró la tierra bajo sus pies. Desvió la vista hacia la derecha: había una cruz de madera de los viejos creyentes pintada de azul. En el cruce de los dos brazos de la cruz había una estampita de papel; debajo, un nombre ilegible en una tablilla. «Así es como el tiempo borra la memoria de la gente», le pasó por la mente. «Por eso los ricos hacen que los nombres de los suyos sean grabados en piedra y no pintados en madera».

Samsón suspiró y siguió adelante esquivando cercas y tumbas sin cercar. Llegó hasta el espacio del cementerio Schekavítskoie que le era más caro.

Volvió a acuclillarse, ahora ya delante de la tumba que guardaba a los suyos.

—He venido a pedir la bendición para la novia —susurró mirando al pequeño montículo de tierra. Todavía no crecía hierba en él.

Sacó las fotografías, leyó las dedicatorias en voz alta para que lo escucharan bien si es que se oía algo allá abajo. Luego extrajo del bolsillo una hoja de periódico y envolvió con ella las fotografías que colocó «cara a cara». Con ello buscaba preservarlas el mayor tiempo posible de la acción destructora de las fuerzas subterráneas de la naturaleza. Hundió la mano en la tierra dura, que no cedió con facilidad. Consiguió, no obstante, meter la mano hasta la muñeca. Después, la hundió aún un poco más e introdujo en la hendidura el regalo que había traído a sus padres. Por último, alisó la tierra con la palma de la mano.

—¿Se filtra mucha agua hasta vosotros? —preguntó en un susurro—. ¡Con la de nieve que se ha fundido, más las lluvias que han venido después!

Fue decirlo y sintió unas gotas de lluvia corriéndole por la nuca. Alzó la vista al cielo: estaba limpio de nubes, coloreado de un azul intenso, iluminado por un sol que todavía no se dejaba ver. Pronto el astro rey estaría en lo alto del cielo, lo calentaría todo, secaría el rocío. También la tumba.

—Os echo de menos —dijo en otro susurro.

Se quedó pensativo. Volvió a mirar al cielo, pensó en Dios. En que Dios todavía habita la mente de los hombres, porque son irresponsables. ¡Dios es responsable de todo y por eso está ahí! Para algunos, existe. Para otros, existe unas veces y otras no. Para algunos, Dios no existe ni ha existido jamás. ¡Ah, pero la palabra «Dios» la conoce todo el mundo! ¡Esa sí que existe! ¡Y detrás de cada palabra se esconde un objeto, o una idea!

Un viento frío pareció levantarse de la tierra húmeda y le golpeó en pleno rostro. Algo pasó velozmente sobre su cabeza. Probablemente, un pájaro. Pero el cerebro de Samsón se asustó. Miró arriba y cayó de costado, con apenas tiempo para apoyarse en una mano. Tuvo la sensación de que habían agitado un sable sobre su cabeza, que alguien volvía a intentar darle muerte como sucedió en aquella ocasión, en marzo.

Tardó unos tres minutos en recuperar el sosiego, su respiración se aceleró, cerró los ojos, recordó aquellos momentos terribles, a su padre tumbado en el suelo, muerto, con sus botas inglesas de color azul, y recordó

también cómo, después, volvió al lugar de la matanza con el doctor Vatrujin: los cosacos se habían marchado y alguien se había llevado las botas de su padre.

Samsón recuperó lentamente la paz que es propia de los cementerios y solo en ellos se encuentra.

Permaneció en cuclillas unos minutos más. Luego, se limpió la mano frotándola contra la corteza de un tilo que crecía a unos metros de la tumba y, tras hacer una reverencia a los suyos a modo de despedida, echó a andar hacia la salida.

Su mano, manchada de tierra, aún percibía el frío de la tierra matutina. Tuvo ganas de lavarla con agua tibia, pero sabía que no la encontraría allí.

La calle Lukiánovskaia estaba en silencio y desierta. Caminó hasta el Barranco de los Sajones, la calle Soliánaia, dobló en la esquina de Monastírskaia. Las cornejas graznaban detrás de él. Cada vez más lejos, porque se alejaba de los robles altos, centenarios. Los árboles que encontraba ahora eran más bajos, más jóvenes. Esos solo complacían a los gorriones.

Cerca de los barracones que hay frente al monasterio Pokróvskoie, vio una carreta que acababa de descargar. El carretero estaba ocupado con el arreo de los caballos cuando Samsón lo abordó y, aparte de dinero, le prometió un cuarto de libra de carne ahumada —un buen trozo que comer con pan— si lo llevaba. Saltó enseguida sobre el costado de madera. El heno que había en el fondo de la carreta era suave, lo que alivió el viaje: las carretas no son como las calesas: resultan duras y carecen de resortes. También son más lentas. Se pusieron en marcha. La espalda sufría por la falta de un respaldo en el que apoyarse. Samsón se estiró sobre el heno cuan largo era. El cielo azul de la mañana, atravesado por rayos de oro, comenzó a navegar por encima de él. Se sintió un niño otra vez. Los muros y los tejados de las casas parecían nadar en dirección contraria a la de la marcha.

«¡Aquí comienza la nueva vida, pues!», pensó Samsón y, por alguna razón, recordó el rostro del doctor Vatrujin.

Y también pensó que el doctor aún no sabía nada del cambio que se había producido en sus vidas, la vida de Nadiezhda y la de él mismo.

Capítulo 27

Esa mañana Samsón caminaba hacia la comisaría con paso firme y pesado. Tenía la sensación de que, tras la ceremonia del antimatrimonio, había ganado peso. Tal vez fuera el resultado de la mezcla de las emociones positivas y las preocupaciones por el porvenir. Aunque también podía deberse a la taza adicional de té que había bebido esa mañana, cuando, en medio del desayuno, informaron al doctor Vatrujin, todavía con el rostro arrugado por el sueño, del enlace y de que, consumado este, ahora eran marido y mujer. Desconcertado y tomado por sorpresa, el doctor comenzó por hacer toda suerte de aspavientos disculpándose por haberse presentado en la mesa sin un regalo apropiado, pero después se levantó de un salto y corrió a su despacho. Volvió enseguida con una amplia sonrisa en el rostro y un objeto brillante en las manos.

—¡Aquí tienen! —anunció, antes de felicitarlos y ofrecer a Samsón unas extrañas tijeras de acero, que más bien parecían unas pinzas—: ¡Les deseo dicha y descendencia! Esto me lo regaló Vera Ignátievna Gedroitz en una ocasión en que discutíamos acerca de la revolución. Por alguna extraña razón, pensó que yo apoyaba ese sangriento motín. ¡¿Se lo pueden creer?! ¡Para ustedes sí que es un regalo muy apropiado!

—Pero ¿qué es esto, exactamente? —preguntó Samsón examinando el instrumento quirúrgico.

—¡Es una pinza para cerrar el cordón umbilical de los recién nacidos! —les explicó Vatrujin, y sonrió de nuevo, esta vez haciendo un guiño.

Nadiezhda se sonrojó y fue a la cocina con el pretexto de traer mermelada. Samsón se sintió obligado a servir otra taza de té en señal de

agradecimiento. Y era ya la tercera.

Tras tomar ahora la calle Tarásovskaia viniendo de Mariínsko-Blagovéschenskaia, como hizo el tranvía del accidente, Samsón llevaba consigo esa sensación de pesadez, por mucho que tuviera la mente clara y un magnífico estado de ánimo. Lo que no podía era explicarse el motivo y la naturaleza de tal incomodidad.

A punto de llegar a la comisaría distinguió la figura de la chiquilla que esperaba a unos pasos de la entrada. Reconoció en ella a Sofía, la hija de Briskin. Volvía a llevar un bulto en la mano. No hacía falta preguntarle qué había dentro.

—¿Vienes a ver a papá? —le preguntó Samsón.

La niña asintió.

—¡Déjame el paquete, que se lo haré llegar y me aseguraré de que nadie se lo arrebate! —le propuso.

Sofía se lo tendió obedientemente. Después, lo miró con aire de súplica.

—¡Hoy no lo podrás ver! ¡No puede ser! —le aclaró Samsón, consciente de lo que ella esperaba de él—. Tal vez mañana. Pero hoy tengo que marchar enseguida por unos asuntos.

Desde luego, no tenía sentido decirle que los asuntos concernían, precisamente, al caso de su padre.

—¡Vete, vete! —la echó—. ¡Este no es un buen lugar donde estar parada!

En efecto, una docena de personas esperaban inmóviles con paquetitos semejantes al de la niña. Desconcertadas, buscaban con la mirada a cualquiera que pareciera dispuesto a ayudarlas. Daba la impresión de que ya habían hecho saber de sí mismos y de sus peticiones, y ahora aguardaran un gesto de misericordia.

Y, en efecto, un soldado del Ejército Rojo salió del edificio, encontró con la mirada a una mujer joven vestida con ropa gris y un pañuelo en la cabeza, se acercó a ella, cogió el paquete que le tendió y se internó con él en la comisaría.

«Así es como funciona esto», se dijo Samsón.

Ya en el interior del edificio, ordenó al agente que estaba de guardia que condujera a Briskin a la sala de interrogatorios. Él mismo se dirigió también allá. Por suerte, estaba vacía. Junto al taburete atornillado al suelo había una mancha de sangre seca. Percibió enseguida el sabor de la sangre en su propia boca, como si le hubieran roto el labio.

Samsón tomó asiento al otro lado de la mesa. Desde ese ángulo no veía la sangre, de manera que estaba libre de las asociaciones que esta le pudiera producir.

El soldado introdujo a Briskin en la sala con cierta violencia. Samsón miró al soldado. Con la cara llena de moratones, fueran el producto de una borrachera o de una paliza, estaba claro que el hombre no estaba teniendo un buen día.

—¡Quédate al otro lado de la puerta! —le ordenó, y pensó que ahora le resultaba más fácil impartir ese tipo de órdenes sencillas. Se sentía más seguro en el desempeño de su trabajo.

Cuando se quedaron a solas, Samsón le entregó el paquete. Briskin lo deshizo rápidamente en el regazo. Al ver los dos huevos, sonrió, y esa minúscula, apenas perceptible sonrisa permitió que Samsón se percatara de un pequeño cambio ocurrido en su fisonomía. En la hilera superior de dientes había aparecido un hueco: le faltaba una pieza.

Entretanto, Briskin había pelado un huevo con las manos temblorosas y se lo comió deprisa. Después, hizo lo propio con el segundo, pero con este le pasó factura la falta de agua y se atragantó. Al ver las muecas que hacía, Samsón llamó de un grito al guardia y le ordenó que pidiera una taza de té a Vasyl.

Briskin se bebió el té de un solo trago, como si ya se hubiera enfriado.

—¿Cómo está ella? —preguntó secándose los labios con la manga.

—¿Sofía? —quiso asegurarse Samsón, aunque respondió sin esperar la respuesta—: ¡Pues lo echa de menos, desde luego! ¡Puede que se vuelvan a ver en unos días!

—¿Es que me queda mucho tiempo encerrado aquí?

Samsón negó con la cabeza.

—Redactaremos la sentencia en unos pocos días. Ya solo falta que interroguemos a su Shúrochka.

—¿Le harán daño? —se asustó el detenido.

—Espero que no.

—¡Ojalá esa esperanza llegue a los oídos de Dios!

Samsón lo miró desconcertado. Pensó en Nadiezhda —«esperanza» en ruso—, aunque, ciertamente, ella nada tenía que ver con el deseo de Briskin.

El detenido miró al suelo y clavó los ojos en la mancha de sangre. Se estremeció y sacudió la cabeza:

—¿Podría atender aquel ruego que le hice? —preguntó, y solo después de haber hablado apartó la vista del suelo.

—¿Cuál, concretamente?

—¡Llevar a mi Sofía a casa de Shúrochka! ¡Sofía no sobrevivirá sola en casa! ¡Dios no quiera que los bandidos se enteren de que pasa las noches sola ahí! ¡Shúrochka sabe de su existencia y la acogerá! ¡Así Sofía tendrá algo que comer, la pobre!

—Está bien —le prometió Samsón—. ¡Así lo haré! ¡Pero tendrá que ser después de que se haya dictado sentencia! ¡Antes, resulta completamente imposible!

—Entiendo —convino Briskin y pidió—: ¡Dicten sentencia de una vez, entonces! Lo estoy pasando muy mal aquí. Anoche mismo me pegaron una paliza.

—¿Quién le pegó? ¿Por qué?

—¡Comerciantes de poca monta, como yo! Tres tipos. Les pregunté cómo podían apoyar el poder soviético, si los habían encerrado aquí por culpa de las nuevas disposiciones. ¡Entonces me llamaron contrarrevolucionario y me pegaron una paliza! Estaban borrachos, desde luego. Uno de ellos había conseguido una botella de aguardiente que le dio alguno de los guardias. Me ofrecieron un trago, pero yo no puedo beber aguardiente. Por mi salud, ¿sabe? Y lo rechacé.

—¡Será por eso que se ganó la paliza! —dedujo Samsón.

—No, fue por la política. ¡Después comenzamos a discutir de política!

—De modo que usted es contrario al nuevo régimen, ¿es así? —se interesó Samsón como si tal cosa.

Briskin se mordió los labios demorando su respuesta, pensándosela:

—¡No, yo estoy decididamente a favor! —dijo por fin—. Lo que pasa es que todo orden nuevo requiere de un tiempo para que la gente lo asimile. ¡Tiempo y educación! Vamos, que habría que informar de los cambios con tiempo y no de un día para otro, ¿me entiende?

Samsón asintió:

—¡Muy bien! ¡Ya puede marcharse! —dijo. Después llamó al guardia y le ordenó conducir al arrestado a su celda.

Samsón subió a la tercera planta y, antes de recogerse en su despacho, se asomó al de Naiden.

—¿Me permite un momento, camarada jefe? —preguntó al verlo leyendo unos informes escritos a mano.

—¿Qué traes? —preguntó Naiden abandonando la lectura.

—¡Nadiezhda y yo nos hemos casado!

—¡Enhorabuena! ¡Habéis hecho lo correcto! ¡Es un paso en la dirección correcta! —. En los ojos de Naiden se apreció de repente un destello de bondad—. Y ahora ¿qué?

—Precisamente, le venía a preguntar si se necesita algún documento que acredite el enlace.

—¡Yo mismo te lo hago! ¡Eso es coser y cantar! ¡Y le pongo un sello! Ya le digo a Vasyl que nos lo prepare. ¡Porque esto —añadió señalando los papeles que tenía en las manos— me trae hoy de cabeza! ¡Vuelven los robos extraños! ¡Se llevan la plata y no tocan el resto de las cosas de valor! ¡Saquearon el monasterio de Pechersk y ocho pisos en Kiev! Tú tuviste un caso parecido, ¿no?

Samsón asintió. Se acordó de Jakobson, recordó la sastrería del alemán en Basséinaia, y el tiroteo con aquel belga tan raro e ingenuo.

—¡Déjeme que averigüe lo que está pasando con eso! —le prometió a Naiden.

—¿Qué es lo que vas a averiguar, exactamente?

—Bueno, tengo a Jakobson en la cárcel. Lo puedo interrogar, ¡a ver qué nos da!

—¿Jakobson? —repitió Naiden—. ¿Ese no es el que le encargaba a los soldados del Ejército Rojo que robaran la plata que guardábamos aquí? ¡Interrógalo, desde luego!

Ya sentado en su escritorio, Samsón recordó su reciente visita a los baños de la plaza Gálitskaia y la sospecha de que había visto allí a Jakobson entre los vapores. Ahora bien, ¿cómo era posible que Jakobson estuviera en los baños si cumplía condena en la cárcel? Entonces, no había sido él.

Dejó la pistolera sobre el escritorio, salió al pasillo y llamó a Vasyl.

—¡Sí, sí! ¡Ya Naiden me contó y estoy preparando el documento! —dijo en cuanto entró al despacho.

—¡No llamo por eso! —protestó Samsón. Y le ordenó—: Llame a la prisión de Lukiánovskaia, y avíselos de que iré a interrogar a uno de los

presos, a Jakobson.

—Para eso se requiere enviar un telefonograma, porque esas citas las adjuntan a los expedientes.

—¿Cómo lo enviamos?

—Redacta brevemente la solicitud y fírmala. Entonces, yo los llamo y se la leo. Ellos preparan su respuesta, nos llaman y nos la leen. Seguidamente, yo la copio al dictado, tú estampas tu firma y se adjunta la nota al expediente.

Samsón asintió y escribió la solicitud, que extendió a Vasyl sin esperar a que se secara la tinta.

No habían pasado tres minutos desde que se marchara Vasyl cuando la puerta se abrió sin aviso previo y entró Jolodny. Iba vestido de manera informal con unos pantalones grises que le quedaban algo grandes y una camisa azul descolorida y sin cuello. Al percatarse de la mirada de estupor que le dedicaba su compañero, Jolodny dejó escapar un hondo suspiro y puso cara de culpabilidad. Sin cambiar el gesto ni apartar la vista de Samsón, alcanzó su mesa.

—¡Un desastre! —dijo por fin con voz quejosa—. Se me han meado encima, ¡literalmente! ¡Mira que me había jurado que dejaría de caminar bajo las ventanas! ¡Tenía que haber cogido la calzada!

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Samsón al notar que el cabello de Sergui estaba mojado y pringoso.

—Desde los tiroteos de marzo, me muevo siempre pegado a las casas. Así puedo echarme al suelo junto a los muros si se arma de nuevo la gorda. ¡Dios cuida a la gente precavida, ya sabes! Pues esta mañana venía para acá por la Karaváievskaia y, ¡pam!, desde una ventana de la primera planta me bautizaron con un cubo de aguas menores. ¡En plena cabeza! ¡Y en los hombros! La guerrera quedó hecha un asco enseguida, y la cabeza, ¡imagínate! ¿A dónde iba a ir así? Tuve que volver a casa, sacar agua del pozo y lavarme con esa agua helada. Si hubiera sido domingo, me hubiera ido derechito a los baños, pero hoy… Tuve que arreglármelas solo… Y me puse lo primero que encontré…

—¡Mis condolencias! —lo apoyó sinceramente Samsón—. Pero así no puedes ir a hacer trabajo policial. ¿Y qué pasó con tu arma, por cierto?

—La dejé en casa, porque, como los de la checa me vean con pistola y estas pintas, me llevan preso al instante…

—Eso es verdad —convino Samsón. Y le aconsejó—: ¡Vete a ver a Naiden y repórtale! ¡Pero no vayas a enfadarlo contándole la verdad!

—¿Qué verdad?

—¡Tú dile que los enemigos te echaron meados encima, porque ibas en uniforme de policía! —le aconsejó.

—Sí —se mostró conforme Jolodny después de pensarlo unos instantes —. ¡Y puede que lo hicieran por eso, ya lo creo! —añadió—. ¡Me fijé bien en la ventana! ¡Voy a pasar por allí más tarde! ¡Les haré una visita a esos cabrones!

—Cuando hables con Naiden, prométele que mañana tendremos resuelto el caso de la carne. Y yo que pensaba que lo cerrábamos hoy…

—¡Bueno, chico, perdóname! ¡Uno no puede prever que se le van a mear en la cabeza!

—Eso es verdad —asintió Samsón—. ¡Cuídate de que no se enfade! ¡No vayas a decir algo de más! ¡Mañana interrogamos al último testigo y sanseacabó! Tu uniforme se habrá secado mañana, ¿no?

—¡Eso espero! Lo colgué en la ventana donde pega el sol.

—¿No te lo robarán?

—Es una segunda planta, así que no creo que… —Jolodny frunció el ceño al ver la inquietud dibujada en el rostro de Samsón. También él se preocupó—. ¡Mejor me acerco a casa después y lo meto dentro! —dijo.

Jolodny abandonó el despacho, pero, antes de que Samsón se concentrara en el expediente del caso de la carne, que tenía delante, la puerta se abrió de nuevo. Era Jolodny otra vez:

—¡No puedo! —susurró—. ¿Cómo voy a aparecerme delante del jefe con estas pintas? ¡Si no me reconocía ni el guardia de abajo! ¡No me dejaba entrar! Y, como no traía el carnet, porque se mojó todo en el bolsillo de la chaqueta y lo dejé secándose encima de la mesa… ¡Le puse una taza encima para que no se lo lleve el viento, eh! ¿Por qué no le informas tú al mandamás?

A Samsón no le apetecía volver a incordiar al jefe, pero no le quedó más remedio, de manera que fue y le contó las aventuras de Jolodny con los meados.

—¿Cuándo vais a acabar con el caso de la carne, entonces? —le preguntó Naiden con un grito en el que había más desesperación que enojo.

—¡Mañana lo tendremos! ¡Mañana, sin excusas! ¡Y prepararemos la sentencia antes de que anochezca! —le prometió Samsón.

—Menos mal que ya no hay tribunales —reflexionó Naiden—, que ahora podemos juzgar aquí mismo. ¡Porque si no esto sería el cuento de nunca acabar! ¡Y los bandidos y los especuladores campando por sus fueros!

Cuando Samsón volvió al despacho, ya Jolodny se había marchado. Los rayos del sol entraban por la ventana e iban a caer, precisamente, sobre su mesa. El escritorio de Jolodny carecía de la elegancia del de Samsón, aparte de que no existía ninguna relación entre el dueño y el objeto. Por lo visto, se trataba de un escritorio que había pertenecido a un funcionario de poca monta y no a todo un profesor. Tampoco tenía encima una carpeta llena de documentos y un tintero. Lo único que reposaba sobre la mesa de Jolodny, y en una esquina, era un libro de tapas negras. Samsón no había reparado antes en aquel libro. Ahora le dio por echarle un vistazo. Al abrirlo se quedó de una pieza: ¿acaso Jolodny leía en inglés? El libro se titulaba *The Wisdom of Father Brown* y su autor era Gilbert K. Chesterton. A Chesterton se lo leía mucho antes de la revolución. Las revistas elegantes como *Nivá* u *Ótdyj* no paraban de ocuparse de él, ya fuera imprimiendo sus fotografías o dedicándole artículos. A fin de cuentas, el tipo era una presa fácil para los caricaturistas: medía casi siete pies de altura y pesaba trescientas libras. ¡Era un gigante, no un hombre!

Para su contento, Samsón descubrió que no había olvidado el inglés y podía leer sin esfuerzo aquel libro escrito con una prosa tan sencilla. Pero sus pensamientos volvieron enseguida a ocuparse de su compañero de oficio: ¿acaso se les enseñaba inglés a los sacerdotes? ¿No parecía más adecuado que emplearan su tiempo aprendiendo griego antiguo y latín?

Pasó las hojas del libro y se detuvo en el inicio del primero de los relatos: «Paradise of Thieves». «El paraíso de los ladrones», tradujo para sus adentros y una sonrisa afloró a sus labios. ¡Ahora entendía por qué Jolodny tenía aquel libro sobre su mesa! ¡Lo había convertido en su libro de cabecera, porque se comparaba a sí mismo con el padre Brown! También aquel era un sacerdote que dedicaba su tiempo libre a resolver asesinatos misteriosos. Y, por mucho que Jolodny sostuviera que no creía en Dios, lo cierto es que llevaba un crucifijo colgado del cuello y tenía la vocación de investigar crímenes.

A Samsón le entró la risa tonta, pero la cortó en seco enseguida, porque pensó en lo que pensarían al otro lado de la puerta si lo escucharan. ¿Quién iba a entender algo así? ¡De solo imaginar que Naiden lo pudiera oír!

Con tal de recuperar el sosiego, dejó el libro de Jolodny sobre la mesa y clavó los ojos en el esquema del despiece del cerdo. La contemplación del animal entero hizo que se imbuyera de repente de la responsabilidad por la resolución del «caso de la carne» y lo asaltaran los nervios por no haber sido capaces de solucionarlo todavía y postergar el momento de redactar la sentencia una y otra vez.

Regresó a la mesa, abrió el expediente del caso, repartió los documentos delante de él y se hundió en ellos de cabeza, como si se hubiera arrojado a un barranco.

Llamaron a la puerta con un suave golpecito.

—¿Quieres té? —le preguntó Vasyl al entrar. En la mano, no obstante, no traía una taza de té, sino una hoja de papel.

—No, gracias.

—Ha llegado el telefonograma —dijo Vasyl, y le alargó la comunicación.

«Por medio de la presente informamos de que el preso Jakobson fue liberado de la cárcel de Lukiánovskaia, gracias a la solicitud escrita y la intercesión directa del cónsul de Bélgica», leyó Samsón, y miró estupefacto a Vasyl, que se ocupaba de medir con la yema del dedo índice de su dedo de la mano derecha la precisión el corte inferior de su bigote.

—¿Es que los cónsules extranjeros tienen derecho a poner en libertad a nuestros presos? —preguntó sorprendido.

—Resulta que, como queremos que los gobiernos extranjeros reconozcan a nuestro Estado soviético —le explicó Vasyl—, nuestro gobierno les hace caso a los extranjeros. ¡En todo caso, no es un asesino, sino un estafador de poca monta!

—Puede que sea más importante de lo que se cree —apuntó Samsón, y añadió enseguida—: Aunque no lo podemos saber. ¡Los extranjeros son muy raros! ¿Y cómo lo vamos a encontrar ahora? —preguntó.

—¡Estará aquí, en Kiev! ¿Dónde se va a meter? ¡Fuera de aquí todo es guerra, bandas y jefes cosacos! Pide ayuda a la checa, si quieres encontrarlo pronto —le sugirió Vasyl—. ¡Esos lo encontrarán rapidito!

Samsón negó con la cabeza.

—¡Si esos dan con él, después no habrá quien lo encuentre! —dijo. Y, cambiando de tema, añadió mirando a su interlocutor con gesto humilde—: ¡Me gustaría tomarme una de esas tazas de té!

—¡Fenomenal! —se alegró Vasyl—. ¡Hoy tenemos bollitos con tocino para acompañar el té! El armenio de la panadería los trajo. ¡Ese sí sabe cómo caer en gracia! ¡Y se cree que lo protegemos de los bandidos!

Capítulo 28

Esa noche Samsón abandonó la comisaría a hurtadillas. Evitaba toparse con Naiden, porque sabía que le preguntaría por el caso. ¿Y qué le iba a responder? ¿Acaso le podía ir con la excusa de los meados que le cayeron a Jolodny en la cabeza?

En la calle Zhiliánskaia, a dos calles de su casa, Samsón notó una agitación inusual. Era en el cruce. Cuando se aproximó, fue testigo de un incidente sin mayor importancia: una calesa había chocado contra la carreta de un campesino y había volcado. El cochero, un hombre barbado, pero bastante joven, llevaba una camisa tártara larga y ajada, que sujetaba a la cintura con una cuerda, y unos anchos pantalones de color negro. Le pegaba gritos al campesino, un aldeano típico, de esos con el cabello cortado a hachazos y bigotes alargados en las puntas, descolgados a ambos lados del mentón, que parecía haberse llevado un susto de muerte. Su carreta iba bien cargada, por lo visto, pues permanecía derecha, mientras que la calesa había rodado por los suelos antes de volcar. Una multitud de curiosos asistía a los encendidos improperios del cochero, aunque Samsón comprendió enseguida que la andanada estaba a punto de llegar a su fin.

—¡Un policía! —gritó alguien, y decenas de ojos se volvieron hacia él, que se vio obligado a detenerse e hizo una mueca.

—¡Camarada miliciano! —lo llamó el cochero—: ¡Venga acá, maldita sea! ¡Prenda a este idiota!

Samsón no tenía la menor intención de involucrarse en aquella historia. Pero llevaba el uniforme y, encima, estaba armado, de manera que no tenía excusa. Simplemente, no podía pasar de largo. Y se acercó a regañadientes.

—No me dedico al tráfico —intentó explicarse con claridad—. ¡Trabajo en investigación criminal!

Estas palabras causaron una extraña impresión en el cochero. Ahora su rostro reflejó miedo y sus gruesos labios se agitaron asustados, como si estuviera ensayando las palabras que habría de pronunciar.

—¡Juró que me iba a matar! ¡Maldito! —exclamó en ucraniano el dueño de la carreta, que vestía unos pantalones de lino arrugado y una camisa abrigada que tenía un bordado en la abertura del cuello—. ¡Llevo un cargamento de sal de Vasilkovo para la Central de Abastecimientos y fui el primero en entrar en el cruce!

Las expresiones en los rostros de los curiosos cambiaron de golpe. En algunos semblantes apareció un gesto de duda. Samsón fue consciente de que, hasta su aparición, los curiosos estaban de parte del otro cochero, mientras que ahora se decantaban en favor del campesino. Podía ser que los impactara la mención de la «sal» o, tal vez, los impresionó el nombre de la temida institución soviética que se encargaba del acopio de los alimentos.

—Bien —dijo Samsón endureciendo la voz y sacando del bolsillo un lápiz y un papel cuidadosamente doblado en cuatro. Llevaba ambas cosas por consejo de Vasyl, por si se diera el caso de tomar declaración a alguien o darle a escribir una denuncia—: ¡Quiero los apellidos y las direcciones de ambos! —exigió, y miró con aire amenazador al responsable del coche de pasajeros.

El hombre se mordía los labios y se devanaba los sesos tratando de descubrir cómo debía comportarse en aquella situación. Echó un vistazo al coche tumbado de lado. También miró a la carreta con escasa simpatía.

—Me llamo Pilip Porechka —dijo por fin, y suspiró—. Vivo en el cobertizo de la izquierda en el patio de la casa de la burguesa Kataieva.

Samsón, que había comenzado a anotar sus palabras deprisa, se detuvo y miró estupefacto al declarante.

—¿Y cuál es la dirección de la casa de la burguesa Kataieva?

—¡Eso no lo sé yo! Es la casa verde que está en la esquina de Tiurémnaia con Korostishévskaia.

Samsón suspiró y terminó de escribir. Miró entonces al aldeano.

—Mala Soltanyvka, distrito de Vasilkovo, Petro Nadmoguilni —recitó el de la carreta.

—¿Nombre de la calle? ¿Número de la casa?

—¿Qué falta hace eso? —protestó el hombre sin abandonar el ucraniano —. ¡Allá todo el mundo me conoce!

El cochero sonrió con sarcasmo y miró al carretero. De repente, su semblante cambió como a quien le ha venido una idea súbita.

—¿Y qué tal si me da un poco de sal y retiro inmediatamente la denuncia? —preguntó achinando los ojos.

—¿Cómo le va a dar sal, si pertenece a la Central de Abastecimientos? —se interesó Samsón con gesto firme.

—¡No! ¡Aún no le pertenece! —se animó el carretero—. Solo será de ellos cuando la admitan en sus almacenes y firmen el correspondiente recibo.

Samsón fue consciente de que la propuesta del cochero había interesado al carretero. No obstante, la legalidad de esa transacción le despertaba serias dudas.

—Entonces, ¿a quién le pertenece toda esa sal ahora? —preguntó.

—A la cooperativa de comercio Unión Cooperativa de Vasilkiv.

—¿Y qué dirá la cooperativa si se entera de esto?

—¿Qué va a decir? —continuó el carretero sin abandonar la lengua ucraniana—: ¡Nada de nada! ¡Si su presidente soy yo! ¡Aquí lo puede ver! —dijo, y le mostró un documento que así lo acreditaba—. ¡Por darle dos o tres libras de sal a este desgraciado no va a pasar nada!

—¡Cinco libras! —apuntó el cochero.

—¡Cuatro! —regateó el otro.

—¡Trato hecho! —declaró el cochero, y avanzó dos pasos y estrechó la mano que le tendía el otro. El aldeano apretó la mano del «desgraciado».

—Ya no me necesitáis, ¿verdad? —se animó Samsón.

—¡Ni un poquito! —le dijo el cochero sin mostrar el menor respeto, ni mirar siquiera al uniformado.

Cuando llegaba al siguiente cruce, Samsón escuchó una conversación a lo lejos:

—¡Se lo ruego! ¡No le pague por adelantado! Mejor aún, ¡arréglelo para que sea su primo quien le pague cuando ya hayan llegado a París! Vamos, que le envíen un telegrama al primo en cuanto pisen las calles de París y él le paga.

—¡Eso no puede ser así, porque está pidiendo los veinte mil por adelantado o no mueve un dedo! —respondió una voz nerviosa de mujer—.

¡Y yo estoy devastada! ¡No tengo fuerzas para discutir con él!

—¿Quiere que hable con él? —La voz del hombre le sonó conocida. Samsón tardó apenas un instante en comprender que se trataba de Vatrujin. Y si escuchaba tan bien era porque el doctor se había encerrado con alguien en el despacho del padre de Samsón, donde, en una balda del armario, guardaba la lata con la oreja que le habían cortado.

—¡No vaya a verlo, Nikolái Nikoláievich! ¡Puede ser peligroso!

—¡Ajá, Natalia Andréievna! ¡Me avisa de lo peligroso que es y usted misma corre a meterse sola en esa trampa! ¿Por qué lo hace? ¡Espere un poco! ¡Pronto las aguas volverán a su cauce! Vendrán los blancos, pondrán orden, se reanudarán los viajes. ¡Y usted podrá ir a París tranquilamente!

—¡Tengo miedo! ¡Honestamente, tengo mucho miedo, Nikolái Nikoláievich! Él me está metiendo el miedo en el cuerpo: me dice que si no me marcho inmediatamente de Kiev vendrán a arrestarme, me quitarán la casa, me requisarán todos los bienes… ¡Es que mi hermano está peleando contra los rojos en el ejército de Denikin! ¡Y ellos lo saben!

—¡Bueno, es su hermano! ¡No es que sea su marido! —objetó el doctor —. ¡Y, si van a su casa, se lo dice así mismo!

—¡Es que si vienen me quedaré paralizada del miedo! ¡Usted sabe bien lo debilucho que tengo el corazón! ¡No me saldrá ni una sola palabra!

—¡Pero no me sea tan fatalista, oiga! —intentó consolarla Vatrujin—. ¡Deje que le dé un abrazo! ¡Está temblando toda, como una ramita de tilo expuesta al viento!

El hondo suspiro de la mujer le permitió adivinar a Samsón que el abrazo estaba siendo muy estrecho. En ese momento cayó en la cuenta de que se había parado a escuchar una conversación ajena, y que actuar de ese modo satisfacía su curiosidad, a la vez que lo emocionaba. También pensó que tenía pleno derecho al fisgoneo, porque el doctor estaba manteniendo la conversación con la dama en el despacho del padre de Samsón sin que él lo hubiera autorizado a hacerlo. Y aquel despacho, para Samsón, era un espacio sagrado, era como su capilla particular. Por eso, seguramente, vigilaba con emoción todo lo que sucedía en su interior. Y por eso también había guardado allí su oreja. Fuera como fuese, esa oreja era parte de su carne y una fiel servidora de su oído.

Al aproximarse a la casa, Samsón vio a una dama de unos treinta años vestida con un sencillo vestidito de color negro de los que suelen utilizar las

criadas. El rostro de aquella mujer, no obstante, desentonaba completamente con la ropa que llevaba. Su perfil era altivo y de una gran belleza. Salió al umbral, miró en todas las direcciones y echó a andar a toda prisa y con paso nervioso en dirección a la oficina de estadística y la Ciudadela de la Exposición.

Durante la cena, que esa noche era inusualmente generosa gracias a las aportaciones del doctor al presupuesto de la cocina, Samsón no dejaba de lanzar miradas ansiosas a Vatrujin, aunque no se decidía a preguntarle por la dama que lo había visitado esa tarde.

—Quiero comentarte algo, amigo mío —se dirigió Nadiezhda a su marido con una fórmula fría, muy formal.

—¿Qué pasa, Nadienka? —Unas notas de temor sonaron en la voz de Samsón, como si anticipara la comunicación de alguna noticia terrible. En ese momento notó que su recién estrenada esposa estaba vestida de manera mucho más elegante de lo que solía estarlo para la cena: llevaba una falda larga, una blusa de color amarillo con mangas largas y ligeramente abullonadas entre los hombros y las muñecas. Un broche de malaquita le cerraba el escote.

Tras una breve pausa, Nadiezhda continuó:

—Nikolái Nikoláievich ha sido tan amable… Y yo me permití aceptar el regalo que nos hizo en ocasión de nuestro matrimonio…

—¿Qué regalo es ese?

Nadiezhda se levantó, caminó con gracia hasta su dormitorio y volvió con dos cajitas forradas de terciopelo, una en cada mano. Le ofreció una a Samsón. Él levantó la tapa: dentro, sobre una almohadilla también de terciopelo rojo brillaba una alianza de oro.

Samsón se volvió hacia Vatrujin:

—¡Nikolái Nikoláievich! ¡Esto tiene que costar muy caro! —protestó, desconcertado.

—Mi querido Samsón —dijo el doctor sonriendo—, cuando se trata de un acontecimiento que, entre la gente decente, ocurre una sola vez en la vida, el adjetivo «caro» está completamente fuera de lugar. ¡Caros me son ustedes dos! Su bondad, su generosidad, esos corazones llenos de amor, tan únicos de la gente de Kiev. ¡Acepten esas alianzas, por lo que más quieran! ¡Esa que tiene en la mano es la alianza de Nadiezhda!

Samsón fue consciente de lo que tocaba hacer ahora. Y, sin embargo, su mirada fue a parar a la pechuga de pollo a medio comer que lo esperaba en su plato. Se enfriaría sin remedio, y hacía meses que no se tropezaba con una. «Ya vendrá otra», pensó, y se levantó, adoptó una expresión solemne y le dirigió una mirada ardiente a Nadiezhda, quien, también de pie junto a su silla, lo miraba hacer.

Ambos se colocaron los anillos en el dedo anular. Después, se besaron bajo la mirada levemente burlona y satisfecha del doctor.

—Ahora son como de mi familia —dijo Vatrujin con genuina emoción—. Pero no los lleven puestos en la calle —les aconsejó—: Guarden las alianzas en casa. ¡Este es el reino de su matrimonio! ¡Aquí son ustedes un dios y una diosa!

Las últimas palabras de Vatrujin le recordaron a Samsón la ceremonia del antimatrimonio y las palabras del antipope, quien les dijo que ahora eran dioses el uno para el otro. Resultaba curioso que Vatrujin hubiera expresado la misma idea. ¿Acaso conocía la antiparroquia o tenía alguna relación personal con el antipope?

—¿Y usted cree en Dios? —le preguntó Samsón.

—Creí en Él hasta el año diecisiete, cuando la revolución —asintió el médico—. ¡A partir de ahí, he comenzado a dudar! Aunque allá arriba está —dijo alzando la vista a la lámpara—, y desde ahí nos mira y sonríe pícaramente. Se me ocurre que, si ha dejado que nuestro pequeño mundo haga de las suyas, ha sido para darnos una lección. Ahora sabemos lo que sucede cuando los hombres viven ajenos a la vigilancia de Dios y de espaldas a su gracia: ¡aquí se ve muy bien lo que nos pasa si vamos por nuestra cuenta!

Samsón estuvo conforme con esas palabras. Volvió entonces a la pechuga y constató con alegría que no se había enfriado. La ceremonia de intercambio de las alianzas había resultado muy breve.

—Amigo mío —se dirigió Nadiezhda a su marido con la misma fórmula—. Quería pedirte que autorices a Nikolái Nikoláievich a atender a sus pacientes en el despacho de tu amoroso padre. ¡Será mejor así! ¡Y más higiénico! Fíjate que este es el lugar donde comemos, y Nikolái Nikoláievich examina a sus pacientes en aquella esquina de allí.

—Oh, sí, sí, desde luego que sí —aprobó Samsón, aunque se advirtió cierta tristeza en su voz. Negarse, después de recibir un regalo como aquel,

resultaba imposible, pero no pudo ahogar la desazón que le producía que desde ahora Vatrujin pudiera disponer a su antojo del despacho de su padre —. Sí, sí —repitió, como si necesitara convencerse a sí mismo, pero otra vez su pena se le coló en la voz.

—¡Ay! ¡Y tengo otra buena noticia! —añadió entusiasmada Nadiezhda —. ¡Nikolái Nikoláievich me autorizó a dejar el tratamiento con la leche gasificada! ¡Auscultó mi corazón y dice que todo está bien y que me he recuperado completamente!

Samsón sonrió. Después miró al rincón, a la izquierda, donde Vatrujin había estado viendo a sus pacientes hasta esa misma tarde. Notó que faltaba el cartel con los anillos de Landolt que había estado colgado en la pared, el que servía para medir la agudeza de la visión. ¡Por lo visto, ya lo había trasladado todo!

«Tendré que sacar la oreja de allí», se dijo Samsón, antes de llevarse a la boca el último bocado de pechuga hervida. El tierno sabor de la carne calmó sus pensamientos y emociones.

—¡Prepararé un té! —anunció Nadiezhda, y se levantó de la mesa.

Esa noche, Samsón se despertó y estuvo largo rato escuchando el silencio. En algún momento, salió de la cama y se encaminó de puntillas al despacho de su padre. La luna resplandecía en lo alto del cielo y su luz azulada se colaba por la ventana sin cortinas y bañaba el suelo de parquet creando una atmósfera muy especial en la habitación, dándole un aire que parecía de otro mundo. Los cuatro ábacos yacían en el suelo, junto a la pared izquierda. A Samsón le sorprendió verlos ahí y, al alzar la vista, se encontró con el cartel con los anillos de Landolt donde habían estado los ábacos antes. Lo sorprendió el hecho de que, aun con tan escasa iluminación, sus ojos fueran capaces de distinguir la dirección en la que estaban abiertos los anillos, incluso en la última línea.

Se quedó aún unos instantes allí de pie, respirando el aire del despacho. Se acercó a la librería, cogió la lata donde guardaba la oreja y volvió a su habitación. Después de colocarla bajo la almohada, la cubrió con la mano y así se quedó dormido.

Por la mañana, después del desayuno, Samsón guardó la lata con la oreja en el portafolios y se encaminó a la comisaría. «Mejor guardarla en el escritorio de mi padre —pensó—. ¡Al menos, ya no volveré a escuchar los secretos de nadie!».

Capítulo 29

Cuando llegaba al cuartel, Samsón se percató de nuevo de la presencia de Sofía Briskin. Estaba parada a cierta distancia del edificio con la mirada fija en la puerta. En la mano llevaba un paquetito, como cada vez. Y en él, como de costumbre, cargaba dos huevos cocidos. En su carita se veían el asombro y la esperanza. Junto a ella, aunque a varios pasos de distancia, había otros peticionarios, familiares, conseguidores. Una mujer de negro era la que estaba más cerca del edificio. Vestía de luto. Si no se le preguntaba, ¿cómo saber por quién guardaba luto? ¿Por un asesino, acaso? ¿Por la víctima? ¿Habría venido para recordarle al instructor con su sola apariencia que el asesino de su marido, su hijo o su hija debía acabar también muerto en pago por su crimen, o, al contrario, era la mujer o la hija del asesino y venía a dar lástima y a rogar para que se le rebajara la pena al criminal? También hay de esas cosas bajo el sol, desde luego. Fuera como fuese, Samsón no conocía a la mujer de luto, por lo que tampoco podía saber la razón que la movía a estar delante del cuartel. Otra cosa es que uno pudiera hacer conjeturas sobre cualquiera de los presentes.

—¿Qué haces de nuevo por aquí? —le preguntó a la chiquilla.

Ella bajó los ojos. Parecía que en cualquier momento iba a romper a llorar.

—¡Bah, no te pongas así! ¡Solo era una broma! —la tranquilizó Samsón —. ¡Si te prometí que podrías ver a tu padre, ¿no te acuerdas?! —le recordó a la niña y se lo recordó también a sí mismo—: ¿Qué tal te van las cosas?

—De ninguna manera —respondió ella en un susurró. Y continuó—: No tengo trabajo. Puede que en otoño me salga algo, cuando las veraneantes

comiencen a hacer mermelada en las dachas de Puschansk. Ya estuve ayudando por allá el otoño pasado…

Cuando Samsón y Sofía entraron al cuartel y subían a la segunda planta, a la sala de interrogatorios, el soldado que cogía los paquetes en la calle se acercó a las escaleras e intentó mirar por debajo de la falda de la chiquilla. La falda era larga y tirando a gris, y llevaba un suéter negro que, dado lo grande que le quedaba, se podía adivinar que perteneció a su madre. El pañuelo que colgaba sobre sus hombros era, también, más apropiado para una mujer de mayor edad.

De manera algo brusca, Samsón atrajo a Sofía hacia su lado derecho, pegándola a la pared, para evitar que los ojos hambrientos de los soldados se la comieran. Lo hizo con tal agilidad que ella no fue consciente de lo que había pasado. Él, en cambio, sí alcanzó a lanzarle una mirada demoledora al uniformado, que, apartándose de inmediato, se quedó de piedra. Pero Samsón necesitaba de él:

—¡Ey, soldado! —lo llamó—: ¡Camarada soldado! ¡Tráigame a Briskin a interrogatorios! ¡Marchando!

Briskin hizo su aparición en la sala de interrogatorios tres minutos más tarde. Se lo veía mejor que la última vez. Encima, al ver a su hija, el rostro se le iluminó.

—¡Tú siéntate aquí! —le ordenó Samsón a Sofía señalándole la silla detrás del escritorio—. Tu padre conoce bien su sitio. ¡Vuelvo enseguida! —dijo, y con las mismas salió, no sin antes avisar al guardia de que no dejara moverse a nadie de allí hasta que él volviera. Dio la orden por pura formalidad: era consciente de que dejar a los soldados sin órdenes precisas que cumplir podía resultar peligroso.

Lo primero que hizo al llegar a su despacho fue sacar del portafolios la lata en la que guardaba la oreja. La metió en el primer cajón de la izquierda del escritorio, en lo más hondo.

Samsón meditó sobre el interrogatorio que tenía programado para ese día, el último del «caso de la carne». También pensó en la manera en que podría llevar a Sofía con la tal Shúrochka. Pero en eso escuchó ruidos al otro lado de la puerta: pasos, gritos confusos.

Salió de un salto al pasillo y se dio de bruces con Naiden.

—¿Qué demonios está pasando ahí abajo? —gritó el jefe hacia la planta baja.

—¡Unos chinos que han venido, camarada jefe! —le respondió un soldado a gritos.

—¿Qué chinos son esos? —se indignó Naiden.

—Son rojos, de los nuestros, pero quieren algo —le respondió la misma voz.

—¿Y qué es lo que quieren?

—¡Pues a ver quién los entiende! ¡Lo piden con sus palabras chinas!

—Ve a ver qué pasa ahí —le ordenó Naiden a Samsón.

Samsón corrió escaleras abajo. Enseguida constató que los chinos no habían penetrado en el cuartel. No obstante, se agolpaban en torno a la puerta principal, como si se dispusieran a defenderla.

—¿Qué dicen? —le preguntó Samsón a un soldado.

—¡Ni idea! —respondió un soldado de baja estatura y algo encorvado—. Hay una sola palabra que no paran de gritar.

—¿Qué palabra es esa?

—Dicen algo así como *chanisón*. Y no paran: *«¡Chanisón, chanisón!»*.

Samsón se encogió de hombros y se abrió paso hasta el umbral. Dos soldados chinos con rostro preocupado lo encararon. Al reconocerlo, uno de ellos se alegró visiblemente.

—¡Sam-són! ¡Sam-són! —chilló.

Samsón se quedó estupefacto y se acercó al hombre:

—¿Acaso esta gente me está buscando a mí? —se preguntó en voz baja.

El soldado que se había alegrado al verlo se sacó un papel doblado en cuatro del bolsillo delantero de la guerrera y lo desplegó. Antes de alargárselo a Samsón le echó una rápida mirada con sus ojos rasgados, y dijo, mientras gesticulaba para que el papel pasara de mano en mano:

—*Dei ni de si! Dei ni de si!* —«¡Es una carta para usted!».

—¿Para mí?

—*Dei ni de si!* —insistió el chino, y señaló el reloj de pulsera que llevaba en la palma de la mano izquierda, lo sacudió dando a entender que le preocupaba el tiempo que corría y no el mecanismo del artilugio.

Samsón cogió el papel y con los ojos como platos estudió los ideogramas chinos.

—*Xiao chaoji!* —«¡Hay que darse prisa!», clamó el chino, y sacudió el reloj nuevamente—. *Li Jun yio masanla!* —«¡Li Jun está en apuros!».

—¿Venís de parte de Li Jun? —adivinó Samsón por fin—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Li Jun?

El chino negó con la cabeza dando a entender que no comprendía una palabra de ruso.

—*Xiao chaoji!* —repitió. Después, se volvió hacia su compañero y dijo —: *Wo men zhou ba! Jijiang dyaemin!* —«¡Vámonos! ¡Pronto será el recuento!».

Y ambos, después de hacer una señal a Samsón a modo de despedida, echaron a andar hacia la calle Karaváievskaia, donde tomaron a la derecha.

Samsón volvió a su despacho con la carta escrita en chino. La dejó en la mesa delante de sus ojos y estudió los jeroglíficos que no le decían nada.

«Algo le ha sucedido a Li Jun —pensó—, o habría venido él mismo. ¿Qué le puede haber pasado? ¿Dónde estará?».

La puerta se abrió de golpe y Jolodny entró como un bólido. Se compuso el cinto y la pistolera.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos ponemos en marcha?

—¿A dónde quieres que vayamos?

—Pues a interrogar a los últimos testigos. Los de la carne. ¿Acaso no habíamos quedado en eso?

Samsón lo miró en silencio.

—¿Sabes chino? —le preguntó, aunque dudando.

—¿Por qué iba a saber chino yo? —preguntó Jolodny, y se encogió de hombros, estupefacto—. Leo el eslavo eclesiástico, recuerdo un poquito de griego antiguo, sé algo de inglés, pero el chino a mí no me va. ¡Con esta jeta de eslavo que gasto!

—Comprendo —dijo Samsón en tono de disculpa—. Es que tengo una carta aquí, un asunto urgente… ¡Y está en chino! —Señaló los ideogramas —. ¡Tengo que leerla! Es de mi camarada Li Jun… O tiene que ver con él…

—¿Y si le pedimos ayuda a Naiden? —Jolodny miró al techo con gesto pensativo. Después, su mirada se detuvo en el cartel que mostraba el despiece del cerdo—. ¡Pero, como le vayamos con que no hemos acabado con el caso de la carne, nos va a desollar!

—¿Por qué no te vas solo a hacer esos interrogatorios? —le propuso Samsón.

—¡¿Solo, dices?! —se sorprendió Jolodny—. ¿Y si me tienden una emboscada?

—¿Qué emboscada te van a tender, hombre? Si allá solo vive esa Shúrochka que parece tener algún amorío con Briskin.

—No, no puedo hacerlo yo solo. ¡Para arrancarle la verdad a un interrogado hay que distraer su atención! ¡Y no me podré bastar para eso! Tiene que haber una pregunta de uno, después, que pregunte el otro, y así… ¡Lo que nos enseñaron en los cursos, ¿no?! Y el truco de fumar…

Samsón hizo una mueca con los labios. La parte del interrogatorio que incluía el humo de tabaco no le gustaba nada. Como tampoco le gustaba el tabaco.

—¿Qué tal si me esperas aquí, entonces? —preguntó Samsón tratando de buscar una salida a la situación—. Quédate haciendo el papeleo, mientras encuentro un traductor, y después vamos juntos.

—¡Si eso es lo que me ordenas, así lo haré! Déjame el expediente, que lo repasaré todo de nuevo —dijo Jolodny haciendo un gesto de fastidio con la mano.

Samsón le puso la carpeta entre las manos y se marchó inmediatamente. Lo primero que hizo fue ir a ver a Vasyl al almacén de pruebas. Lo encontró leyendo tranquilamente el periódico.

—¿Conoce a alguien que lea chino por aquí? —le preguntó.

—¡Lo que necesitas es un chino! —respondió Vasyl, y apartó la vista de las noticias.

—¡Eso es! Pero ¡a ver dónde consigo uno ahora!

—¡En el bazar! —lo ilustró Vasyl—. ¡En el bazar judío hay de todo! ¡Absolutamente de todo!

El semblante de Samsón resplandeció, como si lo hubiera tocado un rayo de sol. Se iluminó todo él.

—¡Desde luego que sí! —exclamó—. ¡Si allá fue donde un chino me molestó cuando escuchaba la canción sobre el accidente! «*Chuer-do*», gritaba una y otra vez. ¿Qué querría decir esa palabra?

—¡Pues tú ve y pregúntaselo a ese mismo chino!

—¡Gracias! ¡Le debo un pastel! —le prometió Samsón.

—¡Maldita la falta que me hace tu pastel! —se rio Vasyl—. ¡Tráeme mejor unos bollos de vísceras! ¡No veas lo bien que me entran con una taza de té! ¡Son música para mi estómago!

Samsón se guardó en el bolsillo de la chaqueta la carta escrita en chino y se encaminó hacia el bazar judío a toda prisa. Mientras andaba, tuvo la

impresión de que ese día todo el mundo iba más rápido de la cuenta. También los rostros de los transeúntes parecían más sombríos que de costumbre, sobre todo los de la gente mejor vestida. Recordó las palabras que le escuchó decir un día a Naiden: «¡Cuando el enemigo se eche a llorar, sonreiremos por fin!». Pero Samsón no tenía ganas de sonreír. Además, ¿cómo se podía saber por la cara de un transeúnte si se trataba de un enemigo o de un camarada de lucha? Por otro lado, en los mítines se solía gritar otra frase: «¡Todos los hombres somos hermanos!». Una frase mucho más amable y, de algún modo, más clara. ¡Si todos los hombres somos hermanos, lo que hay que hacer es consolar a los que lloran! Los que sonríen ya lo están pasando bien, ¿no? ¿Por qué estarían sonriendo si no fuera así?

Samsón avanzó por la calle Mariínsko-Blagovéschenskaia, pasó junto a los baños de la plaza Gálitskaia, y desembocó por fin en el bazar judío. No era domingo, de manera que el gentío no era tan abundante. Pero el ruido, esa música del mercado que no requería especial destreza de sus ejecutantes, se escuchaba con fuerza por doquier. Sobre todo, la escuchaba con el pabellón auricular desnudo. Samsón lo cubrió con la gorra. De ese modo igualaba el volumen de los ruidos que llegaban del mercado, lo mismo por la izquierda que por la derecha. A medida que se acercaba a los puestos de venta, los sonidos llenaban su cabeza y le resultaba más fácil distinguir entre los distintos gritos y voces.

«¡Bocinas! ¡Bocinas! ¡Bocinas belgas para calesas y automóviles!», gritaba con fuerza un hombre. Y cada vez que terminaba la serie de gritos sonaba estentóreamente una bocina que él mismo activaba, por lo visto, con la mano. «¡Bocinas! ¡Bocinas!», seguía gritando, pero en eso lo silenció otro pregón, esta vez en voz de una mujer: «¡Mozolin! ¡Mozolin! ¡El famoso Mozolin de Varsovia! ¡Te lo untas por la noche y te levantas como un niño chico!».

Samsón detuvo sus pasos. El movimiento le impedía concentrarse. Quería escuchar alguna palabra en chino para saber a dónde dirigir sus pasos. Y en eso, entre los muchos gritos próximos y distantes, le llegó una palabra conocida: «*¡Chuer-do! ¡Chuer-do!*».

Corrió hacia el lugar de donde provenía la extraña palabra. Avanzaba con torpeza entre los vendedores y a punto estuvo de tirar por los suelos una mesa improvisada por un vendedor de tazas de latón.

Dos minutos tardó en plantarse delante de un mostrador donde se ofrecían unos paquetitos envueltos en papel de periódico.

—*¡Chuer-do! ¡Chuer-do!* —continuaba gritando el chino de pie al otro lado del mostrador, sin prestar la menor atención a Samsón.

Otro chino apareció de repente frente al puesto e intercambió unas palabras con su compatriota. El vendedor le alargó un paquetito, cogió el dinero y continuó mirando a la multitud, como si buscara a alguien en concreto.

—¡Camarada! —lo interpeló Samsón—: ¿Usted lee en chino?

Ahora el vendedor pareció reparar en él por fin, y lo miró de abajo arriba, pues Samsón le sacaba al menos una cabeza.

—¡Chino lee! —dijo el hombre.

—Pues, entonces, le ruego que me haga un favor. —Samsón sacó la carta y se la extendió—: ¡Tradúzcame esto! ¡Tiene que ver con uno de mis camaradas!

El vendedor miró a Samsón con el respeto que no había mostrado antes. Cogió la carta, la examinó con sus ojos rasgados y su rostro se ensombreció. Samsón percibió cómo el labio superior se levantaba hacia la pequeña nariz.

—¿Qué pone? —le preguntó con impaciencia.

—¿Conoce a Li Jun? —inquirió el chino, clavando sus ojos en los de su interlocutor.

—¡Desde luego que sí! ¡Salvó a mi mujer!

—Li Jun ha sido *alestado* y está *pleso* en la *chica*.

—¿En la *chica*? ¿Qué es eso? —Samsón no entendía nada.

—¡En la *chica*, la *chica*!

—¡Oh! ¿No será en la checa?

—Eso es lo que le digo, *homble*: ¡en la *chica*! —asintió el chino—. ¡Y hay que *salval plonto*!

—¿Pone ahí por qué lo han detenido?

—Dice que mató *felovialios*, dos soldados *felovialios*.

—¿Habrá sido cuando recuperaba mi nagant? —se preguntó Samsón en voz alta. Era consciente de que sacar a un hombre de la checa era muy complicado, acaso hasta imposible. ¡Pero no podía dejar de intentarlo! Sobre todo, porque su camarada tenía esperanzas, ¡por eso le envió la carta!

—¡Hay que *salval*! —repitió el chino.

—Pero ¡¿cómo?!

—¡*Il*, *pedil sacal* de *chica*!

—¿Y si no lo dejan salir?

—¡Hay que *pedil* bien pedido! ¡*Pedil* y que saquen! ¡Hay que *sabel* a quién *pelsona pedil*!

—Entiendo lo que dices —convino Samsón—. ¡Voy a buscar a esa persona! ¿Cómo se llama usted?

—Yu.

—¿Yu y ya?

—Es un *ideoglama*.

—¿Qué significa ese ideograma?

—Significa «amigo».

—¡Es un nombre magnífico! —lo felicitó Samsón—. Nosotros no tenemos ese nombre aquí.

—Aquí hay muchas cosas que no *tenel*. ¡Dese *plisa*! ¡Hay que *salval* Li Jun!

—¡Sí! ¡Sí! —suspiró Samsón.

Su cabeza se llenó de ideas febriles, como de niños perdidos en el bosque que corren nerviosos y muertos de miedo. De repente, recordó el telefonograma que recibió de la cárcel. ¡Esa era la solución! Allí decía que Jakobson salió en libertad gracias a la mediación del cónsul belga.

—¿Hay cónsul chino en Kiev? —le preguntó a Yu con los ojos llenos de esperanza.

—¿Cónsul? ¡Sí, hay cónsul! Fu Li Wei. ¡Está *palando* en *Goloséievo*!

—¡Él es el único que lo puede salvar! ¡Solo tiene que escribir una carta y llevarla personalmente a la checa!

—¿Tú también *venil*? —le preguntó el chino.

—¡Desde luego! ¡Yo voy también! —respondió Samsón con entusiasmo.

—¡Bien! —El chino comenzó a recoger la mercancía y la fue depositando en un gran saco de tela—. ¡Vamos *ahola* mismo! ¡Acaba aquí!

Después de dejar el saco de tela en un pequeño cobertizo, pegado a un gran almacén que había detrás del bazar, el vendedor condujo a Samsón hasta el patio de la segunda casa por la derecha de la calle Zlatoustóvskaia, donde llegaron ante las puertas de un establo en el que esperaban dos calesas desenganchadas.

Yu gritó algo en chino. Un muchacho de rostro soñoliento asomó la cabeza por un rincón de la caballeriza. A Samsón le costó entender si entornaba los ojos por el suelo o era que los tenía así. En todo caso, respondió también en chino y al cabo de un minuto sacó un caballo gris moteado. Comenzó a engancharlo a una de las calesas.

—Dime una cosa, Yu —dijo Samsón aprovechando la pausa—, ¿qué significa *chuer-do*?

Yu sonrió imperceptiblemente.

—*Olejas de celdo* secas —dijo—. Eso es lo que vendo. Las seco y las vendo. ¡El único en todo el *melcado*!

En la lengua de Samsón apareció de repente el sabor a las orejas secas chinas. Un sabor asiático, infrecuente, el mismo que le había enseñado hacía poco su amigo Li Jun.

—¿Li Jun te las compraba?

—¡Nunca me pagó! ¡Yo se las regalaba! ¡Gran hombre es Li Jun!

—¿El nombre de Li tiene algún significado?

—Sí —asintió Yu—. Li es «*fuelza*» y también significa «afilado» y «*neglo*».

El joven cochero chino ya estaba sentado en su sitio y miraba con impaciencia a los contertulios. Yu fue consciente de su mirada.

—*¡Malchando!* —le ordenó a Samsón—. ¡Hay que *dalse plisa*!

Después le dijo unas palabras en chino al cochero y este le gritó al caballo: «¡So! ¡So!». Las ruedas de la calesa comenzaron a rodar en dirección al arco que daba salida a la calle.

—«¡So!» es la voz de mando que se le da al caballo para que se pare —dijo Samsón sorprendido.

—Pues, *nosotlos* lo hacemos al *levés* —le respondió tranquilamente el chino—. «So» es «adelante». Y «dale» es que *pale*.

—¿Acaso los caballos entienden el chino? —preguntó Samsón estupefacto.

—¡El caballo *siemple* entiende la lengua del amo! —dijo Yu con voz firme.

Capítulo 30

Samsón nunca había atravesado Kiev en calesa a tanta velocidad. El joven cochero se levantaba del pescante constantemente y lanzaba gritos en chino a los transeúntes que se metían en el camino del bólido. Los cocheros kievitas escuchaban avanzar al carro del chino con sus ruedas resonando sobre los adoquines y le abrían paso: los que venían de frente se iban a la izquierda; los que circulaban por la derecha se orillaban y le cedían la vía. Pasaron frente a la casa de Samsón y la oficina de estadística antes de girar a la derecha.

Como si lo hiciera a propósito, la calesa redujo la velocidad en el lugar exacto donde habían matado al padre de Samsón y a él le habían cortado la oreja. Sorprendido, sacó el cuerpo por la izquierda y miró adelante. Al pie de una casa de dos plantas, un grupo de operarios estaba cavando un agujero y echando la tierra al borde de la calle.

Después de abrirse paso entre un carro del ejército cargado de muebles, en cuyo pescante estaba sentado un soldado de uniforme y budiónovka, y un camión belga, el cochero chino volvió a acelerar la marcha. Aunque giró a mucha velocidad en la esquina de Nemétskaia, Samsón alcanzó a ver a la derecha los escaparates de la sastrería de Sivokón en la que solía vestirse su padre. Los cristales de los escaparates resplandecían y ello le sirvió para deducir que el sastre seguía vivito y coleando.

Giraron de nuevo, esta vez a la derecha. Las casas de tres y cuatro plantas dieron paso a viviendas de dos niveles, entre las que había terrenos baldíos, algunos con la tierra removida para el cultivo de hortalizas.

—¿Cómo es que el cónsul vive tan lejos? —preguntó Samsón volviéndose hacia el vendedor chino.

—Por *segulidad* —respondió el hombre. Y añadió—: Y también es más *balato*.

—Pero aquí ya comienza a ser un descampado. —Samsón miró de nuevo a la calle, a cuyos lados las casas comenzaban a ser reemplazadas por cabañas y casas de una sola planta—: Como te ataquen aquí, estás frito…

—Los bandidos no tocan chinos —le explicó Yu—. ¡Pero cada vez que Kiev cambia de manos, hay muchos *tilos*! ¡Mucho *peliglo*! Y después saqueos en las casas.

Samsón pensó que Yu tenía mucha razón.

—Lo rusos tenemos un proverbio que dice: «Mi casa está mejor en el borde».

—No conozco —admitió Yu—. Es buen *plovelbio*.

La calesa se sacudió bruscamente. Samsón miró hacia atrás y vio que acababan de cruzar un puente de madera sobre un arroyo. A ambos lados del camino, lleno de baches y salpicado de guijarros, se extendían los campos de cultivo. Algunos ya habían sido domesticados por la pala o el arado; otros aún dormitaban tranquilamente después del invierno.

—¡Un poquito más! —avisó el chino.

Pronto se detuvieron frente a una finca que parecía una de esas escuelas rurales que se alzan junto a las iglesias. Y, efectivamente, había una iglesia detrás de la empalizada, de modo que Samsón no andaba errado. Pero resultaba evidente que ahora el edificio cumplía otras funciones. Era una vivienda. A la izquierda, colgada de cuerdas atadas a los viejos cerezos, se estaba secando la ropa que habían lavado: pantalones, camisas, calcetines. Entre tantas piezas de ropa de lo más común, una bata de seda azul que resplandecía bañada por el sol llamó su atención.

«¡Habrase visto tamaño descuido! —pensó—, ¡se la robarán en un pispás!».

—¡Enseguida vuelvo! —avisó Yu saltando de la calesa—: ¡*Esclibe* la *calta* y vamos!

—¡Dile que recoja la bata del tendedero! ¡Se la van a robar! —le gritó Samsón señalando el objeto de su preocupación.

—¡Bien! —convino el chino.

Traspasada la verja, lo primero que hizo Yu fue quitar la bata azul de la cuerda y, con ella doblada con cuidado sobre el antebrazo, entró en la casa.

El toldo de la calesa protegía a Samsón del sol. No quería quedarse sentado en la sombra cruzado de brazos, de modo que bajó. Lo sorprendió el silencio, lo desierto que estaba todo aquello. A simple vista, la calzada no parecía tan mala. Daba la impresión de que alguna vez fue una vía adoquinada, pero se fue hundiendo con el tiempo. Tal vez la culpa la tuvieran las lluvias; quizá, fue el paso del tiempo. Después, la cubrieron con arena y ladrillo molido.

Al otro lado del camino se extendía un terreno baldío en el que se alzaban las ruinas de una cabaña desfondada. La edad de los árboles que la rodeaban mostraba que se habría hundido unos veinte años atrás, lo que significaba que sus dueños murieron aún antes. Más allá, si se miraba en dirección a Vasilkovo, el camino se parecía más a una calle y se veían los techos de casas y huertas más recientes.

Sacando provecho de su corta estatura, el cochero se acurrucó en el pescante y se quedó dormido.

Samsón se hartó de mirar alrededor. Se sentó de nuevo en la calesa y corrió el toldo hacia delante para protegerse del sol, que se movía sin cesar al oeste. Trató de calcular cuánto tiempo le tomaría al cónsul redactar la carta y prepararse para salir, pero abandonó los cálculos antes de acabarlos y trasladó sus pensamientos a Nadiezhda. Pensar en ella le daba más gusto. ¿Había cambiado desde la celebración del antimatrimonio? ¿Había cambiado su actitud hacia él? La suya, no: su amor por ella no era mayor o menor que antes. Su amor era el de un hombre que quería mimar a su mujer; no era un amor apasionado. Era un amor sereno y confiable, como todo lo que se hace con vistas a que se prolongue en el tiempo. Como los alemanes, por ejemplo, que todo lo hacen contando con que dure mucho, mientras que en Kiev tan solo los sastres y los zapateros se guiaban por ese principio. Los demás trabajaban guiados por su estado de ánimo o el interés que tuvieran en cada tarea concreta. ¿Acaso se podía sostener, entonces, que él la amaba a la manera alemana? ¿Que su amor era confiable y soso?

Samsón reflexionó acerca de esa cuestión. La sola idea de amar «a la manera alemana» lo disgustaba. Por añadidura, la guerra mundial que había acabado un año atrás dotaba a esa expresión de un matiz especialmente cruel y sanguinario.

«No —decidió—, mi amor es respetuoso, pero no es soso. ¡Y ella me ama con condescendencia!».

Samsón recordó cómo Nadiezhda lo llamó un par de veces «amigo mío» después del enlace.

Aunque pensó también, y ese pensamiento lo tranquilizó, «llamar “amigo del alma” a alguien suena muy respetuoso».

En ese mismo instante se abrió la puerta y apareció una anciana que cargaba con un gran cesto vacío. La mujer fue quitando la ropa seca de la cuerda del tendedero y volvió con ella a la casa.

Cinco minutos más tarde, la puerta principal se abrió de nuevo. Yu fue el primero en salir; lo seguía el cónsul, un hombre delgado y de mediana estatura que vestía un traje de líneas muy formales y llevaba un portafolios de cuero amarillo en la mano.

Cuando los tres hubieron tomado asiento en la calesa, Yu palmeó en la espalda al cochero dormido. Este se levantó de un saltó y balbuceó unas palabras de disculpa en chino.

—Fu Li Wei —se presentó el cónsul, sentado en medio de los dos hombres.

Samsón se presentó a su vez.

—¿Trae la carta? —preguntó.

El cónsul abrió el portafolios que tenía en el regazo y sacó una bonita carpeta roja, desató los cordones de seda que la mantenían cerrada y extrajo un grueso folio de color amarillento y naranja. Sin permitir que Samsón la tocara, el cónsul acercó la carta a sus ojos.

En la parte superior de la hoja resplandecía el escudo de la República de China, parecido a un viejo jarrón oriental a cuya boca se hubieran pegado un pavo real y un dragón, uno por cada lado. Debajo del escudo, en letras doradas, en relieve, se leía: «Consulado de la República de China en el Imperio ruso». Sin embargo, las dos últimas palabras aparecían cuidadosamente tachadas con la misma tinta en la que estaba escrita la misiva.

Samsón observó pasmado las hileras de ideogramas primorosamente caligrafiados.

—Señor cónsul —dijo suspirando—, ¡en la checa nadie entiende chino!

—Lo entenderán —respondió el cónsul con firmeza y casi sin acento en ruso—. ¡Yo mismo se la traduciré! Los documentos oficiales chinos se

escriben exclusivamente en chino.

Samsón recordó que en la checa había soldados de esa nación. Eso lo tranquilizó.

Los resortes de la calesa chirriaban a su paso por los baches. Samsón comenzó a marearse. El cónsul había guardado la carpeta con la carta y permanecía en silencio con la mirada fija en la espalda del cochero. Su rostro era de una inmovilidad de acero. Ni siquiera se lo veía parpadear.

Llegaron a Sadóvaia bastante rápido.

—¡Llévanos ante el jefe! —le ordenó Samsón con firmeza al soldado que guardaba la puerta—. ¡El cónsul de China exige ser recibido inmediatamente!

Esa fue la fórmula con la que el cónsul chino le aconsejó anunciarlo. Samsón la memorizó con facilidad, a pesar de que era consciente de que «exigir» era una palabra que perdía completamente el sentido entre los muros de aquel edificio.

Cuatro minutos después, dejaron entrar al cónsul y a Samsón. Yu se quedó esperando junto a la calesa.

En la segunda planta, el soldado que los acompañaba les indicó esperar. Él entró a un despacho guardado por puertas muy altas. Los visitantes no tuvieron que esperar mucho en el pasillo.

—¡Adelante! —los invitó a pasar mientras abría la puerta y se hacía a un lado.

—¡Fíjate a quién tenemos aquí! —resonó en el amplio despacho una voz que a Samsón le sonó extrañamente familiar.

Samsón levantó la cabeza y aguzó la vista. A unos diez pasos por delante de ellos había un escritorio de proporciones increíbles lleno de carpetas, montañas de papeles y documentos. ¡Aquel podía ser el despacho de un gobernador e, incluso, de un zar! Al otro lado del escritorio, perdido en la magnitud del mueble, a pesar de estar sentado en el mismo centro, los observaba Nikanor Abyazov. No llevaba la gorra, pero sí la guerrera primorosamente planchada.

—¡Camarada Abyazov! —exclamó Samsón—. ¡Con lo que he temido por usted! ¡Pensaba que lo habían…, ejem, arrestado!

Abyazov se puso de pie apartando la silla colosal, que estaba provista de un respaldo altísimo forrado de piel negra.

—¡A punto estuvo de pasar, camarada! —dijo—. ¡Me condenaron a muerte por fusilamiento! Pero después me pusieron en libertad y me mandaron para acá. ¡Así que ahora te han nombrado cónsul de China, ¿no?! —preguntó Abyazov, y sus ojos dibujaron una expresión nada bondadosa, mientras los labios dibujaban una sonrisa inquisitiva.

Samsón se dio cuenta entonces de que Fu Li Wei no estaba a su lado. Miró a su alrededor preocupado y lo descubrió detrás de su espalda.

—¡Ah, no, no! ¡El señor cónsul es este! —explicó dando un paso al lado y descubriéndole al anfitrión la verdadera figura del notable visitante.

El cónsul hizo una leve reverencia, se aproximó al escritorio y, apoyando el portafolios en la butaca de los visitantes, extrajo la carpeta roja. Todos sus movimientos eran deliberadamente ceremoniosos y se distinguían por una lentitud ritual, que parecía sugerir que existe un orden especial que rige para los cónsules. Y que ese orden regulaba, incluso, la manera en que se desataban las cintas de seda que mantenían cerradas las carpetas.

Finalmente, entregó la carta sosteniéndola con ambas manos.

Abyazov también adoptó una pose grave a la hora de llevarse la carta a la altura de los ojos. Pero la separó inmediatamente:

—¡Está en chino! —dijo con disgusto, y lanzó una fría y severa mirada al cónsul.

—¡Permítame que se la lea! —le ofreció el cónsul enseguida, y tomó asiento frente al escritorio. Dejó el portafolios en el suelo, a su lado.

Samsón nunca antes había asistido a la lectura oficial de un documento diplomático. La propia voz del cónsul marcaba la solemnidad del acto. Era como si se supiera de memoria el texto de la traducción de la carta: pronunciaba cada palabra con precisión y hasta un punto de contento, subrayando con su entonación la gravedad del significado y la sonoridad de cada palabra, cada sílaba, cada letra.

«Así serán las cartas que se escriben los emperadores y los zares», conjeturó Samsón.

«Por lo tanto, le rogamos que dé muestras de su buena voluntad y en testimonio de la amistad que une a la Rusia revolucionaria y la República de China ponga en libertad al ciudadano chino Li Jun, cerrando todas las investigaciones iniciadas en su contra y anulando las decisiones y decretos que comprometan el ejercicio de su libertad», concluyó la lectura el cónsul y se puso de pie de inmediato para quedar inmóvil delante de Abyazov, que

lo miraba con la boca entreabierta y una respetuosa sorpresa congelada en el rostro.

—¿Es ese el chino amigo tuyo? —preguntó Abyazov volviéndose hacia Samsón.

—Sí, Li Jun ayudó a salvar a mi Nadiezhda.

—¡Murat! —gritó Abyazov, y un soldado de tez morena entró corriendo —. Tráeme aquí al chino Li Jun. ¡A ese, no a cualquier chino! ¿Lo has comprendido?

Murat se esfumó como por ensalmo.

—De acuerdo, camarada cónsul —dijo Abyazov observando pensativo a Fu Li Wei—. ¡Dejaré que vuestro camarada se marche!

—¡Se lo agradezco mucho, camarada comandante! —dijo el cónsul e hizo una reverencia—. ¿Puedo llevármelo ahora mismo?

—¡Ahora mismo!

Poco después se abrieron las puertas y un soldado hizo pasar al chino preso. Inicialmente, el rostro de Li Jun mostraba una fría indiferencia, pero al ver a Samsón agitó la cabeza para mostrar su sorpresa y su contento.

—¡Lléveselo! ¡Es suyo! —le dijo Abyazov al cónsul—. La carta me la quedaré yo. Nuestros camaradas chinos la traducirán y la adjuntaré al expediente del caso.

Samsón se sentía como si le hubieran crecido alas. No daba crédito a lo que escuchaban sus oídos ni a lo que veían sus ojos. ¿Así de fácil se podía liberar a alguien detenido en la checa? Ni siquiera del cuartel de la milicia se libraba alguien tan rápido por mucho cónsul que se presentara. De hecho, le costaba imaginar la reacción de Naiden ante una situación como aquella.

—¡Gracias! —dijo Samsón, y suspiró aliviado disponiéndose a marchar.

Pero la mirada de Abyazov lo acaparó de repente, como un anzuelo que atrapa un pez.

—Deja que ellos se marchen. ¡Tú quédate! —le dijo con tono de mando —. Precisamente, quería comentar un asunto contigo.

El cónsul y Li Jun se marcharon acompañados por el soldado moreno. Antes de salir, Li Jun le estrechó la mano a Samsón con fuerza.

—¡Toma asiento! —invitó Abyazov señalando la silla que tenía enfrente, al otro lado del escritorio.

—Ha surgido un problema aquí que puede provocar que me arresten de nuevo. ¡Hasta me podrían fusilar! —explicó bajando mucho la voz—.

Kosiakin, vuestro miliciano, se ha fugado. ¡No concibo cómo consiguió hacerlo, pero lo logró! Lo teníamos en una celda tapiada, sin ventanas siquiera, y se esfumó. Naiden lo había mandado a este lugar sin el expediente de traslado, de manera que no le dieron de alta en el registro de arrestados. Pero yo sé muy bien que lo teníamos aquí. Y algunos soldados lo saben también. Si alguno de ellos se va de la lengua —Abyazov miró al techo—, estaré acabado. ¡Y también irán a por vosotros, a por Naiden!

—Es acróbata y viene de una familia de acróbatas —le contó Samsón.

—Ahora lo entiendo todo —dijo el chequista, y su semblante se ensombreció de repente—. A ver, a mí no me hace ni puñetera falta, pero, si pudierais dar con su paradero y pegarle un tiro, me haríais un gran favor. ¡Lo que no quiero es que la noticia de esa fuga salga de estas cuatro paredes!

Abyazov miró a Samsón con tal fijeza que aquel no pudo más que asentir.

—¿Ya habéis cerrado el caso de los vendedores ilegales de carne?

—Mañana lo cerraremos —le respondió Samsón—. ¡O, tal vez, pasado mañana! ¡Pasado mañana, sí!

—¡Me acercaré a ver cómo queda eso! —dijo Abyazov. Y, al ver la incomodidad en el rostro de Samsón, se explicó—: ¡Yo fui el que inició ese caso, de modo que lo correcto es que estampe también mi firma en la sentencia!

La conversación no se prolongó mucho más. Abyazov preguntó por la situación en el cuartel de Líbedski y se excusó diciendo que le tocaba preparar las listas de los fusilamientos de ese día. Con esas, se despidió.

No fue hasta que estuvo en la calle que Samsón recordó que había dejado a Briskin y a su hija encerrados en la sala de interrogatorios. Se puso nervioso y comenzó a buscar un vehículo que lo llevara deprisa al cuartel. Pero no había una sola calesa en esa zona. A los cocheros no les gustaba aquel barrio, ni la gente que trabajaba por allí.

Tuvo que llegar andando hasta la calle Levashévskaia para que apareciera una calesa.

Subió hasta la segunda planta saltando los escalones de dos en dos. Se detuvo, ahogándose, ante la puerta de la sala de interrogatorios. El soldado que había dejado de guardia seguía allí.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó.

—Todo como usted lo ordenó —le respondió el muchacho—. Han pedido salir a hacer sus necesidades. A ella la he dejado ir, pero él no se ha movido de aquí.

Olía a meados dentro.

—¡Sal y espérame en el pasillo! —le ordenó Samsón a Sofía.

La chiquilla obedeció.

—Perdóneme, pero es que no pude aguantarme —se disculpó Briskin, muerto de vergüenza.

—¡No se preocupe! ¡Ya lo limpiarán! —lo disculpó Samsón—. Jolodny y yo nos vamos ahora a hacerle una visita a Shura. ¡Es una lástima que haya sacado a relucir su nombre!

—¡Pero si no dije nada de ella! —se asustó Briskin—. Tan solo dije que le había dado el corazón. Y casi gratis.

—¿Por qué no se lo regaló sin más? ¿Por qué ese «casi»? —preguntó Samsón, y en su voz se percibió la nota metálica del sarcasmo.

—¡Porque es muy orgullosa! —se justificó Briskin—. ¡No lo hubiera aceptado gratis! ¡La conozco bien!

—Entiendo. —Samsón hizo un gesto con el brazo como disculpándose—. ¡Perdóneme! Iremos a verla ahora. Si quiere, puedo llevarme a su hija y dejarla con ella. ¿Qué le parece?

—¡Le estaré infinitamente agradecido por ello! ¡Toda la vida! —dijo el arrestado, y le tembló la voz de tal manera que parecía estar a punto de echarse a llorar.

Samsón asintió, abrió la puerta y ordenó al soldado que condujera a Briskin a su celda de abajo. Él subió, ya sin prisas, a la tercera planta.

Capítulo 31

Por el camino, pegando saltos al compás de la calesa vieja y rígida que los llevaba, Jolodny iba bostezando y, de tanto en tanto, echando miradas a Samsón en las que se adivinaba el reproche. Entretanto, se esforzaba para no mirar a la chiquilla que iba sentada entre los dos y de la que emanaba un olor que recordaba al de los arenques en salmuera. Samsón no se había percatado de ese olor cuando se acercó a ella por la mañana a las puertas del cuartel ni después, al dejarla salir de la sala de interrogatorios. Tal vez porque los olores en Tarásovskaia, delante de la comisaría, no se distinguían por su suavidad, siendo las boñigas de caballo que el portero de la casa vecina barría a un lado del edificio cada mañana su fuente más abundante. Y qué decir del olor que reinaba en la sala de interrogatorios de la que el guardia no dejó salir a Briskin para ir al retrete: un asco. No era tan insoportable como el que había en el propio retrete, desde luego, pero se le parecía bastante. En todo caso, Samsón no habría prestado atención a aquel olor a salmuera de no haber sido porque Jolodny no dejaba de apartar su nariz carnosa para dirigirla a la calle.

Esta vez tenían por delante un largo camino que recorrer. Su destino estaba en la calle Zajárievskaia, más allá de la plaza Kirílovskaia. Tal vez habría sido mejor tomar el camino que bordeaba la prisión de Lukiánovskaia, pero el cochero prefirió atravesar el barrio de Podol. Para cuando lograron llegar a la plaza Zhitnetórskaia, ya bostezaba hasta Samsón. Tan solo la pequeña Sofía iba con la boca bien cerrada y miraba fijamente al frente, donde no tenía más que las espaldas del cochero. Ya en la plaza, se toparon con decenas de carros que intentaban abandonarla. La

hora de cierre del mercado estaba próxima y los primeros en salir eran los que tenían que salvar diez o quince verstas, y no tres o cuatro, para llegar a casa. En cambio, los comerciantes que vivían en Kiev se quedaban hasta el último momento.

La calesa giró a la izquierda por la calle Bazárnaia y, después de circular un tramo por ella, tomó por Kirílovskaia.

Samsón recordó la charla que había mantenido esa mañana con Abyazov. Le habría venido bien contársela a Jolodny, pero no era buena idea hacerlo delante de la niña. Los asuntos relacionados con el servicio policial no debían tratarse delante de extraños, ya fuera en la calle o en una calesa. De modo que tendría que rumiar él solito lo hablado con el chequista, meditarlo a solas. Ahora tenían por delante el último interrogatorio, cuya acta la ley los obligaba a incluir en el expediente. Ya había unas diez actas esperando por esa última. De no haberse producido la charla con Abyazov, es posible que Samsón no hubiera añadido este último interrogatorio a los materiales del caso. Pero ¿cómo podía abstenerse de hacerlo ahora? ¡Ahora que sabía que Abyazov acudiría a la redacción de la sentencia! ¡Y, claro, cuando fuera, querría leer todos los materiales del caso! ¡Porque estaba claro que sospechaba que Samsón no había llevado bien la investigación! ¡Se le notaba! ¡Vaya si se le notaba! De modo que, si iba a dictar sentencia, era para joderlos. En definitiva, no había forma de sacar a la tal Shúrochka del lío. Y, como su nombre aparecía en las declaraciones de Briskin, había que incluir el acta de su interrogatorio y punto.

Samsón se mordió el labio. Miró de reojo a la inmóvil Sofía, aunque, en realidad, su inmovilidad era relativa, porque se movía al compás de la calesa. Lo único inmóvil en ella era su rostro pétreo, sin sombra de emoción.

El fresco vespertino les golpeó la cara de repente. Trajo un olor agradable, embriagador, dulzón. Samsón miró a la izquierda: la calesa estaba pasando junto a la cervecería de Jriakov. ¿De veras todavía la tenían en marcha? Al parecer, Sergui Jolodny se estaba haciendo la misma pregunta, porque, como movidos por un mecanismo preciso, los dos camaradas se miraron a la vez con gesto de sorpresa.

Cuando la cervecería quedó atrás, se desvaneció el aroma a malta fermentada. Con él pareció irse también el olor a arenque en salmuera.

Sorprendido, Samsón olisqueó dos veces el pelo de Sofía, a ver si era idea suya.

La calle Kirílovskaia daba la impresión de estar completamente desierta. Las casitas de techos bajos y las cabañas, rodeadas de jardines a punto de florecer y protegidos por empalizadas a las que, a tramos, les faltaba pintura, reconfortaban la vista. Era como si por allí no hubieran pasado ni la revolución, ni la guerra, ni hubieran llegado los ecos del reciente levantamiento de Kurenivka comandado por el atamán Struk. Hasta donde alcanzaba la vista, el empedrado se veía vacío, desierto. Ellos eran los únicos que llegaban hasta allí desde el centro de Kiev, a esos arrabales encaramados a las colinas sagradas. Solo el caballo que tiraba de su calesa golpeaba con los cascos el suelo adoquinado. Solo las ruedas que los movían chirriaban rítmicamente mientras avanzaban por el camino.

El número 3 de la calle Zajárievskaia —más bien, un callejón— resultó ser una casita menuda que se escondía detrás de una empalizada de color verde. La caseta del perro que había a la derecha del portal hizo que Samsón se abstuviera de superar la verja. Pero la caseta estaba vacía. No había ningún perro en todo el patio. O ya estaría ladrando.

Con el portafolios en la mano, Samsón se acercó al umbral y llamó a la puerta.

Al verlo, la mujer que abrió se llevó un susto. Tal vez, la asustara el uniforme. O, quizá, la pistolera de madera. Puede que la tranquilizara ver que Samsón no estaba solo: detrás de él iba otro policía, más corpulento, y una chiquilla que vestía una falda negra y larga, y un jersey azul.

—¿Cómo se llama? —preguntó Samsón cortésmente, sin traspasar el umbral.

—Aleksandra Ipátievna. Y me apellido Karitidi.

—Aleksandra Ipátievna —explicó Samsón—, la hemos venido a ver por el caso de Moiséi Briskin. ¿Nos permite pasar?

La mujer se hizo a un lado.

El interior de la casa rural recordaba el de un apartamento en la ciudad. Una mesilla de noche de madera curvada parecía proclamar con sus abultados costados: «¡No sabéis dónde os metéis!». Resultaba evidente que la enorme mesa de comedor de forma oval no había pasado de una pieza por la estrecha puerta. Por lo visto, le habían desatornillado las patas para entrarla.

—¿Y esta…? —comenzó a preguntar Aleksandra Ipátievna mirando a la niña. Pero se calló de pronto.

Algo inquietaba a Samsón, aunque no sabía exactamente qué. Examinó detenidamente a la mujer: su cabello castaño y abundante, su vestidito de verano de color lila, las babuchas turcas con las puntas mirando arriba.

No podía tratarse de la Shúrochka a la que Briskin le había vendido un corazón de cerdo casi de balde. En todo caso, si lo fuera, Samsón no podía dirigirse a ella de esa manera familiar. ¡A mujeres como aquella había que llamarlas con nombre, patronímico y la voz rota de admiración! «Shúrochka» sonaba demasiado simple y vulgar. ¿O sería que él la llamaba así con algún propósito particular?

Samsón echó un vistazo alrededor y se percató de que Jolodny también miraba boquiabierto a la dueña de la casa.

Había varias fotografías enmarcadas colgando de las paredes. En una de ellas se veía a un anciano barbudo y apuesto.

—¿Quién es? —se interesó Samsón.

—Es mi abuelo: Irakli Karitidi, un griego de Salónica.

—¿Usted es griega, entonces? —preguntó Samsón sin ocultar su sorpresa.

—¿Acaso eso tiene alguna importancia? —La mujer se encogió de hombros—. ¿Qué quieren de mí?

—Vayamos por orden —intervino Jolodny. Su voz sonó hermosa como la de un cantante de ópera y, a la vez, severa, policial—. ¡Hemos venido a interrogarla! ¿Nos podemos sentar?

La mujer los invitó a sentarse a la mesa. También la pequeña Sofía acercó una silla para hacerlo, pero Samsón le señaló con la mirada un sofá que había en un rincón de la estancia. Después, extrajo el tintero, la pluma y dos hojas del portafolios. Con gesto habitual, apartó el mantel de color Burdeos a un lado: no se gana nada escribiendo sobre un mantel, más que rasgar el papel y, a veces, hasta romper la plumilla.

Mientras alisaba la hoja sobre la superficie de madera, escuchó el paso de una cerilla por el esmeril y el chispazo que encendió la llama. Jolodny había encendido un pitillo y le alargaba el paquete. Samsón encendió el suyo.

Un bebé comenzó a llorar de repente.

—¿Es chico o chica? —se interesó Samsón.

—Es un chico —respondió la mujer, y se puso de pie—: ¡Perdónenme, ya vuelvo!

El llanto cesó enseguida.

—Huele raro aquí —advirtió Jolodny.

Samsón olfateó el aire pesado y cálido de la habitación. Se parecía algo al que lo asaltó aquella noche en el sótano de la casa del bazar judío, donde fabricaban caramelos.

—Estará preparando la cena —conjeturó Samsón, y escribió en la parte superior de la hoja: «Acta del interrogatorio a Karitidi, Aleksandra Ipátievna».

La anfitriona volvió a la mesa. Mirándola fijamente, Jolodny echó el humo al suelo. Samsón apartó la cara y echó el suyo a un lado. Después, apagó el pitillo apretándolo contra el fondo del portafolios y lo dejó caer al suelo, junto a la punta de su bota derecha.

La mujer respondió sin esfuerzo las primeras preguntas. Tan solo cuando Samsón le preguntó: «¿Cuánto hace que conoce a Moiséi Briskin?», se estremeció, enmudeció y se quedó absorta en sus pensamientos.

Desde la habitación contigua, se escuchó llorar al niño de nuevo. La mujer corrió allá y esta vez Samsón la siguió. Ella solo se percató de su presencia cuando tuvo al niño en brazos, después de sacarlo de la cuna de madera.

Samsón se fijó en la carita del bebé. Le pareció ver algo familiar en él. El dibujo de las cejas, por ejemplo. Y también los ojitos, que parecían más próximos al tabique nasal de lo que suele ser habitual. ¡Era idéntico a Briskin!

—¡Salga de aquí, por favor! —pidió la mujer—. ¡Volveré enseguida! ¡Solo deje que lo calme!

—¿Moiséi Zelikóvich es el padre de este niño? —preguntó Samsón cuando ya salía dejándola sola.

Ella quiso responder, pero guardó silencio. Su cara habló con más claridad que lo que lo habrían hecho sus palabras. La sola mención de Briskin trajo una dulce tristeza a sus ojos, una tierna melancolía.

Samsón volvió a la estancia a toda prisa.

—¡Huele a caldo! —dijo Jolodny de golpe, como si llevara un buen rato queriendo compartir esa observación con su compañero.

Samsón se encogió de hombros. El aire, en efecto, era cada vez más denso, más pesado, más caliente.

—¿Cuánto hace que conoce a Briskin? —repitió la pregunta Samsón empuñando la pluma cuando la mujer volvió a la mesa.

—Es difícil decirlo. Puede que unos tres años.

—¿Solo tres años? —preguntó Jolodny sin esconder sus dudas.

—Sí, tres.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace unas dos semanas.

—¿Cuántas veces vino a traerle carne?

—Varias veces.

—¿Cómo eran sus relaciones con él?

—Eran buenas…

A medida que anotaba las respuestas, Samsón se iba poniendo nervioso. Era consciente de que no estaba formulando las preguntas correctas, porque las buenas, las que iluminaban las actas de los interrogatorios, se le atragantaban y no conseguía hacerlas salir de su garganta. No sabía por qué, de repente, le había comenzado a temblar la mano con la que tomaba las notas. Horrorizado, notó que su caligrafía, que siempre se había distinguido por la corrección de las líneas y la fluidez, sufría por el temblor de la mano, y las letras parecían ir dando botes sobre el papel, incapaces de ordenarse en una línea. Se mordió el labio. Se volvió hacia Jolodny:

—¡Continúa tú, que se me ha cansado la mano! —le pidió señalando la hoja.

El rostro de Jolodny manifestó su contrariedad. No obstante, obedeció y los dos hombres se cambiaron de sitio.

—¿Qué es lo que tiene al fuego? —comenzó preguntando Jolodny.

Aleksandra Ipátievna miró horrorizada a la pluma sujeta por los dos dedos gordísimos del segundo agente.

—¿Y eso a usted qué le importa?

—Me da curiosidad —respondió fríamente Jolodny, aunque la miró con respeto. Ella supo leer esa mirada.

—Estoy preparando un caldo para mi niño —dijo.

—¿Sabía que el Oprodgubkom emitió un decreto prohibiendo el comercio privado de carne?

—¿Y quiénes son esos?

—Pues el Comité Provincial Especial de Abastecimiento —la ilustró Samsón—. Algo así como la checa de los alimentos.

La mujer se asustó.

—¡No sabía nada de eso! —exclamó.

Jolodny anotó su respuesta. Después, repasó el acta y se la alargó a Samsón. Este también leyó el texto y notó, para su contento, que incluso las letras más desmañadas de las que había escrito su mano temblorosa eran más elegantes y correctas que las de su compañero.

—Escriba esto: «Aquí se han recogido correctamente mis palabras». Luego firme y anote la fecha.

Aleksandra Ipátievna cogió el documento en la mano. Sus labios se iban moviendo suavemente a medida que leía. La lectura la absorbió completamente. Llegó hasta el final y comenzó otra vez desde el principio. Ahora ya los labios no se movían, pero su mirada se tornó más penetrante y alarmada.

Esa alarma se la trasladó a Samsón. El niño lloró de nuevo en la habitación contigua, pero esta vez la anfitriona no se movió. Se había quedado paralizada.

—¿Por qué han escrito esto? —preguntó y clavó la mirada en Samsón, como un maestro que fija los ojos en un pupilo que no se ha aprendido bien la lección.

—¿Qué pasa? —preguntó Samsón a su vez—. ¿Hay algo incorrecto?

—¡No le he comprado carne a Moiséi! —dijo la mujer con firmeza—. Le compré un corazón.

—¡Es lo mismo! —exclamó Samsón sorprendido—. Los riñones, el hígado, las orejas, el corazón: ¡todo eso es carne!

Aleksandra Ipátievna le dirigió una mirada en la que se traslucía el desdén.

—¡Desde luego que no! —protestó con pasión, y se llevó la mano al pecho izquierdo—. ¡El corazón no es carne!

Una mueca de dolor se dibujó en sus labios, pero con la fuerza de su voluntad fue capaz de borrarla y miró de nuevo a la puerta abierta de la que había llegado ya dos veces el llanto del niño. Parecía desear que la criatura llorara de nuevo y así le diera un motivo para levantarse, salir de allí, tomar el aire.

Samsón tuvo la impresión de que comenzaba a dolerle el corazón.

—¿Dónde tiene la cocina? —preguntó.

Con el acta en la mano, Samsón siguió a la mujer hasta la pequeña cocina, donde, sobre un hornillo ennegrecido por el hollín, una olla despedía un vapor espeso y pesado. Olía a caldo con mucha fuerza, tanta que aspirar el vapor bastaba para sentirse saciado.

Samsón acercó una esquina del acta al fuego que ardía debajo de la olla. El papel ardió también. Aleksandra Ipátievna miró asustada las llamas azuladas que se alzaban desde el papel junto a la mano de Samsón. Cuando el fuego le comenzó a quemar los dedos, dejó caer al suelo los restos del documento, que acabaron de arder.

—La escribiré de nuevo —balbuceó Samsón—. Había muchos errores. La niña que está sentada en el sofá es Sofía, la hija de Briskin. ¿Puede quedarse con usted?

—Desde luego que sí —susurró la mujer.

—Perdónenos la irrupción —añadió Samsón.

—¡Siéntese a la mesa un momento! —le pidió Aleksandra Ipátievna de repente—. ¡A la mesa!

Samsón regresó al salón y guardó el tintero en el portafolios que antes había dejado en el suelo. La pluma la envolvió con la hoja que no había utilizado y la deslizó también en el interior de la cartera. Concretamente, en el bolsillito que tenía dentro.

Jolodny miró intrigado a su compañero. Suspiró. Señaló la ventana con el mentón como invitándolo: «¿Nos vamos?».

Samsón negó con la cabeza.

La anfitriona apareció enseguida trayendo sendos platos, que colocó en la mesa frente a los agentes. Dejó también un tenedor junto a cada plato. Sobre los platos se alzaba el humo que despedían unos pequeños trozos de una extraña carne gris.

La mujer los dejó un instante a solas para volver con un salero de madera.

Jolodny se encogió de hombros, pinchó con el tenedor un trozo de carne, la pasó por el salero y se la llevó a la boca. La masticó un poco y se encogió nuevamente de hombros.

—¿Sabes una cosa? Nunca había probado corazón antes —reconoció Jolodny, cuando ya viajaban de regreso en la calesa—. ¡Es verdad que no es carne! —añadió haciendo una mueca con los labios—. ¡No lo es para nada!

—¡No irás contando esto por ahí, ¿verdad?! —le preguntó Samsón.

—¡¿Qué dices?! ¿A quién se lo voy a contar? ¡Si yo también comí a gusto! —protestó Jolodny sonriendo con malicia.

Después de dejar a Jolodny en su casa, Samsón se pasó otras dos horas trabajando en el «caso de la carne», releyendo las actas y anticipando todas las posibles preguntas que plantearan Naiden y Abyazov.

Cuando volvió a casa ya era medianoche. Lo sorprendió encontrar al doctor Vatrujin leyendo un libro en el salón.

—Nadienka ya se ha ido a dormir! ¡No lo ha esperado! —le informó—. Se oyeron unos tiros aquí al lado. ¡Y decidí esperarlo! No fuera a ser, Dios no lo quiera, ¡que estuvieran disparándole a usted!

—¿Dónde ha sido eso?

—¿Qué sé yo? ¡Ahí fuera!

—Ahora ya está muy tranquilo todo. —Samsón calló unos instantes y aguzó el oído—. Por cierto, Nikolái Nikoláievich, quería hacerle una pregunta. Un tema médico…

El rostro de Vatrujin se transformó para mostrar interés. Era exactamente la misma expresión que se le ponía cuando hablaba con sus pacientes.

—Dígame una cosa, Nikolái Nikoláievich, ¿los huevos cocidos ayudan con las enfermedades de corazón?

—¿Qué dice, mi querido Samsón? ¿Quién usa huevos para tratar patologías del corazón? —se burló condescendientemente el doctor.

—No, no digo que los usen, sino que los coman, que se los traguen como píldoras…

—¡En modo alguno! ¡De hecho, los huevos están llenos de elementos nocivos para la salud! ¡Sobre todo la yema!

—Pues tenemos a un detenido con problemas de corazón al que la hija le trae dos huevos cada día. ¡Dijo que los toma por consejo médico!

—¡¿Y usted se lo ha creído?! —exclamó Vatrujin y se tapó enseguida la boca con la mano mirando a la puerta del dormitorio donde descansaba Nadiezhda. Continuó en un susurro—: Debe de habérselo inventado para que no se los quiten. ¡Y comerá huevos para mantenerse fuerte! ¡Porque son muy alimenticios, eso sí!

Samsón se mordió el labio inferior, rezongó.

«¡Así que Briskin ha estado tomándome el pelo! —pensó—. Nos ha engañado a los dos: a mí y a su hija».

Samsón volvió a rezongar, aunque no se sentía enfadado ni ofendido: «¡Los presos tienen que convertirse en ratas, porque, en caso contrario, no conseguirían sobrevivir entre los delincuentes que los rodean!».

Capítulo 32

Abyazov llegó tarde a la redacción de la sentencia. En vano había corrido Samsón al cuartel, esquivando las salpicaduras de los coches que se hundían en los charcos y los chorros que caían de las cornisas de las casas por los desagües despanzurrados. Al entrar a la comisaría, cerró el paraguas con mango de bambú y buscó dónde ponerlo para que no mojara la escalera y el pasillo. Pero entonces recordó que el cuartel no contaba con elementos destinados a funciones tan pueriles como escurrir paraguas. Por suerte, sí que quedaba, clavado en el suelo a la izquierda de la puerta de entrada, como un rezago de los tiempos zaristas, un raspador para el fango de las botas. No obstante, los soldados, que desconocían su función, continuaban golpeando las botas contra el suelo del umbral para sacudirles el fango o lo sacaban frotando las suelas de las botas contra el borde afilado de los peldaños.

Mientras esperaban, los tres se reunieron a beber té en el despacho de Naiden. Abyazov llegó por fin y pidió el expediente y media hora a solas para estudiarlo. Entonces Jolodny y Samsón regresaron al despacho que compartían. Samsón se aproximó al cartel que mostraba el despiece del cerdo y se sintió algo triste. ¡Era increíble que, con lo que se les había resistido esa investigación, ambos acabaran llevándola a su conclusión! Ahora solo quedaba dictar sentencia, archivar el expediente y mandar a Briskin a la cárcel. Un par de meses a la sombra. O eso creía Samsón.

—Hay que pasar esta página —se dijo en un susurro.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Jolodny dejando un instante la lectura de las aventuras del padre Brown. Tenía cara de fastidio. Probablemente,

también lamentara un poco haberse quedado sin nada que hacer. Más concretamente, sin el «caso de la carne». Insistió—: ¡No te he escuchado!

—No es nada, hablaba conmigo mismo —le aclaró Samsón volviéndose hacia él.

Después, se acercó a la pared y descolgó el cartel. Lo enrolló formando un tubo y lo sujetó con dos cintas que alguna vez fueron arrancadas de una carpeta.

Vasyl se asomó al despacho.

—¡Naiden os está esperando! —dijo—. ¿Queréis un poco más de té?

Samsón negó con la cabeza.

Lo primero que hizo Samsón al entrar en el despacho de Naiden fue mirar a Abyazov. Su cara —pálida y grave— mostraba que no tenía grandes objeciones que hacer al caso.

—¡Acabemos con esto de una vez! —los apremió el chequista.

—¡Siéntate y escribe! —le ordenó Naiden a Samsón señalándole el escritorio.

Samsón se acomodó en la silla y miró el formulario para la sentencia que tenía delante. Había dos recuadros. Encima del recuadro de la izquierda se leía: «Con la presencia de». Encima del derecho: «Condena». Debajo había un espacio para las firmas y los sellos.

En el recuadro correspondiente, Samsón anotó los nombres de las cuatro personas presentes. Después se volvió hacia Abyazov, que observaba la escena desde el diván.

—Bueno, ¿qué? ¿Cuánto se merece? —preguntó Abyazov, y miró a Naiden.

Este hizo una mueca y propuso:

—¡Un año y medio, digamos!

—¡Eso es demasiado! —se le escapó a Samsón.

—¿Demasiado? —se sorprendió Abyazov.

Jolodny permaneció en silencio. De hecho, no parecía que estuviera escuchando la conversación.

—Está enfermo del corazón —añadió Samsón bajando la voz.

—¡Lo cierto es que Briskin ya se dedicaba a especular con la venta de carne antes del decreto del Oprodgubkom! —Naiden miró a Abyazov con cautela—. ¡Podemos ponerle una condena más alta! ¡Dos años, digamos!

—Tengamos en cuenta que se adscribió a la comisión de forrajes y se ofreció a servir al poder soviético voluntariamente —intervino de nuevo Samsón—. Por lo tanto, resulta que se dedicaba al comercio en su tiempo libre, ¿no?

—¡Eso no era comercio: era especulación! —lo corrigió bruscamente Abyazov frunciendo los labios en señal de desaprobación. Se contenía, no obstante, y sus pequeños ojos mostraban el revuelo de ideas en su cabeza y no la pugna de emociones en su pecho—. ¡Si se hubiera dedicado a la especulación en horario de trabajo, le podrían caer hasta cinco años! Pero, tal como están las cosas, creo que se merece tres.

Esa última frase, Abyazov la pronunció de manera particularmente firme y precisa. Después, recorrió a los presentes con una mirada que rebosaba de impaciencia, casi de apremio, y anunció:

—¡Y ahora ocupémonos del segundo acusado!

—¿Qué segundo es ese? —se le escapó a Samsón.

—¿Qué quieres decir? ¡Hablo del caso principal que tratamos aquí! —gritó Abyazov y, puesto de pie, agarró el expediente y se puso a pasar las hojas—. ¡El de Shpakévich! Por organizar y administrar un matadero ilegal. ¡Eso es algo mucho más grave que la mera especulación! ¡Porque, de no haber existido un matadero ilegal, Briskin no habría estado especulando por ahí con la carne!

—Pero eso nosotros no lo investigamos, porque lo que hicimos fue tomarle declaración contra Briskin y… —comenzó a protestar Samsón, pero se calló de golpe al encontrarse con la mirada fiera y a la vez sombría de Abyazov.

—¡Eso solo habla de vuestra negligencia! ¡Lo interrogasteis, lo dejasteis marchar y olvidasteis el delito sin investigar a fondo! —dijo Abyazov entre dientes—. ¡Y eso cuando el acta del interrogatorio no deja dudas acerca de su culpabilidad! ¡Es un cómplice! ¡Más que cómplice, es el organizador del delito! ¡Porque es quien lo preparó todo para que se delinquiera después! ¡Escribe la sentencia ahora mismo!

Samsón levantó la pluma sobre el rectángulo donde se escribía la sentencia.

—Se resuelve… —comenzó a dictar Naiden mientras buscaba en los papeles del expediente los apellidos de los condenados— que Briskin, Moiséi Zelikóvich, nacido en 1886, de origen burgués, culpable de

comercio ilegal de carne, sea condenado a la pena de tres años de cárcel. Y que Shpakévich, Iván Stepánovich, nacido en 1889, de origen burgués, culpable de la organización y la administración de un matadero clandestino, sea condenado a la pena de… —En ese punto, Naiden miró a Abyazov.

—¡Muerte por fusilamiento! —dictó con toda tranquilidad el chequista.

Naiden se puso tan tenso que cerró los ojos. Jolodny se estremeció y miró a Abyazov. A Samsón le comenzó a temblar la mano y, aunque no había riesgo de que se descolgara una gota de tinta de la plumilla, la apartó hasta colocarla encima del tintero de porcelana azul. Luego la bajó, con la punta hacia abajo, y apoyó la palma sobre la mesa, a la derecha del documento, apretándola con fuerza, porque sintió que, si la dejaba estar, se pondría a temblar y delataría la agitación que lo embargaba.

Naiden estuvo atento a todos esos movimientos y, después, puso su propia mano a un palmo de la cara y se examinó las uñas. Detectó que estaban sucias: había roña acumulada debajo de ellas delineando un arco de color negro. Su mirada denotaba preocupación y desconcierto. Se llevó los dedos a la boca y pareció que había decidido arrancar a mordiscos lo que sobraba a las uñas, pero cambió de idea y apoyó la mano en la rodilla.

—Bueno, ¿qué? ¿Vamos a redactar esa sentencia de una vez o no? —preguntó Abyazov, y en su voz había algo de amenaza.

Naiden levantó la cabeza y, por alguna razón, miró a Jolodny. Su expresión era también de urgencia y enojo.

—¿La escribimos o no? —El chequista repitió la pregunta a Jolodny.

—No es nada cristiano esto… —dijo Sergui y suspiró—. ¡Es un simple cobertizo lo que tienen ahí y no un matadero, caray!

Samsón miró a su compañero con gran respeto. Recuperó el ánimo y tragó la saliva que le llenaba la boca.

—¿Y desde cuándo redactamos aquí sentencias que estén conformes con la moral cristiana? —La voz de Abyazov sonó afilada como un sable. Sacó pecho y enderezó los hombros como si se dispusiera a comenzar a marchar así sentado—. ¡No vamos a poner la otra mejilla, después de que nos hayan abofeteado en la primera! ¿Es verdad eso que dicen de que llevas un crucifijo debajo de la guerrera? —El chequista clavó sus ojos en los del exsacerdote—. ¿Es verdad o es mentira?

—La llevo como un medio de autodefensa… —explicó Jolodny e, incapaz de sostenerle la mirada, se volvió hacia Samsón.

—¡Ajá! —se burló Abyazov—. ¡Así que llevas un crucifijo que hace milagros! ¿Es así?

Jolodny permaneció en silencio. Pero el chequista no estaba esperando una respuesta a su pregunta. También él miró a Samsón.

—¡Pena de muerte por fusilamiento! —repitió, y señaló el tintero del que sobresalía la pluma.

—¡Acabemos de escribir esto de una vez! ¡Basta de perder el tiempo! —se sumó Naiden a la urgencia.

Samsón seguía dando largas, aunque sabía que todo era en vano, porque Abyazov no iba a cambiar de idea. Inopinadamente, apareció en su mente el recuerdo del soldado chino Li Jun, al que había conseguido liberar sin mucho esfuerzo. ¡Es verdad que pudo echar mano de un cónsul y una carta oficial! ¡Shpakévich no tenía cónsules a los que acudir! ¡No era un extranjero! De pronto, Samsón sintió una súbita pena por no haber hablado más con Shpakévich, por haberlo dejado marchar sin haber averiguado nada sobre él y las circunstancias de su vida. Porque ahora resultaba que estaba condenando a muerte no a un hombre con su vida, sus problemas y sus hábitos, sino a un apellido y una dirección.

—¿Es esto un sabotaje? —preguntó Abyazov con voz muy baja y, por lo mismo, claramente amenazante.

Samsón tomó la pluma de nuevo, la sacudió para que cayera una gota de tinta roja y la acercó al papel. Las líneas que había escrito diez minutos antes ya se habían secado. Continuar una frase ya seca le pareció algo fuera de lugar y hasta violento. La mano, por sí sola, colocó la plumilla en la línea invisible que sucedía al renglón ya escrito a medias.

—¡Fu-si-la-mien-to! —repitió Samsón en voz alta estirando la palabra hasta el límite y alzó los ojos para mirar a Naiden.

—¡Fírmalo! —mandó este.

Samsón bajó la pluma y estableció el punto en el que se apoyaría la plumilla para comenzar a escribir la letra «F». Pero su mano derecha experimentó una violenta sacudida y la pluma salió disparada, alcanzó una esquina de la mesa, rodó sobre la carpeta dejando un rastro de tinta roja y cayó, finalmente, al suelo. Samsón saltó dispuesto a recogerla, pero se tambaleó y adelantó la pierna izquierda en busca de equilibrio. La pluma crujió aplastada bajo la suela.

Los ojos de Abyazov, que solían estar entrecerrados, se redondearon de pronto, completamente abiertos y cargados de odio.

Samsón lanzó una mirada de pesar a los trozos de la pluma y volvió a sentarse frente al escritorio. Allí buscó otras herramientas de escritura y, al no encontrarlas, se quedó muy quieto y aguantó la respiración. ¡Parecía esperar que, de repente, ocurriera un milagro!

Ya fuera por estar esperando el milagro o, quizá, por el agotamiento producido por la vergüenza y la desesperación, el cuerpo y la mente de Samsón se habían debilitado tanto que tardó en percatarse de que la mano izquierda de Abyazov había agarrado el tintero de porcelana y derramado unas gotas de color rubí sobre la carpeta, que ya estaba manchada, mientras los dedos punzantes de su mano derecha se clavaron en la mano de Samsón, separaron el dedo pulgar, mojaron la yema en la tinta y la apretaron contra el recuadro destinado a las firmas. La huella dactilar de Samsón, roja y diáfana, se veía muy rara en medio de aquel rectángulo, como si se tratara de la huella de un criminal.

Samsón arrancó la mano del apretón de la garra de Abyazov y se miró la yema del dedo tintada sin dar crédito a lo que veía. Frunció los labios en una mueca de rabia.

Entretanto, el chequista cogió la sentencia de la mesa. En la mano tenía un cacho de lápiz, cuya punta de grafito humedeció con saliva, y, apoyando el folio en una esquina del escritorio, apuntó con el tóxico azul: «Fusilamiento». La palabra había sido escrita con una letra el doble de grande que la utilizada antes por Samsón. Y las letras de la terrible sentencia se distinguían, además, por una redondez algo vulgar, como si las hubiera trazado un niño esmerado que aún no supiera distinguir entre la armonía de la caligrafía y el significado de las palabras que escribía. La palabra que Abyazov acababa de escribir se distinguía, precisamente, por su carácter odioso. Y Samsón era consciente de que él jamás habría podido escribirla con una letra que hiciera justicia a su verdadero significado.

Abyazov fue el primero en estampar su firma en el recuadro en el que ya figuraba la huella de Samsón. Después, firmó Naiden y ya, por último, lo hizo Jolodny, pálido y conteniendo a duras penas su ímpetu, como el de un caballo atado. Tan fuera de sí estaba que, inclinado sobre el documento, no era capaz de atinar con la punta del lápiz dentro del recuadro indicado.

La firma de Abyazov resultó sorprendentemente correcta. Samsón fue consciente de que el chequista gozaba más de la elegancia de su firma que de las palabras terribles y monstruosas de la sentencia. Abyazov se dio cuenta del interés que su firma había despertado en Samsón y, regalándole una sonrisa desdeñosa, se dio la vuelta y abandonó el despacho sin decir una palabra más.

Ya a solas los tres, Samsón, Naiden y Jolodny permanecieron cerca de cinco minutos en silencio y envueltos en una pesada atmósfera funeraria.

Naiden fue el primero en recuperar el aplomo. Convocó a Vasyl y le ordenó enviar a un pelotón de soldados del Ejército Rojo a buscar al segundo de los condenados. Le dio el expediente para que encontrara la dirección de Shpakévich en el acta correspondiente. Eso sí, no olvidó recordarle que tenía que traerle la lista de «delitos frescos», antes de que el reloj marcara las tres.

Samsón sintió ganas de fumar. Le pidió a Jolodny un pitillo y la caja de cerillas y bajó a la calle. Se plantó en la esquina de Karaváievskaia y desde allí contempló el cielo plomizo. La lluvia había cesado de caer, pero los nubarrones que colgaban sobre el jardín botánico de la universidad no presagiaban nada bueno.

Samsón encendió el pitillo y, de espaldas al jardín botánico, fijó la vista en la calle frente al cuartel de la milicia. Un pequeño camión rodó hasta la entrada. Cuatro soldados armados se asomaron al umbral del edificio, miraron al cielo con idéntico gesto de desaprobación y subieron a la parte trasera del vehículo, que se puso en marcha enseguida. La puerta del cuartel se abrió de nuevo. Briskin, flanqueado por dos soldados, apareció en el umbral. También él miró al cielo. Después, echó un vistazo a su alrededor y sus ojos se encontraron con los de Samsón. Lo miró unos instantes, pero no le hizo ninguna señal que pudiera significar algo. Llevaba las manos sujetas a la espalda.

Uno de los soldados le soltó alguna grosería. Briskin se estremeció, abandonó la aparente calma que tenía y echó a andar apresuradamente por la calle Tarásovskaia hacia donde fumaba Samsón. Los soldados, ambos armados, caminaban a su lado.

—¿De veras se lo llevan a pie? —se sorprendió Samsón apartándose de la ruta que, previsiblemente, iban a seguir.

Sin apartar la vista de ellos, volvió al cuartel.

—Vinieron preguntando por usted —le informó el soldado que hacía guardia en la puerta. Y añadió—: ¡De la China!

—¿Cuántos chinos eran?

—Uno solo. Entregó un paquetito y una nota. Se los han subido al despacho.

De vuelta en su despacho, Samsón vio un paquetito de tela algo más pequeño que el usado por Yu para guardar las orejas de cerdo. La boca del envoltorio, que le habían dejado sobre la mesa, estaba cerrada por una torpe costura hecha con hilo rojo. Samsón advirtió que había un trozo de papel sujeto por el mismo hilo. Lo arrancó.

«¡Querido camarada Sam Son! —leyó las letras algo angulosas y escritas a mano imitando las de imprenta—. ¡Nunca jamás olvidaré tu ayuda! ¡Te deseo un millar de éxitos! ¡Estoy dispuesto a dar mi vida en combate por ti! Tu amigo, Li Jun».

El ya familiar olor agrio y picante de las orejas de cerdo le golpeó la nariz.

Samsón puso el paquetito en el armario que había debajo de la ventana.

Sentado a su mesa, reposó la cabeza en los antebrazos y se quedó dormido.

Alguien se asomó al despacho, pero se abstuvo de entrar. Probablemente, fuera Vasyl. Más tarde, tal vez una o incluso dos horas después, la puerta se abrió de nuevo y unos pasos recios resonaron, pero su dueño se detuvo de repente. El chirrido de una silla al moverse le indicó a Samsón que se trataba de Jolodny.

Al cabo de un rato, se oyó un grito en el pasillo. Era Naiden llamando a alguien. Samsón aguzó el oído sin abrir los ojos. La silla, apartada por su dueño, chirrió de nuevo y una mano pesada se posó sobre su hombro y lo sacudió. Samsón levantó la cabeza. Sobre el escritorio había dos pequeños vasos llenos hasta los bordes. El olor a alcohol alcanzó su nariz y lo hizo estornudar ruidosamente. El estornudo lo sacó del sueño de golpe.

Jolodny estaba allí de pie.

—¿Es que no vamos a brindar por la sentencia? —preguntó.

—¿Por la sentencia? —preguntó Samsón sin entusiasmo y mirando a su compañero con incredulidad. Pero en eso se miró fijamente la yema del pulgar derecho, que estaba manchada de tinta roja.

—¡Por la sentencia y por los condenados! ¿Qué te parece? ¡Dios es mucho más compasivo que los hombres!

—¿Eso lo dices porque te dispones a volver a Él? —le preguntó Samsón.

Jolodny negó con la cabeza.

Samsón suspiró y su mano buscó el vasito. Lo alcanzó y se lo llevó a los labios. El olor del alcohol le golpeó nuevamente la nariz. Metió el dedo manchado de tinta en el vaso. Lo sacó y se lo frotó contra la guerrera. La tinta no salía.

—Es inglesa —le dijo molesto Jolodny—. ¡Ni se aclara ni sale! ¡Ya tuve una vez esa tinta!

Samsón hizo una mueca, que parecía de dolor.

—¡No pienses más en ellos! ¡Ya no están a nuestro cuidado! —continuó Jolodny adoptando ahora un tono de predicador.

—Tres años a uno y fusilado el otro —susurró Samsón con desconsuelo.

—¡Todavía puede suceder cualquier cosa! ¡Ya verás!

—¿Qué es lo que veré?

—¡Igual van y se escapan! ¿Recuerdas a los dos soldados aquellos que se te escaparon?

Samsón hizo memoria.

—¡Pero esos eran ladrones de verdad!

—¡Y se fugaron! —insistió Jolodny.

—¡No quiero brindar por la sentencia! —Samsón depositó el vaso en la mesa—. ¿Cómo se puede brindar por una sentencia como esa?

—Vale, de acuerdo… —admitió Jolodny y cogió el suyo—. Bebamos por… ¡Por la compasión! ¡La compasión nunca triunfa, pero concede la última esperanza!

Samsón aún tardó unos instantes en mostrarse conforme. No obstante, no había alegría en su expresión. Expulsó todo el aire de sus pulmones, se bebió el vaso de un trago y aspiró de nuevo como si se ahogara.

—¡Vámonos al despacho de Naiden! ¡Nos espera! ¡Me dijo que te llevara allá en cuanto despertaras!

—¿Y cómo sabe que yo dormía?

—Estuvo aquí. ¡Fue él quien trajo el alcohol! Quería felicitarnos por haber cerrado el caso.

Secándose ambos los labios con las mangas de las guerreras, Samsón y Jolodny entraron en el despacho del jefe.

—¡Por fin! —exclamó Naiden distrayéndose del montón de declaraciones que tenía delante—. ¡Me van a volver loco con toda esta tontería! —dijo señalando la mesa—. ¡Hay un burgués denunciando a la criada porque le robó una palangana de cobre que usaban para hacer mermelada! ¡Por una denuncia así, lo metería a él en la cárcel ahora mismo! ¡Estos…, estos… —aseguró y levantó una carpeta atada con cintas— sí que son casos importantes! ¡Es de estos de los que hay que ocuparse ya! —zanjó mirando a sus colaboradores.

Jolodny se animó visiblemente, pero apenas había abierto la boca para decir algo cuando se escucharon por la puerta entreabierta los pasos apresurados de alguien que parecía subir las escaleras a saltos, saltándose peldaños. Naiden soltó los papeles y se volvió hacia la puerta, que se abrió de golpe, desplazando el aire que les golpeó la cara. Un militar estaba en el umbral, ahogado por la carrera, con el rostro desencajado. En la mejilla izquierda llevaba la honda cicatriz que le había dejado un sablazo.

—¡Deprisa! ¡Vengan deprisa! —balbuceó—. ¡Ha desaparecido un destacamento!

—¿Qué destacamento es ese? —preguntó Naiden desconcertado—. ¿Dónde?

—¡Soldados rojos! ¡Un destacamento de la escolta de prisioneros! Se metieron en los baños, dejaron el uniforme y el equipamiento en el guardarropa y desaparecieron. ¡Desaparecieron sin más! Abandonaron en los bancos los barreños, las chapas del guardarropa y los estropajos que les dio el jefe de baños… ¡Y se esfumaron!

—¿En qué baños ha ocurrido eso?

—En los de la plaza Gálitskaia. ¡Los hemos buscado por todos lados! ¡Es como si se los hubiera tragado la tierra! —se quejó desconsolado el militar—. ¡Pensamos que se escondían en medio del vapor! Pero disipamos el vapor, ¡¡¡y nada!!!

—¿Cómo puede haber pasado algo así? —gritó Naiden enfadado—. ¿Un destacamento completo? ¿Cuántos eran?

—¡Veintiocho hombres!

Naiden se volvió hacia Samsón:

—¡Vamos! —le ordenó enfáticamente. Y, volviéndose hacia Jolodny, lo convocó también—: ¡Y tú, lo mismo! ¡Ey, Vasyl! —gritó—: ¡Pon a cinco soldados a cuidar la puerta! ¡Deprisa!

Epílogo

Todo mojado, y vacilando sobre sus pies empapados, Samsón tardó cinco minutos en llegar a la puerta principal. Tras cada puñetazo a la madera, miraba a la derecha, a la ventana de la cocina del apartamento de la portera.

La luz se encendió por fin. Y un minuto más tarde, después de haberse asegurado de que el visitante era uno de los inquilinos de la casa, la viuda del portero descorrió el cerrojo.

—Ay, ¿cómo es que me vienes tan mojado? —preguntó.

—Es que se me olvidó el paraguas en el trabajo —admitió Samsón.

—¡Déjame servirte una copita, que vas a pillar un resfriado! ¡Con esta noche tan fría que está haciendo! ¡Si es que se me pone la carne de gallina! —añadió, y le enseñó el dorso de la mano derecha.

Samsón pasó con ella a su cocina, pero solo un instante. Ya fuera por la insistencia de la viuda en la frialdad vespertina o por lo avanzado de la propia noche, había comenzado a temblar. Esa fue la razón de que se echara al coleto con tanto gusto dos copas de licor casero seguidas.

—¿Qué es eso que tienes en el dedo? —le preguntó la viuda.

—Tinta.

—¿Eso es que firmas con el dedo? —se sorprendió ella—. ¡No sabía que eras analfabeto!

—¡Claro que no soy analfabeto! —protestó Samsón algo enfadado—. ¡Fue por casualidad! ¡Algo que no salió bien y punto! Bueno, ¡me voy arriba!

Esa noche no lo esperaba despierto nadie. Detrás de la puerta de la habitación del doctor se escuchaban ronquidos. La alcoba donde dormía

Nadiezhda era toda silencio.

Samsón se quitó las botas y los pantalones. También se despojó de la guerrera mojada. Lo puso todo a secar en los respaldos de las sillas del comedor.

Pasó al cuarto de baño, donde estuvo un buen rato intentando sacar la tinta roja del dedo. Mientras escuchaba el agua correr, pensó que esa noche estaba demasiado sucio para dormir en el lecho conyugal. Cuando le pareció que ya se había sacado toda la tinta, Samsón pasó a su dormitorio, se metió debajo de la manta y se quedó a esperar el momento en que capitulara, por fin, ante el sueño que vendría.

Pero esa noche el sueño no se daba prisa. En su lugar, a la mente acudían sucesivas imágenes de la infructuosa búsqueda de los soldados desaparecidos misteriosamente en los baños. Era un poco como si aún no hubiera conseguido salir de aquellos baños en los que hacía tan poco tiempo se había lavado él mismo. Miró por todos los rincones, lo mismo bajo los bancos que en la sala de vapor. El aire del recinto todavía conservaba el olor del vapor, aunque hacía rato que se había disipado. Los barreños con los números todavía estaban sobre los bancos. Pantalones, calzones, cinturones y guerreras esperaban a sus dueños en el guardarropa. Bajo ellos, en el suelo, esperaban las botas y las vendas que usaban en los pies a modo de abrigo. En los bolsillos de las guerreras esperaban los documentos de identidad cuidadosamente doblados en cuatro, que servían para identificar a los dueños de cada pieza. Pero los propios soldados del destacamento de escoltas habían desaparecido. Y la mente se negaba a responder a la pregunta de dónde podía haberse metido un soldado desnudo en aquellos baños.

Samsón cerró los ojos. Por cierto, el color del techo no cambiaba cuando lo hacía. Pero en eso un extraño sonido lo distrajo tanto de los baños como de la penumbra de la noche. Parecía que alguien había abierto el cajón de un escritorio.

—¡Vaya! ¡Mira esto! ¿Te acuerdas? —escuchó decir a una voz de hombre desconocida.

—¡Ajá! —dijo la segunda voz, también de hombre—. ¡Ahí es donde guardaba la oreja! ¡Mira!

El chirrido metálico que produjo la lata de caramelos al abrirse provocó que Samsón torciera los labios en una mueca. Tenía la sensación de que la

habían abierto en el interior de su cabeza.

—¡Ojo! —exclamó el primer hombre sorprendido—. ¡Otra vez lo mismo!

—¿Y esto qué es? —preguntó el segundo.

—¿Esto, dices? —Y en ese momento algo tintineó en el fondo de la lata—. ¡Fíjate! ¡Dos balas! Son muy pequeñas, como para dispararlas con un nagant o un máuser.

—Sí, son de un revólver de mujer. He visto de esas antes.

—¿Llevará uno de esos?

—¡Pues eso parece! ¡Lo habrá matado a traición! Porque, si hubiera disparado de frente, habría usado el nagant.

—Lo que no alcanzo a entender… —dijo el primero un poco enfadado—. A ver, lo que está claro es que mató a alguien con estas dos balas y después volvió a cortar una oreja… ¡Pero es que hay que meterse muy dentro de la carne para sacar dos balas! ¡Eso de sacar una bala, sacarla con facilidad y rapidez, solo lo puede hacer un médico y Kolechko no ha estudiado medicina, precisamente!

—Dicen que es amigo de un médico, uno que tienen viviendo con ellos en la casa. ¡Seguro que fue ese mismo médico el que sacó las balas!

—¡Pero ese es oculista!

—¡Esos también pueden sacar balas! ¡Porque, si se encuentran una en un ojo, la extraen, ¿no?! ¡Pues entonces pueden sacarlas de cualquier otro lado!

—¿Qué es ese mapa? ¡Ábrelo! —ordenó el primer hombre.

Se oyó el sonido del papel desplegándose.

—¡Mira! ¡Es un esquema para el despiece de la carne! ¡Entonces, sabe cortarla! ¡Si sabe hacer eso, también puede sacar una bala!

—¿Nos lo llevamos? —preguntó el segundo hombre.

—No…, pero husmeemos un poco más.

—¿Cómo? ¿Cómo?

—¡Digo que registremos un poco más! ¡Y tú toma nota de todo lo que hemos visto aquí! ¡Quién sabe si nos va a servir después!

—Entendido —convino el segundo hombre—. ¿Pasamos por el despacho del jefe también?

—No, mejor no… Está durmiendo ahí, y ya sabes que tiene el sueño ligero. ¡A ver si nos va a pegar un tiro en la cara!

De nuevo chirrió la lata de caramelos. Ahora la habían cerrado. Las balas tintinearon otra vez al rodar por el fondo. Abrieron un cajón del escritorio. Los vigilantes nocturnos se conducían con sigilo, pisaban suavemente. Por eso Samsón no los oyó salir del despacho. Suspiró pesadamente. Recordó una ocasión anterior en la que escuchó otro registro semejante de su mesa de trabajo.

«¿Será que los envió Abyazov?», alcanzó a preguntarse Samsón, antes de que un bostezo colosal desviara sus pensamientos y le pusiera freno al movimiento de la sangre por sus venas. Cuando el cuerpo quiere dormir comienza por ralentizar todos los movimientos internos, mientras que los externos los detiene sin remedio.

Pero ninguno de esos cambios en el interior de su cuerpo le trajeron a Samsón la tranquilidad que anhelaba. Por el contrario, lo arrastraron a una suerte de trampa onírica, a un sueño angustioso, una pesadilla sin salida, de la que solo se podía escapar volviendo de un salto a la vigilia, y en modo alguno hundiéndose en algún dulce sueño. El reino de Morfeo lo sumió en una minúscula capilla iluminada tenuemente por velas, en cuyo centro había un ataúd abierto que descansaba sobre dos bancos de cortas patas. Dentro yacía un difunto que habían vestido con traje y corbata, y tenía la cabeza vendada. Había sangre filtrándose por la venda. Samsón, de rodillas, lloraba. Lloraba y se llevaba las manos a la cara para apartarlas una y otra vez, porque sus dedos estaban manchados de tinta roja que parecía sangre. Él sabía que no era sangre: el olor químico que despide la tinta no dejaba lugar a dudas a ese respecto. Pero en su mente no dejaban de aparecer las líneas rojas de la sentencia que había escrito el día anterior y una voz repetía en un susurro brotando desde la oscuridad: «¡Arrepiéntete, Samsón! ¡Arrepiéntete, antes de que sea tarde!».

Finalmente, incapaz de soportar los tormentos del sueño, Samsón se despertó. Se secó las mejillas mojadas con las palmas de las manos. Por lo visto, había llorado tanto en el paisaje onírico como fuera de él. Salió descalzo al salón y llevó con cuidado una silla hasta la ventana que daba a la calle. Se sentó y miró al tejado de la casa de enfrente. Al principio, el tejado y el cielo se confundían, pero, cuanto más fijaba la vista, más clara se tornaba la línea que separaba el espacio humano del celestial.

Las lágrimas que se agolpaban en sus ojos comenzaron a rodar por las mejillas. Samsón volvió a secárselas con las manos y suspiró pesadamente.

Ya no tenía ganas de dormir.

Final. Pero debe continuar.

Notas

[1] El *hopak* es una danza popular ucraniana, generalmente bailada por hombres, que consiste en saltos y movimientos acrobáticos; la *kamárinskaia* es una danza tradicional rusa, basada en una melodía que se repite una y otra vez. (Todas las notas son del traductor).

[2] «¡Culpa mía! ¡Culpa mía!». (En francés en el original).

[3] Antiguas medidas de volumen rusas. Una *charka* son unos 123 mililitros; un *shkálik*, 61,5 mililitros.

Penguin Random House Grupo Editorial

Título original: СЕРДЦЕ – НЕ МЯСО
Primera edición: noviembre de 2025

Publicado por primera vez en 2021
© 2023, Diogenes Verlag AG Zürich
Todos los derechos reservados, salvo en Rusia y Ucrania
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Jorge Ferrer Díaz, por la traducción
© Diseño artístico, E. A. Gugalova-Meshkova
© Ilustraciones, Y. E. Nikitin

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Diseño de la cubierta: Adaptación del diseño original de Gregg Kulick
Ilustración de cubierta: © Anna Tarankova/iStock Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10496-67-5

Composición digital: MT Color & Diseño, S.L.
www.mtcolor.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

Sobre este libro

«Hablando de clásicos, el ucraniano Andréi Kurkov está camino de convertirse en uno. […] Atentos al protagonista, un tal Samsón Kolechko, que va a pasar a los altares de muchos lectores».
Juan Carlos Galindo, Babelia

Es la primavera de 1920 en Kiev y el Estado ucraniano se encuentra bajo control bolchevique. La pobreza y la violencia han puesto de rodillas a la población, que debe someterse a los decretos promulgados diariamente por

la nueva autoridad, entre ellos la obligación de comer exclusivamente sopa de avena.

Al joven investigador Samsón Kolechko le han asignado un caso de lo más desconcertante: la venta ilegal de carne de cerdo en medio de la terrible hambruna provocada por la guerra. Samsón hace todo lo posible para parar el contrabando en el mercado judío, hasta que su prometida Nadiezhda es secuestrada y un accidente mortal de tranvía desata una investigación contra reloj contra el mal y la corrupción.

En un emocionante torbellino de acontecimientos, entre vendedores fraudulentos, estafadores profesionales y peligrosos individuos dispuestos a todo, Samsón llevará una pesquisa en varios frentes para reencontrarse con Nadiezhda mientras su mundo cambia para siempre.

Sobre Andéi Kurkov

Andréi Kurkov (San Petersburgo, 1961) es autor de diecinueve novelas, entre las que destacan el éxito de ventas *Muerte con pingüino*, *El jardinero de Ochákov* (galardonada con el Prix des Lecteurs) y *Abejas grises* (Alfaguara, 2022, ganadora del Premio Médicis). Su obra ha sido traducida a cuarenta y dos idiomas y ha recibido el Premio Gógol, el Premio del Escritor del Año concedido por los libreros con motivo de la Feria del Libro de Ucrania, el Premio Hombre del Año en Ucrania y el Premio Halldór Laxness, y ha sido nombrado Caballero de la Legión de Honor en Francia. La revista *Lire* lo considera uno de los cincuenta mejores escritores del mundo. Alfaguara publica ahora *Samsón y Nadiezhda*, su última novela y la primera entrega de una nueva serie policiaca.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El corazón negro
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Notas
Créditos
Sobre este libro
Sobre Andéi Kurkov